

ANTONIO MANZINI

7-7-2007



7-7-2007

ANTONIO MANZINA

ANTONIO MANZINI

7-7-2007

Para Tom

En mi total incertidumbre, algo sin embargo tengo por cierto: que los hombres, por debajo de las capas superficiales de fragilidad, desean ser buenos, quieren ser amados. Y es verdad que muchos de sus vicios no son más que atajos que intentan abrir para llegar al amor.

JOHN STEINBECK

United united united we stand, united we never shall fall!

Abrió los ojos y se incorporó de golpe en la cama.

—Pero ¿qué...?

Alarmada por los movimientos de su amo, *Loba* también había levantado las orejas. La música venía del piso de al lado.

United united united we stand, united we stand one and all!

Ritmo tribal, guitarrazos catarrosos y distorsionados, un coro simiesco con un lema de encefalograma plano. Ese género musical, el heavy metal, ostentaba el séptimo grado de la clasificación de tocadas de cojones de Rocco Schiavone. Si sonaba a las cuatro menos cuarto de la madrugada, subía directo al noveno.

—¡Me cago en la puta! —gritó, levantándose de la cama.

En los diez días que llevaba en su nuevo piso de via Croix de Ville se había familiarizado con la casa, pero no con los vecinos. Y menos aún con los de enfrente.

No le quedaba más remedio: era hora de hacerles una visita.

Abrió la puerta, pero la embestida del frío de la escalera lo hizo regresar para ponerse el loden directamente sobre los calzoncillos y la camiseta antes de volver a salir descalzo. Llamó a la puerta. Sin respuesta. La música también retumbaba en el rellano.

So keep it up, don't give in...

Llamó al timbre y aporreó la puerta. Se hizo un silencio repentino, seguido de pasos veloces. Un roce en la madera, señal de que alguien observaba por la mirilla.

—Sí, soy Schiavone, el vecino. ¡Abra!

La puerta se abrió de par en par y apareció un chico de dieciséis años. Granos, pelo largo, en calzoncillos, con una camiseta de Iron Maiden agujereada, la piel blanca como el vientre de un pez.

—¿S... sí?

—¿Sí? ¿Cómo que sí? Me cago en la puta... Son las cuatro menos cuarto de la mañana y ¿vas y pones música a todo trapo?

El chico hundi6 la cabeza entre los hombros.

—Perdone, creía que no había nadie.

—Pues creías mal. Llevo viviendo aquí diez días.

¿Y de los otros vecinos te has olvidado?

—No hay nadie en todo el edificio. Los Benaix están en Holanda y los Candiani se han ido también de viaje. Perdone, si lo hubiera sabido no...

—Ahora ya lo sabes. Búscate unos cascos y escucha a los Judas Priest a toda hostia. ¡Por mí como si te revientas los tímpanos!

El chico esbozó una sonrisa.

—¿Conoce a los Judas Priest?

—Claro. Son un grupo de cuando yo era joven. Lo raro es que los conozcas tú.

El vecino levantó tímidamente la mano derecha, formando unos cuernos con el pulgar extendido, y dijo con una sonrisita:

—*Rock'n roll will never die!*

—¿Eres tonto o qué, chaval? Mira, vete a dormir, colega, que mañana hay colegio. ¡Como vuelvas a despertarme con esa mierda de música, te echo a *Loba* para que te despedace vivo!

S6lo entonces el chico pareció reparar en la presencia de la perra.

—¡Anda, qué bonito!

—¡Bonita!

—¿De qué raza es?

—Un Saint-Rhémy-en-Ardenne.

El chico se echó a reír.

—¿Eso es una raza?

—Si los Judas Priest son un grupo de música, eso es una raza.

—Me llamo Gabriele, por cierto.

—Y a mí qué coño me cuentas —respondió Rocco, al que aún no se le había pasado el cabreo.

Acto seguido, dio media vuelta y regresó a su piso.

De seguir durmiendo ni hablar. Se dio una ducha rápida, le echó de comer a la perra y salió de casa. El amanecer había emborronado de rosa el cielo y los tejados húmedos de Aosta. Quería desayunar, un café doble, dos cruasanes, y contemplar la piazza Chanoux mientras iba adquiriendo lentamente los colores del nuevo día, que se auguraba radiante, sin una nube acechando entre las chimeneas, apagadas desde hacía un mes.

Se miró los zapatos, el decimosexto par de Clarks que había comprado en diez meses, el más afortunado; con un poco de esfuerzo, quizá incluso le aguantaran hasta el próximo invierno. Un viento ligero y frío, pero no helado, le acariciaba el rostro.

Loba se paraba en todas las esquinas para olfatear los mensajes dejados por otros perros durante la noche. Él, por su parte, se paró sólo en el quiosco para comprar el periódico. Se quedó de piedra cuando vio el artículo en primera plana.

EL CRIMEN DE LA CALLE PIAVE, AÚN SIN RESOLVER

Ya nadie habla del asesinato que hace más de un mes se llevó la vida de Adele Talamonti, acribillada con seis tiros cuando, según el portavoz de la fiscalía, se alojaba en el piso del subjefe Rocco Schiavone en la calle Piave. ¿Quién entró en esa casa para matar a la pobre Adele? ¿Era ella el blanco o las balas iban dirigidas al subjefe? Parece que somos los únicos que seguimos haciéndonos estas preguntas. Creemos nuestro deber recordar a los lectores que ciertos hechos en apariencia inexplicables podrían responder a una razón sencilla pero incómoda, como, por ejemplo, no manchar la imagen de un oficial de la policía que lleva diez meses trabajando en la jefatura de Aosta y que parece ser el protegido del jefe superior, Andrea Costa. Nosotros, sin embargo, recordamos que la noche del 13 de mayo Adele Talamonti fue brutalmente asesinada y que, de momento, pese a las muchas promesas, no se conocen ni la persona que dio la orden ni menos aún los ejecutores. Lo único que ha sucedido es una cosa: Rocco Schiavone se ha cambiado de casa. Evidentemente, no consigue convivir con su culpa. Tenemos la esperanza de que tanto la jefatura como su señoría el juez Baldi nos den pronto una respuesta concreta tanto al periódico como a los ciudadanos.

Sandra Buccellato

Rocco arrugó el periódico y lo arrojó a la papelera. Era hora de cerrarle la boca de una vez por todas a Sandra Buccellato, la periodista y ex mujer de Costa, responsable del odio que éste le profesaba a todo el gremio, como consecuencia de su fuga con un reportero de *La Stampa*. Debía encontrarla, amenazarla, pegarle. ¿Cómo se atrevía? Una frase en particular —«Evidentemente, no consigue convivir con su culpa»— le había tocado la moral. Llevaba conviviendo con su culpa desde el 7 de julio de 2007, ¡qué coño sabría Sandra Buccellato! Pero no tenía por qué darle explicaciones, bastaba con que se pasara por la redacción y la hiciera callar.

El café le supo a tierra, y los cruasanes, a mantequilla derretida.

—¿Qué le pasa, subjefe? —le preguntó Ettore.

En el bar ya había unas diez personas desayunando. Rocco negó con la cabeza.

—Nada, Ettore, otro día de perros.

—¿Tan temprano? ¿Se cuece algo?

—No, nada. ¿Conoces a Sandra Buccellato?

El camarero sonrió.

—¿Que si la conozco? Viene al bar al menos tres veces al día. Tiene la redacción ahí enfrente.

—¿Y podrías describírmela?

—No. Porque leo el periódico y, conociéndolo a usted, sé que lo que pretende es que le haga un retrato robot para poder identificarla y desgraciarle la vida.

—Ettore, yo a las mujeres no las toco.

—¿Ah, no? ¿Y qué me dice de Nora Tardioli, que justo ahí fuera le tiró un spritz en la chaqueta? ¿O de Anna Cherubini, a la que con sólo oír su nombre se le va el color de la cara y le salen ronchas por el cuello...?

Rocco miró al hombre a los ojos.

—Tú lo de no meterte donde no te llaman...

—¡Ah, no, subjefe! Tengo un bar... —dijo para justificar su conducta, y luego dio media vuelta y regresó tras la barra.

Rocco apuró el café e hizo ademán de salir, pero se detuvo en el umbral.

—Entonces, puesto que lo sabes todo —dijo a gritos, llamando la atención de tres clientes, que se volvieron para mirarlo—, ¿sabes también de qué raza es mi perra?

—Saint-Rhémy-en-Ardenne, señor Schiavone. ¡Quién no conoce semejante raza! Los dos se echaron a reír. Ettore cada vez le caía mejor.

—¡Dile de mi parte que la estoy buscando!

—Se lo diré.

En la jefatura, los trabajadores de la limpieza debían de estar en huelga, porque no parecían haber pasado por su despacho. El desorden de la noche anterior seguía intacto, como si su escritorio fuera el escenario de un crimen que no hubiera que tocar hasta la llegada de la Científica. Cerró la puerta y abrió el cajón. La cajita de madera taraceada estaba vacía. Puñetazo en el estómago. Un obstáculo insuperable. Se disponía a fumarse el único porro que le quedaba. Lo preparó con un primor obsesivo. Lo encendió. Y lo disfrutó en paz mientras contemplaba el cielo del otro lado de la ventana y esperaba a que sus neuronas congestionadas por la noche insomne volviesen a funcionar.

El teléfono sonó a la tercera calada.

—Schiavone...

—Costa.

—Justo ahora iba a subir a verlo, jefe...

—Bien. Pero déjese a la perra en el despacho. La última vez me mordisqueó la pata de la silla.

Rocco colgó y miró a *Loba*, que estaba durmiendo en el sofá. Recogió del suelo la pelota de tenis que le había comprado y se la dejó al lado del hocico. Abrió la ventana y salió.

Costa presidía la estancia desde detrás de su escritorio, mientras que Baldi se

había acomodado en uno de los sillones de piel clara. El juez escrutó a Rocco, le dio la mano de mala gana y murmuró entre dientes un «buenos días» cargado de resentimiento. Costa también estaba nervioso, pero, al contrario que Baldi, lo saludó en un tono demasiado alto, como solía hacer:

—¡Buenos días, señor Schiavone, siéntese, por favor! —Le señaló el asiento libre al lado del juez—. Bueno, bueno, bueno... —Entrelazó las manos y las apoyó en la mesa antes de ir al grano—: Hablemos del caso de la calle Piave. Según me ha contado su señoría aquí presente, usted conoce la identidad del asesino y el móvil, pero no quiere facilitarnos dicha información. ¿Es eso cierto o son meras especulaciones del magistrado?

Rocco miró a Baldi y les sonrió a ambos.

—Si lo saben todo, ¿por qué se andan con rodeos?

—Es usted un representante de la autoridad —intervino entonces Baldi— y debería actuar como tal. Le repito lo dicho: sabemos que va a menudo a Roma, sabemos con quién se reúne, a quién frecuenta...

—Y también saben cómo se llama el asesino, Enzo Baiocchi.

Costa y Baldi se miraron al oír el nombre.

—¿Quién es Enzo Baiocchi y por qué quiere verlo a usted muerto?

Rocco estiró el cuello, que aún le dolía a causa de la noche en blanco.

—Con todo lo que saben sobre mí, ¿cómo es posible que ignoren eso?

—Mire, Schiavone, es usted un incordio de hombre y no se da cuenta de que Baldi y yo lo único que intentamos es ayudarlo. ¿No lo comprende? ¡Queremos protegerlo!

—¿Protegerme de qué?

—Tiene enemigos a patadas, y no me refiero sólo a los que tiene entre los delincuentes. No, tiene un buen puñado en el mismísimo palacio del Viminale. Lo desterraron aquí, pero podría haber sido mucho peor.

—¿Usted cree?

—¡Me tiene hasta los cojones con su ironía! —gritó Baldi—. Se está jugando un traslado y cosas mucho peores.

Schiavone abrió los brazos, resignado.

—¿Como qué? ¿Que me echen del cuerpo? ¿Que me destinen a un puesto remoto en el Aspromonte?

—No, mi querido amigo. —Costa esbozó una sonrisa de circunstancias—. Se arriesga usted a una investigación muy seria sobre sus cuentas, su patrimonio, sus propiedades y sus amistades. Créame si le digo que ser expulsado de la policía sería un regalo comparado con lo que pueden hacerle. —El jefe superior se puso en pie. Dio dos pasos hacia la ventana, entrelazó las manos a la espalda y respiró hondo—. Y nadie podrá ayudarlo, Schiavone. Ni yo ni la fiscalía. Empezaría para usted un calvario sin fin y le juro que no nos detendríamos hasta llegar al fondo del asunto. De modo que —añadió, volviéndose de pronto hacia él—, ¿piensa contárnoslo todo o

damos por finalizada la reunión?

Rocco se pasó las manos por la cara y miró a sus dos inquisidores.

—Tres cosas: tiempo...

—Tenemos todo el que quiera —concedió Baldi.

—Café...

—Ahora pido que nos lo traigan... ¿Y la tercera?

—Quiero aquí a mi perra.

Costa levantó el auricular.

—¿Rispoli? Traiga a la perra de Schiavone. Y avise de que no me pasen llamadas en todo el día. Y ya puestos, mande que nos traigan café y agua. —Colgó y fue a sentarse—. Bien, soy todo oídos.

—Antes de empezar...

—¿Ahora qué? —preguntó Baldi, impaciente.

—¿Puedo saber cómo han averiguado todo eso sobre mí?

Los otros dos hombres se sonrieron.

—Usted tiene sus fuentes y nosotros las nuestras.

Rocco sacó un cigarrillo del paquete y se lo llevó a los labios.

—¿Se puede?

—Se trata de un caso excepcional, pero que sea la primera y la última vez en mi despacho —dijo Costa, y le encendió el cigarrillo con un Dupont de sobremesa.

El subjefe dio la primera calada, lanzó el humo hacia el techo y empezó por fin:

—Vale, hagamos como cuando se lee un libro: yo cuento el setenta por ciento y ustedes ponen el resto con su imaginación. De eso tienen de sobra, ¿no?

Baldi y Costa no respondieron y Rocco comenzó su relato.

ROMA. VERANO DE 2007

—¿Qué hora es, cielo? —preguntó, volviéndose en la cama.

Pero a su lado no había nadie.

Desde hacía tres días.

Intentó respirar; algo le bloqueaba la tráquea. Sólo conseguía tragar aire a pequeñas bocanadas que no bastaban para llenarle los pulmones. Jadeaba, un pez recién sacado del lago. Intentó calmar los latidos del corazón, se puso boca arriba y relajó todos los músculos. Respiró lenta y profundamente, superó aquel extraño obstáculo que tenía en la garganta y, esa vez sí, el aire penetró en sus pulmones. Exhaló. Repitió el ejercicio cuatro veces. La cosa iba mejor, su corazón parecía calmarse. Cerró los ojos. Desde luego, tres días sin Marina eran demasiados. Ya en otras ocasiones habían estado separados más de una semana, pero esa vez era ella la que se había ido. Sin dar un portazo, algo que no era su estilo, sin peleas ni gritos. Se había limitado a decir: «Me voy un tiempo a casa de mis padres», y había empezado a preparar la maleta. Hacía tres días.

Aquel domingo de mierda.

Estaba claro que su mujer llevaba un tiempo valorándolo. El domingo por la mañana se la encontró en el salón bañado por el sol de finales de junio, sentada a la mesa y enfrascada en los papeles del banco. Los estudiaba y, con un lápiz, iba apuntando cifras y cantidades en una libreta. Rocco entró bostezando.

—¿Quieres café? —le preguntó.

Pero ella se quitó las gafas para mirarlo a la cara y le dijo:

—¿Me lo explicas?

Su mujer quería saber. No se había creído lo de la herencia de su tío ni lo del aumento de sueldo ni la bonificación ni la venta del pequeño local del Trastévere donde su padre tenía la imprenta. No le cuadraban las cuentas.

—Siéntate, Rocco. Y cuéntame de dónde sacas el dinero. Y no me mientas, que no me lo merezco.

Él obedeció. Y se lo explicó. Conforme se confesaba, a Marina se le fueron empañando los ojos. Lo escuchaba sin dejar de jugar con la montura de las gafas. Aunque fuera el sol pegaba con fuerza, en el piso de via Poerio hacía un frío otoñal. No se lo contó todo, evitó mencionar ciertas cosas, omitió algunos detalles, y sin embargo bastó para que ella tomara una decisión.

—Conque así eres... —dijo—. Capaz de cualquier cosa por cuatro perras.

Acto seguido, se levantó. Rocco había intentado detenerla, pero Marina no volvió a hablar. Fue a hacer la maleta bajo la mirada atenta de su marido y después cogió las llaves del Panda. Hasta que no estuvo en el umbral no se volvió para mirarlo y le dijo en voz baja:

—Tengo que pensar. Y mucho. Me voy un tiempo a casa de mis padres. Te pido por favor que no me llames.

Salió y cerró la puerta tras de sí. Rocco se hundió en el sofá, se encendió un cigarrillo y allí se quedó hasta que el sol se escondió tras los tejados de Roma.

Salió del dormitorio. Los papeles del banco que con tanta atención había estudiado Marina seguían sobre la mesa. Había intentado llamarla, pero Laura, su suegra, le había respondido amablemente que Marina no estaba. Había ido a trabajar.

—Tengo que pensar. —Rocco repitió a media voz las palabras de su mujer, mientras metía la cápsula en la cafetera—. ¿Y cuánto tienes que pensar? ¡Llevas ya tres días pensando!

¿Acaso no sabía Marina quién era él? ¿No había entendido de qué mundo venía? Había estado en casa de sus padres, en via della Lungara. Conocía a sus amigos, a Sebastiano, Furio y Brizio. ¿No había comprendido cómo eran? ¿Por qué justo ahora le había dado por despertarse y mirar con lupa cada detalle de su vida?

—¿Que cómo he conseguido el dinero? Pues haciendo trabajitos extra. Me he quedado alijos de marihuana incautados, me he apropiado de sobornos de asesores a los que he pillado con las manos en la masa, he revendido dos cuadros, ¡sí! ¡Culpable! —Pero nunca había robado a los pobres ni había hecho la vista gorda porque se lo ordenara ningún poderoso—. No soy ningún santo, Marì, ¡nunca lo he sido!

Palabras inútiles que seguían retumbando en su cabeza. No la había convencido. No había sabido. Marina se había criado en otro barrio.

—Tú fuiste al instituto Giulio Cesare, vivías en la avenida Trieste, tu padre y tu madre eran profesionales honrados que respetaban la ley y llegaban a fin de mes con dinero en la cuenta. ¿Has vivido alguna vez en treinta metros cuadrados con cuatro personas? ¿Has visto llorar a tu madre delante del frutero que la humillaba y la amenazaba? Tendrías que haberle visto la cara cuando fue a pedirles un préstamo a los usureros del barrio para pagar el entierro de mi padre. ¿Cuántas zapatillas de deporte tuviste en primaria? ¿No lo sabes? No te acuerdas, claro. Yo sólo unas. ¡Me las compraron dos tallas más grandes en primero para que me duraran hasta tercero! ¿Has visto alguna foto del árbol de Navidad de casa de los Schiavone? No. ¿Y sabes por qué? Porque no lo había, y además tampoco tenían cámara con la que hacer fotos. El de tu casa, en cambio, era muy bonito, lleno de regalos, y se os ve a tu hermana y a ti con jerséis de cuello vuelto, nerviosas porque estáis a punto de abrir los regalos: el Ciccibello y Operación.

Nada justifica tu comportamiento.

Eso Rocco ya lo sabía. Su padre había sido pobre toda su vida, pero nunca se había manchado las manos de nada que no fuera tinta. Él, en cambio, las tenía bien sucias. Había empezado pronto. Cuando su padre murió, tuvo que ponerse a trabajar para ayudar en casa. Y los usureros apretaban cada vez más las tuercas a su madre.

—¿No lo entiendes, Marina? Se pasaban el santo día yendo a casa de mi madre a

pedirle dinero, ¡un dinero que ya les había devuelto!

Hasta que una mañana, Sebastiano y Furio lo acompañaron a hacerles una visita de cortesía a los prestamistas.

—Fuimos los tres. Y no me arrepiento, Marina, no me arrepiento. Les dimos una paliza, los amenazamos y volvimos a casa con una montaña de liras así de alta. A mi madre le dije que me había tocado la lotería. Ella fingió creerme. ¿Por qué no finges tú también que me crees?

Nada justifica tu comportamiento.

Los recuerdos, la riña de hacía tres días, el calor, la angustia, caían como la lluvia sobre su cabeza. Se tomó el café mientras contemplaba la ciudad, que estaba ya preparada para recibir el sol. Intentaba sosegar los pensamientos que seguían jugando con el espacio y el tiempo. No tenía ganas de ir a trabajar. Pero tampoco de quedarse en casa. Sólo tenía ganas de Marina. Había sido así toda su vida: las cosas que más deseaba eran las que no podía permitirse.

Clara puso la cafetera al fuego y miró el reloj; las ocho y media, hora de despertar a Giovanni, que tenía que estar a las diez en la facultad, o al menos eso creía que le había dicho el día anterior. Dejó la taza en la mesa de la cocina y fue a llamar a la puerta de su dormitorio.

—¿Giovanni? ¿Giovanni? ¡Levanta, que son las ocho y media!

Abrió la puerta despacio. Las persianas estaban subidas hasta arriba. La cama, intacta. Clara sintió un nudo de angustia que le bajaba por el esófago.

—¿Giovanni...?

El cuarto estaba ordenado, tal como lo había dejado la asistente el día anterior. No había ropa en la silla, el ordenador estaba apagado, los libros, bien colocados: su hijo no había regresado a casa.

La mujer volvió rápidamente a la cocina para mirar el móvil. No tenía llamadas perdidas ni mensajes nuevos.

—Pero ¿dónde...?

Marcó el teléfono de su hijo, el único que se sabía de memoria, aparte del de su hermana. Una voz fría le informó de que el usuario no estaba disponible en esos momentos. Volvió a probar. Idéntico resultado. Buscó en los contactos el número de Isabella y la llamó. La voz adormilada de la chica respondió al quinto tono.

—¿Di... diga?

—Isabella, perdona que te llame a estas horas. Soy Clara... ¿Está Giovanni ahí contigo?

—¿Cómo?

—Que si Giovanni está ahí contigo.

—No, señora Ferri, aquí no está.

—¿Lo viste anoche?

Hubo una pausa. Clara se la imaginó frotándose los ojos para retomar el contacto

con el mundo.

—Sí, estuvimos en el pub. Pero...

—Pero ¿qué?

—Nada, que ayer discutimos.

Clara se mordió el labio.

—¿Y no sabes adónde pudo ir luego...?

—No, no lo sé. Me acompañó a casa y después se fue con la moto. ¿Ha probado a llamar a Pietro? O puede que haya dormido en casa de Maurizio. Sé que hoy tenía que ir a la facultad...

—¿Tienes el número de Maurizio?

—Ahora se lo mando.

—No, mejor díctamelo, que no me llevo bien con estos cacharros.

Alberto Ferri entró en la redacción a las diez de la mañana, con el dolor de lumbares que lo acompañaba desde la noche anterior. El partido con los de *Il Messaggero* le había pasado factura. Con cuarenta y ocho años no podía permitirse saltar al campo sin calentar y ponerse a correr y a esprintar como un imbécil, con el corazón al galope en el pecho, latiendo enloquecido, y el aire quemándole los pulmones. ¿Cuántas veces había oído hablar de un cincuentón muerto de un infarto en un campo de fútbol? Por no hablar de los traumatismos craneales y las tibias y los peronés que estallaban como los petardos en fin de año. Tenía que controlarse, jugar quizá sólo media parte y, sobre todo, no entrar al trapo como un colegial. Le había faltado poco para partirle la tibia a su homólogo de sucesos, De Dominicis, con una entrada asesina. «Pero ¡qué haces, imbécil! —le había gritado éste, echando espuma por la boca—. ¿Te crees que estás jugando la Champions? ¡Capullo!» Y a Pino De Dominicis no le faltaba razón, ¿qué necesidad tenía de hacerle una entrada tan sucia? Es más, si iba al fondo de la cuestión, ¿qué necesidad tenía de jugar todas las semanas al fútbol ocho y arriesgar el pellejo? «Haga deporte, ¡es bueno para la circulación!», le había dicho su médico de cabecera; aunque tal vez se refiriera a tranquilas y saludables sesiones de gimnasio, a caminar como un hámster en una cinta o a pedalear en una bicicleta que jamás se desatornillaría de la sala.

—Alberto, tu ex mujer al teléfono. ¡Ya es la tercera vez que llama! —lo informó Monica, la de los ojos azules, al pasar a su lado con un montón de folios.

«¿Qué querrá? —pensó él—. Ya le he pasado el mes y el alquiler está pagado, ¿a qué viene tanta llamada?»

Llegó a su cubículo y alzó el auricular.

—¿Diga?

—¡Alberto! —La voz de su mujer rebosaba de angustia.

—Dime, Clara, ¿qué ha pasado?

—¿Para qué tienes el móvil?

—Para evitar llamadas como ésta. ¿Qué quieres?

—Giovanni no ha vuelto a casa esta noche.

—Bueno, se habrá quedado a dormir con la novia, con eh... Eleonora, ¿no?

—No. Se llama Isabella y ya la he llamado. No está en su casa ni tampoco en la de Maurizio...

Mientras Clara repasaba los nombres de todos los amigos de su hijo, Alberto encendió el móvil. Tenía seis mensajes: cinco de su mujer y uno de Giovanni.

—... Matteo no sabe dónde está, ni tampoco Lucia, su compañera de clase. Tiene el móvil apagado. Lo he llamado como diez veces y nada.

—¡Clara!

—¿Qué?

—Acabo de ver que... Giovanni me llamó anoche a las once.

—¿Y qué te dijo? —preguntó su ex mujer, elevando la voz.

—No lo sé. Estaba durmiendo. Me aparece el mensaje de la compañía diciendo que llamó.

—Ay, madre mía...

—Clara, escúchame, ahora mismo me pongo a llamar a todos los hospitales y a las comisarías de Roma. Pero ya verás como no es nada. Estate tranquila, ¿vale? Prepárate una manzanilla y deja que yo me encargue, ¿de acuerdo?

—Sí... sí...

—Bien. Intenta tranquilizarte. —Colgó—. ¡Monica! Échame una mano, por favor.

La chica lo miró con recelo, levantando apenas la vista del folio que estaba leyendo.

—¿Me ayudas o no?

—¿Es para ayudarte a ti o a tu mujer?

—A mi ex, por favor, Monica. El problema no es ella.

—¿Ah, no? ¿Y cuál es?

Alberto se acercó al cubículo de su compañera.

—Por favor, no me montes ahora una escenita. Se trata de Giovanni. No sabemos nada de él desde anoche. ¿Me echas una mano?

Monica asintió, dejó el folio, se levantó de la silla y dijo:

—Yo me encargo de los hospitales. Llama tú a las comisarías.

Habían terminado con la perforación. Ya podía colocar el hilo diamantado para practicar el corte vertical. Tenía que pedirle ayuda a Omar para subirse al bloque. Hacía un calor insoportable y el blanco del mármol reflejaba el sol como un espejo. Quedaba poco para las vacaciones y, como todos los años, Ernesto iría a Torvajánica, se desvestiría, enseñaría su moreno a trozos y todos se reirían. Cara y cuello bronceados, los brazos también de tríceps para abajo, y el resto, más blanco que un

vaso de leche. Su hija lo llamaba moreno de marmolista y eso era en realidad. Ernesto sonreía cuando veía en la playa a las mujeres de su familia con aquella especie de espejito debajo de la barbilla para broncearse hasta el último centímetro.

—Venid tres días conmigo a la cantera y os pondréis más negras que los africanos.

Su mujer y su hija se reían, volvían a ponerse los protectores oculares cortesía de Amica, el espejo debajo de la barbilla y continuaban tostándose al sol mientras él leía *Il Corriere dello Sport* a la sombra del chiringuito. Y las contemplaba. Su mujer y su hija. Todo por ellas. Respirar el polvo del mármol, achicharrarse en verano y morir de frío en invierno, arrojar quintales de agua sobre las cadenas, reventarse los tímpanos con el ruido del hilo diamantado que araña y muerde la piedra. Todo por su mujer, a la que seguía amando después de veintitrés años casados, y por su hija, que terminaría hostelería al año siguiente y ya tenía una oferta para trabajar en un restaurante por la zona del Circeo.

—¡Omar! ¿Dónde estás? —llamó, aprovechando una pausa en la maquinaria—. ¿Omar? ¿Alguien lo ha visto?

Ciro le señaló hacia la caseta del capataz y dijo:

—Lo he visto irse por allí... ¡Ah, míralo!

Ernesto Auriemma se quitó el casco y se secó el sudor. Seguía buscando a su compañero con la vista cuando lo vio asomar al fondo de la cantera. Corría dando tropiezos. A través del humo transparente que surgía de la tierra, que borboteaba ya a causa del calor, parecía un espectro negro hecho de gelatina. Tenía la boca abierta y daba la impresión de estar gritando. Por fin Ernesto y el resto de los compañeros enfrascados en el trabajo pudieron distinguir con claridad la voz de Omar:

—... muerto... corred... muerto... —parecía decir.

—¿Muerto? Pero ¿qué dices, Omar? —gritó Ernesto.

Su compañero señalaba hacia atrás, a la laguna que había en el centro de la cantera. Parecía muy asustado. Cuando se le cayó el casco, ni se paró a recogerlo. Cada vez estaba más cerca.

—Abajo, en la laguna... Hay alguien... ¡Está muerto, seguro!

En esos momentos salió de la caseta Mario, el capataz de la cantera, con su camisa de cuadros y su eterno cigarro en la boca.

—¿Qué mierda pasa? —gritó.

Ernesto Auriemma abrió los brazos en un gesto de perplejidad.

—No lo sé. Omar dice que hay un muerto...

—¿Cómo que un muerto? —Mario bajó la escalerilla para ir al encuentro del trabajador egipcio—. ¿Qué dices, Omar? ¿Quién ha muerto? ¿De los nuestros? Dios mío, ¡dime que no!

—No, ninguno de nosotros. —Omar había llegado por fin a la altura de sus compañeros—. Venid. Abajo, la laguna, corred. —Y, jadeando, reanudó la carrera en sentido contrario.

Ernesto, Mario y los demás siguieron en fila india al norteafricano.

—Está ahí abajo. —Tenía los ojos muy abiertos, grandes y negros—. Es horrible, horrible. —Y añadió unas palabras en árabe que nadie entendió.

Rodearon el último bloque de piedra y llegaron por fin al borde del barranco. A sus pies había una laguna celeste que parecía que hubieran transportado allí desde el Caribe. Una piscina de un hotel de cinco estrellas. Que era, sin embargo, la poza de la que obtenían el agua para enfriar y humedecer las cadenas y el mármol que había que cortar. Omar señaló la orilla: en el suelo, sobre una losa de piedra, había un hombre. El rojo de la sangre parecía más intenso aún en contraste con el blanco del mármol bajo el sol de finales de junio. Las extremidades estaban como descoyuntadas: la pierna derecha plegada hacia dentro, el brazo izquierdo rodeándole los hombros como una bufanda.

—Joder... —musitó el capataz—. ¿Cómo...?

—¡Lo han tirado! —dijo Ernesto, cerrando los ojos para borrar la imagen que conservaría el resto de sus días.

—¡Parrillo, que me gustaría llegar vivo a la Tiburtina! —gritó Rocco en un intento por hacerse oír por encima del estrépito del Alfa, que iba embalado por la circunvalación.

—Si me dejara poner la sirena...

—Odio la sirena. Olvídate, no la vas a poner. Y cuidado con el camión.

El agente Parrillo cambió de carril, pasó rozando un Smart, adelantó al camión y se colocó en el arcén de emergencia para retomar los 120 kilómetros por hora.

—A ver, ¿es que no te has enterado? Está muerto, ¿a qué coño viene tanta prisa?

—Quiero llegar antes que la Científica.

—¿Y se puede saber por qué?

El agente se encogió de hombros y no respondió.

—Escúchame bien, Parrillo, o reduces ahora mismo por lo menos treinta kilómetros por hora o hago que te trasladen al interior de Calabria, ¿me entiendes? Este coche no tiene aire acondicionado y si corres de esa manera no hay quien abra las ventanillas.

El agente obedeció y aminoró la velocidad y redujo las revoluciones.

—A veces pareces tonto, Parrillo.

Éste se limitó a sonreír.

—¿Entiendes ahora por qué el coche nunca tiene gasolina? Porque corréis como descerebrados. ¿Y por qué gastamos miles de euros en mecánicos? Porque reventáis los motores. Anda, dobla a la derecha... en la próxima.

Parrillo obedeció. Continuaron por la Tiburtina otros diez kilómetros desde la salida de la ronda. Cuando llegaron a la entrada de la cantera, vieron dos coches de la comisaría más cercana. Los agentes se hicieron a un lado y saludaron a Rocco y a

Parrillo, que aparcó en la explanada ante la oficina del capataz, junto a dos furgones.

—¡Qué mala suerte! —El joven agente le pegó un manotazo al volante—. ¡Ya han llegado los de la Científica!

Rocco se limitó a mirarlo y luego abrió la portezuela y bajó.

Un hombre con el pelo rojo como una llama fue a su encuentro tendiéndoles la mano y con una sonrisa de treinta y dos dientes.

—Hola, Rocco... Gracias.

—Qué gracias ni gracias, Massimino...

—Es que somos pocos y he llamado a la central y...

—Y has considerado oportuno darme por culo a mí. Éste es el agente Parrillo.

—Mucho gusto.

—Massimo Casale, subinspector, Tiburtina. —Le dio una palmada al agente y luego le dijo a Rocco—: Ven a ver.

Rodearon la caseta prefabricada del capataz, bajaron por un sendero entre matorrales y llegaron por fin al borde del barranco, donde un policía con la camisa sudada miraba hacia abajo, mientras dos agentes con mono blanco y capucha inspeccionaban el terreno que bordeaba el barranco.

—Ahí lo tienes, Rocco, echa un vistazo.

Se asomó y vio el cadáver aplastado contra la losa de mármol en medio de un charco de sangre.

—Desde aquí parece nata con grosellas o cerezas —comentó el subinspector.

Schiavone se puso las Ray-Ban y dijo:

—Massimo, deberías tomarte unas vacaciones. —Se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz—. Esta luz es criminal.

—Es por el blanco del mármol. La refleja como un espejo.

Junto al cadáver había un hombre con un polo azul.

—¿Quién es el forense? —le preguntó Rocco a su amigo.

—Spartaco Pichi. Ten cuidado, que está encabronado porque no le han dejado tomarse vacaciones.

—Me la trae floja. ¿Cómo se baja?

Massimo Casale le señaló un caminito que descendía hasta el fondo del barranco como la rosca de un tornillo.

—Son cinco minutos andando.

—Ya, los cojones. Y luego subir... Y encima con este solazo. —Echó una ojeada a su alrededor y divisó un motocarro—. ¿Eso es lo que usan los operarios?

—Diría que sí...

Rocco se acercó al vehículo.

—Luego quiero hablar con el que lo encontró.

—¿Quiere que lo acompañe, jefe? —se ofreció Parrillo.

—¿Para qué, para poner la sirena en el motocarro? No, vete a por un café y estate

quietecito.

Rocco subió al vehículo. El habitáculo parecía un vertedero: hojas de periódico por el suelo, manchas en el asiento y una peste a alcohol y orines que dominaba todo lo demás. Encendió el motor y arrancó, levantando una polvareda blanca que provocó que los dos peritos de la Científica se pusieran a maldecir.

—¡Oiga, tenga cuidado! —le gritaron.

Pero Rocco no los oyó con el ruido ensordecedor del triciclo motorizado.

Era la primera vez que conducía un motocarro, aunque, como había tenido una Vespa en el instituto, no tardó más de un segundo en familiarizarse con las palancas del volante. Recorrió lentamente las curvas del camino, acercándose cada vez más al lago de color turquesa, que se veía tan claro y atrayente que daban ganas de zambullirse. El patólogo estaba agachado junto al cadáver y no levantó la vista ni siquiera cuando Rocco detuvo el vehículo a veinte metros de él. Apagó el motor, y el silencio de la cantera le pareció irreal. Miró hacia arriba: Parrillo, Casale y los dos de la Científica lo observaban a su vez y lo saludaron con la mano como si fueran idiotas. La superficie de la laguna, a su izquierda, estaba encrespada por la brisa ligera. Rocco ya se había llenado de polvo de mármol los Clarks y los bajos de los pantalones.

—Buenas, Uccio.

—Hola, Rocco. —Spartaco levantó la vista del trabajo con los ojos entrecerrados a causa del sol. Estaba sudado y tenía la cara colorada—. No te doy la mano —le dijo, enseñándole los guantes de látex, manchados ya hasta las muñecas—. ¿Has visto qué laguito?

—Precioso... Dan ganas de darse un baño.

—Yo que tú no lo haría. Me da a mí que si tiene ese color es por todos los ácidos que vierten.

—Con la peste que echa no me extrañaría. Bueno, ¿y qué me cuentas?

Por fin miró el cadáver. Un chico joven, camiseta blanca con letras verdes y un elefantito en una manga, de la boca le salía un hilo de sangre, vaqueros nuevos y ya rotos, los dos ojos morados.

—¿Documentación?

—Nada. Tal vez no fuera italiano. ¿Ves la camiseta?

—¿Qué le pasa?

—Que es la oficial de los Oakland Athletics. Sólo puedes comprarla en Estados Unidos.

—Oakland Athletics. ¿Cómo sabes tú eso?

—Soy aficionado al béisbol...

—¿Cómo ha muerto?

—Primero lo han molido a palos. Y luego... —Volteó con cuidado el cadáver—. ¿Ves esto en la base del cráneo? —Rocco se acercó—. Un solo pinchazo con arma

blanca, un estilete, una cuchilla. ¡Zas! Seco.

—¿Alguna idea de qué hace aquí abajo?

—Bueno... Lo habrán tirado desde arriba. La Científica está examinando el borde en busca de restos de sangre...

—¿Crees que quisieron tirarlo al lago pero fallaron?

Uccio miró hacia la poza.

—Podría ser, sí.

—¿A qué hora, más o menos?

—No lo sé todavía. Dame un poco de tiempo.

—Me vuelvo arriba. ¿Quieres que te lleve?

Uccio lo meditó.

—¿En el motocarro?

—¿Por qué no? Te subes atrás en la caja.

—Venga, vamos...

Con Rocco en la cabina y el médico en la plataforma de carga, el vehículo de tres ruedas ascendía a duras penas. Los cristales, manchados de tierra y reparados con cinta adhesiva, temblaban con el traqueteo. Por fin llegaron a la última curva. Uccio, que iba con los ojos cerrados, parecía disfrutar del día de sol. Rocco frenó y bajó. Se le había pegado una hoja de periódico al zapato. Cuando se agachó para quitársela, vio con horror que tenía un preservativo usado enganchado en la suela.

—Me cago en...

Restregó el zapato contra el borde de la portezuela.

—¿Qué pasa? —preguntó el patólogo forense.

—Y yo que me creía un campeón porque a los dieciocho follaba en un Fiat 500.

Uccio se echó a reír.

—Eres un viejo. Yo mis primeros polvos los eché en un Panda. Tiraba para atrás los asientos y era como una cama.

—Madre mía. —Y se alejaron del cacharro motorizado—. ¿Crees que deberíamos darle el preservativo a los de la Científica?

Volvieron a reír.

Ya había llegado la prensa. Los reporteros de sucesos de siempre, rostros que Rocco conocía muy bien.

—Ya están aquí...

—Eso parece... ¿Qué hacemos? —preguntó el subinspector.

—Déjalos que tomen un par de fotos y mándalos luego a tomar por culo —dijo Rocco—. Quiero hablar con los que han encontrado el cadáver.

—Están en la caseta del capataz. Les he hecho algunas preguntas, pero por lo visto el muerto no trabajaba aquí.

Rocco se quitó las gafas de sol y entró en la caseta con Parrillo a la zaga.

El barracón era más grande por dentro de lo que parecía por fuera, al menos cincuenta metros cuadrados, con aire acondicionado, tres mesas y dos estanterías llenas de carpetas. Sentados en los sillones de polipiel o apoyados contra la pared, esperaban seis hombres. Uno de barriga prominente y camisa de cuadros dio un paso al frente. Tenía un cigarrillo apagado en la boca.

—Mario Mastini... Soy el capataz.

Rocco le estrechó la mano.

—¿Podría decirme quién encontró el cuerpo?

Un trabajador se adelantó; se mordía los labios, nervioso.

—Yo... Omar Shawqi...

—Encantado, Rocco Schiavone. ¿Me cuenta usted cómo ha sido?

El egipcio miró de reojo a su jefe, que asintió como dándole permiso.

—Lo he visto cuando he ido a echar una meada. Siempre lo hago ahí abajo, donde no hay piedras para cortar. Entre las zarzas.

—Ajá, entiendo, pero ¿por qué esconderse tanto?

—Al jefe no le gusta. Dice que deberíamos utilizar los váteres químicos. Pero huelen fatal, así que yo prefiero hacerlo fuera.

—Y hace bien.

—Me asomo y veo el cuerpo. Con toda la sangre.

Y corro a llamar a los compañeros.

Los demás, cubiertos de polvo blanco, que contrastaba con el color tostado de sus rostros, no apartaban la mirada de Rocco.

—¿Nadie había visto antes al chico?

—Mire, se lo cuento yo enseguida —tomó la palabra el capataz de la cantera—. El único que ha bajado he sido yo. A los demás no les hacía gracia. Y yo desde luego nunca lo había visto.

—¿Ha tocado algo?

—Claro que no. Sólo he ido a mirar, aunque ya se veía que no había nada que hacer.

—Esa laguna de ahí abajo, ¿para qué sirve?

—La utilizamos para sacar agua. Cuando se corta, hay que mojar el mármol y las cadenas.

—¿Es profunda?

Los operarios se miraron.

—Pues... —intervino un hombre bajito—. Tendrá unos tres o cuatro metros por el centro.

—¿Y habían arrojado algo antes?

—Una vez nos encontramos un carro de la compra —respondió el capataz.

—¿Es fácil entrar en la cantera?

—Pues... sí... diría que sí. Hay una alambrada, pero se termina en cierto punto...

—dijo Ernesto Auriemma—. Vamos, que no está todo el perímetro cerrado.

—¿Y no tienen vigilante?

—Sí, pero por las noches siempre duerme. Es un hombre mayor, Luigi Cuticchio.

—También conocido como Gigi *el Cardo* —precisó un trabajador, provocando las risas del resto.

—¿Gigi *el Cardo*? —repitió el subjefe.

—Sí. Vaya a charlar con él dos minutos y lo entenderá.

—Está ciego de un ojo. Sigue con nosotros porque no tiene adónde ir. ¿Quiere hablar con él? Ahora estará durmiendo.

—¿Además de por la noche? —bromeó Ernesto, y todos volvieron a reír.

A Rocco tanta hilaridad le pareció fuera de lugar.

—Pero ¿de qué coño se ríen?

Al punto todos se pusieron serios y el silencio se instaló en el barracón. Hasta que un grito ronco capaz de helar la sangre retumbó en la cantera.

—¿Qué es eso?

El subjefe se precipitó fuera, seguido de los operarios y el capataz.

Llegaron al borde del barranco. Por el camino que bajaba al fondo, hacia el cadáver, corría un hombre seguido de cerca por Massimo Casale, que le gritaba también algo, aunque la distancia impedía entender lo que decía. El hombre avanzaba a grandes zancadas y parecía que fuera a perder el equilibrio en cualquier momento. Agitaba los brazos y, con cada pisada, levantaba una polvareda blanca.

—¿Quién es? —preguntó Rocco.

—No lo sé —respondió Uccio Pichi.

—Un periodista —apuntó un agente—. Se ha acercado a hacer una foto con su compañero y, en cuanto ha visto el cadáver, se ha puesto a gritar y ha echado a correr hacia el lago.

El fotógrafo contemplaba la escena en silencio, aturdido. Con la máquina de fotos colgada en bandolera y la mirada concentrada en su colega, que era presa de un ataque de histeria. Cuando el hombre por fin llegó a la altura del cadáver, se abalanzó sobre él levantando una nube de polvo blanco. Miró la cara del muerto y luego alzó la vista al cielo. Pero no gritó. Se quedó arrodillado, con la cabeza del cadáver en el regazo, hasta que el subinspector lo alcanzó e intentó que se pusiera en pie.

Rocco se acercó al fotógrafo.

—¿Lo conoce?

El hombre pareció despertar de una pesadilla.

—¿Eh?

—Le he preguntado si conoce a ese hombre.

El periodista asintió.

—Es compañero mío. De Sucesos. Ha reconocido el cadáver.

—¿Y eso?

El fotógrafo alargó un dedo hacia la balsa, donde el hombre seguía apretando el cadáver contra el pecho, sin que el subinspector consiguiera levantarlo. El polvo de mármol acumulado sobre los cuerpos había convertido al periodista y al muerto en un grupo escultórico, una especie de Piedad.

—La camiseta. Se la trajo este invierno de California.

—¿A quién se la trajo?

—A su hijo.

Acompañaron al periodista hasta la caseta del capataz. Por lo menos allí había aire acondicionado. Se quedaron todos fuera, unos contemplando la llegada del furgón del depósito, otros fumando a la sombra de los pinos que bordeaban la cantera. Rocco fue al encuentro del coche de la fiscalía y suspiró aliviado al ver a Sasà D'Inzeo. Era su juez favorito. Le faltó poco para salir corriendo a abrazarlo.

—Hombre, Rocco, ¿qué tenemos?

—Un chico, veinte años, lo han encontrado muerto en el fondo de la cantera. Te has perdido una escena escalofriante.

—¿Cuál?

—El padre lo ha reconocido. Un reportero de sucesos, que había venido a hacer un par de fotos con un compañero. Ha sido desgarrador. —Investigador e instructor caminaron uno al lado del otro—. ¿Se acostumbra uno alguna vez, Sasà?

—Te respondo con el corazón en la mano y la experiencia de mis cincuenta y seis años: no, Rocco, nunca te acostumbras. ¿Todo bien en casa?

—Marina siempre me pregunta por qué no vienes un día a cenar —mintió Rocco, que no consideró oportuno airear sus problemas conyugales.

—Porque a las nueve me entra sueño y sería capaz de dormirme en el sofá de tu casa.

—Es cómodo, no te preocupes.

—Y, además, ya sabes que tu mujer me vuelve loco y verla a tu lado me hace daño.

—Tú sí que eres un amigo, Sasà...

—¿Verdad? Joder, qué calor... Nunca había estado en una cantera. Esta luz te deja ciego.

—¿Por qué te crees que llevo las gafas puestas, para darme tono?

—Rocco, tú no parecerías distinguido ni en esmoquin sobre la alfombra roja. Anda, vamos... —dijo, abriendo ya la puerta de la caseta.

El periodista tenía la mirada clavada en el suelo de linóleo y las manos entrelazadas sobre las rodillas. Sólo movía las muñecas en un gesto nervioso. Tenía el pelo y los hombros cubiertos de polvo de mármol. Rocco lo reconoció en cuanto lo vio de cerca: se lo había cruzado decenas de veces en el trabajo. Recordaba la agencia para la que trabajaba, aunque no su nombre.

—¿Señor? —lo saludó D’Inzeo.

El periodista negó con la cabeza.

—No me diga «señor»... —Levantó entonces los ojos. Las lágrimas habían dejado regueros en el polvo blanco de sus mejillas.

—Sasà D’Inzeo, de la fiscalía.

—Subjefe Schiavone, de la brigada móvil. Ya nos conocemos.

—Es verdad. Perdone, no le había... —El periodista le estrechó entonces la mano al juez—. Encantado, Alberto Ferri. Sucesos, agencia de noticias Agsi. —Se levantó de golpe—. He de llamar a mi mujer. Tengo que decírselo yo. Ya saben cómo son estas cosas. —Metió una mano temblorosa en el bolsillo y sacó un paquete de tabaco—. Si va uno de ustedes, mi mujer se pondrá fatal. No tienen tacto... mano... eso... ¿Me deja alguien un mechero? —Rocco se acercó con uno—. Gracias. No, mejor que no. No saben hacerlo y... ¿qué hora es?

—Las dos.

—Las dos. No he hablado con ella desde esta mañana. Ah, no. No, mentira. Me ha llamado a mediodía, mientras venía hacia aquí. Increíble, ¿verdad? Se olvida uno de lo que acaba de hacer.

—Ferri, siéntese —le pidió Rocco.

El periodista lo miró, le dio una calada ávida al cigarrillo y parpadeó un par de veces.

—¿Qué pasa?

—¿Se ve capaz de responder a unas preguntas?

—Claro. Sí, sí, claro. Dígame —contestó y, como movido por un resorte, fue a sentarse en el sillón al lado de la entrada.

—¿Cómo... cómo se llama su hijo?

—Se llamaba Giovanni. Sí, Giovanni, como mi suegro. Por mí no le habría puesto ese nombre. Nunca me ha gustado. Rodolfo, yo le habría puesto Rodolfo. —Escupía palabras como un arma de repetición, sin tomar aliento, pasándose la lengua por los labios a cada momento.

—¿Cuántos años tenía?

—Veinte. Los cumplió en mayo. El uno. El Día del Trabajo.

—Su mujer se había dado cuenta de...

—Sí. —Tiró el cigarro al suelo y lo apagó con el tacón del zapato—. Anoche no volvió a casa. Por eso he estado llamando a las comisarías, a los hospitales, vamos, que he estado buscando a mi hijo... —Con una sonrisa bobalicona y los ojos brillantes, miró entonces al juez y exclamó: ¡Y mira tú por dónde! —Se encogió de hombros con un gesto nervioso.

—¿Frecuentaba compañías... extrañas? —preguntó Rocco.

—¿Quién, Giovanni? ¿Aparte de a su madre? —Sonrió—. Es broma. Vivía con ella. Clara y yo llevamos siete años divorciados. A Giovanni le pilló con trece años. Esperamos a que hiciera los exámenes de primer ciclo para dejarlo. Nos pareció lo

mejor. Que sería menos traumático una vez que terminara. El primer año lo llevábamos al instituto un día yo y otro ella. Después Giovanni se encaprichó con la moto y ¡se acabó!, dejamos de verle el pelo...

—¿Pasaba tiempo con su hijo?

—¿Tiempo? Sí, mucho. Se quedaba en casa una semana sí y otra no. Y luego cada dos Navidades, y agosto. Vamos, los turnos típicos cuando se comparte la custodia de los hijos. Estaba en primero de Derecho. Se había examinado ya de... ¿qué era?... Instituciones e Historia del Derecho Romano. Le iba muy bien, ¿sabe? Bastante bien. No le niego que repasar con él la lección siempre era un coñazo. Y, bueno, digamos que el Derecho no es precisamente mi campo. Pero a Giovanni se le daba muy bien, mucho. Si hubiera seguido, se habría licenciado en menos de cuatro años. A veces se venía al trabajo conmigo. Se interesaba por mis casos, ¿sabe? Creo que en el fondo quería ser reportero. Tiene gracia, ¿no? Como yo. Cualquiera diría que, aparte del pelo, los ojos y la piel, le hubiese transmitido esa pasión. En el fondo, la pasión es un trabajo, ¿no?

Rocco observaba al periodista mientras hablaba. Contemplaba sus pestañas y el endiablado ritmo al que las movía. Las manos, entrelazadas y tan apretadas que tenía los dedos blancos. No conseguía estarse quieto. Incluso sentado, movía las piernas y levantaba y bajaba el pie. Un ritmo histérico, continuo. El subjefe ignoraba lo larga que era la mecha, pero sabía que tarde o temprano se produciría la detonación. Tal vez no en aquella caseta, o no aquella tarde de finales de junio; quizá cuando regresara a su casa y le diera la noticia a su ex mujer. O por la noche, solo en la cama, antes de cerrar los ojos. Pero estallar, estallaría. De eso no cabía duda.

—¿Quiere... beber algo? —le preguntó D'Inzeo.

—¿Por qué? No, estoy bien. Estoy bien. Es verdad que me siento un poco mareado, pero será por las cervicales. Por no hablar de la espalda. Ayer no se me ocurrió otra cosa que ir jugar un partido de fútbol ocho. Saben de qué les hablo, ¿no? El fútbol de ocho. Creo que ya no tengo edad. No, está claro... Pero estoy bien, sí, estoy bien, gracias.

—¿Quiere que lo llevemos a casa de su mujer?

—No, no, ¡no! —Acompañó el último no con un puñetazo en la mesa que lanzó por el aire varios bolígrafos—. Ya voy yo. Voy solo. Mi compañero, el fotógrafo, está ahí fuera, ¿verdad?

—Sí.

—Voy con él. Voy con él. —Se puso en pie y miró a su alrededor mientras se palpaba los bolsillos, como si buscara algo o estuviese comprobando que lo llevaba todo—. Sí, ahora voy. Ya voy. Sí.

—¿Seguro? Tenemos fuera una ambulancia y...

—¡No, no, no! —Dio una palmada al aire—. ¡Estoy bien, joder! Ahora voy. A ver. Sí, por aquí... —Se dirigió hacia la puerta de la caseta a paso rápido y la abrió—. Maldita sea, menudo horno, ¿no? —Les dedicó una última sonrisa forzada y acto seguido se encaminó hacia la explanada, donde lo aguardaba su compañero a la

sombra de un árbol.

—A ese pobre hombre le va a dar un ataque al corazón en cualquier momento.

—Tiene toda la pinta —corroboró Rocco—. Voy a visitar al señor Cagarro.

—¿No tienes una forma más elegante de decir que vas al baño?

—No, Sasà, que voy a ver a Gigi *el Cardo*. ¿Qué haces, te vienes?

—Gracias, pero no. Voy a hablar con el subinspector para que me haga un resumen antes de volver a la fiscalía. ¿Cómo lo ves?

Rocco se rascó una oreja.

—Una tocada de dos pares de cojones.

—Ya, pero ¿aparte de eso?

—Hace un calor alucinante y llevo horas sudando —bufó Rocco—. No lo sé, Sasà. Un chico asesinado de esa manera: primero le dan una paliza y luego una puñalada en la nuca, para acabar arrojando el cadáver desde treinta metros de altura... Así acaban los cabrones, los hijos de puta, los miserables... No alguien que acababa de empezar Derecho. Y que además parecía buen chico.

—Sí, pero es lo que ha pasado.

—Ya. Entonces...

—¿Tal vez no era tan buen chico? —aventuró el juez.

—O puede que hiciera alguna tontería. Suele pasarles a los buenos chicos cuando se cruzan con ciertos monstruos. Basta leer un cuento para saberlo.

La barraca de Luigi Cuticchio, alias Gigi *el Cardo*, se encontraba a unos veinte metros de la verja principal de la cantera. Delante, una vieja pileta de cemento, con un grifo que goteaba y que estaba rodeado de una capa de musgo húmedo, y un pequeño cercado que terminaba en la parte de atrás, donde tenía unas gallinas. Al otro lado, un amago de huerto. En el exterior de la barraca de madera y chapa, había una tumbona maltrecha y oxidada y una mesita de formica con un viejo cenicero de Peroni, todo ello bajo una sombrilla azul descolorida. Rocco se acercó a la puerta, sujeta al quicio por unos alambres, y llamó tres veces. La puerta tembló. Diez segundos después aparecía Luigi Cuticchio. No llegaba al metro cincuenta, y una hipercifosis dorsal lo obligaba a mirar torciendo el cuello y levantando el ojo derecho, el único con el que veía, en dirección contraria a la joroba, que le quedaba a la izquierda. El pelo cano y ralo le caía en mechones grasientos desde la coronilla hasta los hombros. Tenía una barba hirsuta de varios días y tras los labios entreabiertos se veían numerosos vacíos en la dentadura. Un tajo le desfiguraba el pómulos izquierdo. Sus manos parecían garras hinchadas, y de la camisa, de manga larga pese al calor, asomaban unos tatuajes hechos a bolígrafo. Llevaba unas chanclas de plástico y tenía los dedos de los pies torcidos. Más que a un animal, a Rocco le recordó un viejo olivo abandonado en medio del campo.

Lo primero que hizo Gigi fue aclararse la garganta y escupir a los pies del jefe.

—¿Quiené? ¿Qué quiere?

—Subjefe Schiavone. Tenemos que hablar.

—Yonosená —masculló, y le cerró la puerta en las narices.

Rocco se armó de paciencia y volvió a llamar; el hombre volvió a abrir.

—¿Qué?

—Soy el de antes. Como me vuelva a cerrar la puerta en las narices, lo inflo a hostias.

—¡Que soy viejo!

—Como si es un niño.

Sabía que no era forma de empezar un interrogatorio, pero muchos años de calle y adoquines le habían enseñado que al que va de oveja por la vida se lo acaba comiendo el lobo. Y, a juzgar por los tatuajes de las muñecas, Gigi *el Cardo* había pasado alguna temporada que otra en la cárcel de Rebibbia.

—¿Qué quiere *sabé*? —preguntó el viejo con el ojo bueno muy abierto; el izquierdo apenas era una ranura bajo las cejas tupidas.

—Anoche.

Gigi volvió a escupir y se metió la uña del meñique en el oído.

—¿Eh? —Empezó a hacer girar el dedo a toda velocidad, como quien arranca una moto.

—¿Oyó algo? ¿O a alguien?

El hombre siguió agitando el meñique unos segundos más y después se lo sacó y se lo restregó contra la camisa.

—No, no lo creo. Ya sé lo *capasao*, ¿sabe? Han venido a contármelo. Y he visto al muerto desde aquí arriba. Pobrecillo. Pero yo *noescuchaoná*. —Y vuelta a escupir.

—¡Me voy a cagar en todo! —gritó Rocco—. ¿Quiere estarse quieto un momento? ¡Escupe, se hurga en los oídos... pare ya!

Gigi obedeció y se quedó mirando al subjefe como si lo hubieran congelado.

—¿Se encarga usted de cerrar la verja por las noches?

—*Siseñor*. Pero es inútil. Ha visto la cerradura, ¿no?

—No.

—Se abre con una horquilla. —Otro escupitajo. Rocco puso los ojos en blanco—. Y luego la valla, que no lo rodea todo.

—¿Ah, no?

—No. No hace falta entrar por la verja. Sólo hay que rodearla y entrar por atrás... Oiga, ¿no quiere pasar y beber algo?

—No te molestes, Gigi —contestó, aprovechando para tutearlo.

—Pero le digo también una cosa, guardia. —Gigi se acercó como si quisiera que el policía le oliera el aliento—. La verja no *labierto* nadie. ¿Y sabe por qué?

—¿Por qué?

—Porque soy *mu* listo. Por las noches le pongo un trocito de madera y si alguien abre, se parte. Pero esta mañana la maderita estaba igual. ¿*Mentiende*?

—Te entiendo.

—Han tenido que entrar por la alambrada. Son seis hectáreas de cantera. —Acompañó la frase dibujando un semicírculo con el brazo, lo que contribuyó a propagar el olor a sobaco añejo por el aire.

—No estarás tomándome el pelo, ¿verdad?

—¿Por qué haría eso? Yo ya pagué por lo mío. Ahora soy vigilante. Me dieron un techo, comida... —Se rascó la entrepierna—. ¡Hasta un televisor y cuatrocientos euros al mes! —Meneó cuatro dedos de la mano en forma de garfio, llenos de grasa y a saber de qué más—. No está mal como jubilación, digo...

—No... Pero ¿seguro que estabas aquí anoche?

—¡Por mi madre, jefe!

—Bueno, Gigi, si te acuerdas de algo... —El hombre aprovechó la pausa de Rocco para escupir de nuevo—. ¡Joder, Gigi! ¡Para de una puta vez!

—¿Si *macuerdo* de algo...?

—Me llamas.

—Pero no tengo su número, jefe. Ni siquiera tengo teléfono.

—Pues te vas a ver a Mario, el capataz, y le dices que tienes que hablar conmigo. Él sabrá cómo localizarme. Entonces, ¿tú esta noche no has oído nada?

—Se lo juro. ¿Y sabe por qué debería creermelo? Porque han matado a un chiquillo y a mí esas cosas me dan asco.

Y para demostrar el desprecio que sentía por aquel asesinato escupió una vez más.

—Ya hemos visto por dónde entraron —le comentó el subinspector Massimo Casale cuando fue a su encuentro—. Sólo hay alambrada a lo largo de unos cuatrocientos metros y luego se acaba de repente.

—Eso mismo acaba de decirme Gigi *el Cardo*.

Se pusieron en marcha caminando entre hierbajos y zanjas. Tuvieron que rodear la sima para llegar detrás de una pequeña loma. Allí volvía a oírse el sonido de los coches: a doscientos metros de la alambrada, via Tiburtina atravesaba el descampado con su caos y su tráfico. Massimo y Rocco siguieron hasta llegar al punto donde la valla metálica se interrumpía de pronto entre la maleza.

—Anda que...

—¿Has visto? Aquí termina. Y vuelve a empezar allí abajo, ¿lo ves? Por el otro lado. —Su colega le señaló un punto muy lejano, donde se divisaba el otro tramo de alambrada.

—Vale, pongamos que entraron por aquí...

El claxon de un camión que recorría la antigua vía consular retumbó en el descampado. Rocco miró al otro lado. A lo lejos se distinguían las laderas de los Castelli Romani. A unos cien metros, una estación de servicio.

—¿Habéis ido? —preguntó, señalando la gasolinera.

—Quería mandar a un par de agentes. Parece un autoservicio, así que, con suerte,

puede que incluso abran por la noche.

Era una gasolinera con dos surtidores. Cuando los policías la alcanzaron, un chico con barba y gorra de visera, enfundado en un mono de Tamoil, acababa de despedir a un Golf blanco que había ido a repostar. Estaba guardándose el dinero en el bolsillo cuando reparó en los hombres que habían llegado por el descampado. Se llevó la mano a la visera para protegerse del sol.

—Buenos días —dijo.

Pero ni Rocco ni Massimo le devolvieron el saludo.

—¿Tenéis cámaras de seguridad? —preguntó el subjefe mirando a su alrededor.

—No, no tenemos. ¿Por qué?

Rocco se había acercado a la columna de los surtidores. Miró a su compañero y le dijo:

—Con mucha suerte...

—¿Por qué no? —respondió Massimo.

—¿Son ustedes de la inspección? —quiso saber el chico.

Como Rocco no respondió, a su compañero no le pareció oportuno tomar la iniciativa.

—¿Has tocado los botones de este surtidor?

—No. Pero ¿pueden decirme qué pasa? —El chico empezaba a preocuparse.

—¿A qué hora has abierto?

El muchacho tragó saliva.

—A las seis, como siempre...

Rocco hizo un gesto de asentimiento y miró a su colega, luego se agachó para escrutar de cerca el visor y los botones. Massimo miró al chico y le explicó:

—Ha habido un asesinato en la cantera.

—¿Un asesinato? —El chico se quitó la gorra—. Joder... —musitó, y se rascó la cabeza prácticamente rapada.

—Pues sí. Haz una cosa: cierra —le pidió Rocco.

—¿Que cierre? ¿Y qué le digo al encargado?

—Que te lo ha ordenado el subjefe Schiavone, de la Policía Nacional.

—Ah, son policías.

—¡El chaval nos ha salido listo! Anda, cierra, haz el favor.

—¿Puedo... puedo llamar antes al encargado? Es mi tío y se enfada a la mínima.

—¿Y a mí qué me cuentas?

Mientras el chico corría hacia la garita, el subjefe miró a su alrededor con los brazos en jarras.

—¿Y quién te dice que se pararon aquí? —le preguntó Massimo.

—¿Te digo cómo empiezo a ver la cosa? —El otro asintió—. Veo a la víctima aprovechando una parada en esta gasolinera para escapar hacia el descampado.

Su colega se rascó la nariz.

—Entonces, ¿crees que iban juntos en el coche?

—No lo sé, pero ¿por qué descartar la hipótesis? Llama a los de la Científica y diles que vengán a echarle un ojo a este surtidor.

El subinspector sacó el móvil y se alejó. Entretanto, un coche se acercó. El conductor bajó la ventanilla y, mirando a Rocco, le dijo:

—Póngame veinte euros, por favor.

—¿Me ha visto cara de gasolinero?

—Y yo qué sé. Está ahí parado...

—Está cerrado.

—¿Cómo que está cerrado? ¿A estas horas?

—Está cerrado —repitió.

—¿Y por qué no han puesto un...?

—¡Que se vaya! —le gritó Schiavone.

El conductor metió primera y salió disparado. El chico regresó entonces de la garita con dos conos de plástico.

—Ya está, ¡voy a cerrar!

—Buen chico...

—Mi tío se ha cabreado, pero a mí me han hecho un favor. ¡Me voy a la playa! —exclamó, y se alejó para colocar las balizas a la entrada de la estación de servicio.

Bajo un sol inclemente, Rocco y su compañero regresaron al borde del barranco, donde había un hombre agachado; era alto y delgado y tenía la cara demacrada de un muerto recién resucitado.

—Vaya, el principal de la Científica —dijo Massimo.

Rocco lo miró.

—¡No! ¡Gizzi no!

—¿Lo conoces? Dicen que es simpático.

—De simpático no tiene nada. Y además lo envuelve un misterio que nadie consigue desvelar.

—¿El qué?

—Lo ves, parece un muerto andante, ¿no? Pues, ¿te puedes creer que tiene dos amantes?

—¿Ése?

—Tal cual.

Massimo reflexionó al respecto.

—A lo mejor la mujer ya no le da lo que...

—¡Venga ya! El mero hecho de que alguien como él haya encontrado mujer ya es algo asombroso, pero que encima le ponga los cuernos, ¡entra en el terreno de la ciencia ficción! —Dejó atrás a su compañero y se acercó al hombre.

—Hola —lo saludó, pero no obtuvo respuesta. Agachado sobre la hierba, parecía observar el avance de las hormigas—. Oye, Gizzi...

—Con los pocos agentes que tengo ¿y vas y pides que uno vaya a inspeccionar la gasolinera de la nacional? —protestó el otro.

—Podría sernos útil.

—¡Claro! Si quieres, primero le echamos un ojo al surtidor, luego a la Tiburtina entera y llegamos hasta Montecompatri, ¿no hay problema!

—Hay que joderse... —murmuró Rocco—. A ver, escucha, necesito saber un par de cosas.

El principal levantó la vista.

—Cómo no, hombre. Tú como si yo fuera un supermercado: pásame la lista de la compra.

El subjefe suspiró irritado.

—Mira, querido compañero, a mí tampoco me apetece trabajar a finales de junio, así que te lo pido con educación, ya que te pones de mala leche con tanta facilidad. ¿Serías tan amable de ayudarme diciéndome cosas que sólo vosotros, gracias a vuestra pericia, podéis descubrir?

Gizzi se levantó y se plantó ante Rocco.

—¿Como por ejemplo?

—Como por ejemplo: uno, si habéis hallado restos de sangre y cuánta. Dos: si lo han tirado desde aquí. Tres: si habéis encontrado restos de sangre por el camino que acabo de recorrer... Has visto por dónde he venido, ¿no?

—Sí, lo he visto. Habéis aparecido por aquella loma de allí.

—Exacto. Allí acaba la alambrada. Estaría bien saber si por los alrededores, en dirección a la gasolinera que veréis a unos cien metros por la nacional, hay restos de sangre o algo similar.

Gizzi asintió con una sonrisa, aunque era falsa.

—Descuida, querido colega.

—Ah, y luego tengo un gran regalo para ti y tu equipo. Resulta que hay un preservativo usado en el motocarro con el que he bajado al barranco.

Gizzi meneó la cabeza.

—¿Y a mí qué me cuentas?

—Te lo digo para que no pienses que te oculto nada.

—No estamos ante una agresión sexual. Y no creo que el asesino, después de haber matado al chico, haya echado un polvo en el motocarro. No sé si me sigues...

—Sólo te lo digo. Tú eres el profesional y es cosa tuya valorar la relevancia o no de un análisis. Por mí, como si lo inflas y te haces un globito con el preservativo...

—¡Qué gracioso!

—¿Qué desayunas por la mañana, lejía?

Gizzi lo mandó a paseo con un gesto de la mano y volvió a agacharse para seguir examinando el terreno. Pero Rocco no se decidía a irse.

—Una última pregunta y me largo: ¿por qué los de la Científica sois siempre tan antipáticos?

—Eso no es verdad. Somos meticulosos y respetamos las formas.

—Pues si tan meticulosos sois, ¡ya puedes ir a recoger el preservativo!

—Vete a la mierda, Schiavone.

—El cariño es mutuo, Gizzi.

Rocco giró sobre sus talones y fue a reunirse con Parrillo, que estaba fumando bajo la marquesina de la caseta.

—¡Nos largamos, Parrillo! —El agente tiró la colilla y siguió a su superior—. Te lo advierto: como corras, te mando a casa en transporte público.

—¿En autobús?

—O en metro, lo que prefieras.

—Iré despacio, jefe.

No regresó al despacho hasta bien entrada la tarde. Estaba molido y necesitaba ducharse y quitarse de encima el polvo de mármol y el calor del día, pero no tenía ganas de volver a su casa. No le apetecía afrontar otra velada en solitario, otra noche pensando en lo que le había dicho Marina.

Nada justifica tu comportamiento.

No era una frase de su mujer. Era una idea fija que llevaba obsesionándolo tres días. Aunque también era cierto que, tras tantos años de matrimonio, tenía tendencia a atribuirle a ella palabras que en realidad eran de él y viceversa. Es algo que pasa a menudo, y está entre la simbiosis y la fuerza de la costumbre. A Rocco nunca le había molestado.

—Jefe, ¿quería verme?

De Silvestri, el agente más veterano y valioso de la comisaría, se había asomado a la puerta y había sorprendido a su superior sumido en sus pensamientos.

—¿Eh? Ah, sí, Alfredo, hazme un favor. —Metió la mano en el bolsillo y sacó un recibo en el que había escrito un nombre—. Un tal Luigi Cuticchio. De unos setenta años.

—Voy. ¿Algo más?

—Sí, la cantera que hay en la Tiburtina, en el kilómetro 48. Quiero saber quién es el propietario, cuánto tiempo lleva funcionando, etcétera.

—¿Se lo puedo encargar a Zuccari?

—Sí, es espabilado. ¿No ha llamado Pichi desde el hospital?

—No, no señor.

—Entonces ya está. ¿Te has enterado?

—¿De qué?

—De esa historia del veinteañero muerto en la cantera. Un asunto muy feo. Me vendrá muy bien tu ayuda.

—Descuide, jefe. Siempre a su disposición —dijo y, tras el saludo oficial, se despidió y salió.

Rocco agarró el teléfono y marcó un número.

—¿Seba? ¿Qué haces esta noche?

Sebastiano colgó el auricular y se tumbó en el sofá. El ruido del secador ahogaba el tráfico de la ribera.

—¿Quién era? —preguntó desde el baño Adele, su pareja, que acababa de volver de la piscina.

Sebastiano no soportaba hablar a gritos de un cuarto a otro, dejándose la garganta. Hizo un esfuerzo y levantó sus cien kilos del sofá, resoplando como una vieja locomotora. No estaba gordo y, aunque le sobraban unos cuantos kilos, había sido enorme toda su vida. Cinco kilos sesenta gramos al nacer, con un crecimiento ininterrumpido hasta los dieciocho años, edad en la que ya tenía barba cerrada y unos brazos como las patas traseras de un caballo. Viéndolo así, con aquella lentitud de paquidermo, podía engañar. Algo que a muchos les había costado caro. Sebastiano era ágil además de fuerte. Como un oso, una despiadada máquina de guerra que en pocos segundos reducía a papilla al enemigo.

—¡Cari, ¿que quién era?!

Llegó al baño y se apoyó en la puerta, que crujió. Se quedó ensimismado contemplando a Adele, mientras ella se secaba con aire caliente el pelo largo y negro, sedoso y brillante. Parecía que fuera en moto, o en la proa de un barco que surcara los mares.

—¡Oh, no te había visto!

—Era Rocco. Voy a llevármelo a cenar.

—¿Qué ha pasado ahora?

—Mira, si quieres hablar, apaga ese chisme, que me voy a quedar ronco.

Molesta, Adele dejó el secador y se volvió.

—Vale, ya lo he apagado. ¿Mejor?

—Qué guapa estás.

Adele sonrió.

—No.

—¿No qué?

—Que no, que tengo que irme a casa de mi hermana y no puedo perder tiempo.

—A continuación, previendo la protesta de Sebastiano, añadió—: Sé muy bien adónde quieres ir a parar cada vez que me dices un piropo. Al dormitorio, a la cama, y no acabamos en menos de una hora.

—No quiero ir a la cama, aquí en el baño me va bien.

—Tú siempre tan romántico... Anda, venga, cuéntame qué ha pasado. —Se volvió hacia el espejo y empezó a peinarse.

—Creo que a Rocco le pasa algo. Cuando me llama y quiere ir a cenar significa

que hay un marrón sobrevolando.

—Pero ¿vas tú solo?

—No. También van Brizio y Furio.

—Los cuatro truhanes. —Adele encendió de nuevo el secador y siguió con la tarea.

—Deberías secarte el pelo en la piscina, cuando vas a nadar —le gritó Sebastiano—. Si no, luego te duelen las cervicales.

—Allí no hay secadores. Bueno, sí los hay, pero son muy malos y te destrozan el pelo —respondió Adele, contemplándose en el espejo y sonriendo.

Poco después Sebastiano se sintió observado y, al volverse, vio que el reflejo de Adele lo miraba.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Llama a Brizio y a Furio. ¡Tengo una horita!

Jamás entendería a las mujeres. Aun así, obedeció.

—Está bien, Seba, hasta la noche.

Brizio colgó y regresó con la pareja que lo esperaba de pie en medio de la estancia.

—Bueno, como les decía, éste es el salón, que está separado de la zona de estudio por un tabique. Bastaría tirarlo para multiplicar por dos los metros cuadrados...

Por norma general, él no iba a enseñar los pisos a los clientes, era una tarea que solía dejar en manos de sus dos empleados, pero esa vez era distinto. Se había trabajado a la pareja con tacto y entrega, la había halagado y cortejado, le había enseñado unos seis pisos en Parioli, todos por encima del millón de euros, listos para entrar a vivir. Brizio, con su metro ochenta y cinco de altura, su pelo rubio cobrizo siempre peinado y repeinado, pese a que con los años amenazaba con empezar a clarearle un poco, trataba de tomárselo con calma con el matrimonio Molinari. De haber querido, a esas alturas podría haber zanjado el asunto con el tercer inmueble, un cuarto piso en via Gramsci de ciento veinte metros cuadrados y un propietario dispuesto a negociar y a rebajarles incluso cien mil euros. Pero Brizio Marchetti, el dueño de la inmobiliaria homónima, «Marchetti, casas y más», había titubeado y les había insinuado que tal vez hubiera algo mejor. No era verdad. El de via Gramsci era una ganga, pero Brizio no tenía ganas de zanjar nada. El motivo no era su meticulosidad ni su honradez como agente inmobiliario, porque no era ni lo uno ni lo otro, sino Elisabetta Molinari. Una mujer capaz de llevar a la quiebra a una multinacional, por no hablar de una agencia inmobiliaria como la de Brizio, que era más una tapadera para sus trapicheos que un negocio de venta de viviendas. Tenía la piel de color bronce, una cabellera morena y lisa que le caía por la espalda, ojos grises y un cuerpo de junco que parecía cimbrear sobre mármoles y parquet. En contraste con la delicadeza de ese cuerpo, dos senos turgentes apuntaban bien alto y hacían que a Brizio le costara concentrarse en las normas urbanísticas y el estado de la carpintería. Lo había intentado todo, pero Elisabetta Molinari era una roca

inexpugnable; un fortín defendido por mil trampas y asechanzas. Tras seis encuentros, aún no había conseguido arrancarle una sonrisa, una caída de ojos, nada. La culpa era del marido. Federico Molinari era un hueso. Quince años mayor que su mujer, con una fábrica de tornillos y pernos y una cuenta en el banco con muchos ceros. Buscaba una segunda residencia en Parioli; la primera era una villa en Vicenza declarada patrimonio artístico. Molinari era un caballo ganador, y su mujer Elisabetta no iba a jugarse el tipo por alguien como Brizio. Atractivo, sí, simpático y un poco zafio; a algunas mujeres, un semianalfabeto con los músculos en su sitio podía parecerles divino para un par de noches, pero nada más. Al menos eso se decía Brizio. No le cabía en la cabeza que simplemente no le gustase a Elisabetta Molinari y punto. Aquella era la última cita con el empresario, que quería cerrar de una vez por todas el asunto; no podía perder más tiempo por una segunda residencia en Roma.

—¿Por qué no viene su mujer a ver el resto de pisos? Tengo algunas propuestas más que hacerles —había sugerido Brizio, salivando ante la perspectiva de quedarse a solas con aquella mujer en una casa deshabitada para intentar el asalto final. Le venían a la mente y a los ojos las imágenes de *El último tango en París*.

—Porque mi mujer y yo visitamos las casas juntos —le había respondido el empresario.

Aquél era, por tanto, el último día que vería a Elisabetta Molinari: debía intentar lo imposible.

—Puede que no necesiten un salón tan espacioso, pero el golpe de efecto nada más entrar es excepcional, ¿no les parece?

Elisabetta contemplaba las vistas desde la ventana. Molinari asentía con la cabeza mientras reflexionaba.

—Sí... ¿Qué te parece, Eli?

—No lo sé. No sabría decir. Me gustaba más el de via Gramsci —respondió con un hilo de voz la mujer, que ese día vestía una falda ceñida que le sentaba como un guante.

Brizio sudaba y no conseguía mantener quietas las manos.

—Bien, el de via Gramsci sigue libre. ¿Quieren hacer una oferta?

—¡Podríamos haberla hecho hace un mes! —exclamó el empresario, dedicándole una mirada torva.

—Lo siento, creía que a mayor abanico de posibilidades, más ocasiones.

—Pues se equivocaba. Está claro que no se dedica usted a las finanzas. ¡Cuando se te presenta un negocio, no hay más que hablar! Se cierra y no se queda uno pensando. ¡Yo ya lo habría zanjado, de no ser por ella! —dijo, señalando a su esposa.

Una campana repicó en los oídos de Brizio. ¿Su mujer había alargado los tiempos? ¿Ella? ¿Elisabetta había querido seguir viendo pisos a pesar de que tenía claro que el de la via Gramsci era el que quería comprar? Sonrió. Aún no estaba todo perdido.

—¿Por qué sonrío? —le preguntó el marido.

—Porque me alegro de que hayan encontrado el piso adecuado.

—Bien, pues vayamos a la agencia y cerremos el trato.

El empresario se dirigió a la puerta a grandes zancadas. Elisabetta se volvió hacia Brizio.

«Ahora o nunca», se dijo éste.

—Siento haberlos decepcionado.

La mujer le sonrió por primera vez y Brizio se quedó como si le hubieran pegado un puñetazo en la cara; tan bello fue el gesto.

—No se preocupe, usted lo ha hecho muy bien. Ya me di cuenta de que quería alargar el asunto, ¿qué se cree?

«Ahora o nunca», se repitió.

—Es cierto —reconoció, acercándose a la mujer—. Y lo siento, pero no podía hacer otra cosa.

—Ni yo —respondió ella.

«Ahora o nunca.»

—Elisabetta, me gustaría invitarla a cenar.

—No —le respondió con tranquilidad. Una cuchilla helada detuvo la circulación de Brizio—. Ha sido muy amable alargando el tema, me ha venido muy bien. Y ahora, si no le importa, me gustaría volver abajo.

—Perdone... yo creía... pero ¿por qué? ¿Tiene ya a alguien en Roma?

—A patadas —respondió Elisabetta desempolvando un acento del Testaccio—. Pero no vaya por ahí metiéndose donde no lo llaman. Con permiso. —Y salió de la habitación con una sonrisa.

No era la primera derrota que sufría Brizio, pero nunca había sido tan absoluta, tan despiadada y sin posibilidad de réplica. Con todo, experimentó cierta admiración por Elisabetta y se lo tomó a risa.

—¿Del Testaccio? —le preguntó mientras salía por la puerta.

—De la Garbatella, para ser más exactos —respondió ella, yéndose.

Brizio llamó a Furio para sumarse a la velada con Rocco.

Las chispas rebotaban contra el metal e iluminaban los rostros de dos hombres con máscaras de soldar.

—¡No hay manera de abrirla! —protestó Furio.

—Se hace la dura —respondió el más viejo, apagando el soplete oxhídrico—. No sé qué decirte, Furio.

Ambos se pusieron en pie y se quedaron mirando la caja fuerte.

—Es una Lips Vago de los setenta, debería fundirse como la mantequilla.

Furio se pasó la mano por la cabeza. La luz de los neones se le reflejaba en el cráneo sudado.

—No sé cuántas habré abierto como ésta —comentó el otro, Remo, y dejó el soplete en el suelo.

A Furio le entraron ganas de emprenderla a patadas con la caja.

—¿Qué alternativas tenemos, Remù?

—Meterle un buen petardo. Pero para eso hay que llevársela al campo. Si lo hacemos aquí, en el garaje, puede oírse hasta en el Coliseo.

Furio asintió. Le había costado sudor y lágrimas trasladarla desde la tienda de via dei 4 Cantoni, dos días de preparativos, más toda una noche para entrar en la joyería. Y ahora la muy cabrona no quería abrirse.

—Déjame que vuelva a intentarlo —dijo Remo, arrodillándose de nuevo para coger el soplete.

Se cubrió el rostro y retomó la tarea. Furio se quedó un momento mirando fijamente las chispas, antes de que se le nublara la visión, y luego se volvió para beber un trago de la botella de agua que había dejado sobre las garrafas de aceite.

—¡Jódete, zorra! —gritó Remo.

Furio se volvió. El anciano lo miraba con ojos risueños.

—¡Remo uno, caja fuerte cero!

Había cedido. Furio se abalanzó sobre el cubo metálico mientras su compinche cogía unas tenazas y arrancaba el círculo perfecto de metal que había abierto por todo el perímetro. La Lips Vago parecía una lata de sardinas. Metió la mano y sacó varios estuches de terciopelo. Abrió uno. El collar que había en el interior destelló ante los ojos entusiasmados de los dos camaradas. Furio se llevó una lupa de relojero al ojo. Sonrió.

—Bien... muy bien. —Abrió un segundo estuche y casi se puso a llorar de alegría al ver las diez piedras rojas—. Rubíes... ¡Leche, Remo!

Satisfecho, el viejo se levantó y empezó a ordenar sus herramientas. Furio revisó un estuche tras otro. Luego se levantó de golpe.

—Ten, Remo, ¡esto para ti! —le dijo, y le entregó un paquetito de color burdeos.

—¿Qué es?

—Diamantes. Puros. Ahí dentro van unos veinte mil euros.

Remo titubeó.

—¡Cógelos!

—¿Por dos horas de trabajo...? Me parece excesivo, Furio.

—Tú cógelos, Remù, y dale un abrazo a tu mujer de mi parte.

El anciano alargó la mano callosa y se guardó el paquete.

—Gracias, eres...

—No digas nada, no vayamos a ponernos a llorar. Cuídate.

Remo se despidió con una leve inclinación de cabeza y, cargado con las herramientas, salió del garaje dejando a su compinche con los estuches. Entonces a Furio le sonó el móvil.

—Dime, Brizio.

—Buenas. ¿Qué haces?

—Currar. ¿Es urgente?

—Cena esta noche con Rocco, ¿puedes?

—Invito yo.

—¿Y eso?

—Digamos que hoy me han ido bien los negocios.

—Pero ¿por qué siempre tenemos que quedar en el Roma Sparita? —preguntó Rocco, acercándose a la mesa.

Al aire libre, bajo un manto de estrellas, con una brisa ligera y las luces del Trastévere, el restaurante estaba hasta la bandera, aunque siempre había un rincón para Rocco y sus amigos.

—Si *cacio e pepe* quieres comer, a Roma Sparita has de volver —respondió Sebastiano, reprimiendo un eructo. El spritz le subía ya por el esófago.

Viéndole los bíceps, los pectorales y la barriga contenida a duras penas por el Lacoste rosa, parecía que fuese a explotar en cualquier momento.

—¿Has compuesto tú esa gilipollez? —le preguntó Brizio, siempre igual de repeinado y con una camiseta con un misterioso logotipo de ultramar.

—¿No te gusta, Brizio?

—No, Sebastia. Puede que rime, pero suena como el culo.

—¡Habló el poeta!

—La verdad es que a mí en verano no me apetece comer *cacio e pepe* —intervino Furio, que llegaba en ese momento y se sentó remangándose la camisa de lino blanco que resaltaba su bronceado.

Siempre era el primero en ponerse moreno y el último en perder el color. El secreto era la terraza de su casa, donde se tendía embadurnado de crema para broncearse tanto con el primer sol de mayo como con los últimos coletazos otoñales.

—Pues si no te apetecen unos *cacio e pepe*, pídete una pizza —le propuso Brizio, pasándose la mano por el pelo.

—No, por la noche la pizza me da gases y luego no puedo dormir.

Se acomodaron. Sebastiano escrutó las otras mesas en busca de caras conocidas, Furio se lió un cigarrillo

y Rocco echó mano del paquete de Camel, mientras que Brizio tenía ya la mirada puesta en un grupito de turistas a la derecha, en el que dos escandinavos sonrientes y con las mejillas sonrosadas por el sol italiano reían y charlaban en un idioma incomprensible.

—¿Qué haces, tomar apuntes para la paja nocturna? —le preguntó Furio.

Brizio se limitó a sonreír.

—Son demasiado jóvenes, Bri... —comentó Rocco—. Veinticinco como mucho...

—¿Sabéis lo que dice el poeta?

—A ver la gilipollez... —bramó Sebastiano.

—La rosa cortada por la mañana, por la tarde está ya marchita.

Rocco se lo quedó mirando.

—¿Se supone que así hablan los poetas?

—No, se trata del concepto. Yo no sé recitar versos con las palabras de los poetas...

—Pobrecillo —murmuró Furio, lamiendo el cigarro.

—Bueno, a ver, ¿qué comemos? —preguntó Sebastiano, tocándose la barba—. Yo me quedo con los *cacio e pepe*.

—Venga, me apunto —dijo Furio, con aire derrotado.

—Y para mí también —se sumó Brizio—. ¿Y tú, Rocco?

—Pufff, no sé... No tengo hambre.

—Es el verano —dijo Furio con un suspiro.

—No, es Marina —respondió Rocco.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —preguntó Sebastiano, y su voz traslució cierta alarma. Rocco miraba los reflejos en su copa vacía.

—Se fue hace tres días.

—Hostias —se le escapó a Furio—. Ahora entiendo lo de la cena. ¿Y por qué?

—Ha descubierto algunas cosas.

Los tres amigos se concentraron en la cara del subjefe.

—¿A qué te refieres?

—A lo que acabo de decir, Brizio. A que se ha puesto a investigar, en los papeles, en las cuentas. Y me ha hecho preguntas de esto y lo otro.

—¿Y tú qué has hecho? —lo apremió Sebastiano.

—¿Qué querías que hiciera? Me preguntó de dónde había sacado tanto dinero. Ella sabe lo que cobro al mes.

—¿Y no le dijiste lo de la imprenta de tu padre?

—No se lo creyó, Brizio...

La reflexión colectiva suscitó un silencio que no tardó en llenar el vocerío del resto de clientes y, en particular, la risa de las escandinavas. Furio tomó entonces la palabra.

—Pero ¿cuánto le has contado? —preguntó con cierto énfasis.

—Un poco —respondió Rocco, encogiéndose de hombros—. Me da que no volveré a verle el pelo.

—No digas eso. Es normal. —Sebastiano puso su zarpa peluda sobre el antebrazo de su amigo—. Ella no está acostumbrada. Viene de los barrios altos. Yo me habría oído algo antes, pero Marina es pura. Ya verás como, en cuanto se le pase el enfado, te suelta un buen chorreo y vuelve.

—¿Tú crees?

—Seguro. Pero ¿adónde ha ido?

—A casa de sus padres.

Furio se atragantó con el humo y empezó a toser.

—Entonces, como mucho en otro par de días la tienes de vuelta. ¿Cuánto crees

que va a aguantar en casa de sus padres?

—Pues con cuarenta años... —masculló Rocco, que tenía un cigarrillo en la mano, pero no se decidía a encenderlo.

—Sebastiano tiene razón —intervino Brizio, al tiempo que servía agua en los vasos—. Porque tampoco es que nos conozca de ayer, ya debía de tener sus sospechas.

—Ella sabe que sois tres delincuentes y que somos amigos desde hace mucho. Lo que no sabía era que los delincuentes fuésemos cuatro —dijo Rocco con la cabeza gacha.

—Es como la historia de los tres mosqueteros —intentó consolarlo Brizio—. Todo el mundo espera tres, pero luego resulta que son cuatro.

—Ya. ¿Y me podrías explicar por qué se titula *Los tres mosqueteros* si son cuatro? —preguntó Furio.

—Léete el libro, ignorante.

—Sí, claro, porque tú lo has leído, ¿no, Seba? —replicó Brizio, irónico.

Sebastiano se estiró con gesto triunfante en su silla.

—Al principio son tres porque son amigos... Bueno, en realidad mosqueteros hay más, pero en el libro se habla sólo de tres que se llaman Athos, Portos y esto... Aramis. D'Artagnan llega luego y los desafía a los tres, pero en vez de matarlo, lo acogen en el grupo. Y se hace también mosquetero. Pero sólo al final. Al principio D'Artagnan es un pobre ingenuo. Por eso se titula *Los tres mosqueteros*. Si le hubiesen puesto *Los cuatro mosqueteros* habrían destripado el final, ¿no lo ves?

Los tres amigos lo miraron, atónitos.

—Joder, Sebastiano, ¿me estás diciendo que de verdad te lo has leído? —le preguntó Brizio.

—No. Vi la película cuando la pusieron en Sky.

—Ah —dijeron todos a una, y se relajaron.

—¿*Cacio e pepe* para los cuatro? —gritó el camarero detrás de ellos.

—Sí —respondió Sebastiano.

—Yo la verdad es que... —intentó disentir Rocco, pero las réplicas en voz alta de Brizio y Furio lo callaron y zanjaron así la comanda.

El camarero se volvió por donde había venido.

—Cuatro *cacio e pepe*...

Rocco abrió los brazos con impotencia.

—¿Y si hubiera querido unas verduras a la plancha?

Brizio le dio una palmadita en la espalda.

—¿Qué te pasa, estás recuperándote en San Camillo y por eso vas a pedir verdura a la plancha?

—Ya puesto, ¡podrías pedir una sopita de letras! —intervino Sebastiano.

—¡O una buena *minestrone*! —Furio se echó a reír, pero Rocco seguía con el rostro serio.

—Mira, Rocco, si piensas pasarte toda la noche con esa cara larga mejor que no hubieras salido —le dijo Sebastiano.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Quedarse en casa mirando las musarañas? —replicó Brizio—. Oye, pero ¿por qué no vas a casa de Marina?

—Porque sus padres se cabrearían. Además, estamos muy viejos para esas cosas, ¿no? Tendría que haberme ido yo a un hotel.

—No, recuerda que *mi casa es tu casa*[1] —le propuso Sebastiano.

—Claro, ¿por qué no? Así podría ver cómo te peleas todo el santo día con Adele. Deja, deja... Bastante tengo ya con lo mío.

—Entonces vente a mi casa y que Marina vuelva a via Poerio.

—Gracias, Furio, pero ni siquiera he conseguido hablar con ella todavía. Tiene el teléfono apagado.

—Yo mi casa no te la ofrezco. Stella se ha ido a hacer un curso de patronaje ¡y estoy demasiado bien solo! Aunque hoy me haya dado calabazas una a la que llevaba días rondando... Buscaba casa por Parioli. O sea, que tengo que resarcirme... —Dicho esto, Brizio volvió a mirar a las escandinavas.

—Ah, conque se va Stella y te pones a hacer marranadas.

—No. Pero poder estar con los huevos al aire, dejar el botellín de cerveza en la mesa aunque quede cerco en la madera, no pasarme el día levantando y bajando la tapa del váter... En fin, ¿quieres que siga? ¡Déjame que lo disfrute, ¿no?!

—No le falta razón —concedió Sebastiano.

—Yo que tú iría a casa de sus padres, llamaría a la puerta y le diría: vuelve, tenemos que hablar.

—Pero ¿qué dices, Brizio? —Furio tiró el cigarrillo al suelo—. Si una mujer te dice: necesito estar sola, la dejas en paz. Entrometerse sólo empeora las cosas. Pero mira, Rocco, de repente se me ha ocurrido una idea. —Apoyó los codos en la mesa, se inclinó hacia delante y prosiguió en voz baja—: ¿No será que a Marina le ha sonado el reloj biológico?

—¿Te refieres a hijos?

—Claro...

—No, nunca me ha hablado de eso. Ya te lo he dicho, es una cosa de los dos. Ha descubierto una parte de mí que no le gusta y tiene que pensar en ello y valorarlo. ¿Sabéis lo que quiero decir? Que, bien mirado, hasta me parece justo que se tome un tiempo. Poneos en su lugar...

Sus amigos se lo quedaron mirando.

—Imaginaos que soy yo el que descubre un secreto suyo.

—Pero ¡las mujeres siempre tienen secretos!

Sebastiano le pegó una patada a Brizio y dijo:

—Cállate y déjalo hablar.

—Pero no cualquier secretillo tonto —prosiguió Rocco—. Algo gordo. Como lo mío.

—Sinceramente, no veo a Marina traficando con marihuana...

—No me refiero a eso, Seba.

—¿En plan... un amante? —preguntó Furio.

—Si yo pillara a Adele con un amante, la mandaba a tomar viento de dos patadas en el culo —dijo Sebastiano.

—Un amante no, hombre. Me refiero a... ¿qué te diría yo? Eso es, descubro que mi mujer ha abortado sin decírmelo.

—Eso no sería un secreto, ¡eso sería tener mucha potra! —dijo Brizio riéndose.

—¿Te quieres callar, Brizio? —Sebastiano le propinó una segunda patada, pero esta vez su amigo se había protegido las piernas bajo la mesa y el pie gigante del otro dio contra la pata e hizo oscilar el agua de los vasos.

—Brizio, de verdad, ¡tienes la sensibilidad de un hipopótamo! No sé cómo te soporta Stella.

—A ver, atended —dijo Rocco, retomando el hilo—. Imaginaos que Marina esperaba un hijo mío y abortó sin decirme nada.

—Adele dice que una mujer tiene derecho a hacer eso. Que ella es la que tiene que decidir.

—¿Y tú estás de acuerdo?

—Ni de coña. Si Adele abortara la mandaría a tomar viento...

—De dos patadas en el culo —concluyeron a coro Furio y Brizio.

—Bueno, el caso es que a mí también me reconcomería que Marina no me dijera una cosa así. En ese caso, ¿cómo creéis que reaccionaría yo?

—Lo siento, amigo mío, pero no es lo mismo. —Furio estaba liando su segundo cigarro—. No se parece en nada. Te lo explico. Marina no es que haya descubierto una cagada tuya concreta, una mentira. No. Marina ha descubierto que tal vez seas una persona distinta. No es lo mismo, ¿entiendes? Es como si tú descubrieras que ella se dedica a follar por ahí a diestro y siniestro, a ir a fiestas de intercambio de parejas en chalets, a practicar sadomaso con una amiga... Vamos, como si descubrieras ahora que es ninfómana.

—Tampoco es que ése sea el mejor ejemplo —intervino Brizio—. Porque si así fuera y Marina resultara ser una ninfómana, entonces nos íbamos todos a casa de Rocco y no sabes tú qué risas.

—Mira, Brizio, ya está bien, esto es serio. —Furio pegó una palmada en la mesa—. Estoy intentando explicar... Voy a poner otro ejemplo, Rocco, escucha. Es como si tú descubrieras que Marina en realidad es una asesina a sueldo.

—¡Eso sería imposible! —gritó Rocco.

—Exacto. Imagínate que hace diez días, bromeando, Marina y tres amigas tuyas estuviesen jugando a este mismo juego. Y que una amiga le dijese: Marina, ¿tú qué harías si descubrieras que tu marido se saca un dinerito extra vendiendo maría, robando y engañando? —Los otros tres se lo quedaron mirando—. Os lo voy a decir yo: Marina habría reaccionado justo como tú, habría gritado: «¡Eso sería imposible!»

Y luego vuelve a casa y descubre que es verdad. Ahí lo tienes. Para Marina, Rocco es trigo limpio, bueno, lo era hasta hace tres días —precisó Furio—. Pero resulta que ha descubierto que no es así. Y ahora sigamos con el ejemplo. Descubres que ella es un sicario. ¿Qué harías?

—Esperaría no estar en su agenda —respondió Rocco.

Los amigos rieron.

—De todas formas no es lo mismo —intervino Brizio, y volvió a contemplar a las suecas—. Para una mujer es distinto. Ellas se fían de nosotros y siempre las desilusionamos. Una mujer es más difícil que haga algo así. Por eso el ejemplo no funciona.

Y con gesto triste se levantó y se acercó a la mesa de las turistas. Los otros tres lo siguieron con la mirada.

—¿Qué hace?

—Prueba con las suecas. Y está triste porque en realidad no quisiera hacerlo, pero no puede evitar ponerle los cuernos a Stella —sentenció Sebastiano.

—¡Cuatro *cacio e pepe*! —gritó el camarero con los platos humeantes en las manos.

—¡Brizio, la comida! —gritó Sebastiano. Luego le dijo al camarero—: Si no nos traes el vino, se nos van a quedar los espaguetis a mitad de camino.

—Venga, Sebastiano —replicó el hostelero, dejando en la mesa el primer plato—. Si esto entra solo. Pero ahora os lo traigo. ¿Blanco o tinto?

—¡*Cacio e pepe* se toma con tinto! —apuntó Rocco, al tiempo que Brizio regresaba a su sitio en la mesa.

—Entonces uno ligerito. Y dulce, para que se nos quiten las penas.

El camarero se alejó silbando, mientras una maraña de brazos de clientes se levantaba para llamar su atención.

—¿Qué le has dicho a Suecia? —preguntó Sebastiano enredando la pasta humeante que contenía la corteza de pecorino en forma de cestito que hacía las veces de plato.

—Nada. Sólo quería mirarles los muslos.

—¿Y qué tal?

—Hemos venido a comer, ¿no?

Tras declinar la invitación a jugar al póquer en casa de Brizio, Rocco subía ya por via Garibaldi con la moto, en dirección a Monteverde, cuando a la altura de la fuente del Janículo frenó. Contempló la Roma que se extendía ante él como un lienzo iluminado. Las cúpulas, los edificios, las luces de las farolas. Al norte estaba Marina en su cama de adolescente, puede que con un libro en la mano, quizá ya dormida. En Roma, cambiar de barrio era como mudarse de país. El Trastévere se encuentra a años luz de la avenida Trieste, del mismo modo que el barrio del EUR está en las antípodas de Flaminio. Se acaba viviendo recluido en el propio barrio y sólo se visita

el resto de la ciudad para recados o cuestiones burocráticas. El resplandor de la fuente iluminada le dio fuerzas para hacer un cambio de sentido, bajar hacia la via della Lungara y volver a doblar por la orilla hasta el puente Mazzini, para volver a subir hasta Valle Giulia, atravesar el zoológico, el barrio de Parioli y llegar finalmente a la avenida Trieste. Se detuvo en via Topino. Apagó el motor, se quitó el casco y miró hacia arriba, a las ventanas de la tercera planta. Las luces estaban apagadas: o Marina dormía o no estaba en casa. Un resplandor tenue pintaba de azul las cortinas del salón: alguien estaba viendo la televisión. Hacía años que no caminaba por debajo de aquellas ventanas. Y esa noche de verano el perfume de las flores estaba destrozándole el corazón. Miró hacia la azotea donde habían descorchado una botella de champán el día que empezaron a salir y desde donde habían contemplado cómo se perdía el tapón calle abajo. Habían reído con la botella en la mano, se habían besado y ahora a Rocco le dieron ganas de buscar ese tapón, quizá siguiera en el suelo, bajo las ruedas de aquel Citroën o entre el seto de adelfas. La hiedra había crecido y ocultaba toda una esquina del bloque.

A saber si el portero, Walter, seguiría vivo. Y si en el segundo piso residirían todavía los gemelos, Pierfrancesco y Giampaolo. Eran idénticos y, para ayudar al prójimo, la madre los vestía igual. No recordaba si el que jugaba al fútbol era Giampaolo o Pierfrancesco, aunque quizá ni ellos mismos lo sabían. Eran buenos chicos. Puede que se hubieran independizado y vivieran juntos, compartiendo trabajo y mujeres, alegrías y responsabilidades. Alguien había pintado de negro la escalera de caracol que iba del balcón del salón a la azotea del edificio. Antes era blanca.

En ese momento, un coche se detuvo ante el portal. Se abrió la portezuela y Marina se apeó. Rocco sintió un mazazo en el estómago, como la primera vez que la había visto. Se sujetaba el pelo con una mano mientras se despedía de su acompañante asomándose por la ventanilla.

«¿Quién coño es ése?», se preguntó Rocco, aguzando la vista.

El coche se alejó sin esperar siquiera a que Marina abriese el portal y pasó por delante de su moto. El subjefe leyó la matrícula: AX 213 XB.

Podría haber echado a correr y haber alcanzado a su mujer, pero descartó la idea. No le convenía por tres razones: la primera de orden moral, porque le había prometido que no iría a buscarla; la segunda, de orden psicológico, porque era demasiado patético que lo pillase debajo de su casa, como un colegial celoso, y la tercera era de orden fisiológico, porque el vino estaba oprimiéndole la vejiga y sabía que, en cuanto se levantase del sillín, tendría que mear en menos de un minuto. Y no le pareció muy oportuno hacerlo contra aquellos muros señoriales de via Topino mientras intentaba refloatar su matrimonio. Esperó, por tanto, a que se encendiera la luz del cuarto de Marina y se fue con la intención de tener lo antes posible unas palabras con el dueño del Audi matrícula AX 213 XB.

No se durmió hasta las tres, después de ver una película entera de Sergio Leone. El sueño le venció en el sofá y luego tuvo que arrastrarse hasta la cama. No eran ni

las siete cuando alguien abrió la puerta de la casa. Pegó un bote.

«¡Marina! Ha vuelto», pensó.

—¿Quién es?

Pero no obtuvo respuesta. Se levantó y se asomó al salón.

Era Inna, la mujer de la limpieza.

—Ah, es usted —dijo apenado.

—Buenos días, señor.

Se volvió para regresar a la cama.

—¿La mujer en casa?

—¿Eh?

—¿Ha vuelto mujer?

Rocco no recordaba la excusa que había utilizado para justificar la ausencia temporal —así lo esperaba— de Marina.

—No, Inna, no ha vuelto.

La ucraniana abrió mucho los ojos.

—¿Todavía no? ¿Cuánto dura viaje?

Se le encendió la bombilla: un viaje a Florencia con las amigas, le había dicho Rocco.

—¿Y a ti qué te importa, Inna?

—No, nada. Perdón. —La mujer se quitó la chaqueta de algodón y la dejó en el sofá.

Rocco pensó entonces que volver a la cama era perder el tiempo y decidió prepararse un café.

—¿Quiere hago yo?

—Inna, es de cápsulas, tan sólo hay que apretar un botón. Puedo solo.

—¿Ha acordado usted comprar amoníaco y desengrasante?

—¿Cómo?

—¿En el supermercado?

—No, yo no voy a esos sitios.

Entró en la cocina y encendió la cafetera. Nunca le habían gustado los muebles de aluminio, le recordaban la cocina de un hospital. Inna lo siguió para ir al cuarto de las escobas.

—Entonces paso aspirador, ¡ya que está levantado!

No respondió. Cogió una taza y el azúcar del armario y esperó a que la luz de la cafetera dejara de parpadear.

—Necesito favor —le dijo la mujer.

De espaldas, Rocco puso los ojos en blanco. Metió la cápsula y colocó la taza debajo de la boquilla.

—¿Qué favor?

—Para un amigo. Pasaporte renuevo.

—Inna, eso hay que hacerlo a través de la embajada.

—No, él italiano.

—Pues entonces que vaya a la jefatura y haga la solicitud.

Pulsó el botón y al poco el café caliente y aromático llenó la taza con toda su cremosidad.

—¿Puede ayudar usted?

Rocco apagó la máquina. Echó media cucharadita de azúcar en el café y lo removió.

—Entonces, ¿puede ayudar?

—Inna, acabo de levantarme y me estoy tomando el café, haga el favor de no dar por culo. —Posó los labios en la taza y por fin bebió. Estaba bueno. Se volvió hacia la mujer, que estaba inclinada sobre el aspirador, encajando el tubo—. Y, además, para eso no hace falta un subjefe. Basta con ir a cualquier comisaría.

Se terminó el café, dejó la taza en el fregadero y salió de la cocina bajo la atenta mirada de la ucraniana, que sonreía con malicia. Hasta un ciego se habría dado cuenta de que su mujer se había largado y que no había ningún viaje a Florencia. Inna nunca había soportado a aquel hombre arisco y maleducado, y verlo sufrir le alegró el día.

Estaba bajando la pata de la moto cuando vio bajar a Alfredo De Silvestri por la escalera de la jefatura. El agente iba a paso rápido, más de lo que le permitían su edad y sus músculos. A medio camino levantó un dedo para atraer su atención.

—¡Señor Schiavone! —gritó.

El tráfico de la avenida Cristóbal Colón era ya intenso.

—No me dejas ni llegar al despacho.

Alfredo, jadeante y con dos cercos de sudor en la camisa, bajo las axilas, se detuvo a un metro de él.

—¿Quiere saber primero las buenas noticias o las malas noticias?

—Mira, Alfrè, haz lo que te parezca. —Se quitó las gafas de sol y se las guardó en el bolsillo delantero de la chaqueta.

El agente se lo quedó mirando y dijo:

—No ha dormido, ¿verdad?

—No. El calor. ¿Y bien?

—La mala noticia es de la estación de servicio de detrás de la cantera. No tenían videocámaras.

—Eso ya lo sabía. ¿Y la buena?

—La buena es que la noche del asesinato tres personas pusieron gasolina y pagaron con tarjeta.

Rocco empezó a subir la escalera.

—Pero ¿tú crees que iban a cometer un error así? ¿Qué más?

—Espere, ¿adónde va? Ha llamado también el juez, D'Inzeo, y lo ha citado en casa de la víctima. En casa de la madre dentro de... —De Silvestri consultó el reloj—

... media hora. En via Ceneda, en el barrio de San Giovanni. Si conduce Parrillo, seguramente llegue.

Schiavone se detuvo en mitad de la escalera.

—¿Algo más?

—Sí, el juez ha mandado también que vayan submarinistas a inspeccionar la laguna de la cantera.

—Me parece una gilipollez.

—Y a mí. Pero mejor se lo dice usted.

—Dios me libre. Me voy a casa de la madre de ese pobre infeliz. ¿Me has mirado lo del historial de Luigi Cuticchio, el vigilante?

—Sí, pero no sé si son buenas noticias. Tiene antecedentes, pero poca cosa. Robo, un par de timos. En total se ha pasado cinco años en prisión.

—Un pobrecillo reincidente. Vale, Alfredo, venga, mándame a Parrillo y dile que lo espero aquí. —Le dio una palmada en el brazo.

—No hace falta. Está esperándolo en el aparcamiento.

Rocco bajó los peldaños y se dirigió hacia la parte trasera de la comisaría.

—Estás en todo.

—¡En casi todo!

En ese momento, se habría cambiado con gusto por Alfredo, que subía la escalera blanca y deslumbrante. Ir a ver a los parientes de las víctimas era posiblemente lo peor de su trabajo, algo a lo que nunca se acostumbraría. Pensó en el periodista, el padre del muchacho. ¿Estaría en casa de la ex mujer? Lo dudaba. Habría apostado a que en ese momento el pobre estaba en la cama de un hospital, lleno de tubos y electrodos.

Había dado en el clavo. Alberto Ferri se encontraba en la unidad de cuidados intensivos del hospital Sant'Eugenio, recuperándose de un infarto de miocardio. Fue lo primero que les dijo al juez y al subjefe Clara Caputo, antigua señora Ferri, antes incluso de hacerlos pasar al salón. La mujer no tenía ninguna intención de ir a ver a su ex marido, para eso ya estaba Monica, su compañera de trabajo y amante, causa de su divorcio. Clara tenía el pelo suelto y despeinado y sus ojos ya no eran más que dos cercos negros, más negros aún que las ojeras que los rodeaban. Con los labios exangües, temblaba sentada en un silloncito junto a la ventana. La palidez de su rostro destacaba sobre las paredes pintadas de la casa como en la paleta de un pintor, lo mismo que sobre los muebles, los tapizados y las figurillas de las estanterías, un caleidoscopio que, en vez de alegrar, ahogaba la luz y lo hacía todo más opresivo. Hasta las cortinas, moradas y naranja, sofocaban el ambiente. Rocco sintió el impulso de arrancarlas, abrir las ventanas de par en par y dar dos manos de pintura blanca.

—Sentimos mucho molestarla, señora... pero tenemos que hacerle unas preguntas sobre su hijo —empezó el juez.

Clara asintió débilmente y, mordiéndose los labios, apoyó las manos sobre las

rodillas y se alisó la falda. Estaba preparada.

—¿Sospechó usted alguna vez que Giovanni frecuentara gente rara?

La mujer negó con la cabeza.

—¿Tuvo alguna vez problemas de conducta?

Repitió el gesto.

—¿Hubo últimamente algún episodio en la vida de su hijo que le llamara la atención? ¿Cómo le diría...? Una chica, un examen que le saliera mal...

Y por tercera vez la mujer negó con la cabeza.

—¿Tenía novia?

—Sí, Isabella —Clara abrió por fin la boca.

Rocco asintió y leyó en una hoja.

—¿Isabella Massari?

—Sí...

—¿Puede contarnos un día normal en la vida de Giovanni?

Dos lágrimas cayeron suave y lentamente de los ojos de la mujer.

—Se levantaba tarde, menos los días que tenía que ir a la facultad. Estaba en primero de Derecho. Ya se había examinado de dos asignaturas. Tenía amigos en la facultad, quedaba con Isabella, de vez en cuando iba a algún partido. Jugaba al tenis. —Se apartó un mechón de pelo de la cara—. ¿Qué quiere que le diga? Era un chico normal. —Metió una mano en el bolsillo de la falda y sacó un pañuelo de papel para enjugarse las lágrimas. Se sonó la nariz y volvió a levantar la vista de nuevo hacia los dos hombres—. Con una vida normal... Era un chico tranquilo. Imagínense, seguía llevando la moto de cincuenta, la que le compró su padre cuando cumplió los dieciséis. Ni siquiera quería una moto más grande, como todos sus amigos, que le tomaban el pelo por eso. Me contaba que siempre que iban a algún sitio, él llegaba el último. Lo llamaban Sammy, como la tortuga marina de los dibujos animados.

D'Inzeo asintió.

—Sí, mi nieto la ve.

—Pues eso. Así era Giovanni, un chico normal y corriente. Y no sé qué ha podido pasar. Y nunca lo sabremos, ¿verdad?

—Eso permítame que lo dude —respondió Rocco—. ¿Podría decirnos la matrícula y el modelo de la moto de su hijo?

—Claro... —La mujer se levantó, pero entonces se quedó pensativa, mirando a los dos hombres. Le costaba hablar, como si se avergonzara, pero las palabras presionaban para salir. Por fin se decidió—: Me encantaría que en vez de ángeles vengadores fuesen ustedes simplemente ángeles que hubiesen venido a devolverme a mi hijo.

Acto seguido, bajó la cabeza y salió de la habitación.

Salieron al sol. Parrillo los esperaba en doble fila. D'Inzeo se encendió un cigarrillo.

—Pobre mujer...

—Pues sí.

—Entonces, ¿tenemos el número del móvil del muchacho?

—Sí, sí, aunque va a ser difícil sacar algo en claro.

—Nos bastaría con tener una idea vaga de sus citas de la otra noche —comentó el juez—. Y averiguar dónde está la moto.

—Si le han quitado la matrícula y la han dejado en una zanja en medio del campo, el verano que viene estará llena de zarzas y si te he visto no me acuerdo —dijo Rocco.

—¿Tú cómo lo ves? —El juez miró asqueado su cigarrillo—. Diablos, tengo que dejarlo un día de éstos...

—No veo nada, Sasà. Un buen chico que se ha metido en algo muy feo. Pero excluiría el secuestro. Apesta a ajuste de cuentas. Aunque...

—Pero ¿qué cuentas iba a tener que ajustar un chico así?

Se acercaron al coche y Parrillo arrancó nada más verlos.

—¿Podrías acercarme a la facultad, Rocco? —dijo el juez—. Quiero ir a hablar con sus profesores. Si no me equivoco, el catedrático de Instituciones del Derecho Romano es Morcorelli, que estudió conmigo. Por si acaso recuerda algo.

Rocco abrió la portezuela.

—Yo me pongo delante, que detrás vomito.

Parrillo conducía sin hacer preguntas, respetando el silencio de su superior, que se había encendido un cigarrillo e iba echando el humo por la ventanilla. La casa de los padres de Marina no quedaba lejos, habría podido ir a hacerles una visita. Lo esperaba otra noche en vela, dando vueltas en la cama, aterrorizado por el cariz que iba tomando su vida sin Marina. Siempre había tenido la esperanza de que su mujer no se percatase de sus actividades, de su vida secreta, pero era una esperanza vaga y siempre había sabido que, tarde o temprano, el problema saldría a la luz.

«¿Qué hago aquí? —pensaba—. Tendría que estar en su casa, hablando con ella, haciéndola entrar en razón, jurándole que las cosas van a cambiar.»

Pero ¿y si acaso empeoraba la situación presentándose allí? Y el del Audi, ¿qué quería de su mujer?

—Para aquí y espera.

Parrillo se apresuró a frenar delante de un cine. Rocco bajó del coche, dobló la esquina y llegó a la calle Alessandria. Allí estaba el pub al que solía ir Giovanni, el Old England. Las cristaleras se abrían a la plaza y fuera tenían mesas de madera y forja, donde un grupo de chicos disfrutaban del sol y bebían alegremente líquidos amarillentos. Era un pub enorme. Ocupaba todo el bajo de un bloque y tenía una segunda planta. No era una buena noticia, habría preferido algo más íntimo; parecía el típico sitio donde hordas de chavales se pasan las noches charlando.

Dentro no había mucha luz. Dos televisores colocados en alto retransmitían deporte. Un partido de rugby. Tras la barra, que recorría todo el local, dos chicos servían a los clientes, que no dejaban de parlotear. En la caja había un hombre enorme, calvo y con una camisa a cuadros pegada y tirante sobre los michelines. Escrutaba un papel con unas gafas de leer que le descansaban en medio de la nariz mientras tecleaba cifras en la caja.

—Un café —pidió Rocco, tendiéndole diez euros.

El hombre abrió la caja sin levantar siquiera la vista, cogió la vuelta y se la dio. Después siguió con sus cuentas. Rocco se guardó el dinero, pero no se movió del sitio. Al cabo de unos segundos, el grandullón levantó por fin la mirada.

—¿Desea algo más?

—Sí, el recibo.

—¿No se lo he dado?

—No tengo alzhéimer.

El hombre marcó un euro, le entregó el recibo y le preguntó con una sonrisa:

—¿Está bien así?

—¿Tan gracioso le parece?

—¿El qué?

—Que le haya pedido el recibo.

El otro se quitó las gafas.

—No, no me parece gracioso. Estoy trabajando, me he olvidado. No creo que sea para ponerse así.

Al verlo sin gafas, Rocco vio por fin a qué animal se parecía: a un manul, también conocido como gato de Pallas o de la estepa. Era idéntico al dibujo de la enciclopedia que conservaba desde pequeño. Ojos verdes y serios, que la cara completamente redonda y gorda hacían aún más pequeños, la boca un poco torcida hacia abajo, la nariz aplastada.

—Desde luego que no —respondió Rocco—. Puede pasarle a cualquiera.

Se alejó de la caja mientras el hombre volvía a ponerse las gafas y retomaba sus cuentas.

Dejó el recibo sobre la barra y se le acercó un chico negro con una sonrisa radiante.

—¿Qué quiere, jefe?

—Un café.

—¿Lo quiere a la italiana o a la africana?

—¿Cómo es a la africana?

El chico puso la taza vacía sobre el plato.

—¡Así! —explicó, y se echó a reír—. Es broma, ahora se lo sirvo.

Rocco rió por lo bajo. El buen humor del chaval era contagioso. La camiseta negra tenía un halo blanco en la espalda.

—¿De dónde eres?

—¡De Nigeria!

—¿Eres africano y sudas?

—Pues sí, porque aquí el único que trabaja soy yo, ¿verdad, Davide? —dijo.

Se dirigía a un compañero pelirrojo, que, apoyado en la barra, jugueteaba con el móvil y que le enseñó un dedo sin apartar la vista de la pantalla. Tenía la cara picada por el acné.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Rocco.

—Steven para los amigos. Pero 328 0361462 para los gays. —Se echó a reír y su compañero se apuntó a las risas.

Cuando se volvió para dejar el café sobre el plato, vio la mano de Rocco con su identificación. Se acercó para leerla, pero el policía se apresuró a retirarla.

—Hacienda —dijo a media voz Rocco. La alegría del chico desapareció como una ola al romper contra la orilla—. ¿Conoces a Giovanni Ferri?

El joven se secó las manos en la camiseta.

—¿Giovanni Ferri? No. Creo que no.

—¿Y si te enseño una foto?

Steven asintió. Rocco sacó el móvil y le mostró una foto del muchacho.

—Es este de aquí. ¿Lo conoces?

—Ah, sí, claro. ¡Giovanni!

Llamó a Davide, que se acercó, también con las manos metidas en los bolsillos traseros de los vaqueros, y observó la foto.

—Sí, claro que conozco a Giovanni. Nosotros lo llamamos Sammy, como la tortuga. Suele venir con un grupito de amigos.

El hombre de la caja se levantó y se acercó despacio.

—¿Qué pasa?

—Este señor pregunta por Giovanni Ferri —le explicó Steven.

—¿Giovanni? Estuvo aquí hace un par de días. Siempre viene por la noche. Aunque ayer no lo vi —explicó el gato de la estepa—. ¿Es usted policía?

—No, de la Inspección de Hacienda —dijo Rocco sonriendo. El hombre arrugó el entrecejo y los dos camareros intercambiaron una mirada de perplejidad—. ¿Con quién se veía Giovanni Ferri?

Los tres parecían asustados.

—Venga, ¿con quién se veía?

—Y yo qué sé. Mire, si quiere revisar los libros de cuentas...

—Estarán en orden, como los recibos que usted emite, ¿verdad?

El gato de Pallas bajó la vista.

—¿Con quién vino anteayer?

—Con su novia y un par de amigos que no conozco —intervino el pelirrojo—. Se tomó una birra, como siempre, y luego se fue.

—Pero ¿por qué lo busca? —se atrevió a preguntar el dueño del local.

—Digamos que a usted no le importa.

—No, desde luego que no.

—¿Y sobre qué hora se fue?

El pelirrojo se quedó pensativo y fue Steven quien respondió.

—Yo estaba limpiando las mesas de fuera, así que serían las ocho y media. Lo sé porque a esa hora empezaba un partido de béisbol en la Fox y yo siempre los veo. Los Seattle Mariners contra los Houston. Partidazo.

—¿Eres aficionado al béisbol?

—Me flipa.

—¿Y sabrías decirme si Giovanni llevaba una camiseta de los Oakland?

—Ostras, sí. La blanca y verde con el elefante. La de veces que le habré dicho que me la venda. Incluso le ofrecí veinte euros. Pero le tiene cariño.

Rocco asintió.

—Han sido muy amables. —Se terminó el café e hizo una mueca—. La próxima vez me lo haces a la africana, que a la italiana te sale como el culo.

Steven se echó a reír y contagió a su compañero granujiento y al dueño del Old England, aliviado al ver que aquel extraño inspector de Hacienda se marchaba.

—Alfredo, ¿alguna novedad?

—A ver, en la laguna, los submarinistas han encontrado dos lavadoras, una estantería metálica y una jaula para gallinas.

Rocco, con el móvil en la oreja, miraba por la ventanilla. Estaban en un atasco en la avenida dei Parioli, detenidos desde hacía una eternidad en el semáforo de la piazza Ungheria.

—¿Pongo la sirena, jefe? —preguntó Parrillo.

Su superior lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Tú estás tonto o qué? ¡No! —Y siguió hablando con De Silvestri por el móvil—: ¿Qué más? ¿Ha llamado Uccio Pichi?

—Todavía no. Pero están trabajando con el móvil de Giovanni Ferri. Aunque yo no me haría muchas ilusiones.

—La última pregunta: el principal de la Científica...

—¿Quién, Gizzi *el Zombi*?

—Ah, ¿lo conoces?

—Sí, jefe. Un capullo.

—¿Ha llamado?

—Ése nunca llama. Hay que perseguirlo.

Rocco bajó la ventanilla. La contaminación era asfixiante. Y el aire caliente no daba tregua.

—Muy bien, gracias, Alfredo, si hay alguna novedad...

—Lo llamo.

Schiavone colgó y bajó del coche.

—Estoy hasta los cojones, me voy andando. Tengo que ir al número 72, espérame en la puerta. Y, Parrillo, como pongas la sirena, te mando a los montes Nebrodi.

—¿Dónde está eso?

—Y yo qué sé. Pero no suena muy divertido, ¿no?

Cerró la portezuela con un golpe y atravesó la calzada. Por lo menos la avenida estaba sombreada y hacía bajada. Pasó por delante de los tenderetes colocados en las aceras, que allí, como en el resto de la ciudad, estaban transformando Roma en un zoco. Se recreó mirando la fauna: señoras plastificadas, chicos repeinados, machos bronceados con corbatones de colores reposando sobre el vientre, sirvientas con uniformes de rayas tirando de caniches, yorkshires y carlinos. Por su parte, la calzada se había convertido en un aparcamiento. Había coches caros y relucientes en doble y triple fila. Mercedes, BMW y una especie de anfibio de desembarco, muy útil para el asfalto agrietado de la capital.

Rocco caminaba a paso ligero. De pronto se oyó un trueno a lo lejos, a pesar de que el cielo salpicado por las hojas de los castaños de Indias estaba azul. Dejó atrás la cuarta sucursal bancaria seguida y llegó por fin al 72. Entró.

—Dígame —dijo el portero desde su garita.

—Familia Massari.

—Escalera B, tercera planta. ¿Quién es usted?

—Policía.

El portero se mordió el labio y se quedó en su silla hojeando una revista.

Abrió la puerta un hombre de unos cuarenta y cinco años. Alto, elegante, chaqueta de cuadros y camisa de rayas. Tenía el pelo ralo y peinado hacia atrás, con los ojos de color azul eslavo. Una barba al estilo Cavour le ensanchaba ligeramente la cara. Un leve sudor le perlaba el labio superior.

—Pase, por favor, estábamos esperándolo. Enrico Massari, soy el padre de Isabella —dijo, haciéndose a un lado. Un piso elegante, paredes color crema y muebles de madera clara—. Pase.

El hombre abrió una puerta doble con molduras y entraron en un salón luminoso. En un sofá había una chica rubia, con una larga cola de caballo, vaqueros rotos en las rodillas y calzada con Doctor Martens. A su lado, un joven con chaqueta y corbata.

—Mi hija Isabella —anunció el dueño de la casa— y mi abogado, Sorrentino.

—Creía que se trataba de una charla amistosa —comentó Rocco.

El letrado se levantó y le estrechó la mano.

—Encantado. Sí, es una charla amistosa, pero... ¿cómo se dice? Mejor prevenir...

Schiavone se sentó y miró a Isabella. Estaba inclinada hacia delante, con las manos entrelazadas y los codos apoyados en las rodillas. El jersey fino de algodón le llegaba por encima de las muñecas, donde apoyaba la boca.

—¿Cuándo se han enterado?

—Esta mañana —respondió el padre.

Isabella tenía los ojos tranquilos y del mismo color que su padre, levemente empañados por la angustia, aunque sin llegar a estar tristes.

—¿Y la última vez que viste a Giovanni? —preguntó.

—Anteayer por la noche.

—¿Puedo saber la hora?

Isabella miró al abogado, que asintió.

—Estábamos enfrente de casa a las diez, diez y media, no recuerdo bien.

—No está uno mirando el reloj cada cinco minutos, ¿no? —apuntó el abogado, encogiéndose de hombros.

—¿Y quién ha dicho lo contrario? Yo, por ejemplo, anoche estuve cenando con unos amigos y no tengo ni idea de a qué hora volví. ¿A las dos? ¿A las tres? ¿A la una?

El señor Massari y el abogado esbozaron una sonrisa comedida.

—Desde luego... —dijo el padre de la chica.

—¿Cómo era Giovanni?

—¿En qué sentido?

—Isabella, ¿cómo era tu novio?

—¿Se refiere físicamente?

—No. Qué clase de persona era.

—Giovanni... era tranquilo. Estudioso. En fin, un buen chico.

A Rocco empezaba a tocarle las pelotas aquel ambiente artificial y empalagoso. Estiró las piernas y suspiró.

—¿Se han fijado? Cuando preguntamos cómo era la víctima, todos nos salen con que era un buen chico, un buen hijo, un hombre honrado, un buen padre de familia. Aunque haya muerto... No sé, acuchillado, envenenado, sepultado vivo. Usted, por ejemplo, señor Massari, seguramente sea una buena persona. Y no me parece probable que vaya a acabar asesinado de un modo salvaje en plena noche, en una especie de ejecución, ¿no le parece?

—¿Adónde quiere... adónde quiere llegar? —preguntó Enrico Massari.

—Quiero llegar a que, por lo general, a las buenas personas no las matan de una puñalada en la base del cráneo y las tiran por el terraplén de una cantera de mármol en plena noche. —Había exagerado adrede, había arañado la pizarra con la uña para darle una pequeña sacudida a la situación.

Isabella y su padre se quedaron de piedra. Fue el abogado quien reaccionó:

—¿Qué necesidad tiene de contarnos esos detalles escabrosos? Mi representada era la novia de la víctima, ¿no estaría de más que tuviera un poco de tacto!

—Tiene razón. Pero era sólo para pintarles un cuadro realista, para explicarles las cosas tal como la vida nos las vomita encima y no como las cuentan en los periódicos o en las charlas de salón. Entonces, Giovanni era un chico tranquilo, bueno, estudioso, respetuoso, y lo confundieron con alguien. Podría ser, ¿no?

—Podría ser —respondió el abogado.

—¿Tú lo querías?

—Ésa es una pregunta muy personal. Isabella, no tienes por qué responder —intervino el padre desde su sillón.

—Clara, la madre de Giovanni, me ha dicho que te llamó y que le respondiste que la noche anterior te habías peleado con él. ¿Es verdad?

La chica volvió a mirar al abogado, que respondió por ella:

—No veo qué puede tener eso que ver con la muerte de...

—¡Desde luego que no tiene nada que ver! —lo interrumpió Rocco—. Pero si no me ayudan a comprender algo más, ¡nunca podré echarles el guante a los hijos de puta que mataron a ese buen chico! Aquí nadie te está acusando de nada, Isabella. ¡Sólo te estoy pidiendo ayuda!

La chica se mordió el labio una vez más e hizo ademán de abrir la boca, pero el abogado le puso una mano en el hombro. Ella, sin embargo, se zafó y respondió:

—Es verdad que nos peleamos. Aquí, en la puerta de casa.

—Gracias. ¿Puedo saber por qué?

—Es una larga historia. Hay otro chico implicado, Silvano. Él estaba convencido de que yo...

Rocco interrumpió a Isabella con un gesto de la mano.

—No, perdona, eso son cosas vuestras, problemas de pareja que, francamente, a

mí ni me van ni me vienen. Yo lo que quiero saber es si en los últimos tiempos a Giovanni le dio por juntarse con gente extraña.

—No lo sé, señor. Cuando estaba conmigo, no. Nosotros nos veíamos en la facultad, en algún bar, a veces quedábamos para estudiar juntos, pero no sabría decirle lo que hacía cuando estaba solo.

Rocco se levantó. Tuvo la sensación de que aquel gesto ayudaría a los demás a respirar hondo, a pleno pulmón, como cuando se supera un peligro inminente.

—¿Tú también estudias Derecho?

Isabella asintió con la cabeza.

—Yo la asignatura a la que le tenía más manía era Criminología. ¿Quién lo habría dicho? Un policía que aborrece esa materia.

Por fin Isabella sonrió al tiempo que los dos hombres se levantaban, siguiendo el ejemplo del subjefe.

—¿Tú cómo la llevas?

—No la doy hasta final de curso.

—En el fondo es fácil. Pero tienes que aguantar las estupideces de Lombroso. Te suena, ¿verdad?

—¡Claro! Criminales natos.

—Qué chorrada, ¿no le parece, abogado? Bueno, pues suerte con los exámenes, Isabella. —Le estrechó la mano al abogado, al señor Massari y por último a la chica—. Criminales natos... como si bastara con mirar a una persona a la cara para saber si tiene algo de criminal. ¿Han oído alguna vez una chorrada más grande?

Isabella mentía. Rocco lo sabía, estaba más claro que el cielo de aquel día de finales de junio. El abogado, el padre sudando, un comité de bienvenida exagerado, excesivo. Era gente acomodada, con el futuro asegurado. En esa casa había pasado algo, una cosa que había sacudido la tranquilidad del barrio de Parioli y que ellos, sin su amigo abogado, no habrían sabido afrontar. Subió al coche enfrascado en sus reflexiones; Parrillo arrancó. No intercambiaron una palabra hasta que llegaron al EUR.

La tarde transcurría indolente y el sol no se decidía a ponerse. Después de intentar llamar a su mujer por tercera vez sin conseguir hablar con ella, a Rocco le habían entrado ganas de tomarse un helado. Cogió la cartera y se fue rumbo a la avenida Europa para comprarse un cucurucho de Algida. En cuanto salió del despacho, le salió al encuentro Alfredo De Silvestri.

—Hoy parezco el mensajero. Noticias poco halagüeñas, jefe.

—Cuéntame, anda.

—¿Se acuerda de que le he dicho que en la gasolinera tres clientes pagaron con tarjeta? Bien. Hemos identificado a los titulares. El primero es un comerciante de Ciampino que nos ha pedido discreción... Creo que había ido a hacerle una visita a la

amante...

—O de putas...

—Sí. El segundo es un ingeniero que iba a casa de su madre en Frascati.

—¿Y el tercero?

—Un policía que volvía a casa. Hemos hablado con él, es de la comisaría de via Tuscolana. Pero cuando echó gasolina iba solo y no vio nada. Fue el último en utilizar la tarjeta, más o menos sobre las once de la noche. Lo siento.

Rocco le dio una palmadita en la espalda.

—No estaría mal que los de la Científica nos dieran alguna buena noticia, ¿no crees?

—Estaría incluso bien.

—Oye, Alfrè, ¿me harías un favor?

—Claro.

—Es fácil. ¿Podrías consultar una matrícula y decirme quién es el titular? AX 213 XB.

Alfredo tomó nota mental.

—¿Tiene que ver con el caso?

—No.

Se miraron durante una fracción de segundo. Un breve silencio, de esos repletos de sobrentendidos cuando se dan entre personas que se conocen a la perfección. De los ojos cansados y experimentados de Alfredo a los cansados y apáticos de Rocco, en un intervalo de tiempo infinitesimal. Sólo un oído atento y sensible habría percibido el diálogo que mantuvieron tan silenciosa como rápidamente.

—Alfrè, ¿por qué no te vas a casa?

—¿Por qué no se va usted?

—Porque no me espera nadie.

—Tampoco a mí en la mía.

—¿Tu mujer sigue enfadada?

—Sí.

—Tendrías que jubilarte, Alfredo.

—Y usted cambiar de trabajo.

—Es lo único que sé hacer.

—Y yo, jefe.

Se le habían quitado las ganas de helado. Se despidió de Alfredo y volvió a su despacho. El cielo se había teñido ya de naranja para, muy lentamente, dejar paso al morado y al azul, que no tardarían en abrazar la ciudad entera desde el este. Empezaba para Rocco la enésima noche de soledad.

Fue una noche complicada. Y no sólo por el insomnio, sino también porque se desencadenó sobre Roma una tormenta tropical. Volaron hojas, pétalos de flores, bolsas de plástico. Las persianas golpeaban contra la fachada y al limonero de Marina

se le cayeron tres frutos. Rocco consiguió refugiarse el macetón bajo la pérgola, y al hacerlo se empapó como si estuviera en el puente de un barco en plena tempestad marítima. Sabía que aquella lluvia, que traía consigo frescor y que aliviaría la temperatura, provocaría también que por la mañana la situación empeorase debido al aumento de la humedad, haciendo así que la capital de Italia pareciera una ciudad del Rajastán.

El sol ya estaba bastante alto en el cielo y una atmósfera tropical envolvía Roma. Vittoria llevaba veinte minutos esperando a su nieto, que seguía sin aparecer. Sentada en la butaca de la entrada, junto al interfono, tenía el bolso apretado contra las rodillas y jugueteaba con la cerradura bañada en oro. Miró el viejo reloj que había sobre el secreter, justo al lado de la foto de su difunto marido, Raffaele, con uniforme de alférez, veinte años y todo el pelo. Siempre que miraba ese retrato se acordaba de su hijo, Guido. Idéntico al padre, pero veinte centímetros más alto. No conseguía distinguir bien las agujas doradas, de modo que se acercó al reloj y entornó los ojos: las nueve y media. A esas horas habría ya una cola tremenda en la oficina de Correos. ¿Para qué le había prometido Matteo pasarse? ¿Por qué seguía fiándose de su nieto? Vivía a tres manzanas; con el paso veloz y ágil de un veinteañero, no se tardaba ni tres minutos en llegar a su casa. Cinco, si se paraba a mirar un escaparate. Veinte minutos de retraso sólo podían significar una cosa: su nieto seguía durmiendo. «No te preocupes, abuela, que me despertaré temprano, tengo que estudiar», le había dicho la tarde anterior.

«Cómo no», pensó Vittoria. Estaba segura de que la noche anterior se le habría hecho tarde y ahora se lo imaginaba dando vueltas entre las sábanas, somnoliento y molesto por el sol que se colaba por las rendijas de la persiana, ajeno a la promesa que le había hecho a su abuela.

Tendría que ir sola.

Ella no tenía ningún problema en ir sola a Correos, era su hijo Guido, el padre de Matteo, quien insistía en que fuera acompañada a recoger la pensión.

—Mamá, ¿tú sabes la de desaprensivos que hay por ahí sueltos?

—No, no lo sé. ¡Me paso la vida metida en casa!

—¿Y no lees el periódico?

—No.

—Pero la televisión bien que la ves. Con todos esos inmigrantes, ¿sabes qué podría pasar? Que te viesen entrar sola en Correos, te siguiesen, te dieran un porrazo en la cabeza ¡y adiós, muy buenas! ¡A ti y a la pensión!

Ésa era la razón por la que todos los meses desde hacía dos años, Guido, Anna o su hijo, Matteo, iban a su casa, la escoltaban hasta Correos, la llevaban de vuelta ¡y adiós, muy buenas! ¡Hasta el mes que viene!

«Y además —pensaba Vittoria—, al inmigrante o a quien sea, si voy con Anna, que es un palillo, ¿qué le cuesta pegarnos a las dos?» «A lo mejor, al ver a dos personas, se lo piensan dos veces —le respondía siempre su hijo—. Además, mamá,

yo así me quedo más tranquilo. Me angustia pensar que estás sola.»

Aunque no lo bastante como para llevársela a vivir con ellos. Guido se había apropiado de la casa familiar, ciento ochenta metros cuadrados en via Urbino, donde se había instalado con su mujer y su hijo. A ella la habían relegado a cincuenta metros escasos, con la cocina en el salón, un dormitorio y un cuarto de baño sin bañera. «No te preocupes, mamá, Anna y yo vamos a arreglarlo todo para que te vengas a vivir con nosotros.» De eso hacía ya tres años. Tres años de reformas en el piso, ni que fuera el Palazzo Venezia. Vittoria sabía la verdad, pero era de las que no se airean en familia: a su nuera, la reina de los ciento ochenta metros, no se le había pasado ni por la antesala del cerebro meter a su suegra en casa. En el piso que había sido de Vittoria y de Raffaele, y antes de su madre y de la madre de ésta. Vittoria había crecido allí y había criado a sus hijos. ¿Y ahora? Ahora allí vivía Anna, que venía de una casa que era un cuchitril, un semisótano detrás de la avenida Somalia. Cuando, hacía treinta años, había entrado por primera vez en ese piso para visitar a sus consuegros, a Vittoria se le había encogido el corazón. Anna vivía allí con sus padres, sus abuelos, tres hermanos y una tía. En sólo tres habitaciones. Con las paredes manchadas de hollín y el papel enmohecido. Ahora, en cambio, se había apoderado de su hijo y de la vieja casa de via Urbino y llevaba tres años reformándola. «Estamos haciendo una casa domótica», le había dicho Guido. Las pasadas Navidades le había costado tres noches entender de qué iba eso de la casa domótica. La calefacción, las luces, las persianas, el antirrobo, estaba todo controlado por un robot, un cerebro electrónico. Anna había cubierto con microcemento los suelos, con lo bonitas que eran las viejas losas de mármol de los años veinte que había antes. Vittoria conocía hasta la última baldosa: la que estaba desportillada, con la que se había raspado las rodillas su hermano, la que se movía y podía levantarse para esconder las pocas monedas que conseguía ahorrar con sus trabajillos... Nada, ¡todo fuera! Anna quería microcemento. Una avalancha gris sobre cien años de pies, zapatos de cuero, suelas de esparto, las suelas claveteadas de los alemanes, las pantuflas de Raffaele, las zapatillas de los niños. Hasta el cuarto de baño, que tenía una bañera de zinc con patas de garra, donde se habían lavado tres generaciones de la familia, ¡fuera!, de cabeza al contenedor. En su lugar, un chisme de fibra de vidrio con hidromasaje. Las pocas veces que Anna la recibía en palacio, ya casi no reconocía la casa de su infancia. Habían tirado paredes, destruido puertas, dividido ventanas. ¿Y todo para qué? Para tener un piso «domótico», que se parecía más a un concesionario que a una casa. Pero ahora era de Anna, no de los Livolsi.

La muy imbécil.

Muerta de hambre.

Y encima fea.

Pero Vittoria sabía que era mejor que se guardase esos pensamientos sobre la familia. Aunque ya no aguantaba más y se había prometido que, tarde o temprano, se lo soltaría todo. Hasta la última sílaba. Quizá en su lecho de muerte, antes de exhalar el último aliento y entregar el alma para siempre. Quería mirar a la cara de aquella

mujerzuela que había idiotizado a su hijo y decirle: «Querida, ricura. ¿Sabes qué te digo? Que eres una mujerzuela de medio pelo, fea, arisca, baja e inútil. Ya puedes ir olvidándote de entrar en el panteón familiar cuando estires la pata. ¿Sabes por qué? ¡Porque lo he dejado dicho en mi última voluntad ante el notario! ¡Muerta de hambre!», eso le diría antes de cerrar los ojos y reunirse con Raffaele, que llevaba ya tiempo esperándola.

Se levantó. Cogió las llaves del piso y salió, harta de esperar a su nieto, que ya no iba a llegar.

Hacía calor. Todavía no era asfixiante, pero se notaba que el verano avanzaba y que, en cuestión de una o dos semanas, Roma se convertiría en un horno. La lluvia caída durante la noche sólo había empeorado la situación. Saludó al portero, que estaba como siempre en la acera, apoyado en el capó de un coche, fumando y hablando con su homólogo del número 25. Los coches y las motos ya habían empezado su carrusel infinito. Contempló la calle Aosta. El sol daba en las dos aceras. Decidió ir por via Fidenza, que estaba sombreada, y alargar un poco el paseo. No tenía prisa, en la sucursal se habría formado ya una cola bien larga.

Parecía que estuviese tendido en la acera, entre las motos, arreglando una, como los mecánicos cuando se meten debajo del coche para trastear y desatornillar cosas. Le veía los vaqueros, las zapatillas de deporte. Miró a su alrededor. No había nadie. Vittoria se acercó despacio al muchacho, su nieto también llevaba los pantalones rotos. No estaba arreglando la moto, más bien parecía dormido. Llevaba una gorra y tenía la cabeza apoyada en los brazos. No se le veía la cara.

—¡Eh... eh! —lo llamó—. ¡Eh! —En ese momento, de un bar vecino, salió un hombre con una camiseta blanca inmaculada—. ¡Señor! Señor, venga, haga el favor.

El hombre puso los ojos en blanco.

—¿Qué pasa?

—Hay alguien ahí, en el suelo.

—¿En el suelo?

El hombre se acercó y vio al chico tendido en el asfalto, entre las motos aparcadas.

—¡Eh! —lo llamó, y se agachó para sacudirlo. Pero no parecía que fuera a despertarse—. ¡Eh! —volvió a decir.

Acto seguido, lo cogió de un hombro y le dio la vuelta. El chico tenía los ojos medio abiertos, vidriosos. De la boca le salía un hilillo de sangre oscura. A Vittoria le costó unos segundos, pero lo reconoció. Aquel bulto tirado en el suelo, entre las motos, era Matteo, su nieto. Se desplomó en la acera sin un grito ni un lamento. El corazón había dejado de acompañarla.

El sol pegaba ya fuerte en via Fidenza. Habían tapado el cadáver del muchacho con una tela blanca. A la abuela la habían trasladado en vano al hospital de San Giovanni. Rocco se apeó del coche seguido de Simone Zuccari, un despierto agente de pelo rubio y rizado, con pecas en la nariz y una mirada azul que siempre parecía a

la caza de algo interesante. Parrillo aparcó un poco más atrás en compañía de otro agente. Los policías se acercaron y traspasaron el precinto que delimitaba el lugar de los hechos.

—Buenas, Uccio —lo saludó Rocco a media voz.

Spartaco Pichi, el patólogo forense, estaba poniéndose los guantes de látex.

—Buenas, Rocco... Aquí estamos otra vez.

—Eso parece. ¿Quién es?

—Matteo Livolsi. Veinte años...

Spartaco levantó la tela y dejó a la vista la cara del chico. Parecía sonreír. La sangre que le había salido de la boca se había secado. Tenía la piel lívida. Pichi le levantó la camiseta: ninguna señal en el torso. Volteó un poco el cadáver y le examinó el cuello.

—Lo sabía... ¡mira esto! —exclamó.

Rocco se agachó para ver. En la nuca, una herida del tamaño de una moneda de cinco céntimos.

—A éste también le han dado una puñalada limpia en la base del cráneo. Ni se ha enterado.

—¿Por qué no hay sangre en el suelo? Quiero decir... ¿no hay muy poca?

—Sí —reconoció Uccio, y dirigió la mirada al asfalto—. Yo diría que casi nada.

—¿Y qué se puede deducir de eso?

—Que no lo mataron aquí. Pero tampoco lejos. Al parecer, la abuela estaba esperándolo en su casa para ir a Correos a por la pensión.

Rocco asintió.

—A ver si lo entiendo. ¿Cómo es posible que no haya sangre en la camiseta y tenga tan poca en el cuello? Teniendo en cuenta que le han hecho un jodido agujero en la base del cráneo... Tendría que haber sangre.

—¿Lo habrán lavado? —aventuró el médico.

—No. ¿Para qué?

—¿Lo habrán apuñalado cabeza abajo?

—Pero ¿qué te crees que es, un cerdo en el matadero? No, esto no cuadra...

Se levantó y se encendió un cigarrillo. Maldijo aquella ciudad de mierda que acababa de regalarle el segundo veinteañero muerto con el mismo modus operandi. Rocco miró los edificios que constreñían la calle.

—¡Parrillo!

El agente se acercó a la carrera.

—Diga, jefe.

—Aunque no tengo mucha fe en vosotros, quiero que vayas con tu compañero a dar una vuelta por el vecindario. Comerciantes, vecinos, todo el que tenga una ventana que dé a la calle. A ver si alguien ha visto algo.

—¿Les pido a los de la comisaría de via Appia que nos echen una mano?

—Pide ayuda a quien te parezca. Interrogad a cuantos más mejor. ¡A ver si

tenemos suerte!

—¡Recibido! —Parrillo se alejó a la carrera.

—Lo examino y me lo llevo al hospital —dijo Uccio, quitándose los guantes de látex—. Espero poder decirte algo por la tarde. Pero me juego la paga extra a que se trata de la misma arma que usaron en el asesinato del otro día. Un punzón de unos diez centímetros.

—Ah, entonces es oficial, es un punzón. ¿Por qué no me lo habías dicho? —Uccio no respondió. Rocco se rascó la cabeza—. ¿Quién lo ha encontrado?

—La abuela. Le ha dado un ataque al corazón y se ha quedado en el sitio. El pobre desgraciado vivía aquí al lado, en via Urbino.

—¿Ya ha ido alguien a su casa? —preguntó Rocco, dirigiéndose a Zuccari.

—De Silvestri y el inspector Munifici —respondió el agente.

Guido y Anna Livolsi, los padres de Matteo, estaban en el salón, sentados en el reposabrazos de un sillón de cuero y abrazados como dos náufragos en el único escollo de un océano tempestuoso. La mujer tenía la vista clavada en el suelo mientras el marido la apretaba con fuerza como si tuviera miedo de perderse. De Silvestri, junto a la puerta de entrada, saludó al subjefe con la cabeza. El inspector Carlo Munifici estaba de pie ante la pareja. Rocco se acercó. Sus pasos retumbaban sobre el suelo de cemento y resina. En las paredes no había cuadros. Ni rastro de estanterías. Lo único que colgaba de ellas era un televisor enorme, que permanecía apagado en una esquina.

—Schiavone, Policía Judicial...

No les tendió la mano. Sabía que no se la estrecharían. Estaban enredados, agarrados sin intención de abandonar esa postura, como si aquel abrazo fuese el único baluarte que les quedaba para resguardarse del dolor. Guido levantó un poco la mirada en busca de la de Rocco. Tenía los ojos enrojecidos y ojerosos y le moqueaba la nariz. Parpadeó.

—No quiero hacerles preguntas... sólo darles mi más sentido pésame. —El subjefe miró entonces al inspector—. ¿Ha informado a los señores de los trámites?

Munifici asintió.

—¿Puedo echar un vistazo en el cuarto? —Se cuidó de no decir el nombre del chico.

El padre asintió y le indicó con la vista una puerta del pasillo. Rocco hizo una leve inclinación con la cabeza y dejó atrás el escollo con los dos náufragos.

No era la habitación de un chico de veinte años. Paredes desnudas, cama de matrimonio, armario con puertas de cristal. Una pequeña estantería con libros de Derecho, todos del primer curso. Un televisor y la PlayStation, la única concesión a la juventud en aquel interiorismo. En la mesa, con tablero de cristal, un portátil apagado. Abrió los cajones. Sólo encontró un par de mecheros, folios de apuntes con letra torpe y apresurada. Algo de calderilla, bolígrafos, lápices, témperas, una foto en la que aparecía Matteo con la cara llena de granos junto a una chica rubia. En el

armario no había mucha ropa, sobre todo camisetas. Poco más. En el enchufe junto a la puerta, un cargador. Rocco volvió al salón. La escena apenas había cambiado, salvo porque la mujer apoyaba ahora la cabeza en el pecho de su marido, que tenía cara de haber recibido una decena de bofetadas sin saber siquiera de dónde le habían llegado.

—¿Su hijo tiene móvil? —le preguntó Rocco amablemente y rompió aquel silencio denso.

—¿Cómo?

—Un móvil. Que si tiene.

—Sí, sí. Tiene —respondió Guido—, lo lleva siempre encima. Esta mañana ha salido con prisa. Había quedado en el bar con un amigo antes de ir a casa de la abuela, según me ha dicho. Cuando se ha ido llevaba el teléfono, seguro. —Rompió a llorar—. Siempre... lo lleva...

El llanto del marido no tardó en contagiar a la mujer, que cerró los ojos, tembló, abrió la boca y lanzó un chillido, que salió junto con un hilo de baba. Áspero, erizado, como de animal herido, que retumbó por el piso y le penetró en los huesos a Rocco. La dejaron gritar, vaciar los pulmones y forzar las cuerdas vocales hasta desgañitarse. El marido le rodeó entonces la cabeza con los brazos, como si quisiera esconderla, y el grito fue apagándose poco a poco, hasta que se convirtió en un estertor, luego en un gemido y por último en un sollozo silencioso. Rocco se acercó al inspector Munifici.

—En el cuarto del chico hay un portátil. Tenemos que llevárnoslo. —El policía asintió—. Munifici, date una vuelta tú también con De Silvestri por via Fidenza. Viviendas, tiendas, comprobad si alguien ha visto algo. Parrillo está en ello, pero me fío más de vosotros.

Sin añadir más, se volvió y, haciéndole una seña a Zuccari para que lo siguiera, salió de la vivienda.

Cuando los dos policías llegaron a la calle, Rocco respiró hondo. El agente lo observó con sus ojos claros y despiertos.

—¿Qué pasa, jefe?

—Que estoy jodido. Me gustaría ser como Pichi, que mira los cadáveres como si fueran meros utensilios de trabajo. O como el cirujano, que abre barrigas como el que descuartiza una res.

—¿Le impresionan los cadáveres?

—Los cuerpos en sí no. Más bien lo que los rodea.

—Los familiares, ¿verdad?

—Sí, pero más aún el hijo de perra que me ha dejado un cadáver en medio de la calle. Anda, volvamos a la jefatura.

Estaban ya cerca del coche cuando empezó a sonar el móvil de Rocco.

—Aquí Gizzi.

—Hola.

—Oye... —La voz del principal de la Científica sonaba rara, como si no le salieran las palabras—. Tengo que hablar contigo. Estoy donde han encontrado el cadáver esta mañana. ¿Estás por el barrio?

—Sí, cerca, en via Urbino, en la puerta de casa de los padres.

—Aquí delante hay un bar. Nos vemos dentro, que tiene aire acondicionado.

Rocco no subió al coche.

—Vuelvo a pie a via Fidenza. Tú vente ahora con el coche, pero sin prisa, Zuccari.

El agente asintió y apagó el motor.

—Entonces aprovecho y llamo a casa.

—Como quieras —le dijo Rocco, y volvió al lugar de los hechos.

En cuanto dobló la esquina de via Urbino, empezó a especular sobre el trayecto que podía haber hecho el joven hasta llegar a via Fidenza, en el supuesto de que ésa hubiera sido su intención y no lo hubieran trasladado allí una vez muerto. ¿En qué bar habría desayunado? ¿Dónde se habría visto con el amigo, si es que habían llegado a verse? ¿Por qué había salido tan temprano de casa? ¿Con quién habría quedado? Esas preguntas lo obsesionaban. Porque estaba casi seguro de que, si de verdad el chico había tenido una cita, había sido con su asesino. Miraba con atención los portales y las tiendas por las que iba pasando. ¿Lo habría matado alguien en algún punto de ese trayecto y habría abandonado luego el cuerpo en via Fidenza? Pero ¿cómo iba nadie a agarrar a una persona, llevarla a un lugar apartado y matarla, en pleno barrio de San Giovanni, uno de los más poblados de Roma? ¿Podía ser ese portal abierto la guarida de la araña asesina que había acabado con el chico empujándolo a su interior? ¿O aquel garaje al fondo de la calle? ¿Una furgoneta aparcada en doble fila?

Se había formado un corro de curiosos y ociosos estivales, dedicados a contemplar las actividades de los agentes de la Científica. Éstos, con sus monos blancos y sus capuchas, estaban preparándose para entrar en faena. Rocco pensó en el calor que debían de estar pasando enfundados en aquellas escafandras inmaculadas. Un inspector hablaba con dos periodistas, que tomaban notas en una libreta. Reconoció al fotógrafo que hacía dos días acompañaba al pobre Alberto Ferri en la cantera. Se saludaron con un leve asentimiento de cabeza y el hombre empezó a sacar fotos mientras Rocco se dirigía al bar. De pronto subió de la acera una bocanada de aire caliente, mezclada con peste a orín y a moho. Miró hacia abajo. Estaba pasando por la boca de una alcantarilla. Al fondo de la misma, colillas, papeles y, por el tufo que subía, seguramente una rata muerta. Aprovechó para tirar la colilla.

El aire acondicionado a toda potencia había convertido el bar en una nevera. Un frío que le golpeó el pecho como un puñetazo.

—Pero qué mierda... —murmuró acercándose a la barra, donde Gizzi estaba ya

acodado, removiendo un café—. ¿No pueden subir la temperatura? No es bueno pasar de golpe de Bombay a San Petersburgo.

Su colega no respondió y se limitó a beber un sorbo de café.

—¿Demasiado frío, jefe? —preguntó el muchacho tras la barra.

—Pues sí. Creo que te va a dar algo cuando salgas por la tarde.

—¿Le pongo un café?

—Pónmelo, venga.

—Antes de que me lo pregunte, ya le digo que yo no lo conocía... al pobre chaval —añadió el joven camarero, y luego se volvió y se puso a trastear con la máquina del café.

El bar estaba vacío. En un rincón asomaba una máquina de vídeo-póquer. Rocco miró la nevera de los helados y torció el gesto: ni un Algida.

—Bueno, ¿qué?

Gizzi tenía un bombón Bacio Perugina en la mano y estaba quitándole el envoltorio.

—Pues que vamos a hablar del homicidio de la cantera, sobre la gasolinera. Hemos encontrado huellas interesantes en uno de los botones del surtidor.

—¿Estáis procesándolas?

—Sí. Nos llevará un tiempo, pero la huella es bastante nítida. Me han pasado los datos de los tres hombres que utilizaron la tarjeta y esperamos que no pertenezca a ninguno de ellos. —Se metió el bombón en la boca con gesto serio—. Hice lo que me pediste y encontramos sangre en el trayecto entre la gasolinera y la alambrada. Y hemos identificado el punto desde donde debió de caer Giovanni Ferri.

El camarero dejó la tacita de café ante Rocco.

—Aquí tiene, jefe.

—Gracias. —La cogió y se quedó mirando a su compañero—. ¿Por qué estás tan apagado?

—Porque me da rabia que tengas razón.

—Entonces, el chico se escapa, lo persiguen, llega hasta el borde del barranco, lo matan y cae.

—Pues sí —reconoció Gizzi—, debió de ser más o menos así.

—Y de ahí podríamos deducir que es muy probable que fuera en el coche con sus asesinos. ¿Adónde lo estarían llevando?

—A saber...

Rocco apuró el café.

—¿Y por qué no intentaron esconder el cadáver? No sé, tenían una laguna a veinte metros...

—A mí no me preguntes.

—Demonios, Gizzi, no me ayudes tanto...

—Quizá te ayude una cosa...

—Depende.

—El preservativo del motocarro.

A Rocco le faltó poco para echarse a reír.

—¡No me digas que lo habéis analizado!

Gizzi lo fulminó con la mirada.

—Ya te dije que somos meticulosos y muy muy profesionales.

—¿Y qué has descubierto? ¿Estaba lleno?

—Si por lleno te refieres a usado, sí, lo estaba.

—¿Y sabes de quién era?

Gizzi se puso a leer el mensajito que venía con el bombón.

—No hace falta analizar el ADN. Pertenece a Luigi Cuticchio, alias *Gigi el Cardo*.

—Hombre, el viejo vigilante.

—Sí, me lo confesó. De las noches en que se lo monta con nigerianas.

—Lo que me faltaba por oír... ¡*Gigi el Cardo* con nigerianas!

—¡En el motocarro! —exclamó Gizzi con una mueca de horror en la cara.

—Nosotros lo hacíamos en un Fiat 500, y él, en el motocarro. De hecho, si te paras a pensarlo, tiene caja trasera. ¡A lo mejor es cómodo y todo!

—Sí, claro. —Malhumorado, el principal de la Científica arrugó el mensajito del bombón y lo tiró al suelo.

—¿Qué ponía?

No respondió, pero antes de salir del bar le dijo:

—Paga tú.

Rocco recogió el papel: «Por más que infame al hombre, el de los cuernos es el peso más leve que haber puede: todo el mundo los ve, mas no los siente quien los lleva clavados en la frente. Ludovico Ariosto.» Rocco se echó a reír: lo henchía de orgullo que la mujer de Gizzi se la hubiese devuelto al marido.

—¿Sabes qué? Dios existe —le dijo al camarero mientras dejaba dos euros en la barra.

—Si usted lo dice...

En la cantera se había reanudado el trabajo. El ruido de las cadenas que cortaban la piedra era aún más insoportable que el resplandor del mármol, que asomaba como el relleno de una tarta por los costados de las colinas cercenadas. Un operario lo reconoció y lo saludó con la mano. Rocco le devolvió el gesto mientras se dirigía a la barraca de Luigi Cuticchio, alias *Gigi el Cardo*. Mario Mastini, el capataz, salió de su caseta con los guantes de seguridad puestos.

—¡Subjefe! —lo llamó gritando para hacerse oír por encima del estruendo—. ¿Puedo ayudarlo en algo?

—Sólo quería hacerle una pregunta a *Gigi el Cardo*. ¿Está?

—Debería estar por ahí, aunque hoy no lo he visto. Si necesita algo, ¡aquí me tiene!

Rocco siguió camino y llegó a la barraca del vigilante. Llamó. Nada. Volvió a llamar. Empujó el picaporte y abrió lentamente.

—¿Se puede?

Dentro apenas se veía. Una habitación inmunda, de madera, con el suelo de linóleo. El rayo de sol que entró por la puerta al abrirla iluminó la cara del vigilante, que estaba tendido en un catre de acampada, con los ojos cerrados y las manos entrelazadas sobre la barriga. O dormía o estaba ensayando para el ataúd. En las paredes, centenares de etiquetas de cerveza hacían las veces de papel pintado. Una mesa con un hornillo eléctrico, un par de ollas y una vieja cafetera. Tarros de cristal tan sucios que no se distinguía el contenido. Hedor a vino, pies y moho. Rocco no cerró la puerta para que entrara la luz y algo de aire respirable. El único ventanuco de la barraca estaba tapiado con tablas. Se quedó en el umbral, contemplando aquella caverna de soledad.

—¿Gigi? —llamó—. ¡Gigi!

El anciano se estremeció.

—¿Quién? ¿Qué pasa? —preguntó mientras giraba despacio la cabeza en dirección a la puerta y se ponía una mano delante del ojo bueno para protegerse de la luz del sol—. No veo... ¿quién?

—Soy el subjefe Schiavone, ¿te acuerdas de mí?

El hombre arrugó ligeramente la cara en un intento por escrutar la silueta a contraluz.

—Estaba durmiendo. ¿Qué quiere?

—Tengo que preguntarte una cosa.

—Pero ¿no puede cerrar la puerta? Me va a dejar ciego.

—Venga, si ya casi lo estás.

Rocco entornó los maderos que hacían las veces de puerta, cuidándose de dejar una rendija abierta para que entrara aire. La habitación volvió a sumirse en la oscuridad. El sol penetraba por los tablones maltrechos de las paredes, aunque no entraba luz suficiente como para ver. Gigi encendió una lamparita con una pantalla manchada, de color rosa y con encaje, que intentaba dotar de cierta elegancia a aquel objeto recogido del vertedero. El calor era insoportable.

—Pero ¿cómo puedes dormir aquí? Esto parece un horno.

—Tenga en cuenta que a mi edad la temperatura es distinta. —Se incorporó en la cama para sentarse—. ¿Qué pasa? ¿Qué quiere saber?

—La noche del asesinato.

—¿Qué pasa?

—Que me digas la verdad. Tú aquí no estabas.

—Sí estaba.

—Te digo yo que no. No te va a pasar nada, pero me harías un favor si me dijeras la verdad.

El anciano se encogió de hombros.

—¿Y por qué iba a ayudarlo? —Se aclaró la garganta y escupió en el suelo, sobre el linóleo.

Rocco tuvo que contener una arcada.

—Porque me dijiste que te daba asco que hubieran matado a ese muchacho.

—Es verdad. Lo digo y lo repito. ¿Quiere que lo repita?

—No hace falta. Entonces dime: ¿estabas aquí?

—No —respondió, y se rascó la cabeza.

—¿Y dónde estabas?

Esbozó una sonrisa inocente que dejó a la vista su incompleta dentadura multicolor. Las escasas piezas iban del amarillo claro al negro tinta, pasando por el ocre.

—Fui a ver a mis amigas.

—¿Quiénes?

—Unas nigerianas que trabajan en la Tiburtina... Tienen unos culos que no veas, ni se lo imagina...

—¡Ni ganas de imaginármelo, Gigi! —Cualquier cosa antes que visualizar el coito entre Gigi *el Cardo* y su amiga nigeriana—. ¿Y se dejan?

—Apoquinando...

—Pobrecillas. —Rocco nunca cambiaría de idea al respecto: lo consideraba el trabajo más duro del mundo, el más difícil, peor incluso que la minería. Y estaba dispuesto a colgar de una pared y a partirle el tabique nasal al primero que se atreviera a decirle que lo hacían por voluntad propia—. Espero que por lo menos te cobren un dineral.

—Veinte euros por mamada, treinta por completo, cincuenta por el culo. —Complacido con las tarifas, volvió a escupir en el suelo.

—Como vuelvas a escupir, te reviento la boca a patadas, Gigi, y en vez de echar gargajos vas a escupir sangre. Bueno, te fuiste de putas. ¿Me puedes decir a qué hora volviste?

—Y yo qué sé... Serían las... eh... Las doce, doce y media.

—¿No fue antes?

—No, no. Y tampoco más tarde, porque el capataz me llamó a la una.

—¿Te llamó por teléfono?

—Sí, me llama todas las noches a la una para comprobar que todo va bien. Total, tengo insomnio. El problema es que ¡él también! —Estalló en una carcajada que se convirtió en tos y ésta, a su vez, en el escupitajo marca de la casa sobre el linóleo—. Perdona, es que no me sentía bien.

Rocco abrió la puerta.

—Gracias, Gigi. Tengo una curiosidad, ¿me la aclaras?

—Si puedo...

—No lo harás dentro del motocarro...

—No, en la caja.

—Vale... Cuídate.

Salió y volvió a ver el cielo, las nubes y el sol.

El inspector Munifici, moreno y de pelo rizado, de esos que por la mañana se afeitan casi hasta la frente y a mediodía tienen que volver a pasarse la maquinilla, sujetaba la libreta con la mano izquierda y el bolígrafo con la derecha. De pie ante la mesa, Rocco garabateaba algo en un periódico. Estaba poniéndole bigote, barba y un diente negro a una famosa presentadora de televisión. Tenía delante el portátil de Matteo Livolsi.

—Veamos, jefe... Matteo Livolsi no tenía novia, se había matriculado en Derecho, pero no se había examinado de nada y, según el padre, quería tomarse una especie de año sabático, aunque, tal como lo contó, el hombre parecía algo escéptico...

—¿Qué hacía todo el santo día entonces? —preguntó Rocco, mirando a Alfredo De Silvestri, que jugueteaba con el botón dorado de su chaqueta.

—Quedaba con los amigos, salía, navegaba por internet, jugaba al fútbol sala.

—O sea, no daba un palo al agua.

—Exacto. Al parecer, también por lo que nos ha contado el padre, se le había metido en la cabeza irse de viaje al extranjero, seis meses. A Costa Rica. Su sueño era abrir un...

—Un chiringuito en la playa, etcétera, etcétera —lo interrumpió Schiavone—. El típico sueño del italiano frustrado en su país. Y luego van y se dan cuenta de que el bar no funciona, de que Costa Rica no es el paraíso que creían, de que no tienen acceso a la sanidad, de que playa todos los días es un coñazo y de que los culos de las sudamericanas se alejan al mismo tiempo que los billetes de la cartera. A los cuarenta y cinco vuelven a Italia y terminan sus días montando una empresa para vaciar trasteros.

Los otros dos sonrieron.

—Gracias, Munifici. ¿Algo más?

El inspector negó con la cabeza, se despidió de su superior con un gesto y salió del despacho.

—Alfrè, lo primero que hay que hacer es ver si existía alguna conexión entre Matteo Livolsi y el cadáver del otro día. Este...

—Giovanni Ferri —se adelantó De Silvestri.

—Eso. Investigad por ese lado. Dos chicos de veinte años asesinados con dos días de diferencia y con el mismo modus operandi debían de tener otros puntos en común. Recoge también todo el material de los agentes que han interrogado a vecinos y transeúntes. Es una tarea pesada y un coñazo, pero tú puedes hacerlo.

De Silvestri sonrió.

—Voy —respondió, y también él salió del despacho.

Se cruzó con Parrillo, que había asomado su cabezota rizada por la puerta.

—Hasta ahora, Alfrè... ¿Jefe?

—¿Qué quieres, Parrillo?

—No hay ni rastro del móvil de Matteo Livolsi. ¿Qué hacemos?

—¿Y qué quieres que hagamos? ¡Jodernos! —le respondió Rocco, y despidió con un movimiento de la mano al agente, que desapareció cerrando la puerta tras de sí.

Se sentó a la mesa, abrió el cajón y, por fin solo, sacó el primer canuto del día, uno bien cargado; era casi la hora de comer y aún no había tenido un hueco para fumar. Apoyó los pies en la mesa y se puso a observar cómo subía el humo hasta el techo y se dispersaba gracias al movimiento de aire que generaba el climatizador. Desde la ventana alcanzaba a ver la avenida Cristóbal Colón, la gran arteria romana que une la ciudad con Ostia, llena de coches que relucían bajo un sol de justicia. Se anunciaba un verano peculiar, con esa alternancia de días de calor insoportable y chaparrones tropicales repentinos. Un verano de locos. Un verano inútil. Apagó la colilla y encendió el ordenador de Matteo. Empezó a hurgar en el historial del navegador. Encontró portales donde ver partidos de fútbol gratis y un par de páginas porno que Rocco no pudo por menos de inspeccionar durante unos diez minutos, hasta que otra dirección web atrajo su atención.

Antiguos Alumnos del Ascanio Sobrero.

No era una página oficial, sólo un blog gestionado por ex alumnos del instituto. El nombre de usuario y la contraseña estaban guardados en la página de inicio. Matteo Livolsi se hacía llamar Mat87. Hojeó algunos mensajes: fiestas, cenas, «Cómo me gusta Sveva», «¿Tú has visto a Ilaria D'Amico en Sky?», «Reggiana, ¡el domingo todos al campo!».

Nada interesante. Un muro para tontear con los antiguos compañeros, tal vez con la idea de hacer más llevadero el trauma de despedirse de los que habían sido sus amigos durante cinco años. Algo que a Rocco no le había ocurrido. En cuanto aprobó la selectividad, se deshizo del diccionario y juró no volver a ver a ninguno de los veintiocho compañeros de clase, a los que había detestado hasta el último día de instituto. El nombre de alguien con el que había chateado Mat87 le llamó la atención: Sammy87. Leyó algunos mensajes.

«Hola, Sammy... entonces, ¿en el mismo bar a la misma hora?», había escrito Mat87 hacía cinco días.

Fueron los mensajes siguientes los que le helaron la sangre a Rocco:

«Ok, Mat... mismo bar, misma hora. ¿Y Skin?»

«No, Sammy. Skin no. Además...»

«¿Qué?»

«¡No se habla más con Skin!»

«¿Por qué?»

«*Dont trust Skin, Giò...*», seguido por tres calaveras negras sobre dos huesos cruzados.

Una corazonada. Mat87 se había dejado llevar y había llamado «Giò» a su amigo. Giò escribía con el alias de Sammy. Y Sammy era el apodo de Giovanni Ferri, que siempre llegaba el último con la moto de cincuenta, lento como la tortuga de los dibujos animados.

¡Giò!

Mat hablaba con el mismísimo Giovanni Ferri, la otra víctima, y por fin encajaba una primera pieza del caso. Matteo Livolsi y Giovanni Ferri eran amigos. Compañeros de instituto.

Y luego estaba el problema de Skin. ¿Quién era? ¿Un amigo, una chica, una tercera víctima en potencia o el autor de los crímenes? ¿O quizá era sólo un chiste entre dos ex compañeros de instituto? Estaba claro que no formaba parte de ese grupo de viejos alumnos, si no, habría podido leer esos mensajes ligeramente ofensivos con él. ¿Y por qué no era de fiar? ¿Riñas postadolescentes, o esas tres calaveras negras sobre huesos cruzados significaban otra cosa?

Skin. «Piel.»

Así funcionaba Rocco: algo, un olor, un detalle, atraía su atención y le seguía el rastro como un sabueso hasta el final. Debía hacer una visita al Instituto Sobrero. Como estaban a finales de junio seguramente aún podría encontrar al director; si no recordaba mal, sobre esas fechas se hacían los exámenes de acceso a la universidad.

El cuello largo y delgado, la nariz grande y los ojos saltones convertían al director Salvatore Berni en una *Giraffa camelopardalis*, y las caras que ponía al morder el puro apagado lo hacían idéntico al dibujo de su vieja enciclopedia de animales. Bastaba con sustituir el cigarro toscano por una ramita y listo.

—Ha tenido suerte, justo hoy terminamos los exámenes orales... Pero vayamos a mi despacho, que estaremos más cómodos.

Recorrieron un pasillo oscuro, flanqueado por numerosas puertas amarillas. Al fondo había una roja. Un letrero anunciaba que se trataba del despacho de dirección.

—Pase, pase —dijo Salvatore, haciéndose a un lado.

Era una estancia grande, llena de ventanas bajas con los marcos metálicos de color azul. El aire apestaba a puro.

—Veamos, comisario...

—¿Lo llamo yo a usted rector?

El director se detuvo a mitad de camino, justo delante de la mesa.

—No, ¿por qué?

—Porque es la segunda vez que le recuerdo que no soy comisario.

—¡Perdone, subjefe!

—No pasa nada, director.

—El caso, subjefe... es que sí. Matteo Livolsi y Giovanni Ferri fueron alumnos de este instituto. De hecho, si no me equivoco, terminaron los dos el año pasado.

—Sí. ¿Puedo? —Rocco se sentó—. ¿Sabe si iban a la misma clase?

—Espere que lo compruebe. —Salvatore Berni hundió la cabeza en un viejo libro de registro. Pasaba las páginas sin dejar de masticar el puro—. Sí, en la B.

—¿Buenos estudiantes?

—Livolsi sacó un 45 de media.

—Menos da una piedra.

—Y Ferri un 60 —añadió, y miró entonces a Rocco—. Pero ¿por qué me pregunta por Ferri y Livolsi?

—Porque los han asesinado.

El director abrió la boca lo justo para que se le cayera el puro en la mesa. Se apresuró a recogerlo y dejarlo en el cenicero.

—¡Oh, Señor! ¿Que los han matado?

—Exacto. Y, como comprenderá, que los dos fueran a la misma clase da que pensar.

—¡Ya lo creo! —El director se quedó observando el flexo verde de su mesa, como si de pronto no supiera qué pensar.

—¿Podría hablar con alguno de sus profesores?

—¿Eh?

—Digo que si podría hablar con alguno de los profesores de los chicos.

La jirafa reflexionó unos instantes.

—Claro, claro. Con la señora Cruciani, profesora de Lengua y Literatura. —Se levantó de golpe y miró por la ventana—. Sí, su coche sigue abajo. Ahora mismo la mando llamar. —Se precipitó hacia el pasillo y dejó solo a Rocco, que se levantó de la silla y se puso a curiosear por el despacho.

Había dos estanterías con viejos tomos en rústica. Sonrió cuando vio asomar, escondidas entre los libros, tres botellas de Sambuca. Un par de títulos daban fe de que el director había ganado dos concursos de poesía en Rho y en Roncobilaccio. El hombre regresó entonces acompañado por una mujer elegante y muy morena, que debía de rondar los cuarenta. Cara anodina, pelo anodino, nariz anodina. Lo único interesante eran sus ojos. Parecían dos aceitunas negras. Precisos como bisturíes, apuntaban a los objetos y parecían estudiarlos a fondo. Cuando la miró, tuvo la sensación de ser él el interrogado.

—Buenos días, señora... Soy el subjefe Schiavone.

Le estrechó la mano y, pese a sus dedos enjutos, la mujer le devolvió el apretón con firmeza.

—Buenos días. ¿Qué ha ocurrido?

—Dos de sus antiguos alumnos. Livolsi y Ferri. Siento decirle que han sido asesinados.

La profesora miró a Rocco enarcando apenas las cejas. Después se dirigió al director.

—Salvatore, ¿puedes dejarnos solos?

El director reculó, solícito.

—Desde luego, desde luego. ¿Quieren que les traiga un café?

—¿Le apetece a usted, señor Schiavone? —preguntó la profesora.

Parecía que se hubieran invertido los papeles: Cruciani se había convertido en la directora, y el director, en un profesor. Es más, al verlo con la mirada baja, incapaz de enfrentarse a los ojos fríos y analíticos de la mujer, parecía un alumno desobediente que se arriesga a suspender el curso.

—No, gracias. Estoy bien.

Acto seguido, la mujer despidió con una sonrisa al director, que salió y cerró la puerta con cuidado tras de sí.

—Es una noticia horrible —dijo luego, yendo a sentarse justo bajo la ventana, en una silla de madera.

—Eran alumnos suyos. ¿Buenos?

Cruciani negó levemente con la cabeza y respondió:

—No mucho. Ferri era algo mejor, a su manera era un cerebritito. Livolsi le seguía los pasos y acabó aprobándolo todo gracias a su amigo. Solían copiarse. Ferri escribía muy bien, ¿sabe? Y leía. Leía muchísimo. Su padre es periodista, ¿lo conoce? Alberto Ferri.

—Sí, lo he conocido. —Se abstuvo de contarle que estaba recuperándose en la unidad de cuidados intensivos. Por lo que respectaba a las malas noticias, la profesora ya había tenido bastantes por un día.

—Quería ser periodista. Giovanni fundó una pequeña revista en el instituto que se llamaba *El Fisgón*. —Soltó una risita y cruzó las piernas; tenía los tobillos finos—. Todavía me acuerdo de uno de sus artículos más divertidos, era sobre... —Señaló la estantería.

—¿Sobre qué?

—Las botellas que tiene ahí escondidas Salvatore. Se titulaba «Beber para creer». Muy irónico. Tenía un estilo bonito.

—¿Eran de meterse en líos?

—No que yo sepa. Matteo Livolsi se dedicaba más que nada a perseguir a las chicas. Giovanni era más serio. Tenía el gusanillo de la crónica negra, como su padre. Le interesaban los homicidios, las mafias, los escándalos. Metía las narices en los casos de Alberto siempre que podía y sin que el padre se enterara, ¿sabe? En el periódico lo conocían todos.

—¿Mientras que Matteo...?

—Lo que le decía, seguía a su amigo en todo. Deportista, un poco... ¿cómo decirlo? Simplón.

—¿Un perdedor?

—Eso mismo. Pero era buen chico. ¿Cómo han podido acabar así?

—Si lo supiese no estaría aquí, señora Cruciani. ¿Alguna compañía poco aconsejable?

La mujer meditó al respecto.

—Aquí no, en el instituto, quiero decir. Aquí son todos buenos chicos. Siempre hay alguna manzana podrida, pero como mucho tenemos alguna pelea en el patio. Nada importante. Nada que me lleve a pensar en asesinatos. Dios Santo, qué horror. —Se llevó las manos a la boca—. ¿Cómo... cómo murieron?

—¿Da usted Literatura?

—Sí.

—Pues siga con eso. Pero tengo una curiosidad: ¿el director es bueno con las rimas?

La profesora se encogió de hombros.

—¿Qué quiere que le diga? A mí no me gusta lo que escribe. Se esconde tras un estilo muy críptico, porque me da la sensación de que no tiene las ideas muy claras. Vamos, que lo suyo, en vez de un estilo, es un refugio.

—¿Alguna vez le ha dedicado algo?

Cruciani se sonrojó.

—No... ¿por qué?

—Porque sus versos serán herméticos, pero su comportamiento me parece «fresca agua, dulce y clara».

La profesora sonrió al reconocer la alusión a Petrarca y Rocco abandonó la estancia.

El despacho de D'Inzeo parecía un punto limpio de recogida de papel. Sobre todo de periódicos. Los tenía amontonados por todas partes. No había estante, repisa o sillón sin una pila de papeles. Como remate a esa instalación de museo de arte contemporáneo, sobre la alfombra, decenas de columnas de periódicos de años anteriores que oscilaban cada vez que se abría la puerta, lo que hacía temer lo peor.

—Siéntate, Rocco —lo invitó el juez, que tenía un cigarrillo encendido en la boca mientras leía muy concentrado unos folios sentado tras su mesa.

El policía miró a su alrededor.

—En primer lugar: ¿dónde pretendes que me siente? En segundo: ¿no te parece que fumar aquí dentro podría considerarse intento de suicidio?

—Igual que fumar fuera —replicó Sasà D'Inzeo sin levantar los ojos de los papeles.

—Me refiero a suicidio por autocombustión. Aquí dentro bastaría una chispa para que desencadenase el infierno.

El juez por fin alzó la vista. El humo le ocultaba en parte el rostro. Tenía el ojo derecho ligeramente cerrado.

—Entonces quédate de pie y cuéntamelo todo.

—Primero explícame qué haces con tanto periódico.

D'Inzeo miró perplejo en torno a él, como si hasta ese momento no hubiera sido consciente de las torres tambaleantes de papel que lo cercaban y lo oprimían.

—Los necesito.

—¿Para qué?

—Tienen artículos que necesito.

Rocco agarró el primero que vio en la repisa más cercana.

—Dieciocho de enero de 1989... ¿Puedes decirme para qué quieres un *Corriere della Sera* de hace veinte años? ¿Sabes lo que es una hemeroteca?

—Bueno, ¿vas a contarme algo o has venido sólo a tocarme las pelotas?

—En realidad me has llamado tú.

—Para que me cuentes lo que está pasando, no para hablar de mis periódicos.

El juez por fin dejó los papeles sobre la mesa y se quitó las gafas para ver mejor a Rocco, que se acomodó en el respaldo de uno de los dos sillones de cuero.

—A ver: hay una segunda víctima, Matteo Livolsi, de veinte años. Vivía a tres manzanas de Giovanni Ferri. Mismo modus operandi.

—Maldita sea...

—Ya. Las novedades son las siguientes. El primer asesinato, el de la cantera: es probable que a Giovanni Ferri lo persiguieran uno o más hombres, y es aún más probable que esos mismos hombres parasen en la gasolinera que hay cerca de la cantera.

—¿Para repostar?

—Ésa es mi hipótesis. Giovanni estaba con ellos, aprovechó para escapar y lo consiguió. Bueno, en parte. Porque lo alcanzaron y lo mataron justo al borde del barranco, desde donde cayó.

D'Inzeo dejó el cigarrillo en el cenicero lleno de colillas.

—¿Por qué no bajaron al barranco?

—Eso no lo sé. Han sacado una huella nítida del surtidor, pero no me hago muchas ilusiones. Aunque una cosa es segura: a Giovanni Ferri le dieron una paliza antes de matarlo. El forense nos lo confirmará.

—Y llegamos al segundo, el muerto de via Fidenza.

—Matteo Livolsi. Iba al mismo instituto que Giovanni y eran muy amigos. He encontrado un chat en el que conversaban. Matteo Livolsi no hacía una mierda de la mañana a la noche; estaba matriculado en Derecho, pero nunca iba a clase ni se presentaba a los exámenes...

—Al contrario que Giovanni Ferri —comentó el juez—. He hablado con mi viejo amigo de la universidad, que enseña Derecho Privado. Giovanni era un estudiante modelo.

—Pues Matteo era todo lo contrario. En el instituto era mediocre, iba a la zaga de su amigo y terminó de milagro. No parece que tuviera novia. He puesto a mis hombres a husmear, para que averigüen si alguien vio algo ya que el asesinato fue a plena luz del día. Pero hay una cosa que no me cuadra.

—A ver, dime... —Sasà D'Inzeo apagó el cigarrillo entre las colillas del cenicero.

—La herida tenía muy poca sangre. Y tampoco la había en el suelo. De lo que se

deduce que no lo mataron allí.

—Quieres decir en esa calle.

—Exacto. Pero es que, escucha esto, tampoco tenía sangre ni en el cuello ni en la camiseta. Es como si lo hubieran matado cabeza abajo.

Sasà hizo una mueca.

—Pero, hombre, ni que fuera un cerdo en el matadero...

—Se me ha ocurrido que tal vez le taparan la cabeza. Pero no con un gorro, eso no habría sido suficiente, porque no le habría cubierto la base del cráneo. —Rocco calló para meditar al respecto.

—¿Y un casco? —propuso el juez, con un brillo de entusiasmo en los ojos.

—¿Estás diciéndome que la víctima llevaba casco?

—¿Y por qué no, Rocco? Llega hasta la base del cráneo y pudo haber absorbido parte de la sangre. Lo apuñalan con el casco puesto y luego lo depositan allí. Lo cargan en una moto y...

—No, no lo veo. —Rocco hizo un esfuerzo por imaginar la escena—. A ver, pongamos por caso que sí, que lo obligaron a subir a una moto con cualquier pretexto. Y luego, ¿qué?, se paran y antes de que Matteo se quite el casco ¿llega uno por detrás y lo mata? No, es imposible.

—Pero estaba tirado boca abajo entre las motos.

A lo mejor lo llevaron hasta allí y...

—No, Sasà. ¿Y luego lo tendieron en la acera y le quitaron el casco? No cuadra. Parece ciencia ficción.

—Vale, al menos lo he intentado —dijo el juez, y volvió a sumergirse en sus papeles.

—¿Cómo se puede matar a alguien cabeza abajo? —Rocco había formulado la pregunta en voz alta, pero más que nada para sí mismo. De hecho, D’Inzeo ni siquiera levantó la vista—. Cabeza abajo... —Se acercó a la ventana y contempló los edificios de enfrente.

—A lo mejor le metieron la cabeza en un colador después de apuñalarlo.

Sasà parecía muy divertido con la hipótesis, sonrió incluso.

Pero aquella tontería que había soltado medio en broma empezó a abrir un pequeño sendero entre las zarzas que habían invadido la mente del subjefe. Entonces Rocco pegó un puñetazo en la mesa, que sobresaltó al juez e hizo temblar una pila de periódicos.

—¡¿Qué pasa?! —gritó D’Inzeo.

—¡Una escalera!

—¿Una escalera?

—Una escalera exterior. ¿Sabes lo que te digo? De esas metálicas, como de rejilla...

—¿Y?

—Alguien empujó a la víctima por la escalera, puede que en un forcejeo o una

situación similar. Y el otro, el asesino, lo apuñaló luego en la nuca desde abajo. La sangre se escurrió, puede que incluso que sobre el asesino, a través de la rejilla... ¡Es eso! —dijo Rocco.

El juez asintió, cada vez más convencido.

—Una escalera. Vale, pero eso es como buscar una aguja en un pajar, Rocco.

—Sí, pero tenemos una hipótesis, ¿no?

—¿Qué quieres hacer?

—Lo primero, mandar a alguien para que compruebe si por la zona alguna tienda o supermercado tiene una salida trasera con una escalera de ésas... A ver si lo mataron allí.

El juez levantó el auricular.

—¿Quién está en la Científica? ¿Gizzi?

—El mismo.

—Soy D’Inzeo —dijo con voz desganada por el auricular—, póngame con Gizzi, de la Científica. —Tapó el teléfono con la mano y añadió—: A ver si hay suerte. ¿Y luego?

—Segundo, quiero salir lo antes posible de esta habitación. Apesta a papel mojado y humo y el olor me da ganas de vomitar.

—Sí, pero aparte de eso.

—Me interesa Giovanni, el hijo del periodista. Tengo que indagar por ahí.

—¿Me mantendrás informado?

—Claro. Y tú a mí si Gizzi hace algún avance.

—¿Gizzi? Soy D’Inzeo. Escúchame y no me toques las pelotas.

Rocco salió del despacho con una sonrisa en los labios.

Caía la noche y el tráfico estaba congestionado. Los inesperados estrechamientos del Lungotevere, que dibuja meandros siguiendo el curso caprichoso del río, encerraban a los coches en una trampa sin escapatoria. Sólo las motos, como veloces insectos, lograban abrirse paso entre aquel montón de chapa. Las nubes pasaban entre las almenas del castillo Sant’Angelo mientras los turistas, asustados, intentaban cruzar por los pasos de cebra y volver vivos a sus países. El sol desaparecía ya tras la basílica de San Pedro, aposentada como un glotón satisfecho en medio de toda aquella confusión. El cielo se había teñido de rojo, igual que las paredes de la ciudad. Y si bien esa visión solía llenar los corazones de paz y de serenidad, a Rocco Schiavone sólo le recordaba que pronto sería de noche y que probablemente se la pasaría en blanco. Gaviotas, cornejas, golondrinas y palomas pasaban zumbando sin objetivo, mientras Zuccari, al volante, resoplaba y miraba a sus vecinos de coche. Seguía con interés la pelea de una pareja en un Smart. Ella gritaba sentada al volante y el hombre, a su lado, se revolvía agitando brazos y manos.

—¿Lo llevo a la comisaría? —preguntó el agente.

—No, a la calle Alessandria. Quiero comprobar una cosa antes. Pero cuando me

dejes te puedes ir, ya me apañaré para volver.

Zuccari, cansado tras la jornada, asintió.

—¿Qué dice, acabarán pegándose? —le preguntó a Rocco, señalando a la pareja que discutía.

—Podría ser. Mira, haz una cosa, adelanta, súbete a la acera, atropella al de la gasolinera, haz lo que quieras, pero yo no aguanto más aquí parado.

—¿Pongo la sirena?

—¡Ni se te ocurra!

Zuccari puso primera, se dirigió hacia la estación de servicio, pasó casi rozando al empleado y a un milímetro de los coches parados y consiguió escabullirse hacia el puente.

Veinte minutos más tarde dejaba a su superior en la calle Alessandria.

—No está mal, ¿eh?

Por toda respuesta, Rocco sonrió, le dio una palmadita en la espalda y se apeó del coche. Justo en ese instante le sonó el móvil.

—¿Quién es?

—Soy D’Inzeo. ¿Quieres hacer el favor de guardar este número en la agenda?

—¿Alguna novedad?

—No han encontrado ninguna escalera, Rocco. Al menos en las inmediaciones. Si quieres, mando a Gizzi a buscarla por toda Roma. Se lo merece, por tocarpelotas.

—Déjalo. Ya lo ha castigado suficiente la vida.

—¿Y eso?

—Me da que su mujer frecuenta otros lechos. Vale, Sasà, gracias. Te mantendré informado.

—¿Tú dónde estás?

—Voy a un pub.

—Por trabajo, ¿no? —Y colgó.

Rocco dobló la esquina y se vio frente al Old England, el bar al que solía ir Giovanni Ferri. Unos cincuenta jóvenes sentados en la terraza o en motos charlaban y bebían cerveza en vasos de plástico. Rocco, invisible a los ojos de aquella multitud de veinteañeros, entró en el pub. El manul o gato de las estepas seguía tras la caja. Steven trabajaba como un poseso. Dos chicos lo ayudaban con el servicio. Rocco se acercó a la barra.

—Un zumo de albaricoque.

Steven se volvió con los ojos muy abiertos ante lo ridículo de semejante petición en un pub al anochecer y sonrió nada más ver a Rocco.

—Ah, es usted. Ya decía yo. ¿Zumo de albaricoque? Quién sabe, puede incluso que tenga.

—Ponme lo que sea.

El chico se agachó, abrió la nevera, cogió un botellín y le dio un palmotazo en la base.

—De piña. Tengo zumo porque lo utilizamos para cócteles.

Rocco asintió y miró al dueño del local, que lo observaba. Intercambiaron una sonrisa de circunstancias.

—Escucha, Steven... a ver si puedes echarme otra mano.

—Claro que sí —respondió el chico, y le sirvió el líquido amarillento en el vaso.

—¿No conocerás también a un tal Matteo Livolsi?

Steven hizo una mueca.

—Yo con los nombres no me aclaro. ¿Tiene alguna foto?

Rocco se llevó una mano al bolsillo y sacó la fotocopia del carnet del difunto Matteo Livolsi.

—Aquí tienes una.

Se la acercó a Steven mientras éste dejaba el vaso en la barra. Rocco se bebió el zumo con avidez. El camarero sonrió.

—Claro que sí, siempre iban los dos juntos... Giovanni y él. —Le devolvió el papel—. No se separaban nunca, o casi nunca. Pero yo lo conozco como Mat.

—Diminutivo de Matteo. ¿Podrías contarme algo sobre él?

—Espere a que les sirva la cerveza a esos tocapelotas y ahora vuelvo.

Se alejó unos instantes para tirar tres cañas de cerveza rubia. Rocco miró a su alrededor. Las mesas de dentro estaban vacías. Hacía demasiado calor. Tan sólo un par de chicos que hablaban en voz baja y picoteaban patatas fritas y palomitas. El barullo estaba fuera. Había chicas de una belleza inquietante: dientes perfectos y blancos, melenas largas. A su lado, los chicos parecían unos tarugos arrogantes. No recordaba que las chicas fueran tan guapas en sus tiempos.

«La especie evoluciona», se dijo. Y por unos instantes, aunque sólo de manera fugaz, como el reflejo de la luz en un coche en marcha, deseó volver a tener veinte años.

—Aquí estoy —dijo Steven, de vuelta—. No tengo problema en hablar con usted, pero dígame la verdad, no es de Hacienda, ¿a que no?

—No.

—Usted es un madero.

—De los pies a la cabeza.

—¡Lo sabía! —exclamó, dándole un manotazo a la barra—. Davide me debe veinte euros.

—¿Quién es Davide?

—El pelirrojo de los granos, mi compañero.

—Ah, es verdad. ¿No está?

—Hoy no ha venido. Dice que está con fiebre. Pero ¿quién tiene fiebre en verano?

—No te creas, es posible. ¿Y él quién decía que era yo?

—El padre de Giovanni. Que a lo mejor su hijo se había metido en algún lío y andaba buscándolo.

—No, Steven, tenías tú razón. Soy de la Judicial. Entonces, ¿podrías contarme algo sobre Matteo?

—¿Le soy sincero? Nunca me ha caído bien. Está siempre dando por culo con su gran teoría del pelotazo, que basta con tener un gran golpe de suerte para tener la vida solucionada. Yo no soy de esa opinión.

—¿Y qué opinas tú?

—Que hay que trabajar, deslomarse y, con un poco de suerte, a lo mejor hasta sales bien parado. A mí los golpes de suerte no me convencen. Eso es para los vagos y los desesperados.

El dueño del pub se alejó de la caja y se reunió con Rocco y el chico.

—Y tú, Steven, no eres un vago ni estás desesperado.

—No puedo permitírmelo —respondió el chico, con una sonrisa.

—Buenas noches. ¿Todavía de inspección? —preguntó el gato de Pallas.

—Sí. Han llegado un par de denuncias anónimas —le respondió Rocco—. ¿Conocía usted a Matteo Livolsi?

—¿A quién?

Le tendió la fotocopia al dueño del local.

—A este de aquí.

El hombre escrutó la imagen unos instantes y frunció los labios.

—Sí, me parece que iba siempre con el otro...

—Giovanni Ferri.

—Exacto, el que buscaba ayer. Pero ¿por qué tanto interés? ¿Es una cuestión de impuestos?

—¿Le digo la verdad? Soy subjefe de la Policía Judicial.

El dueño del pub abrió mucho los ojos.

—¿Y por qué un sub...?

—Han asesinado a Matteo y Giovanni con dos días de diferencia.

Observó el efecto de la noticia en los rostros de Steven y del gran felino. El chico se quedó boquiabierto, mientras que el propietario entrecerró los ojos y se pasó la lengua por los labios.

—Cielo santo... —masculló Steven.

—Ya. Por eso necesitaba preguntarles por ellos. Y, díganme, ¿solían quedar en el bar con otra gente?

Ambos negaron con la cabeza como esos perrillos que balanceaban la cabeza y que se ponían antes en la bandeja trasera del coche.

—No... Creo que no. Bueno, sí, con los chicos, los que ve ahí fuera.

—¿Alguno en concreto?

—Tendría que pensarlo bien. Así a bote pronto... no. Nadie.

—Si se acuerdan de algo que pueda ser útil para la investigación, ¿me llamarán?

—Sí...

Rocco chasqueó los dedos y Steven se apresuró a darle una servilleta de papel. El subjefe se incorporó sobre la barra para coger un bolígrafo de debajo de la misma y escribió su número de móvil en el papel.

—Lo dicho. Su ayuda puede ser crucial.

Le entregó la servilleta al manul y se marchó del pub abriéndose paso entre el gentío de veinteañeros y el tufo a cerveza, sobaco y marihuana.

Probó a llamar a su mujer una vez más. Pero obtuvo la respuesta de siempre: «El número marcado no está disponible en este momento.»

«El número marcado.» Esa voz grabada no podía ni imaginar hasta qué punto lo deseaba Rocco. Abrió la nevera y se decidió por unos huevos fritos. No había pan y tuvo que rebañar la yema con galletitas saladas integrales. Encendió el televisor en busca de alguna película. La programación era un desastre. Se pasó la noche viendo una partida de billar entre dos escoceses con sobrepeso. Tenía la esperanza de que ver cómo chocaban las bolas y se metían en los agujeros le produjera un efecto hipnótico. Se quedó dormido a la tercera partida de *snooker*. Cuando se despertó, a las tres, el televisor seguía encendido. La partida había terminado y habían pasado al críquet. Apagó el aparato, se levantó y salió a la terraza. El aire era fresco, Roma dormía y él no. Se encendió un cigarrillo y contempló la ciudad. Marina y él tenían un juego: Rocco señalaba tejados y ella adivinaba iglesias, monumentos y edificios. Se le daba de muerte.

Ansiaba que llegase el alba, aunque con ella volviesen el calor y el caos. Al menos así podría dedicarse a dar vueltas con la excusa del trabajo, en vez de pensar una y otra vez en su mujer. Intentó centrarse en el caso. Pero sus pensamientos migraban como aves. A lo lejos ululaba una ambulancia. Pensó que, con los años, las noches se hacían cada vez más largas. Cuando iba al instituto, le parecía que acababa de meterse en la cama y ya era hora de levantarse. O también durante la universidad o en la academia de policía. Si tenía la suerte de llegar a jubilarse y hacerse viejo, se imaginaba esa vida como un mundo envuelto para siempre en la penumbra, similar al círculo polar ártico cuando, en invierno, el sol no consigue rozar el paisaje ni siquiera a mediodía. Volvió a entrar en casa a las cuatro. Se metió en la cama e intentó concentrarse en un libro. Pero no entendía lo que leía. Los nombres de los personajes se confundían entre los renglones, jugaban al escondite con las páginas. Dejó el ejemplar en la mesita de noche y miró la almohada del lado de Marina. Resopló. Cerró los ojos y se quedó así hasta que el sol entró en la habitación; al principio apenas una luz rosada. Se levantó y fue a prepararse el café entre maldiciones. Sólo quedaba una cápsula. Tenía que acordarse de comprar. Las llaves en la cerradura de la puerta lo hicieron volverse hacia el vestíbulo. Había entrado alguien. Oía los pasos. Era Inna.

—Buenos días, ¿ya despierto?

—No, normalmente duermo de pie en la cocina mientras me preparo el café —le respondió.

La mujer dejó las llaves sobre la mesa y la chaqueta de algodón en el sofá y entró en la cocina frotándose las manos.

—¿Y señora? ¿Sigue en Florencia? —preguntó con una sonrisita.

—No, ahora está en Catanzaro —dijo Rocco—.

Y luego irá a Abbiategrosso y por último a Salsomaggiore Terme. ¿Quieres un mapa detallado con el itinerario?

Inna sonrió y abrió el cuarto de la limpieza.

—Hoy hago cristales.

—Por mí como si haces piedras. —Pulsó el botón rojo y retiró la tacita de debajo del aparato.

—Está nervioso siempre en mañana.

—Y por la tarde y por la noche. Y cuando me tocan las pelotas. —Acercó los labios a la taza y aspiró el perfume del café—. ¿Quieres, Inna?

La ucraniana lo miró atónita.

—No, gracias. Acabo tomar.

—De todas formas no me quedaban cápsulas. —Dejó la taza en la mesa e hizo ademán de irse.

—Hoy es día paga, señor.

—¿Ah, sí?

—Por semana —le dijo la mujer mientras sacaba botes y trapos del cuarto de las escobas.

—Vale. Te lo dejo en la mesita de la entrada. Tienes que decirme cuánto es.

—¿No sabe?

—No, lo sabe mi mujer.

—Llámela y se lo diga.

—¿A las siete y media?

—¿Por qué? ¿Es muy temprano? Doña Marina despierta pronto.

—¿Por qué no me lo dices tú y así acabamos antes, Inna?

—¿Y confía usted?

—Claro. Soy policía. Como me la juegues, te quito el permiso de residencia y te mando esposada de vuelta al Volga.

—Yo no vengo de Volga.

—Pues de donde vengas.

—Doscientos cincuenta euros —dijo la mujer con aspereza.

—Muy bien —respondió él, y salió de la cocina.

De haber podido, Inna le habría rociado la cara con Vetril. Rocco no descartaba que lo hiciera tarde o temprano.

No quiso pasar por la jefatura. Se encendió el porro directamente en la moto, pero la ausencia de parabrisas hizo que el viento se fumara la mitad y una chispa le

quemara la manga de la chaqueta de lino. Intentaba concentrarse, pero no podía. Ni el casco atado bajo la barbilla parecía lograr bloquearle los pensamientos que revoloteaban y se amontonaban unos encima de otros. Marina, los dos chicos muertos, Gizzi, Sasà D'Inzeo, Isabella y su abogado... Se detuvo en un semáforo en rojo y se dio cuenta de que le sonaba el móvil. Se apresuró a meter la mano en el bolsillo de la chaqueta y respondió. Se encajó el teléfono entre el casco y la mejilla.

—¿Quién da por culo?

—¡Soy Uccio, y llevo llamándote dos horas! ¿Es que no oyes el teléfono?

—Un momento, que estoy en la moto. —Paró en la acera—. Dime, Uccio.

—A ver, tengo unas cuantas cosas para ti. Para empezar, a la primera víctima, Giovanni Ferri, le dieron una paliza. Presenta fracturas en un pómulo y en dos costillas. Después, el arma del crimen es la misma en ambos asesinatos, misma laceración, mismo ángulo de incidencia, en resumen, todo igual. Es un arma blanca, puntiaguda, una especie de clavo grande o punzón. Penetró varios centímetros en la base del cráneo. Una muerte rápida. ¿Indolora? Eso no puedo asegurártelo, tendría que comprobarlo y, la verdad, no estoy por la labor.

—Se entiende.

—Sigo: Giovanni Ferri tenía restos de fibras de algodón bajo las uñas rotas. Debió de forcejear con sus agresores. Y hablo en plural, porque hay distintos tipos de algodón. Y otra cosa, murió entre las doce y la una de la noche. Ni antes ni después.

—Bien. A las doce... Eso es interesante. Ninguno de los tres clientes que utilizaron la tarjeta en la gasolinera de la Tiburtina lo hizo después de las once.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que más o menos a las doce y media los asesinos y Giovanni estaban en la gasolinera y es posible incluso que fueran los últimos en utilizar ese surtidor, con lo que la huella que encontró Gizzi podría ser la buena. ¿Algo más?

—Agárrate, porque esto es lo más interesante. ¿Preparado?

—Te escucho.

—He encontrado cocaína en los bolsillos de los vaqueros de Giovanni Ferri y en los pantalones de Matteo Livolsi. Restos, poca cosa.

—¿Y en la sangre?

—No, nada en la de ninguno de los dos.

Rocco respiró hondo.

—No parece que se trate de consumo personal.

—A no ser que llevaran cinco días sin meterse y entonces ya no aparecería en la sangre. Pero, por si te sirve, los vaqueros de Giovanni parecían recién estrenados.

—Entiendo. Me va a tocar volver a casa de la madre. Buen trabajo, Uccio. Has sido de gran ayuda. Si las cosas son lo que parecen...

—El tema es chungo.

—Pues sí.

Sin embargo, en el horizonte del subjefe empezaba a tomar forma el móvil de los

asesinatos. Una sombra apenas perfilada, un polvo parecido al encontrado en los bolsillos de las víctimas, pero que aun así era un espectro que podía seguirse. Cambió de sentido en plena avenida del Trastévere y se dirigió, decidido, hacia San Giovanni.

Estuvo tres cuartos de hora esperando a Clara Caputo, la madre del pobre Giovanni, en el portal. La vio llegar a lo lejos. Caminaba arrastrando los pies y mirando al suelo, ajena a la gente y a la ciudad que zumbaba a su alrededor. Cada tanto se detenía, movía los labios y retomaba la marcha. El subjefe era consciente de que la pregunta que iba a hacerle reavivaría su dolor. Porque estaba relacionada con un detalle de la vida cotidiana y, por ende, más doloroso, dado que esa cotidianidad ya no existía. La mujer no levantó la vista hasta que llegó al portal. Cuando vio a Rocco, sin sonreírle siquiera, le preguntó:

—¿Qué pasa?

—Necesito saber una cosa, señora.

—¿Nos llevará mucho rato? ¿Quiere subir?

—No, es un detalle muy sencillo. Me gustaría que se tomara un momento para hacer memoria. Créame, es de suma importancia.

Clara lo escuchaba con atención.

—Giovanni vestía unos vaqueros nuevos. ¿Sabría usted decirme cuándo los compró?

La mujer se volvió lentamente hacia la calzada y, con la cabeza, le señaló la acera de enfrente.

—¿Ve esa tienda? Se los compró allí.

—¿Y recuerda cuándo fue eso?

—Claro que me acuerdo. Hace unos días. Estaba poniendo una lavadora y se me derramó la lejía. Le estropeé los pantalones. ¿Sabe usted cuánto cuestan unos Levi's nuevos?

La pregunta pilló a Rocco por sorpresa.

—No, yo no uso. ¿Cuánto?

—Cien euros.

—Pero ¡bueno!

—Se los compré yo. Mi hijo no trabajaba y, en realidad, me pareció lo justo. Se los había estropeado yo, de modo que pagué por mi torpeza. Así es la vida, ¿no? Tiene uno que pagar por sus errores. Pero ahora explíqueme usted a mí qué error cometió Giovanni... ¿En qué se equivocó? —preguntó la mujer, clavando sus ojos tristes en los del subjefe.

—No, señora, no lo sé.

—Pues eso. Pero a mí me gustaría saber por qué a un muchacho de veinte años lo matan en una cantera de mármol y lo tiran por un barranco como si fuese un despojo. Un muchacho... mi hijo. Al que parí, di de mamar, crié, abracé y besé. Era tan guapo y gordito de pequeño... —recordó, y se fue sin volver la vista atrás; se la tragó la

penumbra del hueco de la escalera.

El hospital Sant'Eugenio se levanta escuálido y espectral en medio de una bonita avenida residencial del barrio romano del EUR, poblada de pinos y flanqueada por chalets, no muy lejos de lo que la generación de Rocco llamaba el Palasport o PalaEUR y que, en la era de las multinacionales y los patrocinadores, había sido rebautizado como PalaLottomatica, por la empresa de apuestas. Era de una decadencia a la que no se veía el fin. Hacía pocos días habían recubierto la cúpula de la basílica de San Pedro y San Pablo con un enorme anuncio de una marca de bolsos que seguramente financiaba alguna reforma en el templo. No debía extrañar, por tanto, que acabasen rebautizando el Circo Massimo como Fiat 500, de cuyo nuevo modelo se esperaba el lanzamiento en pocos días; la Fontana de Trevi como Acqua Ferrarelle y la columnata de San Pedro como Abbracci del Mulino Bianco, por su parecido con las galletas. Nada estaba a salvo de ese patrocinio salvaje, quizá ni el hábito coral del papa.

En la unidad de cuidados intensivos reinaba el silencio. Los familiares esperaban tras la puerta de cristal. El horario de visitas sólo permitía la entrada durante una hora por la tarde. Rocco llamó al timbre. Pasaron cinco minutos hasta que una enfermera vestida de verde fue a abrir. Su piel ambarina delataba sus orígenes magrebíes.

—Dígame.

—Subjefe Schiavone. Policía Nacional.

La joven salió de la unidad y cerró la puerta tras de sí.

—Imagino que viene por el periodista que ha perdido a su hijo, ¿verdad?

—Exacto. Quería saber si era posible hablar un rato con él.

—Está intubado e inconsciente. Lo siento... Si quiere, puedo buscar al médico que lo atiende.

—No, no, se lo agradezco. Necesitaba hablar con él. ¿Ha venido alguien a verlo?

La enfermera señaló con la barbilla. Rocco se volvió. En un banco de formica, con la cabeza inclinada y la mirada perdida en el vacío, había una mujer.

—Ella. No se ha movido de ahí. Creo que es su pareja.

—Gracias, ha sido muy amable.

La enfermera volvió al trabajo y Rocco se acercó a la mujer, que tenía las piernas cruzadas bajo el banco.

—Buenos días. Soy...

—Sé quién es. Yo soy Monica Beltrami, periodista. —No le sonrió.

Los ojos, de un azul apagado y enmarcados por las gafas, tenían la esclerótica enrojecida. Melena despeinada y unos pequeños pendientes de oro que le colgaban de los lóbulos de las orejas.

—¿Quería hablar con Alberto?

—Sí, necesitaba saber algo sobre su trabajo.

—Es periodista de sucesos. Trabajamos juntos, yo soy de la sección de

internacional. ¿Necesita algo más concreto?

—Así es.

—Entonces no puedo serle de gran ayuda. Alberto y yo apenas hablamos de trabajo. Él anda siempre investigando en sus casos y yo, entre Bruselas y el Palazzo della Farnesina. Pero le daré un consejo: vaya a la redacción y busque a Fabio, el fotógrafo. Llevan siete años trabajando codo con codo. Seguramente él pueda decirle mucho más.

Rocco sólo había visto la redacción de un periódico en las películas. Las imaginaba llenas de hombres con la camisa remangada y cigarrillos en la boca, yendo de una mesa a otra con folios y tazas de café humeante en las manos. Mujeres cogiendo a paso rápido carpetas, abriendo ficheros, tecleando sentadas ante el ordenador. Fotógrafos apoltronados con la cámara colgada al cuello y un cigarro apagado en los labios. Energúmenos con tirantes que aparecían desde su despacho, separado de la redacción por una cristalera, para impartir órdenes y gritar improperios. Ventiladores grasientos, papeleras hasta arriba y ceniceros rebosantes, moqueta, ventanas con vistas a la ciudad. Y olor a tinta y tabaco en el ambiente. Sin embargo, cuando entró en la agencia de noticias Agsi, sólo encontró a un hombre mayor comiéndose una minipizza de tomate mientras veía un telediario en inglés por televisión. Había periódicos por doquier y paredes abarrotadas de fotografías y artículos recortados. El hombre dejó de masticar su almuerzo y lo miró.

—Dígame, ¿a quién busca?

—A un fotógrafo, el que trabaja con Alberto Ferri.

El otro asintió un par de veces.

—¿Fabio Rocchetti?

—Fabio, sí. El apellido no lo sé.

—Pero que sepa que ya no hace bodas.

—Schiavone, brigada móvil.

—Ah. —Le dio otro mordisco a la pizza antes de añadir con la boca llena—: Es por lo del hijo de Alberto, ¿verdad?

—Sí.

—Algo horrible. —El hombre se levantó por fin, dejó la comida en un estante, se limpió las manos en los pantalones y se acercó a Rocco—. Nello De Santis... Internacional. —Le tendió la mano—. Venga, lo acompaño. Fabio debe de estar ya en el comedor. —Señaló entonces a su espalda con el pulgar y comentó—: Acaban de elegir a Sócrates presidente del Consejo Europeo.

—¿Es grave?

—Pues no lo sé, pero el nombre no me gusta. ¿Se acuerda de cómo se llamaba el futbolista que nos marcó el gol en el Mundial de España?

—No me diga...

—Pues eso.

—Siempre será mejor que la alemana que acaba de irse, ¿no? —comentó Rocco mientras salían ya de la sala.

—¿Cómo está Alberto? —se interesó De Santis.

—Sedado y en cuidados intensivos.

—El pobrecillo se ha salvado por los pelos. Vaya mierda todo, ¿no?

—Y que lo diga...

—En fin. —El periodista se llevó un cigarrillo a la boca—. Pues sí, una mierda absoluta. Esta mañana estaba pensando en eso. *Éskhatos*, del griego, significa «fin último». Y de ahí que la escatología sean todas aquellas creencias sobre el fin último del hombre, del universo. Pero en griego antiguo *skatós* es excremento, de modo que escatología también hace referencia a los temas y expresiones que tienen que ver con la mierda. ¿No le parece un paralelismo amargo y cínico como sólo los antiguos griegos podían lograr?

—Pues sí. Aunque en ambos casos hablamos de un fin último.

—Sea del hombre o de sus deposiciones... Para los griegos la diferencia estaba en una e.

Rocco sonrió.

—La verdad es que nunca lo había pensado.

—Una e... una simple elisión diferencia las palabras «destino» y «mierda». Para los antiguos griegos un destino de mierda era casi una tautología.

Entraron entre risas en una sala que tenía una pequeña barra a la izquierda y una decena de mesas de plástico en el centro. En paralelo a la pared del fondo, una mesa alargada con fuentes de pasta y ensalada. El fotógrafo estaba sentado cerca de la ventana, hojeando un periódico. En cuanto vio entrar a Rocco, se quitó las gafas y dejó el diario.

—¡Fabio! —lo llamó el redactor de internacional—. Aquí el subjefe Schiavone, que te busca.

El hombre se levantó. Llevaba una camiseta gris dada de sí y, de unos pantalones hasta la rodilla con grandes bolsillos laterales, asomaban las piernas blanquecinas y llenas de vello. El pelo cano y la barba de varios días le daban cierto aspecto de náufrago. Tenía los ojos tristes.

—Buenos días... Yo lo conozco.

—Sí, de vista. —Rocco le estrechó la mano—. Nos encontramos de vez en cuando en esos amenos lugares donde la humanidad da lo peor de sí.

—Os dejo, me vuelvo con la CNN. —De Santis saludó al camarero y salió de la sala.

—Siéntese, por favor, señor Schiavone. ¿Le apetece algo?

Rocco se acomodó en una silla.

—No, gracias. Tengo que hablar con usted.

Fabio Rocchetti bebió agua del vaso de plástico.

—Dígame en qué puedo ayudarlo.

—Giovanni Ferri, el hijo de Alberto...

—El pobre. No quiero ni pensarlo.

—Solía venir por aquí, ¿verdad?

El fotógrafo asintió y dijo:

—Creo que el muchacho había heredado de su padre la pasión por el periodismo.

—¿Y metía las narices?

—¡Siempre! —Arrugó el vasito—. Alberto solía encomendármelo y Giovanni se venía conmigo en el coche. Otras veces llegaba él directamente en su moto. Ya le digo, un apasionado del periodismo.

—¿Sabría decirme en qué estaba trabajando Alberto?

—En muchas cosas. En el homicidio de Tor Pagnotta, ese carabinero que mató a su mujer y a su hija.

Y también en el atraco de la sucursal de Correos de Casalbertone... Y después... déjeme pensar... No, mire, mejor, subimos juntos a la redacción, que allí están sus notas y les echamos un vistazo.

Nello De Santis había desaparecido, aunque el televisor seguía encendido. Fabio se encaminó hacia una mesa invadida por periódicos y revistas que había pegada a la pared. Al lado, un archivador metálico.

—Lo utilizamos sólo para las provisiones —le explicó Fabio, sacando un paquete de barquillos del primer cajón; lo abrió y empezó a comerse uno—. Mire, éstas son las cosas de Alberto. Estos tres cuadernos, estas carpetas de color rosa y la libreta. Yo me voy allí, a mi mesa, con el Photoshop. Póngase cómodo —le dijo y, mordisqueando la galleta, se alejó.

Rocco empezó a examinar las notas del periodista. Tenía una caligrafía espantosa. Hacía falta mucha imaginación para descifrar su escritura. Pero el subjefe fue revisando los papeles a buen ritmo. Tenía una idea fija en la cabeza, tenue como una lucecilla, pero a la que se aferraba como si fuera su última esperanza para sobrevivir. Estaba preparado para interceptar cualquier palabra que pudiera hacer sonar una campanita en su cerebro: heroína, cocaína, anfetamina, ketamina, *speed*, crack, *superpill*, cristal, base. En la tercera carpeta rosa se topó por fin con lo que buscaba. Un único folio, un A4, con flechas y símbolos. Arriba, los nombres de dos barrios: Pigneto/Quadraro. De ellos salía una flecha que llegaba a un círculo con dos pares de iniciales: L. B. y S. S. Otra flecha roja con la palabra «coca» escrita al margen partía del círculo con las iniciales y terminaba en un cuadrado en el que se leía: Nomentana/Salario. Un gran interrogante cerraba una espiral roja. En el dorso, unas letras y unos números: SLR U 971197-8.

Aquello era peor que un crucigrama de Bartezzaghi.

Cogió el folio, se levantó y se acercó al fotógrafo, que trabajaba en su puesto ante la pantalla del ordenador.

—Perdone, ¿le dice algo esta hoja?

Fabio la cogió. La miró. Hizo una mueca.

—No, nada. ¿Dónde estaba?

—En una carpeta rosa.

—Ah, sí. Son las cosas en las que trabajaba Alberto. A simple vista parecen anotaciones sobre una red de narcotráfico. Pero no me viene nada más a la cabeza.

—¿Podría intentar ir más allá?

—Claro. Pigneto, Quadraro... Allí mandan los Furino, que son medio napolitanos, medio romanos.

—Mandaban los Furino —lo corrigió Rocco—. Encerramos a la mitad de la familia.

—Tiene razón. Yo sólo sé que el menudeo a pie de calle lo llevan los nigerianos.

—Sí, pero ¿de dónde les llega la mercancía?

—Eso ya no lo sé. ¿Piensa meter las narices en el avispero?

—Es mi trabajo. ¿Puedo quedármelo? —le preguntó, recuperando el folio.

—Claro que sí. Pensaré sobre ello un poco más y si me acuerdo de algo...

—Estoy siempre disponible, en horario de oficina.

—Pero acláreme una cosa. La muerte de Giovanni... —empezó a decir, y antes de articular la palabra «muerte», el fotógrafo había experimentado una ligera desazón, como si le asustara pronunciarla junto al nombre del joven hijo de su compañero—... ¿podría estar relacionada con todo esto?

—Yo diría que sí.

—Maldita sea...

Se lo había dicho a Sasà D'Inzeo en la cantera nada más ver el cuerpo de Giovanni: son cosas que les pasan a los chicos de buena familia cuando se topan con ciertos monstruos. Giovanni había chocado de bruces con uno. Uno de esos feos, temibles y despiadados. Y otro tanto le había ocurrido a Matteo Livolsi. Sentado a su mesa, a punto de liarse el segundo canuto del día, miraba la pantalla del ordenador; había vuelto a abrir el chat de los dos chicos, el de los antiguos alumnos del Ascanio Sobrero.

«Ok, Mat... mismo bar, misma hora. ¿Y Skin?»

«No, Sammy. Skin no. Además...»

«¿Qué?»

«¡No se habla más con Skin!»

«¿Por qué?»

«*Dont trust Skin, Giò...*»

No te fíes de Skin.

¿Quién era Skin? ¿Y el bar? ¿Sería el Old England? Preguntas sin respuesta, oscuridad total, hormigueo en piernas e ingles, ganas de salir de la oficina, irse a casa, echar un saludable polvo con Marina y volver a encarrilar su vida. Cogió la caja de

puros que había en la mesa y que ya no contenía habanos, sino tabaco suave para liarse los porros. Había empezado a deshacer un cigarrillo cuando De Silvestri se asomó, cansado de la jornada. Tenía los hombros caídos y las mejillas hundidas. Rocco se había percatado hacía tiempo de que se podía poner el reloj en hora mirando la cara del agente. Las mejillas se hundían un poco cada media hora. Atendiendo a su aspecto en ese momento y haciendo un cálculo aproximado, sin tener en cuenta la posición del sol, debían de ser, como mínimo, las siete y media.

—¿Qué haces todavía aquí, Alfrè? —Miró entonces el reloj del ordenador: las siete y cuarto.

—Me voy ya a casa, pero antes quería darle el nombre del titular de la matrícula que me pidió que comprobase.

El Audi que había llevado a Marina a su casa hacía dos noches.

—Ah, sí. ¿Cómo se llama?

—Domiziano Varisco.

El nombre no le decía nada.

—¿Qué se sabe de él?

—Es anticuario. Tiene una tienda en via dei Coronari y reside en via Giangiacommo Porro, en Parioli.

—Conque anticuario, ¿eh? Gracias, Alfredo.

El agente hizo ademán de irse, pero Rocco volvió a llamarlo.

—¿Y sabemos el número del local?

De Silvestri consultó sus notas.

—Sí, claro... Via dei Coronari... 12A.

—Pues yo tengo que contarte algo que no está nada mal, ¿sabes? Giovanni Ferri murió entre las doce y la una de la madrugada; Pichi dice que sobre las doce y media. Las tres personas que utilizaron la tarjeta para pagar en la gasolinera lo hicieron antes de que llegaran los asesinos...

—Entonces, ¿es posible que la huella que sacó Gizzi nos sea útil?

—Con un poco de suerte...

—¿Sabe qué, jefe? En todos los años que llevo trabajando en la policía, todavía no he visto esa suerte por ninguna parte.

—¡No hay que desesperar, Alfrè!

El viejo agente hizo una mueca.

—La esperanza es el arma de los débiles —sentenció, y salió.

Domiziano Varisco, via dei Coronari 12A. Se acercaría por la mañana. Terminó de destripar el cigarro y mezcló la maría con el tabaco. Sacó papel de la cajita, lió el porro, lamió el extremo y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta de lino. Cogió las llaves de la moto y se arrastró escaleras abajo. Ya en la entrada le salió al encuentro Zuccari, a quien, a diferencia de De Silvestri, se lo veía descansado y sonriente.

—¿De qué te ríes, Zuccari?

—Me quedan dos semanas para las vacaciones, jefe. Y me largo a Palinuro. ¿Ha estado?

—Sí, es precioso.

—Por cierto, tengo el informe sobre los interrogatorios a los vecinos y transeúntes del homicidio de Matteo Livolsi.

—Anda, dame una buena noticia: un buen testigo ocular que me resuelva el caso. Zuccari pareció entristecerse de pronto.

—Nada provechoso, jefe. Nadie vio nada. Ni en las tiendas ni desde las ventanas ni por la calle.

Rocco resopló.

—Tiene razón De Silvestri, nunca tenemos suerte. En este país la gente se mete siempre donde no la llaman, menos cuando necesitas que te eche una mano.

—¡Tal cual!

—Imagino que no había cámaras de seguridad...

—Ni una.

—De una farmacia, un garaje...

—Nada de nada. Oscuridad total.

—Vaya jodienda —resopló. La suerte debía de vagar por otros lares—. Está bien, Zuccari. Buenas noches.

Y no te quedes mucho rato.

—Ah, jefe, ¿tiene un cigarrillo?

—Cógelo de mi despacho. En la caja de los Cohiba. Cierra luego.

Salió por fin de la comisaría. El sol se había calmado un poco y el ambiente estaba un poco más fresco. En la avenida Cristóbal Colón, los coches seguían zumbando sin sentido. Le apetecía comer pescado, tal vez en un restaurante del Circeo, frente a la puesta de sol. Pero entonces se imaginó solo en la mesa, partiendo *grissini* y rodeado de parejas y amigos que reirían y disfrutarían de aquel paraíso. Se encendió el porro, se subió a la moto y regresó a casa.

No comió pescado. Otra noche de huevos fritos, a pesar de que, según el envase, llevaban dos días caducados. Conocía los riesgos, pero el horror de bajar a comprar algo era más fuerte que la amenaza de la salmonelosis. Dejó los platos en la pila, decidido a ver un rato de televisión. En una pequeña estantería de la entrada tenía los DVD, y al pasar le entraron ganas de ver la primera parte de *El padrino*. Cogió el estuche, y aún no había metido el disco en el lector cuando sonó el interfono.

—¿Quién coño será...? —se preguntó en voz alta, y se dirigió a la entrada. Repitió la idea por el portero automático—: ¿Quién coño es?

—Seba y Furio —respondió el vozarrón de su amigo.

No había mucho que pensar. Tenía que dejarles subir. Abrió el portal y se despidió de Francis Ford Coppola.

Descansados y frescos como rosas, los dos amigos llegaron con cervezas

artesanales *made in* Tuscia.

—Cosa fina, Rocco —fue la entrada de Sebastiano—. La elabora un amigo de mi primo. Están frías, pero es mejor beberlas heladas. Voy a meterlas en el congelador un rato —dijo, y desapareció en la cocina.

Rocco miró a Furio a los ojos como preguntándole a qué venía la visita. Pero su amigo se limitó a sonreír y a colarse en el salón.

—¿Tienes unas patatas? —gritó Sebastiano.

—No, yo ya he cenado.

—Joder, ni que estuvieras en un hospital. ¡Son las ocho y media!

—Ya lo sé, Furio, pero estoy cansado.

—Entonces no te vienes a cenar con nosotros. —Sebastiano entró en el salón con una bolsa de picatostes de los que se ponen en la sopa—. ¿Te importa? —le preguntó, echándose un puñado a la boca.

—Me da igual.

—¿Qué has comido? —quiso saber Furio.

—Dos huevos caducados.

—A ver si vas a palmarla de un dolor de barriga.

—No creo, Seba.

Se sentaron en el sofá. Sebastiano miró la hora.

—Sólo unos minutos, he mojado las botellas y si las dejamos en el congelador pueden estallar.

—Bueno, ¿y habéis venido porque os doy pena?

—En parte sí —contestó Furio—. No me gusta pensar que estás aquí solo, sin Marina.

—Exacto —confirmó Seba, que masticaba ya el enésimo puñado de picatostes—. Están de muerte. Son al romero.

—Ya que habéis venido a dar por culo, a ver si podéis ayudarme. —El subjefe se levantó y fue a por la chaqueta, que había lanzado al respaldo de la silla, y de la que sacó la hoja que había cogido de la redacción del periódico—. ¿Os dice algo?

Furio miró el papel.

—¿Qué es?

—Notas de un periodista. Parecen sobre tráfico de drogas.

—¿Me dejas verlo? —Sebastiano se acercó a su amigo.

—Espera, Seba... Vale, la cosa está clara. Son las zonas. —Furio le pasó las notas a su amigo—. Los barrios del Pigneto y Quadraro pertenecen a estos L. B. y S. S.

Sebastiano sonrió.

—Y todo apunta a que están tanteando el terreno por Nomentana/Salario —comentó, y se levantó para sacar las cervezas de la nevera.

—Hasta ahí llego solo. ¿Qué se sabe?

Furio se acomodó en el respaldo del sofá.

—En el Pigneto, las calles las controlan los nigerianos.

—Eso también lo sé —dijo Rocco, y se sentó—. Pero los nigerianos se ocupan sólo del menudeo. ¿Quién ha ocupado el puesto de los Furino desde que no están? ¿Quién los provee?

—Ése, ése... —rumió Furio—. ¿Quién será? ¿Silvano Saracchi?

—No, murió hace dos años. En un accidente de tráfico. Yo había pensado en Sergio Stigliano. ¿Te acuerdas de él? Estaba metido en las timbas.

Furio intentó hacer memoria.

—¿Sergio el hermano de Edoardo?

Rocco asintió.

—¡Qué va, hombre! Sergio está currando de portero en Morena —intervino Sebastiano, que en ese momento regresaba al salón con las cervezas—. No, no, dejó la mala vida. A ver, déjame que piense un poco... —Repartió un botellín a cada uno.

—Y luego está este código incomprensible, en el dorso del folio. —Lo leyó—: SLR U 971197-8. ¿Qué será?

Los amigos miraron la ristra de números y letras.

—Bueno... a lo mejor podría ser una contraseña —aventuró Furio.

—A mí no me suena de nada —admitió Sebastiano—. Oye, ¿no tendrás un paquetito de pasta y la preparo con aceite y ajo?

Sebastiano y Furio se habían largado a medianoche y habían dejado tras de sí la cocina sucia y peste a ajo frito en toda la casa. Rocco se subió al coche y en menos de un cuarto de hora se plantó en la calle Alessandria. Quería observar, intentar comprender qué ocurría por las noches en el Old England. Aparcó a veinte metros del local, se encendió un cigarrillo y montó guardia.

Las mesas estaban llenas de chavales. Hablaban, fumaban, reían, a sabiendas de que tenían toda la vida por delante. Algunos llegaban en moto e iban a sentarse con los amigos, mientras que otros se ponían el casco y, con la novia de paquete, desaparecían hacia corso Italia. Todo dentro de lo normal. Un aburrimiento espantoso. Mientras las chicas hablaban, fumaban, sonreían y se atusaban la melena, los machos se daban codazos, reían como dementes, bebían a grandes tragos y ocupaban espacio. Ellas observaban, los machos se exhibían. Isabella llegó en una moto blanca llena de flores adhesivas y con cosas escritas con rotulador permanente, testimonio evidente de sus años de instituto. En cuando la vieron llegar, dos chicas se levantaron de una mesa a la derecha de la entrada para ir a su encuentro. La abrazaron y le dieron un beso, y luego el trío se acercó al resto del grupito, dos chicos con el pelo largo, que de repente se habían puesto serios y compungidos. Le dieron otro abrazo, un gesto afectuoso por su reciente viudedad. Isabella, que también parecía seria, se sentó y se llevó un cigarrillo a los labios. Steven salió entonces del bar con una bandeja y dos cervezas. Las dejó en una mesa y fue luego hacia la chica. También él le dio un abrazo y un beso en la mejilla y después le encendió el cigarrillo. Isabella asentía con

la cabeza y se esforzaba por sonreír. Pero Rocco tuvo la impresión de que era una escena ensayada ante el espejo. Su novio había muerto y aquélla era la actitud que se esperaba de ella. Pero tenía veinte años y tampoco había que arder en la pira con el prometido. Salir, ver a los amigos y retomar la vida era lo más natural que podía hacer. Aquella cara consumida y el falso dolor de sus ojos le servían para salvaguardarse de los jueces de la manada, para respetar el código moral del colectivo. Porque se hacía así. De lo contrario, se pondría de manifiesto una certeza: nadie es esencial, todos somos reemplazables. Tan cierta como terrible. Y eso sólo serviría para acrecentar la angustia y el miedo a acabar en la oscuridad de la muerte y desaparecer para siempre del recuerdo y el corazón de los amigos. Steven regresó al bar y Rocco sonrió al pensar cómo le había tomado el pelo aquel chico africano. Conocía muy bien a Giovanni Ferri y a Matteo Livolsi. Si no, no se explicaba aquella intimidad con Isabella. Sabía mucho más de lo que dejaba ver. Fue entonces cuando a Rocco se le encendió la bombillita: *Skin*. «Piel.» ¿Le habrían puesto las dos víctimas ese apodo un poco racista a Steven? Y si estaba en lo cierto, ¿por qué había dicho Matteo que no era de fiar?

La caricia del aire nocturno era un alivio. La moto iba como la seda, Taiwo tenía buena mano para la mecánica. Iba a sesenta kilómetros por hora por la via di Santa Croce in Gerusalemme y no había ni un alma. Steven estaba cansado y le zumbaban los oídos. Davide tenía que decidirse a volver. Él no podía seguir muchos días haciendo el turno de mañana y el de noche. Sólo había dormido seis horas en dos días, y como ese capullo lleno de granos no se presentara al día siguiente, iba a tener que hablar con el jefe.

—¿No le ha explicado nadie que la esclavitud fue abolida? —gritaba contra el viento, imaginando el diálogo con el gordinflón—. No puedo hacer el trabajo de dos. ¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Que me echa? Pues suerte para encontrar a alguien que le haga el trabajo de tres tíos por ochocientos euros al mes. ¿Cómo? ¿Los refuerzos? ¿Sabe de qué me sirven a mí los refuerzos por las noches? Tres niñatos que a duras penas saben distinguir una cerveza de un gin-tonic. ¡No se enteran de nada y acabo haciendo yo el trabajo de los tres! —Un autobús camino del garaje aceleró sin luces y sin respetar el stop—. ¡Gilipollas! —le gritó Steven, pulsando el botón del claxon, que sin embargo no emitió ningún sonido.

A Taiwo se le daban bien los motores, pero el sistema eléctrico no tanto. Tenía que cambiar la vieja Scarabeo. Pero ¿con qué dinero? Si ya sólo en seguro se le iban trescientos euros anuales... A saber cuántos años más tendría que seguir durmiendo en casa de sus padres. Durmiendo, que no viviendo, porque pasaba allí el tiempo justo para echarse en la cama, cerrar los ojos unas horas y volver a irse. A eso no se lo podía llamar vivir. Apoyó la moto contra el poste, porque no tenía caballete, y se encaminó hacia la via del Pigneto. Los vio enseguida: un grupo de veinte negros, nigerianos casi todos salvo un par de senegaleses, bebiendo cerveza y sentados a la espera. Steven se acercó al tiempo que buscaba la cara de Chuwku. Algunos lo

saludaron, pero la mayoría ni siquiera lo miraron. Dos del grupo de africanos estaban pasándole unas bolsitas a un chico rapado al cero con una camiseta rota; amarillo como la mozzarella cuajada, iba colocado y se tambaleaba. Chuwku estaba apoyado en la pared y bebía cerveza directamente de un botellín. Steven se acercó.

—¡Chuwku! —Éste lo miró y sonrió—. *Ndewe kedu?* —le preguntó Steven, que sólo sabía decir eso en la lengua de su padre.

—*Odinma! Ma gi?* —respondió el otro.

—No va mal —contestó, volviendo al italiano—. ¿Tienes algo para mí?

—Sí —le dijo y, tras mirar a su alrededor, le hizo señas de que lo siguiera—. ¿Cuánto tú?

—Dame veinte euros.

Lo miró. Los ojos como dos tizones con la esclerótica enrojecida.

—¿Y por veinte euros tocas mis huevos?

—Jo, Chuwku, es lo que tengo.

Éste alargó la mano y cogió el dinero.

—Espera —le ordenó, encaminándose hacia la esquina de la calle.

Iba al escondrijo donde tenía la mercancía. Steven miró a su alrededor. A esas horas sólo estaban despiertos estudiantes, escritores y jóvenes cineastas. Los envidiaba; parecían tener siempre tanto tiempo libre, podían incluso quedarse mirando el cielo desde una ventana a la espera de que llegara la inspiración. Y lo más probable era que tuvieran familias que los mantuvieran. Se imaginó sentado ante su padre, que desayunaba cuando salía el

sol. «Adiós, papá, voy a dedicarme a pintar.» «Muy bien, hijo. Empieza con las paredes del cuarto de tus hermanos, ¡que están hechas un asco!», eso le habría respondido su padre, que a duras penas conseguía pagar los seiscientos euros de alquiler por aquel merdoso piso de tres habitaciones donde vivían. Chuwku volvió mirando a ambos lados. Después le tendió rápidamente la bolsita. Masculló algo que Steven no comprendió, pero que no debía de ser un saludo, y luego recuperó la cerveza y regresó a su pared, a la espera del próximo cliente.

Steven se dirigió a la moto y se puso el casco. La apartó del poste de la luz y, tras tres intentonas, consiguió arrancarla. Salió del Pigneto en dirección a via Casilina, a su casa. No se había dado cuenta de que, a unos cien metros de distancia, lo seguía un silencioso Toyota híbrido que lo acompañaba desde que había salido del Old England.

Siempre dejaba la cadena con el candado amarrada a las rejas del cuarto de la caldera; era una solución cómoda para que nunca le faltara aparcamiento debajo de casa y no tener que cargar con aquel chisme pesado y ruidoso. No es que su moto fuera a hacer las delicias de nadie, pero si se la mangaban, podía despedirse del trabajo en el pub y del dinero que llevaba a casa. Con tres hermanos en secundaria y una hermana aún en primaria, no podía permitírselo. Se dirigió al portal. Tenía una sensación extraña, como si lo observaran. Pero en la calle no había ni un alma y las

ventanas de los bloques circundantes estaban a oscuras. Tres farolas iluminaban débilmente la calle y sólo vio un gato entre las sombras de los coches aparcados. Caminó más deprisa. Pasos veloces, amortiguados por las suelas de goma, sigilosos. El portal estaba a unos veinte metros. No había luz, el neón de la escalera debía de estar roto otra vez. Aquella desazón no lo abandonaba. Le costaba respirar, no lograba coger aire y el corazón empezó a aporrearle los oídos. Volvió a acelerar.

«Estoy cagado», pensó.

El portal no llegaba nunca. Aquella boca lúgubre de aluminio anodizado, la salvación de la oscuridad y de la noche, parecía cada vez más lejos. Se llevó la mano al bolsillo para sacar las llaves. No quería titubear al llegar ante la cerradura, quería estar listo para abrir y escabullirse hacia el interior. Una caricia fría le erizó el vello de la nuca. Se volvió, no lo seguía nadie. Las llaves se le escurrieron de las manos sudadas y cayeron al suelo. Se agachó para recogerlas. Cuando volvió a incorporarse, ante él, surgida de la nada, vio la sombra de un hombre.

—¿Qué...?

—¿No me reconoces?

El chico soltó el poco aire que le quedaba en los pulmones y logró respirar profundamente.

—¡El madero! Buenas noches, o más bien, buenos días, usted dirá.

—Tú y yo tenemos que hablar —le dijo Rocco—. No me gusta que me tomen el pelo.

—¿Y?

—¡Que borres esa sonrisita bobalicona y te montes en el coche! —le dijo, señalando un Toyota aparcado en la calle.

—A Giovanni y a Matteo los conocías muy bien, Steven, así que no me vengas con gilipollices. —Rocco se encendió un cigarrillo y el chico asintió con la cabeza, sin apartar los ojos del salpicadero—. Ahora vas a decirme un par de cosas.

—¿Qué quiere saber?

—¿Los dos pasaban para ti?

Steven respiró hondo.

—Mire, comisario...

—Comisario, tu tía abuela. Soy subjefe. Es la primera y la última vez que te lo digo.

—Recibido. Verá, subjefe, yo en realidad no sé lo que hacían esos dos. Bueno, más bien —se apresuró a decir, para contener el gesto de rabia de Rocco—, más bien lo sabía, pero no quería saberlo. La cosa es que se habían metido en una movida bastante gorda.

—¿Qué movida?

Steven miró por la ventanilla. Cuánto le habría gustado estar en ese momento en el cuartucho de mierda que compartía con sus hermanos, oyendo los ronquidos de su

padre.

—No sé qué movida era. Pero pasaban coca.

—¿Y tus amigos del Pigneto no tienen nada que ver?

El chico vio como el policía tiraba el cigarrillo por la ventanilla.

—No son amigos míos.

—Pero hablas con ellos.

—Les compro.

—¿El qué?

—Hierba.

—A ver que la vea...

Steven resopló, pero se llevó la mano al bolsillo y sacó un pequeño sobre transparente. Contenía un poco de marihuana. Rocco lo cogió, lo abrió y lo olió.

—Esto no es maría...

—¡Claro que sí!

—Esto es una puta mierda cultivada en un garaje o en medio de la ronda de circunvalación. —Se la devolvió.

—¿Entiende usted del tema? —preguntó Steven, con ironía.

—Más de lo que crees. ¿Cuánto has pagado por eso?

—Veinte euros...

—Bueno, por lo menos no te han timado mucho. Pero volviendo a nuestras cosas, entonces, ¿no conoces a los que pasan en el Pigneto?

—Sólo a Chuwku, el que me vende la hierba de vez en cuando. ¿Va a arrestarme?

—No cambies de tema, Steven. ¿Para quién pasaban Matteo y Giovanni?

—Ya le he dicho que no lo sé. Venían un día sí y otro no y veía cómo les pasaban las bolsitas a los chavales. Al pub viene gente de dinero, ¿no lo ha visto? De Parioli, de la avenida Trieste... Vienen todos con sus Ligier, sus Smart...

—¿Desde cuándo?

—Yo me di cuenta hará unas dos semanas. ¡Se lo juro!

—Pero ¿no eran amigos tuyos?

—No, subjefe, no.

—¿Y no hacías negocios con ellos?

—¿Yo? Pero ¿está loco? Además, si hubiera hecho negocios con ellos, no seguiría viviendo aquí. Estaría en un estudio en el Trastévere.

—Créeme, en el Trastévere lo dudo. Puede que en el Pigneto o en San Giovanni.

—¿Tan caros están los pisos por allí?

—Olvídate del Trastévere. Pero podrías mirar por el este, Monteverde...

—Puede ser... ¿Por dónde vive usted?

—Estamos divagando un poco, ¿no crees?

—¿A qué se refiere?

—A que nos hemos ido por las ramas. ¿Quién les pasaba la mercancía?

—¿Otra vez? ¡Que no lo sé! Se lo he dicho, no éramos amigos.

—Si no eran amigos tuyos, ¿por qué te apodaban Skin?

Steven se echó a reír.

—¿Skin? ¡Yo no soy Skin! ¿Creía que se trataba de mí porque soy negro? No, se ha equivocado. Skin es Davide, el comemierda que hace dos días que está con fiebre, con lo que yo tengo que chuparme su curro.

—¿Skin es Davide?

—Sí, el pelirrojo que trabaja conmigo en el pub. Lo llaman así por los granos. ¿No ha visto cómo tiene la cara? ¡Parece que le ha explotado una sartén de palomitas en los morros!

A Rocco le entraron ganas de pegarse un puñetazo. Una corriente fría le surgió de las piernas y le subió hasta la nuca. Apretó el volante con las manos y apoyó la frente en él.

—¿Qué le pasa? —quiso saber Steven.

—¿Dónde vive?

—¿Quién? ¿Skin?

—Davide, ¿dónde vive?

Un cuarto de hora más tarde, Rocco aparcaba el coche en un paso de cebra, en el momento en que el sol empezaba a iluminar el esqueleto del gasómetro de via Ostiense. Un pensamiento oscuro y obsesivo lo había perseguido tras dejar a Steven en Casilino. Que Davide Mariotti, Skin para los amigos, estuviese en cama con fiebre era una hipótesis que ya había descartado. Si el chico estaba implicado de un modo u otro en aquel doble homicidio, sería un milagro encontrarlo con vida. Llamó al interfono y estuvo pulsando el botón al menos medio minuto. Se imaginó a los habitantes de la casa sumidos aún en el sueño y despertándose con el corazón en la boca y la respiración entrecortada. A los veinte segundos respondió una voz pastosa de hombre.

—¿Diga?

Llegado a ese punto, lo mejor era pegar la patada final y arrancar la tirita lo más rápido posible.

—Policía. ¡Abra!

El hombre abrió sin pensárselo. Rocco no se acordó de preguntarle la planta. Era el número 5 y había cuatro pisos por planta. Sin contar la portería, debía de ser en la primera.

Vio la puerta abierta nada más llegar al rellano. Un hombre en calzoncillos y camiseta, de pelo blanco y rizado, esperaba apoyado contra la jamba. Tenía barba de varios días, tan cana como el pelo.

—¿Señor Mariotti?

—¿Qué... qué pasa?

—Schiavone, brigada móvil.

—¿Me... me enseña su identificación? —reaccionó el hombre, levantando una mano, como si quisiera detener a aquel alborotador que armaba tanto jaleo de madrugada. Se lo notaba asustado, pero en cuanto Rocco le enseñó la placa, el señor Mariotti pareció respirar aliviado—. Pase, pase —le dijo, y se hizo a un lado.

La entrada estaba iluminada por una lamparita años setenta de cristal opaco. Una cómoda de Ikea servía de apoyo a un espejo y a una decena de perros de porcelana.

—Estoy buscando a su hijo —anunció Rocco.

En la puerta apareció entonces una mujer menuda, con el pelo pajizo y una bata fina, que no paraba de retorcerse las manos. Ambos tenían la piel grisácea, ojeras y el pelo alborotado. El aire olía a canela.

—Mi hijo no está —respondió el hombre con un hilo de voz.

—¿Y dónde está?

El marido miró a la mujer, que bajó la mirada.

—Pues ése es el problema, que no lo sabemos.

—¿No lo saben?

—No lo sabemos.

La mujer seguía retorciéndose las manos. El hombre, por su parte, sudaba: así lo atestiguaban dos cercos húmedos bajo las mangas de la camiseta que llevaba puesta.

—¿Y desde cuándo no lo saben?

—Desde hace dos días —contestó el hombre.

—Pase, por favor. Acabo de preparar café —le dijo la mujer, con una voz apenas audible.

También la cocina era de Ikea. Estaba ordenada y limpia y olía aún más a canela. En la encimera, bajo un trapo blanco y azul, reposaba un bizcocho. Se sentaron a la mesa y, mientras la mujer servía el café en las tacitas, Rocco se fijó en que al marido le temblaba el párpado derecho a un ritmo sincopado e hipnótico: tres batidas cada cinco segundos.

—Claudia y yo estamos asustados. Llevamos dos días sin saber de Davide. Tiene el móvil apagado y hemos llamado a sus amigos, pero nadie sabe nada.

La mujer llevó dos tazas a la mesa. El hombre hizo ademán de acercarle el azúcar, pero Rocco lo rechazó con un gesto.

—Esto es lo único que sabemos. —Claudia se metió la mano en el bolsillo de la bata y sacó un papelito con cuadrícula y arrugado. Se lo tendió al subjefe—. Lo encontré anteayer encima de su cama.

Rocco lo leyó. Con una caligrafía apresurada, decía así: «No me busquéis. Estaré fuera unos días. No será mucho tiempo. No os preocupéis. Davide.»

—¿Eso es todo?

—Eso es todo —contestó la señora Mariotti.

—¿Lo había hecho antes? Me refiero a desaparecer varios días sin decir adónde va. —Los dos negaron con la cabeza. Rocco bebió un sorbo de café antes de preguntar—: ¿Se ha llevado algo? ¿Ropa? ¿Dinero?

—Varias camisetas. Me he fijado porque justo se las había planchado el día anterior.

—Y el portátil —añadió el marido.

Rocco dejó la taza en la mesa.

—¿Puedo echar un vistazo al dormitorio de su hijo?

Los dos asintieron y Claudia lo condujo por un pequeño pasillo, iluminado también por unas lámparas marrones de cristal opaco. En las paredes había un par de placas de metal que representaban una natividad y una crucifixión en bajorrelieve. La mujer abrió la puerta de la habitación de Davide y encendió la luz. Rocco entró.

La cama hecha y el cuarto ordenado. Había un armario blanco y una mesita con varios cómics de Marvel encima. En las paredes, Shakira miraba a Fabio Grosso, exultante tras materializar la pena máxima ante Francia y darle el Mundial a Italia. Abrió el armario. Alguna camisa, pantalones, camisetas. En los cajones, ropa blanca, calzoncillos y una caja de preservativos intacta. Davide tenía fe e iba preparado por la vida. Había una mesa bajo la ventana. Un paquete de tabaco vacío, tres mecheros, una caja metálica con clips, dos cargadores de móvil, un cuaderno abierto, bolígrafos.

—¿Davide tiene moto? ¿O coche?

—Tiene una moto, sí.

—¿De qué cilindrada?

—De cincuenta. —El marido miró a su mujer—. De cincuenta, ¿no?

La mujer corroboró con la cabeza.

—¿Han mirado a ver si está?

—Sí, eso es lo primero que hice. La aparca siempre abajo.

—¿Y? —preguntó Rocco, que empezaba ya a impacientarse.

—¡Ahí sigue!

—¿Tiene alguna cuenta en el banco, que ustedes sepan? ¿Utiliza tarjeta? ¿Alguna de crédito recargable? —Los padres negaban como respuesta a cada pregunta—. Madre mía, qué agotamiento, esto es peor que descargar grava con una carretilla —murmuró el subjefe—. ¿Han probado a llamar a sus parientes, a ver si ha ido a casa de algún familiar? ¿Tíos? ¿Abuelos? ¿Primos?

—Nada, señor. Yo tengo una hermana que vive en Ancona y un hermano en Narni, pero allí no está. Nadie lo ha visto.

—¿Tiene novia?

—No.

—¡La madre que lo trajo! —estalló el policía, levantándose de golpe—. Tiene que haber ido a alguna parte, ¿no? ¡Algún amigo debe de saber dónde está! —Los Mariotti permanecieron en silencio—. Escúchenme bien: si su hijo da señales de vida, se ponen en contacto inmediatamente conmigo. Subjefe Schiavone, de la comisaría de Roma EUR. ¿Me han entendido? —Cogió un bolígrafo del escritorio del chico y apuntó su número—. Éste es mi móvil. Se lo ruego, no bromeo. Davide está metido en una historia fea. Muy fea.

Había amanecido y ya no era cuestión de irse a dormir. Rocco volvió al coche y decidió pasar por casa para darse una ducha. No pudo ni tomarse un café, porque se le habían acabado las cápsulas, de modo que fue a desayunar a la piazza del Fico con la moto. Las tiendas estaban abiertas y el verano daba ya lo mejor de sí a las nueve y media de la mañana. Dejó la mesa y se encaminó hacia via dei Coronari. El sol no lograba colarse por los callejones del centro y, entre la sombra y la humedad, la temperatura era más soportable. Hizo algo de tiempo mirando escaparates, donde había muebles antiguos y relucientes y lienzos con marcos de oro que apestaban a falso. Se preguntó si a Marina le gustarían. Mientras contemplaba una natividad decidió que iría a buscarla antes del mediodía. Estar sin oír su voz se le hacía insoportable. Se detuvo ante el número 12A. Una tienda preciosa, con tres escaparates a la calle. Ya sólo una mesa taraceada, iluminada por unos foquitos, debía de valer más que todo lo demás junto. Había un cuadro —que Marina habría sabido datar con precisión y Rocco aventuró que sería de finales del XVII—, dispuesto de cualquier manera sobre una repisa de escayola dorada. Representaba la huida a Egipto, con la luna, las palmeras, el pobre burrito cargado hasta los topes y las sombras de la sagrada familia escabulléndose en la oscuridad de la noche. José tenía la cara tensa y crispada, con unos ojos apenas visibles que buscaban angustiados el peligro, mientras que con sus grandes manos de carpintero sujetaba las riendas del animal con fuerza, dispuesto a

defender a su mujer y a su hijo de los soldados de Herodes. Parecía caminar de puntillas pese a las maltrechas y enormes sandalias que calzaba. La Virgen, en cambio, rebosaba serenidad. Su rostro parecía iluminado y tenía al crío arrebujado en un arrullo de lana; lo miraba con

el amor que sólo los ojos de una madre pueden reflejar. Y el pequeño le sonreía. A Rocco le volvieron a la mente las últimas palabras que le había dicho la madre de Giovanni sobre su hijo. Que era guapo y gordito de pequeño, que ella lo había criado y ya no existía. La Virgen, sin embargo, sabía que a su niño no le pasaría nada. Al menos no esa noche en el Sinaí, no serían los guardias de Herodes quienes le quitarían la vida a su amor, que le devolvía la mirada y le sonreía. José en cambio no lo sabía. Él se lo estaba haciendo encima. Era un hombre, su cara marrón oscura, del color de la tierra, el cielo quedaba lejos de sus ojos y sus pensamientos. Era miedo y sangre y nervios, era piel de gallina y latido de corazón desbocado en el pecho.

«Bonito cuadro», pensó.

Entró.

Un hombre de unos cuarenta años, elegantísimo, salió a su encuentro mientras una chica de unos veinte, con una larga cola de caballo y la cara colorada, se escabullía por una puerta de madera llena de molduras de colores, como ofendida con la aparición del cliente. Era probable que los hubiera pillado en medio de una discusión, pero el anticuario no dejó entrever nada con su serenidad y su contención.

—Buenos días... He visto que observaba usted el cuadro del escaparate.

—Así es.

—Astolfo Petrazzi, ¿lo conoce?

—¿Finales del diecisiete?

—Enhorabuena... —Un ruido proveniente de la trastienda atrajo la atención del anticuario—. Disculpe... Mire con tranquilidad todo lo que quiera y tómese el tiempo que necesite. Vuelvo enseguida. —El hombre desapareció a paso veloz por una puerta con molduras al tiempo que se ajustaba la corbata.

Rocco se quedó solo en la tienda, que estaba bien custodiada por varias cámaras de seguridad. Con el aire acondicionado no daban ganas de irse, de modo que mató el tiempo mirando una cómoda y un espejo con dos candelabros encima de un sobre de mármol que a Marina le habrían gustado. Igual que la chimenea de piedra. Se juró que si su mujer volvía pronto a casa, colocaría una chimenea en el salón, por mucho que en Roma fuese una locura encontrar leña para encender fuego e instalar el tiro significara varias semanas con albañiles en casa. Pero a ella le gustaría. Tal vez en verano los precios, incluso los de las antiguas, bajaban con respecto al invierno. Casi se avergonzó de lo estúpido e inútil que era pensar en poner una chimenea en un piso con calefacción central. El dueño de la tienda no volvía, de modo que se enfrascó en la contemplación de una marina napolitana de Gigante. En realidad no sabía qué iba a decirle a Varisco, había ido

a la tienda para verlo con sus propios ojos y valorar, hasta donde le fuera posible, si aquel hombre representaba una amenaza para su matrimonio. El pelo rizado y rubio, los ojos castaños e inteligentes y, ante todo, su elegancia y físico espigado lo hacían decantarse por el sí. Domiziano Varisco era muy peligroso. Se acercó a la puerta de las molduras. Estaba entornada y daba a una segunda sala de exposición, con las paredes revestidas de tela roja adamascada. Un montón de cuadros, dos escribanías y más espejos. De detrás de una cortina de terciopelo, salían dos voces. Se acercó y pegó la oreja a la tela para escuchar. Una masculina, la de Varisco, y la otra seguramente de la chica que se había escabullido nada más entrar él en la tienda.

—Pero ¿se puede saber qué es lo que tengo que hacer? ¡Lleva días poniéndome mala cara! Esto no se sostiene —decía él.

—Ha sido mi cumpleaños, señor Varisco, ¿y es posible que usted no se haya acordado?

—Pues no, no me he acordado. ¿Tan grave es, señorita Stefania?

—Llevo más de un año trabajando aquí y esperaba que...

—Entonces, si lleva trabajando más de un año aquí, habrá notado que yo no felicito ni las Navidades, ni la Pascua ni el Año Nuevo.

—Ya lo sé, me he dado cuenta. —La voz de la joven era agresiva y rencorosa.

—Entonces, dígame, señorita Stefania, por qué razón iba a felicitarla a usted por su cumpleaños...

—Para que yo vea que se preocupa por mí, ¿no?

—¿Le pago poco?

—¡En absoluto!

—¿Alguna vez la he tratado mal?

—En absoluto.

—Siempre he sido correcto con usted y creo que cada vez que se ha desenvuelto bien en su trabajo la he felicitado y en más de una ocasión la he alabado, ¿no es así?

—Sí, señor Varisco, así es. Pero yo esperaba otra cosa.

—¿Y qué esperaba, señorita Stefania? ¡Hasta le he dado primas trimestrales por cada venta que ha cerrado!

—Es cierto.

—Siempre me he comportado con corrección, amabilidad y educación, y cada vez que me ha pedido vacaciones o días libres se los he dado.

—No es eso.

—Entonces, ¿qué? —Varisco ya empezaba a subir el tono.

—Me siento transparente.

—¿Transparente?

—¡Para usted sería lo mismo que fuese yo u otra!

—Pero por el amor de Dios, ¿qué es lo que quiere que haga?

—¡Que me mire!

—Pero si ya la miro.

—Que me mire, pero no como si fuese su secretaria. ¿Es que hay que decirlo todo? ¡Que me mire como a una mujer!

—¿Qué intenta decirme, Stefania?

—Pero ¿será posible que no se haya dado cuenta de nada? ¡Estoy enamorada de usted!

Se produjo un breve silencio. Rocco sonreía. Aquella visita se había convertido en un espectáculo del teatro Sistina.

—Usted... —balbuceó Varisco.

—Sí. ¡Desde hace meses! ¡Y usted como si nada!

—Ah, ¿conque yo no me doy cuenta de nada? Pues escúcheme bien, Stefania, que le voy explicar una cosita. Esos amigos míos que vienen a la tienda con ropa de colores, la muñeca floja y que se ríen como locos y sueltan grititos exaltados, ¿qué cree que son? ¿Excéntricos? ¡No! ¡Son gays! ¡Como yo, señorita Stefania! ¡Soy gay! ¡Homosexual! ¡Marica! ¿Lo entiende o no?

Rocco oyó unos pasos nerviosos que se acercaban a la cortina. Se apresuró a alejarse y a fingir interés por un jarrón chino. Stefania, con la cara todavía colorada y la mirada gacha, salió de la estancia y atravesó la tienda sin reparar en la presencia del jefe. Varisco no tardó mucho en reaparecer también. Miró a su cliente.

—He de confesar que los he oído —admitió el policía.

—Lo siento mucho. Es un asunto muy desagradable.

—Usted no me conoce, pero yo a usted sí. Soy Rocco Schiavone.

Una sonrisa serena apareció entonces en el bello rostro de Domiziano.

—¿El marido de Marina?

—He de confesarle que vi cómo acompañaba a mi mujer a casa y que no he entrado por el cuadro.

—Imagino que ha obtenido una respuesta más que satisfactoria. ¿Quiere que vayamos a tomar un café?

—Encantado.

Habían empezado a tutearse en el trayecto hasta el bar y, para cuando pidieron, Rocco y Domiziano parecían amigos de toda la vida.

—Tengo que decirte que me moría de risa —dijo Rocco, echando un poco de azúcar en la taza.

—Está loca. Lleva semanas incordiándome.

—Se ha enamorado —la defendió Rocco, y bebió un sorbo de café.

—Pero ¿a quién se le ocurre? ¿Tú me has visto?

—Bueno, qué quieres que te diga... Eres un hombre guapo.

—¿Cuántos heteros conoces que se pongan una camisa de rayas de colores con una chaqueta de cuadros y una corbata de punto?

—Pocos.

—Pues eso. Y, por cierto, perdona, pero aquí hace mucho calor. —Se quitó la chaqueta y la dejó sobre un taburete. Los bíceps se le marcaron bajo la camisa de algodón—. ¿Cómo estás? —le preguntó entonces.

—Mal. Marina no responde al teléfono. ¿Lo sabes todo?

—Todo —admitió con gesto serio Domiziano, que bebió un poco de café sin apartar la vista del subjefe.

—¿Qué debo hacer?

—No lo sé, está reflexionando. Pero es evidente que para ella ha sido una buena decepción.

—Me cortaría los huevos.

—Mejor que no. Haz algo más constructivo.

—¿Como qué? —preguntó Rocco esperanzado y pendiente de los labios del anticuario.

—Ir a buscarla. No sé, para tomar un helado o un aperitivo. Y hacerla reír. Tiene que volver a olerte. Y, mira, no debería decírtelo porque soy su amigo, pero te echa de menos. Muchísimo.

—¡Es que siempre tiene el móvil apagado!

—¡Joder, Rocco, pues ve en persona! Ha de verte. No respetes sus órdenes. No te atengas a las normas. Rómpelas. Pásatelas por el forro. Normalmente lo haces... ¿Cuál es ahora el problema? ¿Que se trata de Marina?

—No lo sé, estoy bloqueado.

—Ya sabes dónde está. Ve a buscarla al trabajo, pero sin excusas en plan pasaba por aquí. Ve con la verdad por delante. Y así al menos das algún paso. Y hazlo también por mí. Sinceramente, no sé si voy a ser capaz de soportar otra cena con

Marina llorando y hablándome de ti, te lo aseguro.

Rocco sonrió.

—¿De qué te ríes? ¿Te hace gracia que tu mujer hable de ti y llore?

—Es que me das esperanzas.

—Perdona que te lo diga, querido subjefe, pero tú de mujeres entiendes más bien poco. Tengo que volver a la tienda, no vaya a ser que alguien se interese por el cuadro de Petrazzi.

—Por curiosidad solamente, ¿cuánto cuesta?

—Cuando has entrado y vi cómo ibas vestido, no te habría dicho el precio. No tienes pinta de manejar dinero. Pero ahora, sabiendo quién eres, puedo decírtelo: sesenta y cinco mil euros.

—¿Me harías un descuento?

—No, es que no te lo vendería.

—¿Por qué?

—¿En serio? ¿Cómo vas a justificárselo luego a tu mujer?

El subjefe bajó la vista.

—Tienes razón. Gracias, Domiziano.

—De nada, hombre. Y recupera a Marina, anda. Yo tengo otros planes para la noche. Es verano y, si no saco partido ahora de las sesiones invernales de gimnasio, ya me dirás para qué leches hago dieta y pesas, para qué tanta tableta de chocolate y tantos bíceps de nadador.

Había convocado a De Silvestri, Zuccari y el inspector Munifici, los mejores de la comisaría, para hacer balance de la situación. Sus hombres lo escuchaban.

—¿Qué tenemos por ahora? A dos chicos asesinados probablemente por un tema de drogas. Un tercer amigo, Davide Mariotti, está desaparecido. Se abre la sesión. Ánimo, poned sobre la mesa todo lo que no os cuadre.

El primero en levantar la mano fue Munifici, al que a las once le asomaba ya la sombra de la barba.

—El primer asesinato, el de la cantera. A mí no me cuadra que abandonaran el cadáver a plena vista cuando a pocos metros tenían una bonita laguna donde esconderlo.

—¿Hay noticias sobre la salud del periodista? —preguntó Rocco.

Los agentes miraron a De Silvestri.

—¿Se ha recuperado? ¿Podemos ir a hacerle unas preguntas?

—Por lo que sé, sigue en coma —respondió el veterano agente—. No oye ni habla... en definitiva, no da señales de vida.

Rocco hizo una mueca de fastidio.

—¿Se sabe algo de la huella dactilar?

—Todavía nada —respondió Munifici—. Pero, si quiere, vuelvo a llamar a Gizzi.

—Sí, nunca está de más. ¿Y tú, Zuccari? ¿Alguna idea?

—¿Cómo lo veo yo?

—Cómo lo ves tú.

—Tres niñatos hijos de papá...

—Dos: el tercero, Davide, no lo es. Pero sigue, sigue.

—El caso es que los tres se ponen a pasar coca, a alguien no le hace gracia y los quita de la circulación.

—Ya, ¿y quién? —quiso saber Rocco.

—El que controla el territorio.

—Ése es el problema, que ahora mismo Roma está dividida. Lo sé yo, lo saben en Crimen Organizado y lo saben hasta los periodistas. Pero estos chicos pasaban por aquí y por allá, no estaban en un sitio fijo, y a mí eso no me parece ninguna invasión del territorio.

—Tiene razón, jefe —terció Munifici—. Yo creo que o le debían dinero a alguien...

—O el que les proporcionaba la droga decidió quitarlos de en medio por alguna razón —aventuró De Silvestri.

Rocco entrelazó las manos delante de la boca y habló con la mirada fija en la mesa.

—Hay algo que se nos escapa y se me he ocurrido una cosa. A ver, el asesinato en la cantera. El chico murió sobre las doce, doce y media. A esa hora volvía Gigi *el Cardo* con su motocarro después de estar con las fulanas de la Tiburtina.

—¿Con el motocarro? —A Zuccari se le desorbitaron sus ojos azules.

—Sí. Se lo monta en la caja trasera —precisó Rocco—. Tal vez eso responda a la pregunta de por qué no tiraron el cadáver a la laguna.

—Podría ser. Vuelve el vigilante y, para que no los vea, salen corriendo.

—Y luego tenemos el segundo cadáver. Al que mataron no se sabe dónde, pero que luego trasladaron hasta via Fidenza, cerca de su casa. Nadie vio nada, actuaron con rapidez y precisión. Pero lo que yo me pregunto, y quiero que os pongáis en situación... —Rocco se levantó y fue hacia la ventana—. Al pobre chaval lo matan en la cantera en plena noche y el guardia es medio ciego. ¿Qué probabilidades había de que los viera con la suficiente claridad como para reconocerlos? ¿En la oscuridad?

—Pocas, por no decir poquísimas. ¿Por qué?

—Pues porque me da la impresión de que los acojona que los vean, simplemente ser vistos. Como si bastara un vistazo para pillarlos.

Los tres policías se quedaron reflexionando sobre la argumentación de su superior.

—¿Tiene sentido? ¿Y quién puede temer que lo reconozcan incluso desde lejos?

—¿Un actor famoso? —soltó Zuccari.

—¿Alguien muy alto?

—No, Alfredo, hay personas altas a patadas. No es suficiente. Tiene que ser alguien con una peculiaridad que lo distinga de los demás, incluso a veinte o treinta

metros. —Rocco miró a sus compañeros uno a uno—. Alguien que se diferencia sólo por su aspecto, ¿me seguís? Y no por un defecto físico, sino porque en Italia hay pocos. ¡El color de la piel!

En los ojos de los agentes y del subinspector se encendió una luz.

—¿Son... negros? —aventuró Munifici.

—Yo creo que sí. Los nigerianos controlan parte del menudeo de la ciudad. No sé de dónde lo sacan, pero toda Roma sabe que pasan en las calles.

—Nigerianos... —Alfredo se sentó—. Es una teoría factible. Pero ¿y el asesinato de San Giovanni? ¿Por qué dejar a un chico tirado en medio de la calle? ¿No podían haberlo dejado en otro sitio?

—No, porque lo mataron allí cerca, a plena luz del día, y no tenían cómo transportarlo.

—Pero ¿por qué no esperaron a la noche? —preguntó el inspector.

Rocco se mordió el labio.

—Porque era posible que Matteo se hubiese olido la tostada. Ya habían eliminado a Giovanni y era el siguiente de la lista. Tenían que actuar lo más rápido posible, no podían perder tiempo. Lo que nos faltaría es averiguar dónde lo mataron. —Se dejó caer en la silla—. Pero yo creo que pudo pasar en una escalera, una escalera exterior.

Los otros lo miraron sin entender.

—A ver, atacaron a la víctima, ésta se cayó sobre un peldaño y el asesino le asestó la puñalada desde abajo. Por eso no había sangre ni en el cuello ni en la ropa del pobre Matteo Livolsi.

—Jefe, yo necesito un cigarrillo, si no, no puedo pensar —terció Zuccari.

Rocco le tendió la caja de madera que tenía en el escritorio. El agente la abrió y preguntó, cogiendo uno:

—¿Puedo? Qué aroma... Siempre me he preguntado qué tabaco es.

—Nada especial, algo suave. ¡Es que antes contenía puros Cohiba!

—Ah, por eso huele todavía.

—¡Repíte eso! —exclamó Rocco, con los ojos clavados en el agente.

—¿El qué?

—¡Lo que has dicho!

Zuccari miró de reojo a sus compañeros sin entender nada.

—¿Que por eso huele todavía?

Rocco sonrió.

—¿Y por qué? ¡Porque la caja está cerrada! ¡Por eso! Porque la tapa es de madera y retiene los olores.

Los otros tres no lo seguían: el subjefe había afirmado una obviedad y no entendían adónde quería llegar.

—Si la tapa hubiese sido una reja, una jaula, algo abierto, el olor habría salido. ¿No es así? —Rocco se levantó como un resorte—. ¡Zuccari, tenemos trabajo!

—Ya, pero yo no me he enterado de... —intervino Munifici.

—¡Por eso nunca pasarás de inspector!

Su subordinado lo mandó a tomar por culo, pero sólo de pensamiento.

Rocco y Zuccari atravesaron el garaje precedidos por Nino, que jadeaba a causa de la barriga y la edad. Las paredes y las columnas estaban pintadas de rojo y en cada pilar había una letra, para que los dueños de los vehículos encontraran sus coches sin demasiado esfuerzo.

—Nino, sólo por curiosidad, ¿cuánto cuesta aquí una plaza?

—Depende. Una sencilla, doscientos cincuenta; una doble, cuatrocientos, y las de moto, ciento cincuenta.

—Demonios... —masculló Zuccari—. ¡Con ese dinero alquilas una casa en Viterbo!

—Con terraza —añadió Rocco.

—Ya lo sé, pero en Roma, y especialmente aquí en San Giovanni, no hay aparcamiento —explicó el vigilante, que abrió los brazos como queriendo decir que no había nada que hacer.

Los pasos retumbaban por el techo bajo de cemento, que atravesaba una decena de tubos misteriosos.

—¿Y cuántos coches caben?

—¿A qué ha venido, a hacer una inspección fiscal? —replicó el vigilante, riendo—. Bueno, total, ni que fuera mío, ¡es de un banco! Pero son unos ciento cincuenta coches. ¡Haga usted las cuentas!

—¡Joder! —exclamó el subjefe.

—Pues sí. Y no se lo pierda, porque hay una lista de espera de al menos treinta clientes.

Zuccari no paraba de negar con la cabeza.

—¿Gente dispuesta a pagar cuatrocientos euros al mes por aparcar?

—No es sólo por eso. Ponga que alguien se compra, ¿qué le diría?, un Lexus, un Mercedes, un Jaguar... ¿qué hace? ¿Aparcarlo en medio de la calle? Como poco, y digo como poco, te lo encuentras rayado.

—Ya. Y como mucho acaba en Tirana —apuntó Rocco, lo que provocó una carcajada del vigilante.

—Tal cual, jefe, tal cual.

—Y, oiga, ¿no estarán por casualidad entre sus clientes los Livolsi?

—Tiene que decirme el coche, porque el apellido me suena, pero no caigo.

—Zuccari, ¿sabes qué coche tienen?

El agente sacó un cuaderno de notas del bolsillo y empezó a pasar páginas.

—A ver... sí. Un Subaru Legacy rojo.

—Ah, ya. Sí, alquilaron la plaza hará como mucho un mes. Lo sé porque sólo hay uno. ¿Por qué lo preguntan?

—Para saberlo —respondió Rocco.

—A ver... —Nino se paró entre dos columnas—. Decía usted antes que hay una salida que da a via Fidenza.

—Exacto.

El hombre se volvió para orientarse.

—Bueno... tiene que ser... por allí. —Señaló un punto donde no se veía absolutamente nada.

—¿Quiénes pueden entrar?

—¿En el garaje? Sólo se entra con llave. Pero ¿le soy sincero?

—Diga, diga...

El vigilante, tal vez alentado por la oscuridad en la que caminaban, confesó:

—De vez en cuando me ausento de la garita. Ya tengo una edad y meo como unas doce veces al día. Y, bueno, tampoco hay tanto que hacer. Aparte, nadie deja cosas valiosas en los coches.

Por fin llegaron ante una puerta metálica gris.

—Tiene que ser por aquí.

Nino la abrió y se vieron ante un pasadizo por donde sólo se podía avanzar en fila india. Paredes de cemento a ambos lados y un rumor bajo y continuo proveniente del aire que pasaba por los tubos. De vez en cuando se oía un gorgoteo por detrás de las paredes.

—¿Saben que por aquí abajo pasa un río? Roma está llena de ríos subterráneos.

—Me conformo con que no le dé por salir a la superficie justo ahora —comentó Rocco.

El pasadizo era largo y, tras un recodo en ele, proseguía otros treinta metros. Apestaba a moho y a champiñones podridos.

—Pero ¿para qué sirve esta cámara?

—Creo que es para la humedad y para los tubos de la calefacción de los pisos. Y los del agua... Se podría decir que es una especie de sala de máquinas. Hay tres en total. Y todos terminan en una boca de alcantarilla. A modo de salida de emergencia, ¿me entiende? Por si hay un incendio o algo así.

Cuanto más avanzaban, más insoportable se tornaba el hedor. A los champiñones y el moho se sumó el olor dulzón de la carne descompuesta. «Una rata», se dijo Rocco. Llegaron por fin a la entrada de una sala subterránea. Había una escalera de hierro que subía hacia la reja de la alcantarilla y al fondo, si se levantaba la vista, se podía ver el cielo.

—Ya hemos llegado. Ahí arriba está via Fidenza.

Rocco extendió los brazos para detener a Nino y a Zuccari.

—¡No entréis! Voy yo solo.

Nino dio un paso atrás, un poco asustado ante la reacción del policía, que se puso a examinar el suelo: el polvo parecía removido. Alguien había caminado recientemente por aquel habitáculo. Alargó la zancada todo lo posible para salvar el espacio que lo separaba de la escalera sin tocar el suelo. Puso un pie en un peldaño.

Se agachó para revisar la escalera y allí la vio, en el quinto escalón: una pequeña mancha de sangre. Escrutó entonces por entre la rejilla y abajo, en el suelo, ni a un metro y medio, vio una mancha oscura mucho mayor.

—¡Zuccari! Llama a Gizzi. Al chico lo mataron aquí.

El agente asintió y sacó el móvil.

—Voy fuera, que aquí no hay cobertura —dijo, volviendo ya sobre sus pasos.

Nino se había quedado conmovido.

—¿Qué... qué ha pasado?

—Que apuñalaron aquí a la víctima. Estaba de pie en la escalera, puede que uno lo agarrara y que el otro hijo de puta lo acuchillara desde abajo. Aunque faltaría por saber una cosa...

Subió otros tres peldaños y llegó a la rejilla que daba a la calle. Era imposible permanecer allí de pie. La empujó suavemente con la espalda y se abrió. Rocco emergió fuera, en la acera, oculto por el contenedor de la basura, a medio metro de las motos donde habían encontrado el cuerpo de Matteo.

—Lo hicieron rodar desde aquí —dijo para sí, antes de agachar la cabeza para ordenarle al guardia, que lo esperaba a los pies de la escalera—: Nino, da la vuelta y sal. No pases por aquí. Nos vemos arriba.

El hombre asintió y desapareció por el pasadizo, como un viejo ratoncillo que vuelve a su madriguera. Un transeúnte se quedó mirando a Rocco, que tenía medio cuerpo fuera de la alcantarilla.

—¿Están de obras? —le preguntó.

Pero el jefe no respondió. Estaba pensando. «¿Qué hacías aquí abajo, Matteo?»

Tenía que esperar la llegada de los peritos de la Científica, que se pondrían a trabajar en las pisadas que había sobre el polvo del cuartillo, las manchas de sangre, cubrirían la escalera con revelador en busca de huellas, todas ellas operaciones que llevarían horas de trabajo. Una pérdida de tiempo para Rocco, que no tenía ningunas ganas de quedarse en via Fidenza fumando sin parar y tomando un café tras otro. Zuccari, apoyado sobre el capó del coche aparcado a la sombra, hablaba por el móvil. El jefe miró la hora y tomó una decisión. Se acercó al agente y le dijo:

—Llévame a via San Giovanni in Laterano.

El agente tapó el teléfono.

—¿Adónde?

—A la basílica de San Clemente.

—¡Y yo qué sé dónde está eso!

—Ignorante. Anda, tú arranca, que yo te guío.

Subieron al coche después de que Zuccari, resoplando, se despidiera apresuradamente de su interlocutor.

Ni cinco minutos después, Rocco se apeó del coche, cruzó la calle, franqueó el

portón de madera negra y el claustro, entró en la iglesia y se dirigió hacia la escalera que conducía a la basílica subterránea.

Le temblaban las piernas, y tal vez por eso mismo había actuado por impulso, para no pensárselo mucho. Era muy consciente de que a veces, en la vida, tanto pensar puede llevarte a la inmovilidad. Domiziano había sido claro y directo: tenía que romper las reglas, superar los obstáculos que su mujer le había puesto y mirarla a los ojos, hablar, comprender, quizá con una sola respiración, una sonrisa, aún había esperanzas de volver a verla en casa, a su lado, dormida en la misma cama. Era como caminar por un cable tendido entre dos rascacielos. Una ráfaga de viento, un paso en falso, un vértigo repentino y estaba perdido.

Bajó la escalera.

En la nave central, ante la pared de la izquierda, había un andamio recubierto por una tela blanca. Detrás de ésta, una lámpara emitía un resplandor uniforme. En el silencio sólo se oían el crujido de la madera y los arañazos intermitentes de una espátula contra la pared. Allí estaba Marina, trabajando. ¿Qué debía hacer? ¿Carraspear? ¿Llamarla? Se acercó sin apartar la vista del suelo milenario, respirando el olor a cerrado, a madera, incienso y trementina. Rodeó el andamiaje y se asomó. Su mujer estaba subida a una tarima, muy pegada a la pared; llevaba las gafas puestas y estaba trabajando

en un fresco. Se quedó embobado mirándola. Qué guapa era. Con aquella mirada concentrada, mordiéndose ligeramente el labio inferior, el cabello recogido en un moño sujeto con un lápiz... ¿o era un palillo chino? Guapa, con la bata blanca inmaculada, que reflejaba la luz de la lámpara y creaba un halo a su alrededor. Su melena se veía más rubia y las pocas partículas de polvo que gravitaban en torno a su cara parecían estrellas y cometas. Rocco dejó de sentir el calor y la humedad, ya no tenía hambre, ni sed, ni cuerpo, mientras observaba en silencio, respirando muy despacio y sonriendo como un tonto.

—¿Piensas quedarte ahí todo el día? —le preguntó Marina, sin apartar la vista del fresco. Rocco despertó de repente—. Venga, sube —Se quitó las gafas—. ¿Cómo estás?

Le contestó con un encogimiento leve de hombros. Marina tenía en la mano una especie de espátula con un material blanco y pegajoso en la punta; yeso o alguna pintura. Le señaló el fresco.

—Bonito, ¿no?

Rocco asintió.

—Lo conozco. Es donde aparece esa inscripción famosa... El primer cómic de la historia, si lo piensas.

—Sabía que lo conocías. Es la historia del milagro de san Clemente. El prefecto Sisinnio se dio cuenta de que su mujer, Teodora, le rendía culto a Cristo y decidió mandar a sus soldados a arrestarla a una misa que oficiaba el propio Clemente. ¿Lo ves? Éste de los brazos abiertos es san Clemente. Pero Dios no lo permitió. Dejó ciegos al marido y a los soldados, que, en lugar de a la mujer, se llevaron una

columna de mármol. Sisinnio siguió sin ver nada hasta que volvió a su casa. — Marina miró a Rocco a los ojos—. ¿No te parece una historia bonita?

—¿Y al regresar a su casa recuperó la vista?

—No lo sé, puede ser.

—¿Y lo comprendió?

—Teodora se había convertido al cristianismo.

Rocco se acarició la barba de dos días.

—La mujer se había iniciado en el culto de un dios que su marido no conocía y éste quiso castigarla.

—Exacto. —Metió la espátula de canto por una grieta muy pequeña, justo al lado del santo.

Rocco se rascó la cabeza.

—Es una bonita metáfora. El marido cegado por no haber visto la verdad.

—Más o menos. Habría que saber qué Dios fue más justo: si el de Sisinnio o el de Teodora.

Rocco se acercó al fresco. Producía un extraño efecto: al verlas de cerca, las figuras y la pintura parecían cambiar de tamaño y color.

—No sabría decirte. Normalmente el dios que vence es el que lleva razón.

Marina sonrió.

—Desde un punto de vista histórico, sí. Pero ¿crees que es cierto?

—Es una pregunta complicada. Creo que no hay un dios que tenga razón y otro que se equivoque. A su modo, están todos en el mismo barco.

—Hablan idiomas distintos, pero dicen lo mismo. De lo que se deduce que lo que es justo o equivocado son nuestras obras —dijo, y le lanzó una mirada a Rocco antes de dejar la pequeña espátula en una cajita de madera y coger un pincel embadurnado con una sustancia oleosa—. Yo no creo en Dios, pero diría que al menos ha servido para darnos una moral.

—Desde luego...

Marina posó el pincelito sobre la pared, justo al lado de una figura con un báculo.

—Entonces te pregunto lo siguiente, Rocco: ¿existe la justicia en la naturaleza?

—No, la justicia es una creación humana.

—¿Y se equivoca?

—Como todo lo humano.

—Y de nosotros dos, ¿quién está equivocado?

Marina cogió una esponja pequeña para absorber con delicadeza una mancha infinitesimal de aceite que había quedado sobre el color.

—Este fresco lleva aquí casi mil años. Un milenio es mucho tiempo. Y resulta que podríamos olvidarlo y darle una buena capa de blanco, o bien restaurarlo para intentar que dure otros mil años. Y que así dos idiotas como tú y yo podamos admirarlo un día y pensar en nuestra vida, en lo que es justo y lo que no. —Soltó la esponja y apoyó las manos en las rodillas—. Si el marido está ciego o si es la mujer la

que no ha entendido. Y creo que nunca lo averiguaremos, porque lo que importa, Rocco, es el amor.

—Yo no quiero averiguar nada.

—Yo tampoco, Rocco.

—Me han entrado ganas de hacer el amor.

—A mí no.

—¿Cuándo vas a volver a casa?

—Cuando lo entienda.

—Te echo mucho de menos.

—Y yo a ti, Rocco, y yo a ti. —Le rodeó el cuello con los brazos: olía a champú y a trementina—. ¿Te he dicho alguna vez que tienes ojos inexpresivos y apagados?

—Alguna que otra vez.

—Estás cansado. ¿Por qué no te vas a casa?

—No puedo. Tengo un lío muy gordo —dijo sin más, nunca entraba en detalles sobre su trabajo—. ¿Cuánto tiempo vas a tenerme esperando?

Marina respiró hondo.

—No lo sé, Rocco. Tampoco creas que yo consigo dormir por las noches. Me las paso despierta, pensando. Una mañana me diré: déjalo estar, Marina, cierra los ojos, vuelve a casa y vive con ese hombre. Tú lo escogiste, ¿no? Pues algo tendrá de bueno. —Esbozó una sonrisa que hizo que a Rocco le temblaran las rodillas.

—¿Te he dicho alguna vez que tienes los ojos más bonitos del mundo?

—Sí, pero es mentira.

—¿Eso quién lo dice?

—Yo.

—No lo entiendes. Cada minuto que paso sin ti es un minuto tirado a la basura.

—Vete ya. Te prometo que te llamaré pronto.

Rocco le dio un beso. Y, aunque se sintió como un idiota, el corazón se le desmandó de tal manera que parecía que se le quería salir por la boca.

—¿No es ridículo que me sigan entrando escalofríos, como hace seis años?

—Es la humedad. Estamos bajo tierra. Se te mete en los huesos. —Se echaron a reír—. Vete, anda, largo. Tengo que trabajar y tú igual. Como llegue el cura, voy a tener que darle muchas explicaciones.

—¿Como cuáles?

—Eres el cuarto hombre que beso hoy sobre esta tarima. Puede ser demasiado incluso para un dominico irlandés.

Se rieron.

—Vaya, ahora voy a tener que matar a tres hombres. ¿Puedo saber sus nombres?

—No, porque eres capaz de hacerlo.

Una nube negra pasó por los ojos del subjefe. Marina podía estar bromeando. O no, parecía seria. Con ella nunca se sabía.

—No tienes una gran opinión de mí —le dijo mientras bajaba ya de la tarima.

En cuanto tocó el suelo, Marina lo llamó:

—¿Rocco?

—Dime.

—Era una broma.

—¿Seguro?

Los peritos de la Científica ya habían examinado el cuartillo y se habían ido. Por fin pudo entrar. Bajó la vieja escalera ennegrecida por la mugre. Habían marcado en el suelo la huella de una zapatilla de deporte y las manchas de sangre bajo la escalera. ¿Habrían perseguido los asesinos a Matteo hasta allí? ¿Por qué habría intentado salvarse metiéndose en aquel pasadizo? Habría sido más fácil ir hacia la entrada del garaje, gritar. Nino podría haberlo oído. Meterse en aquella ratonera era como entregarse a los asesinos. Resultaba evidente que tenía que haber sido otra cosa la que había motivado la presencia del chico allí. Empezó a examinar las paredes, valiéndose de la luz que caía en perpendicular por la rendija a ras de calle. Las tocó. Eran de cemento rústico, con clavos y hierros que sobresalían. Encendió el mechero y avanzó por el hueco bajo la escalera, la parte más oscura de aquella cueva urbana. El suelo estaba aún más negro y el tufo se intensificaba a cada paso. También el sonido de un goteo persistente que se elevaba conforme se adentraba en aquellos metros cuadrados de oscuridad. Apagó el mechero antes de chamuscarse el índice y el pulgar. Se sopló los dedos y esperó unos segundos para volver a encenderlo. El techo era cada vez más bajo, tenía que inclinarse para continuar avanzando. Cuando ya creía que iba a vislumbrar el fin de aquella especie de nicho, un leve destello de luz tras una esquina le hizo comprender que en realidad seguía. Allí abajo había alguien. Sintió que se le aceleraba el corazón. Aguzó el oído, pero no oyó nada. Decidió seguir adelante. Tuvo que agacharse e hincar las rodillas en el suelo. «Despídete de los pantalones chinos», pensó. Gateó durante un par de metros y dobló la esquina. Cuando se asomó, se encontró ante el uniforme blanco de un perito, que estaba agachado y con la linterna apoyada en el suelo.

—Pero ¿qué cojones...?

El hombre se volvió.

—Ah, es usted. Finzi, de la Científica. Venga a ver lo que he encontrado.

—Pero ¿no podías hacer algo de ruido, Finzi? ¡Un poco más y me da un infarto!
—exclamó Rocco, y fue a reunirse con el hombre acucillado.

—Mire, he visto que en este punto el suelo está limpio. Aquí...

El agente había apartado un par de ladrillos viejos y había dejado a la vista un agujero bastante grande.

—¿Qué es eso?

—Un escondrijo —respondió Finzi.

—¿Has encontrado algo?

—¡Esto! —Levantó un par de pinzas con una bolsita de plástico vacía—. Estaba encajado bajo la tubería que pasa por aquí abajo.

—¿De qué es?

—Tengo que llevarlo a examinar, pero no creo que me equivoque mucho si le digo que contenía droga. Si era coca o heroína, eso ya no sabría decírselo...

La luz de la linterna revestía de un halo espectral la sonrisa de satisfacción de los dos policías.

—¡Buen trabajo, Finzi!

—Usted lo habría conseguido solo.

—¿Con un mechero? Finzi, no quiero volver a encontrarte de esta manera...

—Tiene razón, jefe. —El policía volvió al trabajo mientras Rocco retrocedía por el hueco.

—¿Tú crees que debería ponerme la antitetánica?

—No sé, pero yo como mínimo me echaría desinfectante en las manos...

Caminaba al ritmo de las paladas de dos chicos que remaban de forma sincronizada en un bote, rompiendo el agua queda y oscura del pequeño lago del barrio del EUR. En los jardines, decenas de niños jugaban entre gritos. Atrás habían quedado los tiempos de las vacaciones de tres meses para las familias con hijos pequeños. Pese a ser un lugar de encuentro nocturno de yonquis y ratas de alcantarilla, todo el mundo buscaba hueco en aquel lago artificial, porque recordaba de una forma vaga la playa, la montaña, todo lo que no fuera un edificio con antenas y olor a asfalto hirviendo mezclado con orines. El agua, un espejo putrefacto donde flotaban restos de comida y algas muertas, reflejaba la torre de oficinas de la petrolera Eni y parecía precisamente una mancha de crudo. El verde del césped tendía más bien al amarillo y los árboles eran víctimas del bochorno y el descuido. Se sentó en un banco. Pasó una pareja de novios tirando de un cocker que, agotado por el calor de la tarde, rozaba el suelo con la lengua. Rocco se encendió un cigarrillo.

¿A quién le habrían comprado los chicos la coca? ¿Quiénes utilizaban a los nigerianos para vender en las calles? Así pues, ¿eran nigerianos los asesinos de Matteo y Giovanni? El eslabón perdido era Davide, Skin, en el caso de que siguiera con vida. ¿O habría acabado también con un punzón en la base del cráneo y tirado en cualquier canal al otro lado de la ronda de circunvalación? Sacó el papel con las notas del periodista. Aquel par de iniciales, S. S. y L. B. Tenía que ponerles nombre cuanto antes. Un detalle fundamental capaz de dar por fin un giro a aquella historia de mierda. Y la sigla y los números del dorso: SLR U 971197-8. ¿Qué significaban? ¿Por qué Alberto Ferri no se hacía un favor a sí mismo y a todo el cuerpo de policía y se despertaba del coma? ¿Cómo habían sabido los asesinos del escondrijo de Matteo en el garaje? ¿Adónde estaban llevando a Giovanni cuando éste consiguió escapar del coche, que muy probablemente se había detenido en la gasolinera? Una enorme rata negra de pelos erizados pasó disparada tras la pequeña valla y desapareció por un agujero bajo tierra. Rocco apagó el cigarrillo en la suela del zapato y se guardó la

colilla apagada en el bolsillo. Se levantó. Sintió un leve vahído. No muy lejos de allí había una heladería estupenda, donde podía comprarse un cucurucho para celebrar la charla con Marina, ¿no? Aunque ¿había algo que celebrar en realidad? Rocco no se había enterado de nada. Pero le apetecía el helado, puede que sin nata por encima, un sacrificio que aliviaba su cargo de conciencia y le daba la sensación de no haber consumido tantas calorías. Con el paso de los días estaba apareciendo en su cintura un flotador que, en caso de tener que confiar en su aspecto físico para convencer a Marina de que volviera, no iba a serle de gran ayuda. El sonido del móvil le evitó la ingesta de azúcares perjudiciales cuando se encaminaba ya a la heladería.

—¿Quién da por culo?

—Jefe, soy Parrillo.

—¿Y qué quieres?

—Tiene que volver al despacho.

—¿Puedo saber a qué viene tanta urgencia?

—Alguien pregunta por usted.

—¿Qué alguien?

—Un tal Davide Mariotti.

¡Skin!

El chico estaba en la oficina de denuncias. Rocco lo encontró en compañía de Zuccari, que le había ofrecido un café de la máquina. Estaba pálido, hasta los granos que le afeaban los carrillos se le veían casi blancos. Sostenía el vasito con las dos manos y había apoyado los codos en las rodillas. Parecía tener frío, pese a que el aparato de aire acondicionado de aquella sala llevaba roto desde 1998.

—¡Davide! —exclamó Rocco—. ¿Dónde coño te habías metido?

El chico miró primero a Zuccari y luego al subjefe.

—Me fui a casa de un amigo... En Casalpalocco.

—¿Estabas escondiéndote?

Davide asintió.

—Cuéntame qué está pasando.

El chico respiró hondo, bajó la vista y empezó:

—Giovanni y Matteo estaban metidos en un buen lío. Se lo dije desde el principio, pero no quisieron hacerme caso. Me decían que era un cagado, que si uno quiere mejorar en la vida no hay que tener miedo. Cuando la otra noche...

—¡Alto! Vayamos por orden. ¿De quién era la droga?

—No tengo ni idea. Sólo sé que la habían pillado porque Giovanni se dedicaba a meter las narices donde no debía. Y una noche en el pub, cuando ya estábamos cerrando, estaba bajando la persiana y lo vi fuera con Matteo y con la novia de Giovanni...

—¿Isabella? —preguntó Rocco.

—Sí, creo que se llama así. El caso es que Giovanni es un chaval serio... era serio

—se corrigió y tragó saliva—, y empezó a contar que el trabajo de su padre lo había puesto tras la pista de algo, un asunto importante, del que se podía sacar mucha pasta. Lo escuché sin querer, pero, pensando que podía ser algo fácil, me uní a la conversación. Creía que era una cuestión de inversiones, de dinero, que si abrir un negocio, yo qué sé... Hasta que Giovanni me miró a los ojos y me dijo: «Davide»... bueno, Skin, que es como me llamaban ellos, por estos granos que no se me quitan.

—¿Has probado con jabón de azufre? —intervino Zuccari.

—¡Simone, déjate ahora de remedios para la piel! —gritó Rocco—. Continúa, Davide.

—Skin, me dice, si estás con nosotros, estás con nosotros; si no, mueve el culo y largo.

—¿Y por qué no te fuiste?

—Yo qué sé. Porque soy un capullo, porque me podría imaginar cualquier cosa menos que se pusieran a vender droga. Eran buenos tipos, Giovanni ni siquiera fumaba porros. Así que me quedé y los escuché. Al parecer sabía dónde había escondida una buena remesa. Quería cogerla y ponerse a pasar. Hablaba de kilos de droga pura, que iba a aprender a cortar con Matteo.

—¿Dónde estaba la droga?

—No lo sé, señor. Yo no estaba con ellos la noche que fueron a robarla. Los esperé en el pub y luego la dividimos y cada uno se buscó un escondite.

—¿Cuánta había?

—Mucha. Mi parte eran más de trescientos gramos.

Rocco miró a Zuccari.

—¿Y dónde la escondiste?

—No quise llevármela a casa. No iba a involucrar a mis padres... No. La dejé en el pub. En la planta de arriba, en el lavabo, detrás de la cisterna.

—¿Sigue ahí?

—No. El día que me enteré de lo de Giovanni... ¿Se acuerda, que vino usted a preguntar por él al pub? Me entró miedo y la tiré por el váter.

—Muy bien —dijo Zuccari.

—¿Sabes quién ha matado a Giovanni y a Matteo?

—No, no lo sé. No sé ni a quién se la robaron y menos aún quién los mató. Yo sólo tengo miedo, señor. Porque a lo mejor ellos saben quién soy. E hice mis cálculos y lo vi claro: ¡podía ser el próximo! Y por eso me largué.

Rocco se acercó a la ventana.

—No vas a volver a tu casa, vas a quedarte aquí. Zuccari, ¿tenemos alguna habitación para Davide?

—Ahora mismo la tenemos ocupada con dos trans. ¿Y si le pedimos al juez que nos eche un cable?

—No. No, mejor que sólo tú y yo sepamos dónde está Davide. —Rocco se volvió

hacia el chico—. Te vienes a mi casa y no sales de allí hasta que se acabe esta historia.

Davide asintió.

—¡Verás qué piso tiene el subjefe! —comentó Zuccari, con lo que se ganó una mirada gélida de su superior.

—¿Avisan ustedes a mis padres? ¿Podrían decirles que estoy bien?

—Pero ¿qué pasa, que no tienes móvil?

—Sí, claro. ¿Puedo usarlo?

—Mientras les digas que no se lo cuenten a nadie... —respondió Rocco, y se encogió de hombros.

Davide se llevó la mano al bolsillo y buscó el número de su casa en el móvil.

El sol había desaparecido; lo habían sustituido las farolas del bulevar que discurría paralelo al río. Rocco había dejado a Davide después de mostrarle el cuarto de invitados. Le había regalado un par de calzoncillos y unos pantalones de algodón. El chico se había quedado viendo una película por Sky y él había salido de nuevo: se había ido zumbando con la moto hasta Parioli, a casa de los Massari. No había nadie en la portería cuando llegó. Una voz de hombre respondió al interfono.

—¿Sí?

—Subjefe Rocco Schiavone. ¡Abra!

—¿Qué ocurre? ¿Qué horas son éstas?

—¡Menos preguntar y más abrir! —respondió en un tono que no admitía réplica.

—No pienso hacerlo —respondió el hombre—. Estoy esperando a mi abogado.

Rocco le pegó un manotazo a la pared.

—Muy bien, pues lo esperaremos los dos. Y ahora, ¿me deja entrar o prefiere que vuelva con una orden judicial?

El hombre se lo pensó y terminó abriendo.

En la puerta lo esperaba ya Enrico, con su particular barba y una camisa azul con el cuello desabrochado.

—No puede usted presentarse así...

—Señor Massari, dé usted gracias a Dios de que me presente yo solo, ¡créame!

El hombre se apartó y lo dejó entrar.

—¿Cuándo llega su abogado?

—Acabo de llamarlo. Estará aquí dentro de diez minutos. ¿Puedo saber de qué se trata?

—Por supuesto: su hija es la clave del doble asesinato de Giovanni Ferri y Matteo Livolsi —dijo con calma, aunque con la clara intención de asustar al impecable señor Massari. Y debió de lograrlo, porque el hombre palideció en el acto.

—¿CÓ... cómo?

—Su hija sabe por qué mataron a su novio. ¿No se lo ha dicho?

—No... Isabella sólo me dijo que el chico estaba metido en un lío...

—Giovanni le robó cocaína a alguien y ese alguien se lo hizo pagar caro. Y su hija no sólo conocía los planes de Giovanni y Matteo, sino que creo que también sabe quién es el hijo de puta al que le levantaron la droga.

—Me niego a creer que... —intentó defenderse Enrico Massari sin dejar de frotarse la perilla—. Es imposible. Isabella no sabe nada de eso. A mí me contó...

—¡Un montón de embustes!

En ese momento se abrió la doble puerta de madera que daba al salón y apareció la hija, vestida con una camiseta deformada y unos pantalones cortos.

—¡Isabella! —se sorprendió el padre.

La chica se mordió los labios, cruzó sus largas piernas y clavó la vista en el suelo de madera.

—Yo no sé a quién se la robaron, señor, ¡se lo juro!

—¡Espera al abogado, Isa!

Pero ella continuó:

—A Giovanni se le había metido en la cabeza esa historia, a él y a Matteo. Pero yo no sé a quién se la robaron. —Se echó a llorar—. Se lo pido por favor, créame. Es verdad. Yo tenía miedo. Mucho miedo. Él quiso esconderla aquí, en mi casa...

—¿En mi casa?! —gritó Enrico—. Pero ¿habíais perdido el juicio o qué?

—Yo le dije que no, papá. Se la llevó a casa de su madre y allí la dejó.

—¿Nos sentamos? —propuso Rocco.

El padre parecía petrificado. No conseguía moverse. Miraba a la hija con la respiración entrecortada, como si no la reconociera y no entendiera qué hacía aquella chica descalza en el vestíbulo de su casa.

—Isabella, ¿te das cuenta de que podrías correr la misma suerte que Giovanni y Matteo? —le dijo Rocco, decidido a cargar las tintas al ver que el muro erigido por el señor Massari se había derrumbado estrepitosamente y que era un buen momento para tomar el castillo al asalto.

—¿Yo? ¿Por... por qué?

—Porque sabes quiénes son, y ellos te conocen a ti, y si liquidaron a tus amigos, no tendrán problema en hacer lo mismo contigo. Son criminales, pertenecen a una organización muy peligrosa. ¿Crees que van a creerte cuando les digas que no sabes dónde está la coca? ¿Crees que son como yo, personas tranquilas y serenas? Han matado a tus dos amigos de una puñalada en la base del cráneo, ¡como animales en el matadero! Primero te violarán, luego te cortarán en pedacitos y por último te tirarán al campo, ¡así trabaja esa gente!

Enrico Massari temblaba. Se apoyó en un mueble antiguo de nogal, lo más sólido que encontró a su alcance.

—Y luego me tocará a mí ir con la Científica a ver la escabechina que habrán hecho con tu cuerpo. No te creerán, Isabella —continuó Rocco con voz grave, exagerando la pronunciación de cada palabra—. No te creerán, porque, aunque hayan

recuperado la droga que tenían Giovanni y Matteo, todavía les falta una parte. La que le disteis a Davide, a Skin. ¡Y resulta que él la ha tirado!

—¡Yo no le di nada a nadie! —gritó Isabella—. Papá, por favor, ¡tienes que creerme! Me han involucrado, pero yo no quería hacer nada. No quería saber nada de eso. Papá. —Se apartó de la puerta y corrió a echarse en brazos de su padre—. Papá, ayúdame. Yo no quiero... yo no quiero... —Hundió la cara en el pecho de Enrico Massari, que empezó a acariciarle el pelo sin apartar de la pared la mirada perpleja—. De verdad, papá... Yo no tengo nada que ver...

—Vale, cariño, te creo, tranquila.

—¿Qué está pasando aquí? —retumbó una voz.

Habían dejado la puerta de la casa abierta y acababa de entrar por ella Sorrentino, el abogado, despeinado y con una camisa rosa.

—¡Enrico! —exclamó, y luego, al ver a Rocco, añadió—: ¿Qué hace usted aquí? ¿Es que tengo que recordarle que...?

—Déjalo, Federico —le dijo el señor Massari—. Las cosas no son como creíamos. Quiero pensar... Es más, tengo la esperanza de que el señor Schiavone haya venido a ayudarnos y no a arruinarnos la vida.

—He venido a salvársela.

El abogado miró al policía sin entender nada.

—Vamos a sentarnos —propuso Massari, y, sin dejar de abrazar a su hija, se encaminó al salón.

Mientras una criada con mandil a rayas blancas y rosa preparaba la cena, Rocco, Enrico, el abogado e Isabella intercambiaban miradas alrededor de la mesa.

—Yo sugeriría que se quedara en casa —decía el abogado—. Isabella corre demasiado peligro dejándose ver por la calle.

—Podría decirles a sus amigos que está enferma, que tiene un cólico nefrítico, fiebre...

—No se lo aconsejo, señor Massari —opinó Rocco—. Apesta a excusa y no se sostiene. Me imagino que tendrán ustedes una segunda residencia en algún sitio.

—Sí, en el Argentario. Mi mujer está allí ahora mismo.

—Bien. Lo mejor sería que Isabella se reuniese con su madre —propuso Schiavone.

—¿Y con el capullo de Roberto? —intervino la chica, con una voz afilada como una cuchilla.

—Isa, no es el momento de poner pegas. Creo que ya tenemos bastante encima —estalló Enrico.

—Tu padre tiene razón, es lo más sensato —terció el abogado—. Nadie va a sospechar porque te vayas de vacaciones, al fin y al cabo es verano.

—Y si hasta yo, que era su marido, soporté a Roberto, creo que tú también podrás.

—¡Es un gilipollas, con sus regatas, sus palos de golf y su bronceado de mierda!

—¡Isabella! —la regañó el padre—. No me gusta que hables así.

—Bien. —Rocco intentó recuperar las riendas de la situación—. Y ahora me gustaría pensar que tú, Isabella, no sabías quién era el propietario de la cocaína. Y también que Giovanni nunca te contó más detalles, aunque fuera sin querer, sobre dónde la consiguió. Ni tampoco en qué estaba trabajando su padre. —La chica negó con la cabeza y Rocco prosiguió—: Aunque me resulte difícil creerte, ¡espero que no haya más sorpresas al respecto! Sobre todo, después del primer encuentro que tuvimos aquí mismo, en este salón.

—En esos momentos las cosas eran distintas, señor Schiavone —replicó Enrico—. Yo sólo sabía que Isabella y sus amigos se habían visto involucrados en una lucha entre bandas rivales por el robo de un par de iPhones. O al menos, eso es lo que me contó —dijo, mirando de reojo a su hija.

—Isabella, piénsalo bien. ¿No te acuerdas de nada? Por ejemplo, si te digo unas iniciales. —Le repitió las cuatro letras que había encontrado en las notas del periodista, S. S. y L. B.—. ¿No se te enciende una bombillita?

La chica pareció reflexionar unos segundos.

—No, señor, nada.

—¿Y tampoco si te hablo de nigerianos?

—¿Nigerianos? —repitió, estremeciéndose.

—Sí, controlan el tráfico callejero de zonas donde estaba investigando Alberto Ferri, el padre de Giovanni.

Isabella empezó a jugar con un anillo que acababa de quitarse.

—Un día vino uno al pub preguntando por Giovanni... un tipo... negro... grande y con rastas. Me acuerdo porque llevaba un coche inmenso, negro, un Alfa Romeo, creo, aunque tampoco entiendo mucho de marcas. Se lo veía cabreado, así que no le dije nada. Y luego se lo conté a Giovanni en cuanto lo vi...

—¿Y qué hizo?

—Lo de siempre, encogerse de hombros y quitarle importancia. Pero me acuerdo bien de aquel hombre. Daba miedo. Tenía un corte justo aquí, en la cara —explicó, señalándose la mejilla derecha—, no se veía bien si era un corte o un tatuaje. Me acuerdo de que habló con Steven... un camarero del pub que también es nigeriano... bueno, él nació en Roma, pero sus padres son de allí.

—Lo sé, lo conozco —dijo Rocco.

—Pero él no sabía quién era, aunque me aconsejó que no me acercara a esa gente. Y lo mismo le dijo a Giovanni.

—¿Y éste se encogió de hombros?

—Exacto.

—Mal asunto —murmuró el abogado—. Algo sé del tema. Controlan el menudeo en varias zonas de Roma. Son bandas fuertes y despiadadas.

—Lo que yo creo, o, más bien, espero, es que sólo sean peones de bajo rango.

Aunque me gustaría atrapar a los que manejan los hilos. Las familias que se dividen el territorio son de la 'Ndrangheta, de la Camorra. Y también gitanos. Meterse ahí es como meterse en la boca del lobo, pero no queda otra. Por mucho que, para esa gente, Giovanni, Matteo y su amigo no sean más que una picadura de mosquito.

—¿Qué quiere decir?

—Verá, señor Massari, esa gente va a lo grande, pero tengo la sensación de que los chicos se toparon con un terreno intermedio, una banda de hijos de puta que posiblemente tengan luz verde de las grandes familias mafiosas y que se ocupan del menudeo en un par de zonas. Lo digo porque, si hubiera alguna vinculación con la 'Ndrangheta o con la Camorra, jamás habríamos encontrado los cuerpos de los chicos. Los asesinó gente de la calle, que se mueve por unos cuantos miles de euros. No es por menospreciarlos, pero tengo la sensación de que es así.

—¿Y no sería conveniente informar a la Dirección de Investigación Antimafia? —preguntó el abogado.

—Deje que eso lo decida yo —le respondió Rocco—. Lo que tienen que hacer ustedes ahora es proteger a Isabella, hacerla desaparecer un tiempo y seguir con su vida como si no pasara nada. Yo nunca he venido y usted, abogado, está aquí por un asunto de una querrela contra quien le venga en gana.

Enrico y Sorrentino asintieron con la cabeza.

—Bien. Eso es todo. Me pondré en contacto con ustedes en cuanto tenga novedades.

—¿No se queda a cenar con nosotros?

—Le agradezco la invitación, pero mi jornada aún no ha terminado.

Era mentira, su jornada acababa con aquella visita. En realidad no quería dejar mucho tiempo solo a Davide

en su casa. Nada más entrar en el piso, lo asaltó un aroma a comida que lo impregnaba todo. La mesa, puesta para cinco. Davide, que se había colgado en la cintura un trapo a modo de mandil, le salió al encuentro con una sonrisa.

—Esta noche tenemos espaguetis con almejas y, de segundo, he preparado unas rodajas de atún con perejil. ¿Qué le parece?

—A ver que yo me entere: ¿de dónde has sacado la comida? ¿Has salido? ¿Y por qué hay cinco platos?

El chico señaló hacia la terraza. La puerta cristalera estaba abierta. Rocco se acercó y distinguió a sus amigos desparramados en las tumbonas. Sebastiano, Furio y Brizio lo vieron a su vez y levantaron las cervezas a modo de saludo.

—¡Ave, Rocco! —dijeron a coro.

—Ya podéis empezar a explicarme esto.

—¿Qué quieres que te expliquemos? —replicó Brizio, que le dio un buen sorbo al botellín y se secó luego los labios—. Hemos ido a hacer la compra, porque en la nevera de tu casa no había más que telarañas, y hemos encontrado aquí a este chaval

que se ha ofrecido a cocinar...

—Dice que hizo hostelería y que su sueño es ser cocinero —explicó Furio mientras se encendía un cigarrillo.

—Y hemos aprovechado la ocasión. ¿Es que no notas cómo huele? Yo creo que el pelo panocha este domina el tema.

Rocco abrió los brazos, impotente.

—Pero ¿por qué iba a apetecerme cenar con vosotros?

Sebastiano se incorporó en la silla.

—Porque, si no, te pasarías la noche triste, a solas con tus remordimientos y tus furcias de internet. Dime una cosa, Rocco —añadió, bajando la voz—. ¿Quién coño es el chaval?

Él se volvió dentro sin responder. Davide estaba ocupándose de los fogones.

—¿Cómo han entrado? —le preguntó.

—Han llamado abajo.

—¿Y tú vas y les abres?

—Sí.

—¡Davide, joder! Pero ¡si no sabías quiénes eran!

El chico siguió removiéndola la pasta con una cuchara de madera.

—Me han inspirado confianza.

—¿Que esos tres te han inspirado confianza? ¿Ésos? Pero ¿tú los has visto bien?

—¡Sí, por la mirilla!

—¿Y no te han dado miedo?

—No. ¿Por qué?

—Pero ¿tú te das cuenta de qué clase de gente son?

—Son amigos suyos, ¿no?

No le faltaba razón: aquellos tres cafres despatarrados en las sillas y tumbonas de la terraza eran amigos suyos. De toda la vida. Desde que eran críos y jugaban al fútbol en la piazza San Cosimato, en el Trastévere, y se hacían pajas espiando a las mujeres en el baño de un restaurante que daba al callejón del Cinque. Lo habían compartido todo: pobreza, luto y alegría, cigarrillos, porros, chicas y bodas. Sebastiano era el oso: lento y rabioso, rencoroso y peludo. Furio, el guepardo: rápido, alerta, vigilante, generoso. Brizio era un galgo afgano: hermoso, con todo el pelo en su sitio, leal, fiel y payaso como él solo. Formaban parte de su familia y, al principio, Marina los había tolerado a regañadientes. Después, poco a poco, fue aprendiendo a quererlos, a mirar para otro lado ante sus actividades y hacer la vista gorda ante el hecho de que un subjefe de la Policía Nacional tuviera a aquellos tres tipos, auténtica carne de presidio, como mejores amigos. Era probable que ahora los odiase, convencida de que eran la causa de los trapicheos de su marido. Pero eso significaría que no había comprendido aún que Rocco era como era incluso sin ellos. Que no sabía vivir de otra forma, que cada vez que había intentado cambiar no había servido de nada y que el tiempo sólo había logrado hacer que dentro de él convivieran dos

espíritus contrapuestos. Y jamás querría verse ante el dilema de elegir entre Marina y ellos tres. Su mujer, sin embargo —en el supuesto de que todavía lo fuera—, nunca le plantearía semejante ultimátum.

—Habrás limpiado las almejas, ¿no?

Davide ni le respondió.

—¿Por qué no se ocupa del vino? He metido dos chardonnay en la nevera. A la pasta le faltan un par de minutos. —Miró a Rocco con gesto torcido—. ¡No me gusta que me miren mientras cocino!

Él asintió y cogió el vino blanco del frigorífico para llevarlo a la mesa.

La cena estaba realmente buena. Desaprovechaban a Davide tras la barra de un bar. Tenía mano, tal como había dicho Sebastiano tras el primer bocado de espaguetis con almejas, que, según afirmó, le recordaban a los de La Cambusa en Positano. Se tomaron cuatro botellas de vino y, de postre, unos cucuruchos de Algida, que Rocco compraba en paquetes de seis y que siempre tenía en el congelador. Durante esos días de ausencia de Marina, más de una vez se los había tomado de cena, almuerzo o desayuno.

—¡Y aún seguirás preguntándote por qué nos hemos invitado a cenar! —dijo Sebastiano al tiempo que lamía el helado.

—No, ya no me lo pregunto —respondió Rocco.

—No es porque nos des pena, aquí solo, sin Marina... ¡No! —exclamó Brizio.

—Ni porque no tengamos una mierda que hacer —añadió Furio.

—No, hay otro motivo. Pero el cocinero —Sebastiano miró a Davide—, tiene que largarse a la terraza, cerrar la ventana, ponerse unos cascos, cantar en voz alta...

Los cuatro miraron fijamente al chico, que se levantó con una sonrisa.

—No tengo música.

—Nos basta con que no pegues la oreja. Si no, te desollamos vivo —le dijo Furio como si nada.

—¡Recibido!

Davide salió a la terraza y entornó la puerta cristalera, aunque Brizio, para redoblar la seguridad, cerró y giró la manija. Después golpeó el doble cristal y saludó con la mano a Davide, que estaba encendiéndose un cigarrillo.

—Bien. Al grano.

—Me vino de pronto a la mente, Rocco —empezó Brizio, nada más volver a la mesa—. Cuando Sebastiano me dijo lo de las iniciales... S. S.: ¡Sandro Silvestrelli!

—¿Sandro Silvestrelli? ¿De qué me suena ese nombre?

—Sandro Silvestrelli es un desgraciado con el que Sebastiano y yo tuvimos un roce hace tiempo. Se dedicaba a robar estancos en la Emilia-Romagna con un par de esclavos. Un pringado.

—Cuando llegó a Roma, nadie le hizo mucho caso —prosiguió Sebastiano—. Brizio y yo le colocamos algunas joyas. Y luego intentó pegárnosla.

—Sí, un auténtico desgraciado —añadió Furio, para dejar claro el concepto.

—¿Por qué estáis tan seguros de que se trata de él? —Rocco se encendió un Camel.

—Es una posibilidad —dijo Furio—. Parece que de pronto se ha vuelto rico. Va por ahí con un Porsche, presumiendo en las discotecas, tirándose a bielorrusas de mil pavos la noche.

—¿No será que dio un buen golpe y está saboreando el éxito?

—Eso creímos nosotros durante un tiempo —intervino Brizio—, pero entonces nos acordamos de que hace más o menos un año Silvestrelli surtía de droga las fiestecitas del Palazzo Madama.

—¡Ajá! —Rocco chasqueó la lengua—. Subió de nivel.

—Eso mismo. Droga y furcias. En los locales típicos. Y ni siquiera cobraba.

—¿Y desde cuándo pagan los del Palazzo Madama? —preguntó Sebastiano, como si dejara constancia de un hecho.

—¿Y él me conoce a mí?

—No, Rocco, no lo creo. Pero estrújate el cerebro y piensa si has podido cruzártelo alguna vez en los últimos años.

Rocco negó con la cabeza mientras rebuscaba en los rincones de su memoria.

—Contadme un poco qué pinta tiene, a ver si eso me ayuda.

—Cuando tratábamos con él, llevaba el pelo oscuro y largo, en plan cheyene, y siempre estaba moreno.

—Es verdad. —Brizio se pasó la mano por el cabello—. Imagínate, lo apodamos Cochise, aunque en realidad era un don nadie.

—Pero ahora lleva el pelo corto. Y, espera —dijo Furio, apurando la botella—, me acuerdo de que tenía una cicatriz justo aquí. —Se señaló la base del cuello—. Como si lo hubieran operado.

—Es verdad. Y la nariz partida, como si fuera boxeador, sólo que no sabe pegar. —Sebastiano sonrió al recordarlo.

—¿Y esa sonrisa? —quiso saber Rocco.

—Porque lo de la nariz fue un regalito mío cuando me enteré de que me estaba timando con lo de las joyas.

—A lo mejor se la ha operado, como decís que ahora está forrado...

—Podría ser. Y puede que también tengáis alguna foto en los archivos policiales.

—Otra cosa importante. —Brizio le dio un golpecito a la copa para atraer la atención de sus amigos—. Yo sé que tiene una tapadera, un almacén de muebles por la Tiburtina, aunque hace de todo menos vender muebles...

—Por la Tiburtina... —repitió Rocco—. Eso es interesante. Allí es donde encontramos el cadáver de Giovanni.

Los tres amigos asintieron en silencio. Rocco meditó unos segundos. Sabían que cuando el subjefe pensaba había que callar.

—Sandro Silvestrelli... —Levantó la cabeza—. ¿Por qué no le decimos el

nombre a Davide?

—¿A quién?

—Al pobre que ya se habrá fumado un paquete entero.

Todos se volvieron hacia la ventana. El chico estaba apoyado en la barandilla y contemplaba Roma.

—Pero ¿es de fiar?

—Seba, han puesto precio a su cabeza, si no, ¿por qué te crees que lo tengo aquí? Puede que el nombre le suene de algo.

Brizio fue a buscarlo. El chico volvió con su sonrisa permanente.

—Joder, qué vistas, jefe... Si llego a saber que un poli gana tanto, hasta yo me meto en las fuerzas del orden.

—Déjalo, Davide, jamás lo entenderías —le dijo Sebastiano—. Mira, te vamos a decir un nombre, a ver si te suena de algo.

—De acuerdo...

—Pero haz el favor de sentarte, que voy a descoyuntarme el cuello —le dijo Rocco. Davide obedeció—. Sandro Silvestrelli.

El chico ni se inmutó.

—No, no me suena de nada.

—¿Y si te digo Cochise? —probó Sebastiano.

—¿Cochise? No, nada. ¿Qué es, indio?

Los cuatro amigos se miraron.

—Escucha, Davide, ese hombre tiene una cicatriz justo aquí, en la base del cuello. Va por ahí con coches caros, llenos de fulanas —apuntó Furio.

—Y siempre está moreno —añadió Brizio.

—Y tiene la nariz partida, en plan boxeador.

El chico tenía la vista clavada en la mesa, se notaba que pensaba. Movía levemente los labios, como si estuviera repitiendo los datos que acababa de oír.

—No, no me dice nada. Lo siento.

—Tiene una tienda de muebles por la Tiburtina —añadió Rocco, pero Davide seguía negando con la cabeza.

—¿Y por qué tendría que sonarme?

—No sirves más que para freír almejas, hijo —soltó Brizio.

El chico bajó la mirada con aire culpable.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó Sebastiano a Rocco.

—Si te plantas allí con unos cuantos uniformados, no creo que descubras nada —comentó Furio.

—Tienes razón. Dejarme que lo piense.

—Podríamos ir a inspeccionar un poco, ¿no? —propuso Sebastiano—. Yo sé dónde está Silvestrelli. Aunque tú, Rocco, no deberías dejarte ver, es posible que sepan quién eres.

—Pero también podrían saber que somos amigos.

—¿Y qué tiene eso que ver? Los negocios son los negocios —sentenció Sebastiano—. Tú y yo somos amigos desde hace cuarenta años. Y, que yo sepa, Furio, Brizio y yo seguimos haciendo lo que nos sale de los cojones, ¿no?

—En eso tengo que darte la razón. Y cuanto menos me cuentes, mejor. —Rocco se levantó y fue hasta la ventana—. No sé... No es problema vuestro que un hijo de perra haya asesinado a sangre fría a dos chavales.

—Yo no veo más que tres problemas —intervino Furio—. El primero es que se ha acabado el vino, de modo que seguir aquí no tiene sentido. El segundo es que a nosotros la gente que va por ahí cargándose a chavales no nos gusta ni un pelo. Y el tercero, y más importante, es que nos toca hacer una visita. Porque se impone, más que nunca, la regla de Chitarrella.

Davide parecía divertido.

—¿Y esa regla cuál es?

—Igual que cuando juegas a las cartas: ¡un buen vistazo vale más que cien elucubraciones! Vamos a ese almacén de muebles.

—Pero... ¿ahora? —preguntó Brizio.

—Ahora —respondieron a coro Sebastiano y Furio.

Rocco los miró y le entraron ganas de abrazarlos. Pero se contuvo.

Brizio iba al volante y Sebastiano de copiloto, con Rocco y Furio detrás. La noche era calurosa y tenían las ventanillas subidas y el aire al máximo. En cuanto salieron de la ronda principal, el escaso tráfico que se habían encontrado menguó aún más, y en ese momento circulaban sin obstáculos por la Tiburtina.

—Ya podría estar así siempre —murmuró Brizio, concentrado en la carretera—. ¿Os imagináis la Tiburtina tan vacía como ahora, qué te diría, un lunes por la mañana?

Nadie respondió. El Mercedes negro y silencioso olía a cuero y a nuevo. Dejaban atrás los árboles plantados a los lados de la carretera como soldados en posición de firmes.

—Cuando yo era pequeño, ya a esta altura se veían las luciérnagas —comentó Furio mirando por la ventanilla, pero tampoco respondió nadie.

—¿Puedo fumar? —preguntó Sebastiano.

El conductor negó con la cabeza.

—Stella odia que el coche huela a tabaco. No hace ni tres meses que lo tengo, ¿y ya quieres apestármelo?

Pasaron por delante de la cantera. Dos neones encaramados a unos postes iluminaban la verja de entrada.

—Mirad, ahí es donde encontramos a Giovanni —apuntó Rocco.

Los demás se limitaron a echar un vistazo. Pronto dejaron atrás la mancha de luz azul claro, en la oscuridad de la noche. Después de una curva y una recta, pasaron por

delante de la gasolinera, la que daba a la parte trasera de la cantera.

—¿Falta mucho, Seba?

—No. Si no recuerdo mal, quedarán un par de kilómetros.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Brizio.

Sebastiano empezó a organizarlo.

—Pues yo diría que tú, Brizio, te quedes en el coche y esperes con el motor en marcha y nosotros tres entramos. Furio puede montar guardia en la puerta del almacén mientras el madero y yo damos una vuelta.

—Vale —dijo Brizio.

—¿Por qué tengo que quedarme en la puerta? —protestó Furio.

—Porque no sabemos si hay vigilancia. Y en caso afirmativo necesitaremos que alguien controle los movimientos.

—¿Y por qué no te quedas tú, Seba?

—Porque yo soy muy grande y se me ve de lejos.

—Pues a mí me toca los huevos quedarme fuera. Bueno... Pero la próxima vez entro yo y tú te quedas en la puerta.

—¿La próxima vez? —preguntó Rocco.

—Ah, que, según tú, ¿ésta es la última tontería que hacemos?

—Ahí, ¡ése es el almacén de muebles! —dijo Sebastiano, señalando frente a él.

Tenía pinta de haber sido una fábrica en otros tiempos. Dos pabellones de tejado plano, idénticos. Una chimenea de ladrillo a un lado y un muro de cemento y barrotes alrededor. Avanzaron en paralelo a la cerca mientras observaban la explanada exterior, iluminada por unos reflectores tan potentes que casi parecía de día. Tres escaparates sin luz dejaban entrever los muebles en exposición. Junto a la entrada principal —una puerta doble de cristal y forja también en penumbra—, se veía una ventanita iluminada. Delante, dos furgonetas aparcadas con el logo «Muebles Silvestrelli». Brizio redujo la marcha para que Rocco pudiera ver bien el muro de la entrada.

—Cámaras de seguridad.

—Ya. Y si miráis bien a los lados de la valla, ¿veis esas pequeñas cajas con lucecitas? —les preguntó Sebastiano.

—¿Ajá?

—Sensores. Yo iría hacia la parte de atrás...

Recorrieron otros cien metros y Brizio detuvo el coche tras una curva.

—Bien, entonces yo me quedo aquí y voy encarando el coche en dirección a Roma. Tened a punto los teléfonos.

Furio y Sebastiano abrieron las portezuelas.

—¿Tienes algo de luz, Brì? —preguntó Sebastiano.

Éste abrió la guantera y le tendió una pequeña linterna a su amigo. Éste la probó. Funcionaba.

—La pillé en un chino, así que tampoco te fíes mucho.

—¿Tienes alicates?

—Detrás.

Abrió el maletero y Sebastiano sacó unos alicates de la caja de herramientas, comprobó que funcionaban y cerró.

—¡Andando! —dijo, y los tres se pusieron en marcha.

Atravesaron la Tiburtina, saltaron los quitamiedos y desaparecieron. Brizio, por su parte, maniobró con los faros apagados para colocar el coche en sentido contrario.

Con las luces de la ciudad ya lejanas, las estrellas habían estallado como fuegos artificiales. Rocco las observaba mientras atravesaban el descampado en dirección a la parte trasera del almacén. En multitud de ocasiones se había prometido estudiarlas para poder poner nombre a esas lucecitas, y otras tantas veces había abandonado la empresa. Se acordó entonces de una noche, en una colina de Montelibretti, donde un astrónomo fue apuntando al cielo estrellado con un láser, señalando uno a uno los astros; al tiempo que los nombraba, les contaba su historia y hablaba de las constelaciones que formaban. Rocco y Marina se habían perdido con los ojos y la mente, pensando en distancias, en el silencio y en aquellos puntos que habían guiado a ejércitos, navegantes y enamorados. Ojos lejanos, testigos eternos de las acciones de la humanidad, presentes en los momentos más gloriosos y en las vilezas más atroces. Allí seguían. Y tal vez alguno incluso había muerto ya.

—Deja de mirar arriba, que vas a tropezar —le advirtió Sebastiano y lo sacó así de sus pensamientos.

Rocco sonrió. La luz era escasa, en el cielo sólo se mecía un cuarto de luna, pero mejor así. Tras superar varios matorrales, basura, hoyos y un pequeño riachuelo, llegaron por fin a la parte de atrás. Furio tanteó los barrotes del muro: duros e inmóviles.

—Estos barrotes no tienen mucho tiempo. Son nuevos.

—Y la alambrada —apuntó Sebastiano—. Nuevecita...

—Por lo menos por aquí no hay cámaras ni sensores —añadió Rocco.

—Eso parece —dijo Furio, peinando la barrera metálica con la vista—. Y si no hay alarmas, podemos intentarlo, ¿no?

—Pero ahí hay algo, Furio. —Rocco le señaló dos sombras negras tendidas bajo el tejado del almacén.

—¿Qué mierda es eso?

—Desde aquí yo diría que dos rottweilers. Pero no lo tengo claro. El de la derecha, por ejemplo, podría ser también un pastor alemán. No sabría decir si...

—Rocco, con que dijeras que eran perros me valía. Déjate de pedigris y de historias.

A Furio no le hacían gracia los perros. Los respetaba, pero nunca les había tenido confianza. Su padre tenía un cocker, *Andrea*, que estaba loco. Iba de la más absoluta

calma a la agresividad sin motivo aparente. Podías pasarte media hora acariciándole la barriga y él tan contento, meneando el extremo de la cola, y luego, de pronto, ponerse agresivo y mostrar unos dientes como sables, en una apoteosis de baba, ladridos y gruñidos. Nadie llegó a comprender nunca a aquel animal. No respetaba a nadie, pero quería a todo el mundo. A Furio lo mordió tres veces en la nariz y dos en la mano derecha, hasta que un día decidió que no quería volver a saber nada de *Andrea*. Y cuando su padre le mandaba sacarlo, se limitaba a dejarlo suelto por el Trastévere. Todo fue bien hasta la Nochebuena de 1976, cuando el perro, libre y feliz, iba persiguiendo una paloma y acabó atropellado por el autobús 23. El cocker psicótico quedó reducido a una bola de pelo rubio empotrada contra el guardabarros del vehículo.

—Odio los perros.

—¡No entiendo por qué, Furio!

—¡Me mordieron de pequeño!

—¿Y eso qué tiene que ver? A mí también —dijo Rocco, que en ese momento se encaramaba ya a la alambrada— y en cambio me encantan.

—Vale, entonces enséñame cómo resuelves el problema de los perros guardianes.

—Tienen que entender que eres más fuerte que ellos.

—¿Y cómo lo consigo? ¿Les hago un croquis?

—Mira y aprende, idiota. —Rocco cogió un palo—. ¡Pásame los alicates, Seba!

Éste se los tendió y el subjefe empezó entonces a trepar por la alambrada. Los Clarks entraban con facilidad por los huecos de la malla. Los perros seguían tendidos en la oscuridad, sin moverse. Sebastiano y Furio contemplaban la escalada hacia el suicidio de su amigo el policía.

—Ten cuidado con los huevos, hazme caso —le recomendó Sebastiano.

—¿Puedo quedarme la foto autografiada de Cordova? —le preguntó Furio.

—Yo quiero la colección de mecheros Ronson. ¡Venga, me la habías prometido!

—Os podéis ir los dos a tomar por culo.

Había llegado a lo alto y le quedaba sólo el alambre de espino. Empuñó los alicates y estaba a punto de cortarlo cuando los faros de un vehículo seccionaron en dos la oscuridad.

—¡Para! —gritó Sebastiano con voz ahogada.

Rocco se detuvo y los tres se quedaron mirando hacia el acceso. Había una furgoneta que entraba al almacén. Un hombre vestido de negro le abrió la cancela. El subjefe estaba demasiado expuesto, de modo que se apresuró a bajar de la alambrada para reunirse con sus amigos.

—¿Quién será?

Agachado, Sebastiano se encaminó hacia la entrada. Furio y Rocco lo siguieron. Los dos perros continuaban en la penumbra, echados. Los tres amigos corrieron unos veinte metros en dirección a la puerta principal. Habían parado el motor de la furgoneta y se había bajado un hombre que estaba fumando. Alto, calvo, con bigote

negro. Sebastiano aguzó la vista.

—¿Qué pasa? —le preguntó Rocco.

—Nada... Me parecía... No, nada.

El hombre tiró el cigarrillo y le dio una palmada en la espalda al vigilante, que lo condujo hacia el interior del edificio.

—¿Qué hacemos? —preguntó Furio.

—Por ahora nada. Vamos a esperar.

No encendieron ninguna luz en el almacén. Los tres permanecían agazapados, sin apartar la vista de la entrada principal.

—A mí ese tío me suena... —susurró Sebastiano—. El que ha llegado con la furgoneta. —Rocco y Furio lo miraron—. Aunque ahora no me acuerdo de...

Una lechuza ululó en algún punto de la noche. La luna seguía allí, muda y solitaria en medio del manto negro del cielo.

—Se me están durmiendo las piernas —dijo Furio.

—Estíralas —le sugirió Rocco—, si no, cuando te levantes no podrás andar.

Su amigo le hizo caso. En ese momento se abrió una puertecita lateral, por la que salió el hombre del bigote seguido por el vigilante. Llevaba dos cajas de cartón. Las cargó en la furgoneta. Rocco sacó el móvil.

—¡Corred! —dijo, y salió disparado hacia la carretera.

Sebastiano y Furio lo siguieron, mientras él, con el móvil en la mano, saltaba hoyos y matojos.

—Brizio, ¿me oyes? Soy Rocco.

—¿Qué pasa? ¿Cuánto os queda?

—Va a salir una furgoneta del almacén. En cuanto lleguemos, arrancas con las luces apagadas.

—Entendido.

La furgoneta se marchaba; estaba a la altura de la verja de entrada. Los tres amigos saltaron los quitamiedos cuando el vehículo doblaba ya en dirección a Roma. Brizio los esperaba con el motor encendido. Nada más subirse a toda velocidad en el Mercedes negro, emprendieron la marcha con las luces apagadas a unos cincuenta metros de distancia del otro vehículo.

—¿Y ahora? —quiso saber Brizio.

—Ahora seguimos un poco al colega.

—¡Vaya chasco! —dijo Sebastiano.

—No está tan mal, Seba —replicó Rocco, cuando Brizio encendía por fin los faros del vehículo—. Perros adiestrados, vigilancia, tal vez incluso sensores en la parte de atrás, cámaras delante...

—¿Qué quieres decir?

—Y además todo nuevo, recién instalado. ¿No os parece un poco exagerado para un almacén de muebles?

—Pues sí, un poco exagerado —coincidió Furio.

—Entonces, ¿crees que hemos dado en el clavo? —le preguntó Brizio.

—No lo sé, pero está claro que aquí hay algo que huele mal...

La furgoneta circulaba rumbo a Roma.

—No te acerques mucho, Brizio —le dijo Furio, que iba delante, atento a las luces traseras del otro vehículo.

—¿Por qué estamos siguiendo a esa furgoneta? —preguntó Brizio.

—Porque no me parece normal andar cargando cajas a estas horas de la noche, ¿no? —explicó Rocco, mientras apuntaba el número de matrícula en el dorso de un recibo.

—¡Luigi Baiocchi! —gritó de pronto Sebastiano, y a Brizio le faltó poco para frenar el coche.

—¿De qué hablas?

—El de la furgoneta, el tío del bigote, ya sé de qué me sonaba. Es Luigi Baiocchi.

—Me cago en... —dijo Brizio.

—Tienes razón, es verdad. A mí también me sonaba de algo. —Furio se volvió hacia Rocco y Sebastiano—. Luigi Baiocchi...

—Luigi se dedicaba al negocio de las piezas de recambio para coches —dijo Sebastiano.

—Eso era antes. Luego se metió en la venta de objetos robados. Pero a gran escala, en plan cadenas de música, electrodomésticos, ordenadores —explicó Furio, mientras Rocco se encendía un cigarrillo.

—Joder, tío, te he dicho que el coche es nuevo —protestó Brizio, pero Rocco se limitó a abrir una rendija y a echar el humo fuera.

—Luigi Baiocchi es un cobarde —prosiguió Furio—, de esos que disparan por la espalda.

—Pero a ver, ¿de qué tipo de negocio estamos hablando? —preguntó Rocco.

—Luigi tenía un amigo, Corrado Pizzuti, el ratero, un tipo pequeño y feo como él solo, y por lo visto conocían a gente en Civitavecchia, en el puerto. Y se hacían todos los contenedores de Japón.

Rocco tiró el cigarrillo y cerró la ventanilla.

—¿Os habéis dado cuenta? —les preguntó a sus amigos, que negaron con la cabeza—. Luigi Baiocchi, L. B.

Y Sandro Silvestrelli es S. S.

—¡Es verdad, me cago en la puta!

—Podría ser una coincidencia, Seba, pero yo no creo mucho en esas cosas.

—Lo que nos falta saber es qué significa el código que había en las notas del periodista. ¿Te acuerdas de cómo era?

—Lo he leído tantas veces que me lo sé de memoria: SLR U 971197-8.

—Juégalos. Nunca se sabe —dijo Brizio.

Al pasar a la altura de la cárcel de Rebibbia, Furio, Brizio y Sebastiano se tocaron los testículos en un gesto supersticioso. Siguieron por Ponte Mammolo y via di

Pietralata. Aunque se metía algún coche en medio, Furio no perdía de vista la furgoneta.

—Está doblando por via dei Monti Tiburtini.

—Y nosotros detrás —dijo Brizio.

La furgoneta tomó a toda velocidad via Meda, con el Mercedes de Brizio pisándole los talones. Cuando llegaron a via Bardellini, la furgoneta empezó a girar a un lado y a otro, se diría que de forma aleatoria.

—Creo que nos ha visto —dijo Brizio.

—¡Tú no la pierdas!

La Ducato doblaba a derecha e izquierda por el laberinto de calles. Se metió en contradirección por una, sin levantar el pie del acelerador. Era evidente que Luigi Baiocchi se había dado cuenta de que lo seguían.

—¿Qué hacemos, lo paramos?

—No, Brizio. Tú sigue pegado a la furgoneta. No sabe quiénes somos.

Pero al llegar a via Yambo, la Ducato desapareció.

—¿Dónde mierda está? —preguntó Sebastiano.

En ese momento la vieron pasar tres calles más allá, aún en contradirección, a gran velocidad y con las luces apagadas.

—¡Allí! —gritó Furio.

Brizio estaba dando media vuelta para intentar seguirla cuando de la oscuridad salió un hombre en una moto sin matrícula en sentido contrario, en dirección a via Facchinetti. Sobre el sillín llevaba las dos cajas que habían salido del almacén.

—¡Joder! —gritó Brizio—. ¿Qué hacemos?

—Imposible pillarlo. Con la moto nos da esquinazo cuando quiera.

Brizio frenó.

—¿Nos quedamos pues con la furgoneta?

—No, nos paramos. Volvamos a casa, que ya hemos visto bastante por hoy. Tenemos una ventaja, mejor que la conservemos.

Brizio asintió y volvió hacia la Tiburtina.

—Perdona, pero ¿de qué ventaja hablas?

Rocco no contestó enseguida, continuaba enfrascado en sus pensamientos.

—Estaba todo preparado —dijo por fin y los demás aguardaron en silencio la continuación—. Que alguien en plena noche recoja dos cajas de un almacén en una furgoneta y luego nos dé esquinazo pasándoselas a un tío en moto no es algo que se improvise.

—Ahí te doy la razón —coincidió Sebastiano—. Era como si Luigi Baiocchi lo supiera.

—Está claro que no es una coincidencia. Le habían dado el soplo —dijo Brizio, al tiempo que reducía para encarar la curva del cementerio de Campo Verano.

—Nos habrán visto llegar por las cámaras de seguridad. El vigilante nocturno habrá dado la voz de alarma ¿y para no arriesgarse se han llevado esos dos paquetes?

—No lo sé, Furio, podría ser.

—¿Porque se temían que acaso descubriésemos algo? —preguntó Sebastiano.

Pero Rocco no respondió y siguió callado el resto del trayecto hasta su casa.

Cuando volvió al ático de via Poerio lo encontró todo recogido. Davide había quitado la mesa y lavado los platos. Estaba sentado en el sillón ante el televisor encendido.

—Perdona, estaba viendo...

—No pasa nada, Davide, tranquilo. Lo has ordenado todo. Muchas gracias, pero mañana viene una mujer a limpiar.

El chico se limitó a sonreír.

—¿Qué estás viendo?

—Una peli de vaqueros antigua.

—¿Y qué tal está? —se interesó Rocco.

En la pantalla un grupo de indios furiosos perseguía una diligencia.

—No sé, es un poco lenta. No pasan muchas cosas. Y además a mí el blanco y negro no me entusiasma, me parece de mentira. ¿Cómo ha ido la excursión?

—Poca cosa, no ha habido suerte... —le respondió Rocco, y se fue pensativo a la cocina a por un vaso de agua—. Voy a acostarme. Apaga cuando termines.

—Claro. Y gracias —contestó Davide.

Rocco fue al baño, se desvistió y se metió en la cama. Se quedó con la vista clavada en el techo, escuchando su propia respiración. La televisión le hacía compañía. De pronto el sonido enmudeció. Señal de que Davide había apagado el aparato. Lo oyó moverse por el salón, ir al dormitorio y cerrar la puerta tras de sí. Miró el despertador: eran las dos. Decidió esperar al menos una hora para actuar, hasta que el chico se hundiera en el nivel cuatro de sueño. Hacía calor y la ventana abierta no ayudaba. No corría nada de aire. Se oía el leve goteo de los tubitos del riego automático de la terraza. Volvió la cara sobre la almohada y se quedó mirando la ventana. En el cielo gris se habían condensado el humo y el polvo, que tapaban las estrellas. Podía intentar leer, pero sería inútil. Su cabeza no le dejaría concentrarse lo necesario como para meterse en la novela que había empezado hacía un mes por insistencia de Marina y que seguía parada en la página sesenta y tres. Volvió a mirar la hora: las dos y media. Le quedaban treinta minutos de dar vueltas en la cama. ¿Su mujer estaría durmiendo? ¿O seguiría despierta como él? Quizá estuviera pensando sobre lo que se habían dicho en la basílica subterránea de San Clemente. La historia de Teodora y el prefecto Sisinnio era bonita. El prefecto y los soldados cegados por el santo que se llevaban a casa una columna en lugar de a la mujer. ¿Se trataba de una metáfora? ¿De una insinuación de Marina? ¿Eso era lo que acabaría llevándose a casa, un trozo de mármol? No podía ser. La que debía volver era su mujer, si ella quería, haciendo la vista gorda y perdonándolo. O sea, quedándose ciega, como los soldados del prefecto romano. Su situación era a la inversa: ella descubriría que su marido tenía otra fe y huía. Y luego, para poder volver, tenía que volverse ciega, e

incluso un poco sorda. Pero en la leyenda había un santo que obraba el milagro, la magia del cegamiento. En la vida real no. Nadie los ayudaría, ni a él ni a su mujer. Tendrían que hacerlo todo ellos solos. Se acordó del verso de una canción: *«È un mondo adulto. Si sbaglia da professionisti.»* «En un mundo adulto. Nos equivocamos como profesionales.» Somos nosotros quienes tomamos las decisiones, dejamos de ser hijos e hijas y de necesitar un progenitor al que responsabilizar o a quien encomendarnos para que nos rescate. No había san Clemente que valiese, ni tampoco Dios. Estaban su mujer y él, desnudos el uno ante el otro, mirándose e intentando comprender si debían seguir el camino juntos o no.

Las tres. Se levantó de la cama muy despacio. El suelo, al menos allí, se mantenía fresco. Salió del cuarto. La casa estaba a oscuras, pero entraba bastante luz por las ventanas. Dobló por el pasillo y llegó a la puerta del cuarto de invitados. Pegó la oreja y oyó la respiración profunda del chico. Abrió la puerta girando con cuidado la manija. Davide dormía de lado, con un brazo bajo la cabeza. Había cerrado los postigos. El móvil, en la mesita de noche junto a la botella de agua, a la izquierda. Un paso y luego otro, apoyando bien primero el talón y luego la planta, hasta que llegó a la altura del mueble. Cogió el teléfono y volvió sobre sus pasos sin apartar la vista del chico, que seguía durmiendo plácidamente. Cerró la puerta y recorrió el pasillo hasta el salón. Abrió el historial del Nokia y comprobó la actividad más reciente: a las 23.05 h, Davide había llamado a un móvil con el nombre de Emeka y a la 1.35 h había recibido una llamada de ese mismo usuario. Apuntó el número en un papelito. Volvió al cuarto de invitados, dejó el teléfono en la mesita y, con pasos livianos como las alas de una mariposa, salió de la habitación.

Había dormido las pocas horas que quedaban hasta el momento de levantarse. Un sueño agitado, sofocante, sudado y pegajoso. Salió de casa después de dejarle una nota a Davide.

Saludó al agente que estaba en la entrada y enfiló el pasillo que llevaba a su despacho. De Silvestri le salió al encuentro.

—Buenos días, jefe. Tengo una noticia buena y otra mala.

—Virgen santa, Alfrè, ¡si ni siquiera he llegado!

—Empiezo con la mala, que es bastante mala.

Rocco respiró hondo para prepararse.

—Adelante.

—Alberto Ferri, el periodista. No ha superado la noche.

—¡Joder! —Le pegó una patada a la puerta—. Era el único que podía explicarnos algo. ¿Es que no vamos a tener nunca un poco de suerte? ¡Nunca! —Miró entonces al agente—. Lo siento, qué mierda.

—¿Cómo está Davide?

—Durmiendo como un bendito. Y cocina como Dios.

—Usted en cambio tiene ojeras.

—No me hables. Ay, Alfrè, ¿a qué esperas para darme la buena noticia?

—Ha llamado Gizzi.

Rocco negó con la cabeza.

—¿Y qué tiene eso de bueno?

—Lo que va a contarle.

Rocco torció el gesto.

—Voy a llamarlo —dijo el subjefe, alejándose ya hacia su despacho, pero a los dos pasos se detuvo y llamó al veterano agente—. ¡Alfredo!

—¿Qué? —preguntó, girando sobre los talones.

Rocco se llevó una mano al bolsillo y le dijo:

—Me gustaría saber a quién pertenece este número. Estaba guardado en los contactos del móvil con el nombre de Emeka. ¿Se tarda mucho en saberlo?

—Los de Investigación Tecnológica se lo averiguan en un momento. ¿Algo más?

—Cuéntamelo todo, Gizzi.

—¡Qué suerte has tenido, Schiavone!

—Dime, a ver...

—La huella en el surtidor de la gasolinera al lado de la cantera... nos ha dado una coincidencia. Se trata de Luigi Baiocchi, con una ficha de antecedentes de aúpa. En 2002, por ejemplo...

—Lo conozco, Gizzi, no hace falta que me leas su currículum. ¿Y estás completamente seguro de que se trata de él?

—El análisis de contraste de las huellas ha dado diecisiete puntos en común entre ambas. Así que yo diría que es bastante seguro. Luigi Baiocchi echó gasolina en ese surtidor la noche de autos. Suena bien, ¿no?

—Como el *Ave María* de Schubert, Gizzi. Muy buena noticia, gracias.

—¡A mandar!

Y colgó.

Rocco apoyó las manos en la mesa. Había llegado la hora del porro, luego llamaría a Sasà D'Inzeo. Mientras se encendía el canuto, meditó sobre la conveniencia de ir a hacer una visita al almacén de muebles sin llamar mucho la atención. Estaba convencido de que Silvestrelli lo sabía todo y la respuesta estaba en el móvil de Davide. ¿A quién pertenecería el número con el que se había puesto en contacto la noche anterior nada más quedarse solo en la casa? En cualquier caso, quería tatear el terreno, aunque sólo fuera para husmear, observar, ver a qué apestaba por allí. Tiró el porro a medio fumar por la ventana poco antes de que llamasen a la puerta. Pero no gritó «adelante». El olor a maría era demasiado evidente, de modo que, pese al aire acondicionado, abrió la ventana de par en par antes de ir hacia la puerta. Era Parrillo.

—¿Se puede?

—No. ¿Qué pasa?

—De Silvestri no ha encontrado ningún titular asociado al número de móvil. — Desdobló el folio que tenía en la mano—. El que estaba guardado con el nombre de Emeka.

—Ya me extrañaba... Emeka, ¿qué mierda de nombre será?

—No sé, italiano no parece.

—Muy bien, Parrillo, una gran demostración de las dotes detectivescas que te trajeron a las fuerzas del orden. ¿De dónde procederá? —se preguntó, mientras se acercaba a su mesa para hacer una búsqueda rápida por internet.

—¡Puff...!

—Ah, mira, aquí aparece por ejemplo un futbolista que se llama Emeka y que nació en Lagos.

A Parrillo se le iluminó la cara.

—Ah, Lagos... ¿Rollo Vietnam?

—¡Joder, Parrillo! Lagos, no Laos. Es la capital de Nigeria.

—¡Es africano!

—Vete a tomar viento fresco, Parrillo. ¡Gracias por todo! —Le dio una palmadita en la espalda y salió del despacho.

—Pero ¡si yo no he hecho nada!

—¡Por eso! —le gritó Rocco, que se alejaba por el pasillo de la comisaría a paso veloz.

—Alfredo, búscame a una agente espabilada para que me acompañe.

—¿Adónde?

—A un sitio. ¿Tenemos alguna?

—¿Espabilada?

—Exacto.

—¿Luisella?

—Te he dicho espabilada, Luisella no responde a la definición.

—Espere que piense... —Se llevó la mano al mentón.

—Y mona, a ser posible. Lo que excluiría también a Luisella.

—¿Por qué mona?

—Porque tiene que pasar por mi mujer.

—¡Se tiene usted en alta consideración!

—Échale un vistazo a Marina y dime si estoy equivocado. Vale que esta mañana no darías ni una lira por mí, pero has de saber, Alfrè, que gusto. No sé por qué, pero es así. —Le guiñó un ojo.

—¡Ya lo tengo! No hace ni un mes que llegó.

Rocco le dedicó una mirada torva.

—Hace un mes llega una agente mona e inteligente ¿y yo soy el último en enterarme? ¿Qué te está pasando, Alfrè?

—Demasiado trabajo, jefe. ¿Le digo que vaya a su despacho?

—De paisano.

—Buenos días.

Rocco la miró. Dientes inmaculados, que destacaban en su tez bronceada, el pelo castaño rizado y pecas como topitos sobre la nariz y los pómulos. El subjefe se levantó.

—Schiavone. Bienvenida.

—Agente Elena Dobbrilla. —Le tendió la mano, la tenía helada.

—Tengo que ir a un sitio y me gustaría que te hicieras pasar por mi mujer. ¿Te parece bien?

—Mientras sea puro teatro... —respondió la agente.

El subjefe sonrió y ambos salieron del despacho. Los nubarrones negros se arracimaban en el cielo de Roma. Un trueno anunció que no tardaría en descargar sobre sus cabezas el típico aguacero tropical.

Elena y Rocco entraron en la tienda empapados por la lluvia que les había caído entre el aparcamiento y la entrada del almacén. Tenían el aire acondicionado tan alto que la agente se estremeció.

—¿Y un paraguas? —masculló, secándose las manos en los vaqueros grises.

Tenía las zapatillas empapadas, lo mismo que el pelo, que, mojado y hacia atrás, le resaltaba aún más los ojos.

—¿Quién iba a pensar que fuera a ponerse a llover en pleno julio?

—Lo sé, jefe, pero lleva así varios días...

—Bueno, ¿nos ponemos a trabajar o seguimos diciendo gilipolleces sobre el tiempo?

Se sentía un fuerte olor a cera mezclado con aceite para madera. El almacén era una única sala de unos mil metros cuadrados atestada de muebles de estilo étnico. Los clientes daban vueltas en los escasos centímetros libres, inspeccionando cajones, puertas y cerraduras. Las secciones se dividían por países de origen: Tailandia, China, India, México. Los colores chillones y los motivos florales le habrían gustado a Marina, pensó Rocco.

—Por saberlo, ¿aquí lo conocen?

—Podría ser, Elena.

—¿Qué hacemos? —le preguntó la agente en voz baja.

—¡Mirar! ¿No tienes que amueblar la casa?

—Vivo en un estudio y no me cabe ni un alfiler.

Merodearon entre muebles y, cada tanto, la chica abría un cajón y miraba dentro.

—¿Qué esperas encontrar? —le preguntó Rocco.

—Bueno... sólo hago lo que me ha dicho, fingir interés... Pero ¡cuestan un riñón!

—Son de estilo étnico —le respondió Rocco, guiñándole un ojo.

Un hombre les salió al paso. Con una bonita camisa blanca, los miró fijamente y les sonrió. Pelo largo y engominado, con una perilla que era apenas un punto en el mentón.

—¿Puedo ayudarlos en algo?

—Estamos echando un vistazo. ¿Son muebles antiguos? —preguntó el subjefe.

—Algunos. Otros no. Eso explica por qué hay tanta diferencia de precios. Por ejemplo —dijo, acercándose a un armario chino negro—, éste es antiguo. Y cuesta seis mil euros. Es de finales del diecinueve. Éste de aquí al lado, el azul, vale sólo mil doscientos. Es de los talleres de nuestros artesanos...

—¿Sus artesanos?

—Sí, trabajamos con talleres de ebanistas de diferentes partes del mundo. ¿Estaban buscando algo en concreto?

Elena miró a Rocco y esbozó la mejor de sus sonrisas.

—Aparadores y alacenas. Nos gustaría ver los mexicanos. Mi padre y yo vamos a reformar un hotel... el hotel de la familia en Bracciano.

Rocco la fulminó con la mirada.

—¿Pasa algo, papá?

—Nada, nada... —contestó el subjefe.

—Entonces, ¡vengan por aquí! —dijo el dependiente, con los ojos brillantes, saboreando ya una posible venta de cierto calado.

Acto seguido, señaló con gesto enérgico hacia el otro lado de la sala. Los muebles centroamericanos estaban expuestos al fondo del edificio, cerca de las ventanas interiores de las oficinas.

«Chica lista», pensó Rocco, había pedido ver esos muebles porque desde allí se podía observar tanto la exposición como las dependencias internas.

—Pero ¿no éramos marido y mujer? —le susurró.

—Créame, así es mucho más creíble.

—Qué bruja.

Elena rió entre dientes.

—Aquí están. Si quieren... contamos con varias alacenas provenientes de Chiapas. Tienen un treinta por ciento de descuento —explicó el vendedor con una sonrisa—. Y luego, si la compra es de cierta envergadura, podría aumentar la rebaja al menos un quince por ciento más.

Dicho esto, le entregó a Rocco una tarjeta de visita: Fabio Inchingolo, responsable de ventas. Seguían los números de teléfono y el correo. El subjefe se la guardó en el bolsillo.

—Estupendo —dijo.

—Papá, mira qué aparador tan bonito. ¡A mamá seguro que le encanta!

—¿Tú crees?

—Podría quedar bien en la recepción.

—Su hija tiene razón —se entrometió Fabio Inchingolo, atusándose la larga

melena engominada—, como golpe de efecto para el cliente que acaba de llegar no tiene parangón...

—Mi hija no entiende un carajo —replicó Rocco—. La recepción es minimalista, ¿cuántas veces tengo que repetírtelo, Elena? La idea es no tener ni llaves colgadas, sólo un recepcionista que acompañe a los clientes con la tarjeta. Así que, Elena, bonita, ¡deja hablar a tu padre y cierra la boca!

El dependiente, que no sabía dónde meterse, se rascó la perilla.

—Comprendo. Los dejo a su aire. —Y desapareció tras un enorme aparador amarillo y añil.

—Buena jugada, jefe.

—Necesito echar un vistazo por ahí. ¿Te importaría entretener a «pelo perfecto» unos diez minutos?

—¡Faltaría más... papá!

Rocco se mordió el labio.

—No crea que va a salirse con la suya, agente Dobbrilla. Tarde o temprano volveremos a comisaría.

La chica se dio la vuelta rápidamente y fue al encuentro del vendedor, que esperaba al lado de una mesa azul para doce personas, adornada con margaritas amarillas y blancas talladas en la madera.

—¿Le importaría que hablásemos sobre el tema del transporte? —le preguntó—. Estamos interesados en varios artículos. Sobre todo en dormitorios. Pero indonesios.

El hombre sonrió y señaló hacia otra zona de la tienda.

—Claro, vamos por aquí. ¿Y su padre?

—Déjelo... sigamos nosotros. ¿No tendrá por casualidad una toalla?

Rocco esperó a que desaparecieran tras los aparadores para acercarse a las oficinas. Escrutó el interior. Una chica repasaba facturas ante un escritorio. Una sola mesa y dos archivadores eran todo el mobiliario. El subjefe miró hacia la sala de exposición. Fabio Inchingolo y Elena habían llegado a la sección indonesia y seguían charlando. Sacó el móvil y la tarjeta que le había dado el dependiente y marcó el número del establecimiento. Vio que la muchacha de dentro respondía al inalámbrico.

—Muebles Silvestrelli, dígame.

—Buenos días, soy Restelli... Tengo un problema con una contraseña, ¿podría hablar con Fabio Inchingolo?

—Un momento, le paso.

La secretaria pulsó un botón y esperó. Acto seguido, sonó el teléfono del despacho del responsable de ventas. Pero Fabio seguía ocupado con Elena, que estaba mirando una cama con dosel.

—Perdone, no contesta... Estará con algún cliente.

—Lo siento, pero es muy urgente. Tengo el camión en doble fila... ¿Sería tan amable de ir a buscarlo, por favor?

La muchacha puso los ojos en blanco y se impulsó para apartar la silla de la mesa

y salir de la oficina con

el inalámbrico en la mano. En cuanto le dio la espalda, el subjefe se coló a toda velocidad en el despacho. Se abalanzó sobre los albaranes de entrega y empezó a hojearlos. Eran todos pedidos de muebles provenientes de China y la India. Aparecían consignados transportistas, cifras, divisas exteriores. Echó un ojo por la cristalera que daba a la exposición y vio que la mujer había llegado a los muebles indonesios y estaba tendiéndole el teléfono a Fabio Inchingolo.

—¿Diga? —oyó decir por su móvil, pero no respondió.

Corrió hacia el primer archivador. Lo abrió: estaba lleno de facturas del año 2006, el ejercicio anterior. Nombres de proveedores, clientes, nada interesante.

—¿Diga? ¿Quién es?

—*Fratte zecherle in farbens?* —farfulló Rocco, abriendo el segundo archivador.

—¿Cómo? ¡No le oigo bien!

—Páseme con... —No añadió más.

El segundo archivador estaba vacío, salvo por dos carpetas donde se leía: EXPEDIDORES. Vio que la chica regresaba a paso veloz hacia la oficina. Estaba atrapado. Si salía, lo vería. Cogió una de las dos carpetas, abrió la ventana y se apresuró a salir por ella, justo cuando la secretaria volvía resoplando a su puesto de trabajo.

Fuera, agachado bajo la ventana, Rocco miró a su alrededor. Ya no llovía. Había ido a parar a la parte de atrás de la nave, no muy lejos de la alambrada donde la noche anterior había espiado con sus amigos los movimientos de Luigi Baiocchi. Se alejó medio arrastrándose por el suelo para evitar que lo vieran y luego se incorporó y se encaminó hacia la entrada. Llevaba la carpeta bajo el brazo. Sentía que las cámaras de seguridad lo apuntaban. Fingió tranquilidad y siguió avanzando.

Y entonces se los encontró de frente.

Lo había clavado: eran en efecto dos rottweilers, aunque el de la derecha no fuera de pura raza. Le bloqueaban el paso mirándolo con sus ojos vacíos de asesino, enseñando los dientes y con un hilo de baba que les caía de la boca rechinante. En silencio, con los músculos tensos, el pelo brillante por el agua, la dentadura blanca, dos fusiles con la bala en la recámara.

«Sin miedo, sin miedo, sin miedo», pensó Rocco, que apretaba ligeramente los puños. ¿Podía bajar la vista o eso significaría sometimiento? ¿Cómo reaccionarían? ¿O mejor seguir mirándolos a los ojos? ¿Y si se lo tomaban como un desafío?

«Retrocede sin dejar de mirarlos a los ojos, hazles comprender que no eres peligroso, pero que abandonas su territorio. ¡Y ni se te ocurra darles la espalda!», se decía. Hacerlo sería un error imperdonable, una invitación clara al ataque.

«Entonces, ¿voy a su encuentro?»

«Hazte respetar, que te teman —le volvieron a la cabeza las palabras de Rossettini, su colega de la Unidad Canina, un tipo que pasaba más horas con perros locos que con seres humanos—. Hazte respetar.»

Tal vez diciendo una palabra, eso era, la que siempre utilizaba Rossettini. La gritó, más por desesperación que por convencimiento:

—*Platz!*

Funcionó.

Las fieras se sentaron, cerraron las fauces sin dejar de mover la cola recortada y de lamerse el hocico, como avergonzadas. Muy despacio avanzó hacia los dos rottweilers con sus cabezas gigantescas y baba espumosa a ambos lados de la boca. No dijo nada. Paso a paso, un pie delante del otro, ya estaba a un metro del par de guardianes. Que seguían meneando el rabo sin emitir gruñidos de alarma.

—*Platz!* —repitió en voz más baja.

El más grande adelantó la cabeza y Rocco se la acarició con mucho cuidado. El animal se había doblegado. Ya había pasado lo peor. Y sólo le quedaba alcanzar la doble puerta metálica y salir de la parte trasera del almacén de muebles. Dejó a los perros y, sin apartar la vista de ellos, se acercó a la puerta. Los animales se quedaron quietos, aunque giraron la cabeza para seguirlo con la mirada. Esperaban la orden, pero Rocco no la recordaba. Ya bastante milagroso había sido acordarse del «platz». Tocó la verja con la mano derecha. Había llegado. Sólo tenía que descorrer un pequeño cerrojo. Lo hizo, abrió la hoja y por fin estuvo a salvo al otro lado de la alambrada. Silbó y ambos perros se levantaron y se fueron trotando a refugiarse a la sombra de su caseta.

Sudado, se enjugó la frente y regresó al almacén. Se había escondido la carpeta en la espalda, remetida en la cinturilla del pantalón y tapada con la camiseta.

El frío del aire acondicionado fue una cuchillada contra su piel empapada. Un escalofrío y enseguida localizó a Elena, que seguía hablando con el dependiente. Fue a reunirse con ella.

—¡Papá!

—¿Señor?

—Estás... estás pálido...

—Sí, no me encuentro muy bien. El estómago.

—Mi padre no para de comer buñuelos de crema.

—Entonces es normal que después se sienta mal... —comentó el comercial.

—¿Vamos, Elena?

—Claro —dijo la agente.

Ambos le estrecharon la mano a Fabio Inchingolo.

—¡Espero su llamada!

—Por supuesto, pasado mañana como muy tarde —gritó Elena, siguiendo a Rocco, que se encaminaba ya con paso decidido hacia la salida.

—¿Quieren un folleto?

—¡Lo tengo todo aquí! —Elena se señaló la frente—. ¡En la cabeza! ¡Gracias otra vez!

En cuanto subieron al coche, Elena olisqueó un par de veces el aire mientras se ponía el cinturón de seguridad.

—Jefe, no se ofenda pero el sobaco...

—Es lo que hay. Adrenalina pura. Ni te imaginas lo que me ha pasado. Vamos a la comisaría. —Se sacó la carpeta de la espalda.

—¿Qué es eso?

—Todavía no lo sé. Puede que nada. —Empezó a pasar las hojas—. Es de una empresa que contratan para el transporte. Números de facturas... albaranes... —Siguió revisando los documentos con atención.

—Parece asustado. ¿No me lo va a contar?

—He tenido que enfrentarme a dos perros guardianes enormes. Y no sabes la potra que he tenido, hija mía. Por cierto...

—Lo sé, era broma. ¿Se ha ofendido?

—¿Y por qué iba a ofenderme? Me encantaría tener una hija como tú.

Ambos se echaron a reír.

Y entonces, en un albarán, le saltó a los ojos como un intermitente: el detalle importante, el que podía cambiarlo todo. Junto al nombre del transportista, una serie de números y letras: SLR U 8001117-8.

—¡Joder! —exclamó.

—¿Qué ocurre? ¿Ha descubierto algo interesante?

—Eso parece. —Sacó el móvil—. De Silvestri, soy Rocco. Ponme con alguien de ferrocarriles. Un momento, espera... —Reflexionó un instante—. Cambio de idea, ponme mejor con la capitanía marítima del puerto de Civitavecchia... Espero, espero...

—¿Qué tiene que ver la capitanía del puerto? —preguntó Elena, sin apartar la vista de la carretera.

Rocco le hizo señas de que callara.

—¿Diga? Schiavone, Policía Nacional...

—Suboficial mayor Gardini, dígame, señor...

—Mire, quería leerle unas siglas, a ver si puede decirme lo que significan.

—Estoy a su disposición.

Le recitó de memoria la serie que había encontrado en el folio del periodista:

—SLR U 971197-8.

—Es fácil, es un código alfanumérico que llamamos BIC. Se asigna a los contenedores que van a transportarse. Me explico: lo primero es el prefijo de tres letras, el código del propietario, SLR. La U indica que se trata de un contenedor. Los números que siguen son la matrícula del contenedor, y por último, el 8, el dígito de autocontrol.

—Entonces, dígame, ¿puede saberse a quién pertenece este contenedor?

—Claro, para eso sirven. Todos los contenedores constan en una lista. Si me da un minuto, se lo miro.

—Entonces espero.

Oyó que alguien tecleaba, señal de que el suboficial había iniciado la búsqueda. Había más tráfico que a la ida y se encontraron con el típico atasco en la circunvalación a la altura de San Lorenzo.

—Aquí podemos tirarnos media hora —refunfuñó Elena.

—¿Alguna alternativa?

—Un helicóptero.

La voz del suboficial resonó en el móvil.

—Aquí lo tengo, señor Schiavone. Consta como propietario un tal Silvestrelli. —Rocco dio un golpe con el puño en el salpicadero, de alegría—. Y, por lo que veo, el contenedor debería llegar el día... pasado mañana, aquí al puerto. ¿Necesita algo más?

—¿Se sabe de dónde procede?

—Sí, de México.

—Gracias, Gardini, me ha sido de gran ayuda. Esta llamada nunca ha tenido lugar.

—Faltaría más. Algo me dice que nos conoceremos pronto.

—Me da a mí que sí. —Rocco colgó—. Qué día tan estupendo, Elena. La excursión contigo a la tienda de muebles, las buenas noticias por teléfono. Un solo detalle más y me consideraría un hombre feliz.

—¿Puedo saber cuál?

—Que mi mujer vuelva a casa.

—Llámelo detalle...

De nada sirvieron las concienzudas pesquisas de Zuccari y De Silvestri. No había ni rastro del misterioso Emeka. No habían logrado descubrir su identidad.

—¿Y cómo vamos a encontrarlo? —preguntó el joven agente, volteando los papeles que tenía en la mano.

Rocco resopló.

—¡Ya estamos como siempre con la historia de Mahoma y la montaña, menuda jodienda!

El agente lo miró sin comprender.

—Simone, ¿tienes algo para vestirte de paisano?

—Vaqueros y camiseta.

—Bien. Coge mi moto y acompáñame. Y avisa en casa de que vas a llegar tarde.

El agente Zuccari se levantó y negó con la cabeza.

—No hace falta que vayamos en ese cacharro suyo, tengo aquí la mía. Pero dígame, ¿adónde vamos?

—Buenas noticias, Davide —dijo Rocco cuando entró en casa.

A continuación se quitó el guiñapo de lino que antes del aguacero era una chaqueta, lo hizo una bola y lo lanzó hacia el cuarto de baño; encestó en el bidé. El chico leía el periódico sentado a la mesa.

—¿Y eso?

—¿De dónde has sacado el periódico?

—Me lo ha traído Inna, la mujer de la limpieza. Usted no la había avisado de que yo estaba aquí y por poco le da un infarto.

—No le habría venido mal, para que dejara de dar por culo. Pero bueno, Davide, campeón, una noticia fantástica.

—¡Cuénteme!

—Los hemos cogido.

A los ojos del chico asomó el fulgor del terror.

—¿A quiénes?

—A los asesinos de Matteo y Giovanni. Han confesado. ¿Y quieres saber quiénes son?

—¿Quiénes? —preguntó Davide, que intentaba disimular la angustia.

—Dos chinos de los cojones. Tus amigos se habían metido en una timba clandestina de la piazza Vittorio. Una locura. No tenía nada que ver ni con la droga ni con nada de lo que me habías contado. Les dio por jugar fuerte, eso es todo. Y le debían un montón de pasta a un tal Chun Lai o como se llame, el tipo que los liquidó. —Rocco se sentó a la mesa—. Una lástima, ¿no?

—Sí, una pena. Pero entonces...

—Entonces, amigo mío, eres libre de ir donde quieras. No tenían nada contra ti, no corres peligro —le dijo, sonriente—. Me alegro de que todo haya terminado así. Por supuesto, lo siento muchísimo por tus amigos, pero me alegro por ti. Ahora ya puedes volver al Old England, que Steven está haciendo el trabajo de los dos y como siga así va a reventar. —Le dio una palmadita en la espalda.

Davide se levantó, parecía inseguro, como si se tambaleara.

—¿Qué hago con la ropa? —preguntó, señalando los pantalones que le había prestado Rocco.

—Quédáte los, te los regalo. Y toma, ten también un poco de dinero para el taxi. Venga, Davide, que están esperándote en casa.

El agente Simone Zuccari aguardaba con los brazos cruzados a la sombra de un exuberante magnolio cuando le sonó el teléfono.

—Aquí estoy, jefe.

—Mira, va a llegar un taxi y se va a subir Davide. Pégate a él como una lapa, ¿entendido?

—Entendido. Pero tengo poca gasolina en la moto.

—¡Pues ve a echar!

—¿Y tengo que pagarla?

—¡Joder, Zuccari, luego te la pago yo! ¿Así cómo quieres que ganemos la guerra?
—¿Qué guerra, jefe?
—Te creía más espabilado, Simone...

—¿Podemos hablar fuera? —preguntó Rocco, rodeado por las montañas de periódicos, mientras Sasà D’Inzeo fumaba de cara a la ventana.

—¿No te parece sórdido? Edificios feos, coches, vallas publicitarias oxidadas. Yo nací en el campo, entre vacas. Estoy harto de todo esto. En cuanto me jubile, me vuelvo al pueblo con Clara. —Giró sobre sus talones para mirar a Rocco y, sin querer, empujó una montaña de periódicos, que se esparcieron por el suelo. No se molestó en agacharse para recogerlos—. Gualdo Tadino, en Umbría. ¿Has estado?

—No. ¿Es bonito?

—Pues claro, es Umbría, ¿te parece poco? —respondió el juez, encogiéndose de hombros—. ¿Y tú?

—Mi mujer y yo queremos irnos a la Provenza.

Sasà chasqueó los labios.

—Es precioso. ¿Habéis decidido adónde?

—Ahora mismo, a la cabeza de la clasificación están Saint-Paul-de-Vence y Grasse, aunque por el horizonte asoma Ramatuelle.

—Donde está enterrado Gérard Philipe. He estado. Es muy bonito, pero está demasiado cerca de Saint-Tropez, que, si te digo la verdad, no me gusta nada.

—A mí tampoco. Al final ganará Aix. Y ahora, ¿podemos salir de este despacho, que tengo cosas urgentes que contarte?

—¿Qué te pasa con este despacho?

—Que apesta. Y no puedo con tanto periódico.

Sasà respiró hondo.

—Hay que joderse. Venga, vale, vamos al bar. ¿Te apetece un *tramezzino*?

—¿Cómo los tienen, en plástico o en servilleta?

D’Inzeo lo miró con gesto severo.

—¿Te parezco el tipo de persona que iría a un bar donde tienen los *tramezzini* en envases de plástico? ¡Lo recordaré como una ofensa personal, Schiavone!

Acto seguido salieron por la puerta. En el despacho vacío, el portazo provocó el derrumbe de tres pilas de periódicos, que descendieron hasta el suelo como hojas muertas.

—Sé el nombre de uno de los asesinos de los chicos, aunque dentro de poco sabré mucho más sobre él —empezó a decir el subjefe mientras masticaba el primer bocado de *tramezzino*.

—¿Cómo se llama?

—Emeka. Es nigeriano.

—Los de atún y alcachofas son siempre una apuesta segura —comentó el juez,

dándole un mordisco a su emparedado—. ¿Cómo has llegado hasta él?

—Me llevé a mi casa a Davide Mariotti, el tercero en discordia en todo este fregado. Y resulta que el otro día mis amigos y yo...

—Unos figuras...

—Pues precisamente gracias a ellos, mi querido Sasà, y a las anotaciones del difunto Alberto Ferri, el periodista, comprendimos quién podía ser el proveedor oficial de los chicos. Descubrimos que Sandro Silvestrelli era un candidato posible. Tiene un almacén de muebles en la Tiburtina.

Sasà lo miraba con atención mientras masticaba lenta y metódicamente.

—El caso es que esa misma noche decidimos ir de visita al almacén y nos encontramos con un viejo conocido de nuestro sistema penitenciario, Luigi Baiocchi, que se llevó a toda prisa unas cajas sospechosas. Ah, y a título informativo: su huella dactilar estaba bien marcada en el surtidor de la gasolinera que se encuentra junto a la cantera, donde creo que pararon a repostar los asesinos del pobre Ferri.

—Tantas coincidencias ya es demasiado. Sobre todo que vaya a recoger unos misteriosos paquetes al almacén la misma noche en que vas tú.

—Exacto. —Rocco se limpió las manos frotándolas una contra otra, mientras tragaba el último bocado de *tramezzino*—. Intentamos seguirlo, pero se olió el asunto, yo creo que porque estaba sobre aviso, y nos dio esquinazo pasándole las cajas a otro que iba en una moto sin matrícula y que se perdió por el laberinto de callejuelas.

Sasà también había terminado. Levantó una mano para llamar la atención del camarero. Fuera el sol pegaba sin piedad y el tráfico parecía haberse calmado.

—Tú sigue, Rocco, que yo me voy a pedir otro. ¿Quieres?

—Sí. Además, el almacén tenía vigilante nocturno y un sistema de seguridad nuevécito. La primera pregunta sería, aunque yo ya sé la respuesta...

—Entonces no la hagas.

—La primera pregunta, decía —prosiguió Rocco, impaciente—, sería ésta: ¿cómo lo sabían? La respuesta: Davide. Que estaba en mi casa y al que le habíamos preguntado por Silvestrelli. Total, que vuelvo a casa, le mango el móvil y descubro que hizo y recibió una llamada de un mismo número. El del tal Emeka, que probablemente es un compinche de Davide, alias Skin por sus granos, y que miente más que habla. Está claro que avisó al nigeriano, quien a su vez se encargó de poner al tanto a Luigi Baiocchi. ¿Me sigues?

Un camarero con chaleco rojo se acercó a la mesa.

—Usted dirá.

—Tráigame otro de atún con alcachofas. ¿Y tú, Rocco?

—Yo quiero uno de huevo con tomate.

Cuando el joven se fue, Rocco reanudó su historia.

—Resumiendo: a la primera víctima, Giovanni, le dieron una paliza. Puede que hablara, puede que no, el caso es que se escapó mientras lo llevaban al almacén.

Y entonces lo mataron. ¿Cómo llegaron hasta Giovanni? Creo que fue por las

investigaciones en las que estaba metido el padre. Y luego Davide, asustado, cantó. Y entonces mataron a Matteo. Después obligaron a Davide a que se enterara de lo que sabíamos. Y se me metió de espía en casa. Se presentó en comisaría voluntariamente. Me pareció sospechoso desde el principio. En el chat que descubrí entre los dos chicos muertos, uno de ellos insistía en que no había que fiarse de él.

—De modo que Davide no es el mensajero inocente entre Livolsi y Ferri, sino que, seguramente, estaba al corriente de todo el tráfico.

—O le dieron de hostias, se lo hizo encima y cambió de bando.

—Sí, podría ser. ¿Qué hacemos?

—Ahora viene lo bueno. —Rocco se llevó una mano al bolsillo y sacó las notas del periodista—. Esto es de Alberto Ferri, que estaba investigando el tráfico de heroína y cocaína en estos barrios. Mira lo que pone.

Le pasó la hoja al magistrado.

—¿Y quién entiende nada de esto?

—Lo importante es el código de abajo.

—SLR U 971197-8 —leyó D’Inzeo.

—Es el número de un contenedor. Las letras indican la empresa propietaria, es decir, la de Silvestrelli, y el resto de números sirven para reconocer la mercancía y saber el trayecto que realizará. Y ese contenedor lleno de muebles llega pasado mañana a su destino en el puerto de Civitavecchia.

El juez le devolvió la hoja justo cuando el camarero llegaba con los *tramezzini*.

—Aquí el de atún con alcachofas y éste es el de huevo con tomate —anunció, y dejó los platos en la mesa antes de volverse a la barra.

—Y vamos a ir a Civitavecchia.

—Diría que sí, Sasà. Sin dar el cante, con tranquilidad, a ver qué es lo que transportan. Pero no quiero arrestar al nigeriano sin antes llegar a la droga. Quiero saber dónde está y dónde puedo ir a pillarlo a él después.

—Un trabajo excelente. —D’Inzeo mordió el emparedado de atún con alcachofas—. Casi tan bueno como este *tramezzino*.

—Bueno, los he comido mejores.

—¿Y eso qué tiene que ver? Yo también. Pero ya bastante milagro es que este local esté cerca del juzgado, ¿no te parece? Entonces, ¿uno de espinacas a medias?

—Vaya pregunta...

Sentado en el sofá de polipiel de su despacho, Rocco mataba el tiempo liándose un canuto. Se lo había hecho bien gordo, colmado y apetitoso. Total, la jornada había terminado y no tenía nada más que hacer hasta que no llegaran noticias de Zuccari. Había mandado a casa a De Silvestri y Parrillo, mientras que a Elena la había enviado a Denuncias; no podía dejarla tan tranquila, expiaría sus pecados con un poco de papeleo. Y como siempre que apartaba la mente del trabajo, sus pensamientos, como

pájaros deseosos de migrar, fueron todos a posarse al mismo árbol: Marina. Había renunciado a llamarla y había preferido esperar el veredicto de absolución o de culpabilidad mientras vadeaba sus pantanos cotidianos. Habían sido unos días extraños. Días de calor y chaparrones repentinos, de angustia y, ante todo, días hediondos: con olor a sótano, a muertes violentas, a gente miserable agazapada en las cloacas, preparada para atacar, y ni siquiera aquella pizca de marihuana logró quitarle la sensación de suciedad que tenía encima. La cantera, el garaje, el hijo de puta que apuñala a dos veinteañeros en la base del cráneo por unos cuantos miles de euros. Y esos dos idiotas que se habían metido en una cloaca a cielo abierto sin darse ni cuenta. Tiró la colilla por la ventana. Volvía a apetecerle un helado. Podía escoger: llegarse al lago y comerse uno de chocolate y pistacho o ir al bar de al lado de la comisaría para tomarse el típico cucurucho de Algida. Cogió las llaves de casa y de la moto y salió del despacho. El pasillo estaba desierto, sólo se oía el tecleo que provenía de la sala de denuncias, la confirmación de que Elena seguía trabajando. Sonrió.

Unos nubarrones negros oscurecieron de pronto el cielo como víboras silenciosas. Ni siquiera había atravesado la calle cuando un trueno retumbó entre los rascacielos de oficinas y el andamiaje recubierto de telas que escondía la obra de una estructura arquitectónica futurista que parecía que nunca iba a terminarse y que, no por casualidad, se llamaba «La Nube». Rocco levantó la vista. Le cayó una gota en el ojo.

—Me cago en...

Como si estuvieran en un país tropical, de repente el agua cayó en tromba sin dar posibilidad de resguardarse a quienes, segundos antes, paseaban tranquilamente por la acera. Un fuerte chaparrón arrolló a hombres y animales. Rocco consiguió refugiarse bajo uno de los pinos que flanqueaban la avenida Cristóbal Colón. Pensó en lo peligroso de su elección si a un rayo le daba por caer sobre el árbol. Pero no le importó. Decidió que tampoco estaba tan mal despedirse de este mundo fulminado y calcinado en una tormenta estival. Con la espalda apoyada en la corteza, contemplaba las escasas gotas que lograban colarse entre las ramas. Tenía la camiseta empapada, igual que los pantalones y el cabello. El asfalto se había convertido ya en un lago espumoso y los coches levantaban agua como si fueran motos acuáticas y dejaban una estela tras de sí. Sopló entonces un viento suave pero que lanzó la copiosa lluvia en todas las direcciones y le puso la carne de gallina. Un segundo trueno más potente aún auguró la llegada de un nuevo chaparrón. Dos chicos que iban en moto se habían resguardado bajo la marquesina del autobús al otro lado de la calle. Reían con un cigarrillo en la boca. Se habían quitado el casco y, con los ojos cerrados, dejaban que las gotas les mojaran la cara. A Rocco le entraron ganas de imitarlos. Se apartó un poco del tronco, cerró los ojos y esperó las gotas frías en el rostro. Estaban heladas. Notó cómo se le metían por el cuello del polo y le rebotaban en las narinas, los párpados cerrados y la frente. La piel se le acostumbró pronto a aquellos dedos de hielo que le recorrían la espalda y el vello erizado de la nuca.

Entonces le sonó el teléfono y lo sacó de repente de aquella ducha. Retrocedió dos pasos y lo descolgó con la mano empapada. Miró la pantalla. Era Marina.

—¿Diga?

—Cariño... ¿dónde estás?

—Empapándome. Iba a tomarme un helado.

Marina rió.

—Rocco...

—¿Sí?

—Estoy en casa.

No esperó a que amainara el temporal. Se subió a la moto y puso rumbo a via Poerio. Se jugó el tipo en el semáforo de via Marmorata, una segunda vez al derrapar con los carriles del tranvía en la calle Girolamo Induno, y otra cuando se saltó un semáforo en rojo en la avenida Trastevere y, no contento con ello, para rematar la jugada, a punto estuvo de llevarse por delante a Ugomaria, el dueño de la *trattoria* Ar Buco de via Garibaldi, que cruzaba la calle corriendo para no mojarse.

—¡La madre que te parió! —le gritó.

—¡Perdona, Ugo! —respondió el subjefe, con un gesto leve del brazo.

—Perdona tu puta madre —respondió el anciano cocinero, trastabillando en la acera encharcada de agua y barro.

Dejó la moto debajo de casa y entró corriendo al edificio. Cuando Ines, la portera, lo vio pasar a la carrera ante su garita, dio una palmada en el aire, a la altura del pecho.

—¡Señor, está usted empapado!

Pero Rocco no respondió y, sin esperar el ascensor, que habría tardado demasiado, enfiló los cinco tramos de escalera. Tuvo que pararse en el segundo. El tabaco y

la vida sedentaria le impidieron seguir la carrera. Con el corazón en la garganta, la respiración entrecortada y la saliva espesa, se apoyó en la pared y llamó al ascensor, contento de que su físico maltrecho le impidiera presentarse con un aspecto aún más penoso ante los ojos de su mujer.

Lo primero que buscó al entrar en el piso fue la maleta. Pero no la vio en el vestíbulo. Y no era buena señal. Cerró la puerta y entró corriendo en el salón. Marina estaba allí, contemplando con los brazos cruzados la tormenta estival que bañaba la ciudad. El cielo seguía gris, pero empezaban a verse grietas celestes que auguraban la vuelta del sol. Su mujer se volvió y lo miró.

—Marina.

Ésta se echó a reír.

—¿Por qué no te secas cuando vas a la piscina?

Rocco se quitó la camiseta.

—Voy a cambiarme. ¿Me esperas?

Ella asintió.

Al cabo de un minuto estaba de vuelta en el salón mientras se secaba el pelo con una toalla de playa que había encontrado en el armario.

—¿Cómo están tus padres? —le preguntó, con la idea de marear un poco la perdiz. Tenía miedo de escuchar lo que su mujer había ido a decirle.

—Déjalo.

La lluvia había parado. Marina se apartó de la ventana y lo miró.

—Te lo ruego, dicta ya sentencia porque no puedo más.

—¿Qué sentencia?

—¿Vida o muerte? —preguntó Rocco, dejando la toalla en el sofá.

Marina abrió los brazos.

—Ven aquí.

Corrió a abrazar a su mujer. Pero no vio la alfombra de Bujara, que sí, era bonita, pero tenía la manía de levantarse siempre por la esquina derecha. Metió el pie debajo, tropezó y cayó de bruces a los pies de su mujer, que se agachó y, riendo, lo abrazó.

—Madre mía, Rocco, ¿es que nunca puedes hacer las cosas como una se las imagina?

—No.

Lo abrazó con fuerza. Y Rocco sintió que la sangre volvía a correrle por las venas impulsada por los latidos del corazón. Con los pulmones llenos de aire, y el cuerpo, de oxígeno, pareció despertar de cierto sopor, como cuando te quitas la ropa en la playa el primer día de verano y la piel marchita respira aire y siente el sol. Marina estaba mirándolo a los ojos. Y Rocco se perdió en ellos. Se le habían puesto grises con el temporal, con las motas del iris de color plata. Hizo ademán de abrir la boca, pero ella lo hizo callar posándole un dedo.

—No digas nada. —Volvió a intentarlo, pero se lo impidió una segunda vez—. No puedo estar sin ti —murmuró Marina.

Le rodeó la cabeza con los brazos y se la apoyó contra el pecho. El contacto con sus senos nubló la visión a Rocco. Desapareció el sufrimiento, desaparecieron la angustia y la ansiedad, y los reemplazó un deseo sordo y ciego. Empezó a besarle el cuello.

—No, no, espera. Espera, Rocco.

Pero él ya no la escuchaba. El segundo cerebro masculino, el que se ubica en el aparato reproductivo, le había ganado la partida al primero.

—Espera, ¿me oyes?

Rocco le mordió el lóbulo y luego pasó directamente a lamerle la oreja.

—Que no, estate quieto. Tenemos que hablar. Antes de nada tenemos que hablar.

—¿De qué? —murmuró él.

—Santo cielo, llevo días reflexionando ¿y no quieres oír lo que tengo que decirte?

—En cualquier caso, la respuesta es sí. ¡Tienes razón y haré todo lo que digas! —Pasó entonces al cuello.

—No, quiero hablar en serio.

Marina intentó pararle las manos, que se habían convertido en los tentáculos de un pulpo. Tenía la izquierda bajo la camiseta de su mujer, satisfecha de no haber encontrado sujetador; la otra, en cambio, estaba subiendo por el muslo y se colaba ya bajo la falda. Cuanto más se acercaba a la meta, más calor percibía Rocco en la mano y más a merced se encontraba de su segundo cerebro.

—Pongámonos serios.

—Cielo, sabes que soy incapaz... Míranos —le decía Rocco, besándole la cara, los ojos, los pómulos—. Acabo de tropezarme y por poco no me rompo el tobillo, estamos tirados en el suelo como dos chiquillos con el Lego, me duelen las rodillas, porque me las he desollado con esta mierda de la alfombra, todavía estoy empapado y no entiendo nada. ¿Cómo consigues ponerte seria?

Le mordió los labios.

—Mira que eres... Como me hagas sangre, te enteras...

La besó y le introdujo la lengua, cuan larga era.

—¡No! —exclamó Marina, y lo apartó de un empujón y se puso en pie—. Ya puedes ir sentándote en el sofá, porque me vas a escuchar.

—¿Puedo quedarme en la alfombra?

—¿Para qué?

—Tú hazme caso, es mejor que me quede aquí.

Marina sonrió y fue a sentarse. Fuera el cielo estaba cada vez más despejado.

—¿Podrías abrir la ventana?

—¿Para qué?

—Porque me encanta cómo huele después de llover.

—¡Pues ábrela tú! —respondió ella en tono desafiante.

Rocco frunció los labios.

—Vale, venga. ¿Quieres ver a un hombre siervo de sus sentidos? ¡Tú lo has querido!

Se levantó doblado en dos para rebajar el efecto cómico de su erección. No lo consiguió. Su mujer lo observó mientras atravesaba el salón, abría la ventana y volvería a sentarse.

—Perdona, pero ¿qué sentido tiene volver a la alfombra? Si ya te hemos visto todos la tienda de campaña.

No le faltaba razón. Fue a sentarse a su lado. Manteniendo la distancia de seguridad. Cogió la toalla y siguió secándose el pelo. Marina se quitó los zapatos, dobló las rodillas y apoyó los pies en el sofá.

—No puedo estar sin ti —repitió, jugueteando con el dobladillo de la falda verde que llevaba puesta—. Así que he estado pensando. He pensado mucho estos días, sobre las cosas que me has contado de tu infancia, de tus amigos. La semana pasada las veía como excusas. Excusas que busca un niño al que pillan con la mano en la caja de las galletas. Pero tú ya no eres ningún crío.

Y nunca te han gustado las galletas. No es culpa tuya haber tenido una infancia difícil. Y lo entiendo.

»La pobreza no tiene nada de bonito, al menos aquí, en este país, sólo se traduce en miseria. Y es insostenible. Te he escuchado y he pensado en ti. Y siempre he sabido quiénes son tus amigos y de dónde venís. Que la calle ha sido vuestra escuela y todo eso. Y hay ciertos vicios que nunca se quitan. Pero yo ahora voy a pedirte, mirándote a los ojos, que te los quites, que los dejes para siempre. Porque yo no lo soportaría. No te veo como un héroe, como el caballero audaz y sin tacha, pero tampoco puedo soportar imaginarte apropiándote de lo que no es tuyo. Y no porque vistas uniforme, ya sabemos que eres policía. Es porque no me gusta, por mucho que robes a ricos y corruptos. No me gusta en general y no lo soporto. Tienes que jurarme que no volverás a hacerlo.

Rocco asintió en silencio.

—Y esta casa... el dinero que utilizaste para comprarla...

—No, espera. Tu padre puso algo, acuérdate.

—Ya, pero ¿de dónde salió la mayor parte? Y, Rocco, no me vengas con tonterías. No es el momento. —La advertencia de Marina sonó a amenaza.

—En realidad, un poco fue del taller del Trastévere.

—¿Y lo demás?

—De aquí y de allá...

—Pues eso.

—¿Y qué hacemos? Si quieres, la vendo. Si no soportas vivir aquí, mañana mismo la vendo. A mí la casa me importa un carajo. Mañana llamo a una inmobiliaria, le devolvemos el dinero a tu padre...

—No es eso. ¿Tengo que preguntarte cuánta gente se lamenta por nuestro ático?

—¿Aparte de tu padre?

—En serio.

—Entonces, seguramente se lamentan un par de joyeros que compraban mercancía robada, la fundían y la revendían. Y también uno de Ostia que extorsionaba.

—¿Y le paraste los pies?

—Sí.

—¿Y te embolsaste el *pizzo*?

—No, técnicamente no fue así.

Marina se puso más cómoda en el sofá.

—Soy toda oídos.

Rocco resopló.

—Fui a hablar con su jefe para decirle que dejara de amenazar a los comerciantes y me prometió que así sería. Pero siguieron. Total, que cogimos in fraganti al cobrador y a su jefe, los arrestamos y digamos que en casa del capo encontramos cosas muy interesantes. En concreto, unas figuritas de jade muy antiguas y un bonito

tapiz del siglo dieciséis. Se lo revendimos todo a unos amigos suizos de Seba.

Marina negó con la cabeza.

—Ésos fueron los que se lamentaron. Pero créeme, tampoco fue para tanto.

—¿Y los comerciantes de Ostia?

—Dejaron de pagar el *pizzo*. Aunque puede ser que ahora estén otra vez igual, no lo sé.

—¿Y los propietarios de las joyas?

—Joder, Mari, ¡tampoco es que sea Robin Hood!

—Se acabó.

—Como quieras.

—¡Júramelo!

—Te lo juro. Y ahora que hemos terminado con las tocadas de pelotas, ¿pasamos a algo más divertido?

Marina se echó a reír y Rocco se abalanzó sobre su presa. Su mujer había vuelto a casa, el cielo estaba turquesa y el olor a tierra mojada de las macetas, las flores y el limonero habían invadido la estancia.

—¿Dónde tienes la maleta? —le preguntó, mientras le besaba los senos.

—Ya he sacado toda la ropa —susurró ella.

—Entonces podría haberte dicho... que no iba a dejar de...

—¡Cállate ya! —Y le cerró la boca con un beso.

—¿Dónde estás? —Entornó los ojos; el otro lado de la cama estaba vacío—. ¿Marina?

La oyó hablar por teléfono en el salón. El despertador marcaba las ocho y media. Apartó la sábana con un resoplido y apoyó los pies en el suelo. La temperatura superaba ya la media. Estiró el cuello y captó frases entrecortadas: «Qué capullo... Ajá... Ajá... No, es que es así, la gente está fatal», y el rumor lejano de la ciudad, que llevaba varias horas despierta. Por fin se levantó.

Cuando entró en la cocina, se encontró a Marina con el inalámbrico en la mano y, frente a ella, una taza grande de café soluble, en el que mojaba una galleta.

—Lucia, pero ¿por qué sigues perdonándolo? ¿Qué puedes esperar ya de Stefano?

—Buenos días, cielo...

Rocco se acercó a ella por detrás y le besó el cuello. Marina sonrió y cerró los ojos como una gata feliz. Un rayo de sol le daba en el escote. A Rocco le entraron ganas de hacer el amor. Empezó a morderle el lóbulo izquierdo, pero ella se resistía mientras seguía hablando por teléfono.

—¿Por qué crees que tu hija no se ha dado cuenta de cómo... están...? —Tapó el auricular—. Rocco, haz el favor, que estoy hablando con Lucia —le pidió, y retomó la conversación con la amiga—... ¿no se ha dado cuenta de cómo están las cosas entre Stefano y tú?

Pero él no se rindió. Había pasado al cuello, mientras su mano derecha, sin

amilanarse, tomaba ya posiciones en un seno. Marina le dio una palmada en el dorso de la mano, pero no le sirvió de nada.

—Mira, Lucia, es mejor que quedemos. Descanso para comer a la una... Sí, vamos al Chiara. Nos vemos allí... sí...

—Dile que se vaya a la mierda —le murmuró Rocco al oído.

Marina sonrió.

—Muy bien, Lu... hasta luego.

Por fin colgó.

Justo lo que él estaba esperando. Se le echó encima y sus manos se apresuraron a buscar una entrada bajo el camisón de seda.

—No, por favor, Rocco... ni siquiera te has lavado los dientes.

—¿Y qué?

—Que fumas y el aliento te huele fatal. Venga, te preparo un café.

Marina intentó levantarse, pero la tenía atrapada por la cintura.

—No quedan cápsulas. —La volvió en la silla y apoyó la frente en la de ella—. Te amo.

—Así tan cerca pareces un búho...

—Te amo igualmente.

—Con los ojos bizcos.

—Te amo de todas formas.

—Me parece muy bonito y me haces muy feliz, pero son las ocho y media de la mañana, tengo que recoger los análisis de mi madre y a continuación ir a trabajar, igual que tú. Y no te olvides de que esta noche vienen mis amigos a cenar.

—Vaya jodienda, ¿acabas de volver y ya estamos con las cenitas?

—La organicé antes de...

—Ay, pero ¿tú sabes en qué grado de tocadas de cojones están las cenas con los compañeros de trabajo?

—¿Me vuelvo a casa de mi madre?

—¡No! Uno rápido...

—Venga, anda...

El subjefe apuró de un trago el café de su mujer y luego la besó.

—Ahora sabré a café. Mejor, ¿no?

Ella se rindió. Rocco tiró al suelo las galletas, el azucarero, las servilletas y dos melocotones y puso a Marina en su lugar.

—Tenemos una cama... que es mucho más cómoda.

—A la mierda la cama. ¡Mi lema es aquí y ahora! ¡Sólo se vive una vez!

Iba por el pasillo, liviano, sonriente, lo que despertó al instante las sospechas de Parrillo y De Silvestri. Cuando lo veían así, era mejor no fiarse. Los dos respondieron apenas al saludo y desaparecieron en la oficina de pasaportes. El único que no pudo

rehuirlo fue Zuccari, que tenía que darle noticias. Lo esperaba al fondo del pasillo, junto a la puerta de su despacho.

—Buenos días, jefe.

—¡Zuccari! Amigo... ¿hay novedades? —Entró con el agente a la zaga.

—Sí, seguí a Davide Mariotti después de que se subiera al taxi en la puerta de su piso.

—Cuéntame. —Rocco se hundió en la silla.

—Fue a su casa y estuvo allí dos horas. Pero entonces se puso a llover y tuve que ir a refugiarme al bar de al lado. Me tomé dos cafés, un cruasán y...

—Tampoco hace falta que me lo cuentes todo. Vayamos al grano.

—No, es que es importante. Porque al tercer cruasán me dijo el camarero: «Sólo Davide se come tres cruasanes seguidos.» Yo le sonreí y le respondí: «¿Davide Mariotti?» «Sí», me dijo. «Y cuando vienen él y el negro, pueden comerse diez entre los dos.»

—¿Eso dijo? ¿Él y el negro?

—Sí, jefe. Lo que es políticamente incorrecto, se dice de color o africano.

—Lo sé. Continúa.

—Y, total, que entre una cosa y otra, me enteré de que los dos suelen ir a desayunar allí. Por la mañana temprano, antes de ir al trabajo. Al menos Davide, porque el otro no sabemos a qué se dedica.

—Entonces, si no estoy equivocado... ¿esta mañana tú...?

—Me he plantado a las seis en el bar y he esperado. Primero ha llegado Davide, se ha sentado, se ha comido dos cruasanes y luego ya ha aparecido el otro. —Zuccari sacó el móvil, trasteó en la pantalla y se lo pasó luego a Rocco—. Mire, he hecho unas fotos.

Sentados cada uno a un lado de la mesa, Davide y el negro se miraban. Este último era grande y musculoso, llevaba rastas y tenía un corte más que visible en la mejilla derecha.

—Gran trabajo, Zuccari.

—Y cuando se ha ido Davide, he seguido al otro.

—Si estás aquí, será porque te ha descubierto.

—Al contrario, jefe. He visto dónde vive. Comparte piso con otros tres nigerianos en la zona de Alberone.

—¿Puedes imprimirme esta foto?

—Claro. ¿Algo más?

—Tómame el día libre. Has hecho un muy buen trabajo.

—¿De verdad?

—¿Acaso suelo bromear? Pero, antes, un último esfuerzo. Reúne al equipo dentro de una hora en la oficina de pasaportes.

—¿Qué hay que hacer?

El inspector Munifici y los agentes Zuccari, Parrillo y De Silvestri habían sido convocados en la oficina de pasaportes. Rocco les había dado una carpeta a cada uno. Reinaban el silencio y la tensión mientras los policías se miraban entre ellos sin entender nada.

—Prestad atención —empezó a decir el subjefe—. Mañana tenemos un asunto complicado. Nos vamos todos a la playa. Para ser más exactos, al puerto de Civitavecchia a esperar un cargamento procedente de México. Tenéis los detalles en las carpetas que os he repartido.

Los policías hojearon las notas.

—Esa cifra misteriosa que aparece en la primera página es la referencia del contenedor que nos interesa. Pertenece a Silvestrelli, el supuesto propietario del almacén de muebles de la Tiburtina.

Elena entró en ese momento sin llamar.

—Perdón.

—Estamos reunidos. ¿Por qué no llamas antes? —la reprendió el inspector Munifici.

—Creía que aquí no había nadie.

Rocco miró a la chica y le dijo:

—No, quédate, éste será tu bautismo. Toma asiento, hija mía, por favor.

Sonriendo, la agente cerró la puerta.

—¿Qué hay que hacer?

Munifici resopló y le hizo un resumen rápido antes de que Rocco retomara la palabra.

—Bueno, como decía, Silvestrelli es el dueño del almacén y está esperando el cargamento. Pero estoy convencido de que ese cargamento no sólo contiene muebles.

—¿Y qué puede haber? ¿Droga? —preguntó el inspector.

—Exacto, Munifici. Y nosotros debemos encontrarla y arrestar a esa gente.

Zuccari levantó la mano.

—Di, Simone.

—¿Y se sabe quién va a ir a esperar el cargamento?

—Eso no lo sé. Puede que el propio Silvestrelli. Si os fijáis bien, en la carpeta que os he entregado tenéis una foto suya tomada en una fiesta en el Shabby Chic de Roma, en la que sale riendo en compañía de un putón de cierta edad.

Elena miró la carpeta y se echó a reír.

—La que usted llama putón es la mujer de un diputado.

—¿Y? Veréis que la foto es de hace un año. Sandro Silvestrelli era un desgraciado al que llamaban Cochise, pero ahora se ha cortado el pelo y tiene el tabique roto, gracias a la intervención de un amigo mío.

—¿Y quién más estará?

—Puede que Luigi Baiocchi, quizá también Emeka, que aparece en la segunda foto de la carpeta, instantánea que debemos agradecer a Zuccari, a su perspicacia y a

los cruasanes de un bar.

—Gracias... —dijo el agente.

—No iremos solos. Vamos a organizar una bonita redada con los de Estupefacientes y el juez. ¿Hay más preguntas?

—¿A qué hora? —preguntó Parrillo, que había estado callado hasta ese momento.

—A las cinco en el puerto y salimos de aquí a las cuatro. ¿Por qué, Parrillo, tienes cosas que hacer?

El agente no se atrevió a responder. Se rascó la cabeza de pelo rizado y luego miró a sus compañeros.

—Entonces, ¿hay que acostarse temprano?

Nadie le respondió. Se limitaron a dedicarle una mirada inexpresiva.

—Bien, ahora que tenemos a Parrillo de nuestra parte, quedáis todos liberados hasta mañana. Podéis marcharos a casa si queréis. El único que está exento eres tú, Alfredo.

El veterano agente negó con la cabeza.

—¿Teme que la humedad del puerto me vaya mal para el reuma?

—No, lo que temo es que si no se queda aquí en comisaría nadie con la cabeza bien puesta se líe parda.

—Muy agradecido.

—Y ahora el jefe, o sea, yo, tiene que hacer dos cosas muy engorrosas. Primero, llegar al puerto para echar un vistazo y organizar la fiesta.

—¿Y la segunda?

—Ir a recoger una cosa al pub. ¿Elena?

—Voy...

El Old England estaba vacío. A mediodía, con el sol en lo más alto, a nadie se le ocurría salir y menos aún para ir a beber alcohol. Rocco aparcó la moto a la vuelta de la esquina.

—Dentro trabaja un chico negro, Steven, llévatelo a un lado y dile que salga.

—Pero ¿le digo que está esperándolo usted?

—Sí, dile simplemente el madero. Pero que no se dé cuenta el otro, Davide, un chico pelirrojo y con granos que también trabaja ahí.

—Vale. —La agente le tendió el casco y cruzó la calle.

—Elena, sobre todo, que no se entere el otro.

—No hace falta que me repita lo mismo dos veces.

A la sombra del bloque, la temperatura era casi soportable. Había muchos postigos cerrados, señal de que la mayoría de vecinos habían abandonado la capital con rumbo a sus lugares de veraneo. En aquella calle pequeña y sin tráfico sólo se oía el ruido de los motores del aire acondicionado. El sudor le pegaba la camiseta a la espalda y el reflejo del sol en los coches aparcados y en los escaparates obligaba a Rocco a guiñar los ojos, como si acabara de morder un limón. Tenía sed y prefirió no

encenderse un cigarrillo. Al cabo de unos minutos, Elena salió del pub acompañada de Steven, que tenía una expresión divertida. No tardó en localizar al subjefe. Se apresuraron a llegar bajo la sombra de un bloque para resguardarse del sol que pegaba en la calle.

—Jefe, ¿cómo va eso? ¡Davide me lo ha contado todo! ¡Que los han pillado! ¿Y eran chinos? —preguntó el chico.

Rocco no respondió y se limitó a meter la mano en el bolsillo.

—Parece que tú y yo estamos condenados a ver fotos —le dijo, tendiéndole una hoja—. Dime si lo conoces.

Steven observó la foto de Emeka y luego miró a los dos policías.

—¿Están de broma?

—No. ¿Lo conoces?

Steven le devolvió la fotografía con mano temblorosa.

—Verá, comisario...

—Subjefe.

—Perdone... subjefe... No sé cómo se llama, pero sí que de vez en cuando va por el Pigneto. Con otro...

—¿Es un camello?

—No. A ése no lo va a ver vendiendo en la calle. Está en un escalafón más alto. No quiero follones. Es gente peligrosa. —El chico sudaba y no era por el calor.

—Nadie va a enterarse de nada, Steven, tú sólo dime quién es.

—Es un mandamás. Cuando aparece por el Pigneto todos se cagan encima. Más de una vez lo he visto amenazar a Chuwku.

—¿Quién es Chuwku?

—El que me vende la hierba.

—Ya te dije, Steven, que eso que compras no es hierba, es mierda pura.

—Lo que sea, subjefe, pero el de la cicatriz es de esos a los que es mejor no mirar a los ojos.

Rocco volvió a guardarse la fotografía en el bolsillo.

—¿Con quién suele ir?

—Con un tipo grandullón como él. Un armario. Calvo.

—¿Nigeriano?

—Creo que sí, aunque nunca lo he oído hablar. Es mudo. Que es como tendría que haberme quedado yo hoy. No me meta en líos.

—El de la cicatriz se llama Emeka.

Steven hundió la cabeza entre los hombros.

—Emeka... Ni idea de cómo se llama.

—¿No te suena de nada?

—No. Será nigeriano, como yo.

Rocco lo miró a los ojos.

—Creo que sabes más de lo que me estás contando...

Steven se rascó el cuello.

—Se lo juro.

—Entonces, ¿cómo sabes que el calvo que lo acompaña es mudo?

El chico no respondió.

—Escúchame bien: Davide, tu compañero, es amigo de ese tipo. O me lo explicas todo ahora mismo o le cuento unas cuantas cosas, como que el nombre del nigeriano me lo has dicho tú. Que lo conoces, etcétera, etcétera.

Steven empezó a temblar de una forma evidente.

—Por favor, ¿por qué me hace esto?

A Elena se le enterneció la mirada. A Schiavone no.

—Porque tienes que hablar, Steven. Pero quedará entre tú y yo, te doy mi palabra.

Steven se echó a llorar y se llevó las manos a la cara. Cuando se calmó, se enjugó las lágrimas con el antebrazo.

—Yo... la noche que vino usted, la primera vez.

—¿Sí?

—Davide y yo estábamos cerrando. Y de repente aparecieron de la nada.

—¿Quiénes?

—Los dos negros. No sé qué querían, pero se llevaron a Davide aparte. Y éste volvió a abrir el local y me dijo que esperara fuera. Me quedé allí con el calvo, el mudo. Yo sonreía e intentaba darle conversación, pero el otro nada. Me miraba con los ojos enrojecidos. Davide salió al rato con el de la cicatriz, que en ese momento se guardaba algo en el bolsillo. Y tal como aparecieron, se fueron. Le pregunté a Davide quiénes eran, pero me dijo que no me metiera donde no me llamaban y que si apreciaba en algo mi pellejo, olvidara que los había visto.

Rocco suspiró. Sacó el paquete de tabaco y le ofreció un cigarrillo a Steven. Le pasó uno encendido y luego se encendió el suyo.

—¿Y qué crees que se llevaron?

—No lo sé, un paquete. Dinero, imposible, porque al cierre ya no queda un euro en la caja.

—¿Sabes qué es lo que pasó esa noche? Que Davide salvó la vida. Eso es todo.

—Rocco miró a su compañera—. ¿Está claro?

—Bastante.

—Bien, Steven, vuelve al trabajo. Tú y yo nunca nos hemos visto. Y nunca hemos hablado de esto. Al menos hasta mañana por la mañana. Te prometo que mañana habrá acabado todo.

Steven asintió, tiró el cigarrillo, les dio la espalda y regresó al trabajo.

—La verdad es que no me he enterado —reconoció Elena.

—Davide tenía la coca escondida en una cisterna aquí en el pub. Se la devolvió y se libró de que lo mataran.

—Sí, hasta ahí llego. Pero ¿cómo descubrieron el robo los dos nigerianos?

—Yo diría que Davide lo soltó todo y así condenó a muerte a los dos amigos, que hacían bien en no fiarse de él. O puede que se enteraran por casualidad o incluso siguiendo al periodista. El caso es que se enteraron. Anda, vamos. Aquí ya no hay más que hacer.

En el primer semáforo oyó que le sonaba el móvil. Se apresuró a responder y se lo metió bajo el casco.

—¿Quién da por culo?

—Quién da por culo se lo cuentas a tu hermana. Soy yo.

—Cielo.

—No te olvides de la cena de esta noche.

—Sí... claro, ¿a las nueve?

—¿Qué eres, un invitado? Haz el favor de estar aquí a las ocho como muy tarde. Es más, que sea a las siete y media. Hay que poner la mesa, encargarse del vino...

—Cariño, antes tengo que ir a Civitavecchia. Luego voy para allá. Haré lo que pueda.

—Entonces mejor voy comprando yo el vino. Pero no tardes mucho.

Rocco resopló.

—Oye, ¿llamo también a Sebastiano, Furio y Brizio?

—No.

—¿Por qué no?

—¿Otra vez, Rocco? ¿Cuándo vamos a dejar de repetir las cosas? Están las cenas con mis amigos y las veladas con los tuyos. Y ya sabes que no podemos mezclarlos.

—¿Por qué? ¿Mis amigos son de serie B?

—Tus amigos asustan a los míos.

—¿De verdad?

—¿Es que te imaginas a Sebastiano charlando con el profesor Ardenzi sobre los trazos del Sassetta? ¿O con Mezzalupi sobre la última instalación de Viola?

—No, tienes razón. Pero ¿y yo?

—¿Tú qué, Rocco?

—¿Que de qué hablo yo con ellos? ¿Del menisco de Totti?

—Pues mira, ¿por qué no? Ardenzi jugaba en el SPAL de joven.

—Marina, que yo tengo todos los cromos de Panini de la década de los setenta y Ardenzi no ha estado en el SPAL en la vida.

—Ya lo sé. Siempre he sospechado que era un embuste.

—Lo es. ¿Y sabes por qué, Marina? ¡Porque Ardenzi lo que quiere desde hace años es meterte mano!

—Rocco, no tienes una gran opinión de mí si crees que porque alguien haya jugado en el SPAL voy a caer rendida a sus pies.

—Pero bien que caíste a los míos, que jugaba en el Romulea, y no muy bien que digamos.

—¿Eso qué tiene que ver? Tú estás muy guapo vestido de corto.

Rocco se echó a reír.

—Tú también.

—¿Tú crees? ¡Nos vemos en casa! ¿Blanco o tinto?

—Que escoja Ardenzi.

Riendo, colgó y guardó el móvil en el bolsillo.

—Entonces, ¡ha vuelto! —dijo Elena.

—Sí.

—Me alegro.

—Dímelo a mí. Te dejo en la jefatura, recojo a De Silvestri y me voy a Civitavecchia. Mañana nos vemos.

—¿Me quiere sobre el terreno?

—Antes o después tendrás que estrenarte, ¿no?

En la terraza de su casa, al aire libre, con los farolillos chinos encendidos y el olor de la citronela, que mantenía a raya a los mosquitos, Rocco disfrutaba de la brisa que, puntual, llegaba del oeste para animar la ciudad. Marina estaba guapísima. Con un vestido corto verde y amarillo, con la espalda al aire, una pizca de maquillaje, el leve bronceado que resaltaba sus ojos luminosos y su sonrisa perfecta. En esos momentos traía una bandeja enorme con los aperitivos.

—Aquí están: rollitos de hoja de parra y un poco de sushi.

—¡Bravo por la cocinera! —Ardenzi aplaudió, al tiempo que, con una sacudida de cabeza, se apartaba la mata de pelo ya cano.

—Yo no he hecho nada. Es comprado. Y, ya que estamos, todo lo que vamos a comer es comprado, ¡que quede claro!

Dejó la bandeja en la mesa mientras Rocco servía el vino en las copas. Mezzalupi y su mujer, que habían superado los sesenta y seguían fumando, se dieron prisa por terminar el cigarrillo. Alba, en cambio, masticaba los *taralli* de Puglia con parsimonia y minuciosidad. Todos los compañeros y los jefes de Marina estaban sentados a la mesa. Rocco se sentía como una guindilla en una carbonara.

—Yo no me he enterado bien de cómo va. —Alba se había ofuscado con la cuestión del Año Nuevo—. Si paso el fin de año en Tokio y luego vuelo en contra de los husos horarios, ¿cuántos Años Nuevos podría celebrar, contando con que las aerolíneas sean puntuales?

—Tienes que calcular los husos horarios y los tiempos de vuelo. Pero vas más lenta —le explicó Gino Mezzalupi, mordiendo el primer rollito de parra—, porque viajas de este a oeste, en sentido contrario a la rotación de la tierra. Si viajases de oeste a este, irías más rápido.

—Así es —tomó la palabra Ardenzi—. Pero celebrarías menos Años Nuevos, porque el sol sale primero por oriente. No, para celebrarlo más veces tienes que partir

de Tokio, volar a China, luego hacia Oriente Medio, a Europa y encontrar después algo a medio camino, antes de llegar a Estados Unidos.

—¿Un Autogrill, por ejemplo? —bromeó Marina.

—Por lo menos podrías tomarte un Positano de jamón —añadió Rocco, pero Ardenzi no lo pilló.

—Y luego, en Estados Unidos, si te organizas bien, podrías llegar a celebrar hasta seis Años Nuevos.

—Qué pesadilla —comentó Silvana Mezzalupi, recuperando el salmón que se le había escurrido del sashimi.

—O sea que te pasas el día en avión —concluyó Alba—. Y comiendo porquerías descongeladas.

—A propósito, Marina, ¿pasamos al primero?

—¿A propósito de qué, Rocco?

—De descongelados...

Su mujer se comió un rollito de parra sin molestarse en responderle mientras Mezzalupi se rellenaba la copa.

—Me acuerdo de la única vez que pasé el Año Nuevo fuera, en Londres, en 1984, tendría unos treinta años... Quedé con mis amigos en la Hyppodrome, una discoteca que estaba de moda por entonces. Pero los perdí y no me acordaba de si era en la Hyppodrome o en Camden. Total, que empecé a dar vueltas en taxi de un local a otro y no los veía en la cola... ¿te acuerdas? —le preguntó a su mujer.

—Sí, y creo que los demás también se acuerdan.

—No te ofendas, Gino, pero eso nos lo has contado como siete veces —dijo Marina.

—Sí, que te bajaste, que ibas con una capa y te encontraste a unos *skinheads* que te zurraron... —siguió Alba en tono monótono, masticando el último bocado de sushi.

—Vale, vale, perdón... —Gino levantó las manos—. Pues entonces que nos cuente Alba su fin de año en Nairobi.

Todos se echaron a reír. Era otra historia que habían oído infinidad de ocasiones.

—Para una vez que se echa novio —apuntó Gino Mezzalupi, cogiendo la copa.

—Sí, el mismo que me dejó en el avión de vuelta a Roma —respondió Alba e hizo un brindis.

El móvil de Rocco empezó a sonar.

—Perdonad. —Se levantó y se alejó de los invitados para responder—. ¿Diga?

—Soy Sasà, ¿te pillo en buen momento?

—Ni te lo imaginas... Tengo cena en casa con los jefes y los compañeros de trabajo de mi mujer.

—¡Hombre, ha vuelto!

—¿Tanto te sorprende?

—Pues sí. Pero a ver, ¿lo de mañana está claro?

Marina pasó a su lado camino de la cocina para ir a buscar el primer plato y le susurró:

—Perdona, cariño, te juro que no volverás a verlos hasta dentro de seis meses.

Rocco le sonrió.

—Para lo de mañana, Sasà, he ido al puerto esta tarde y he hablado con capitania marítima...

—Sí, pero ¿seguro que no necesitas más gente?

—No, lo he pensado mejor y lo vamos a hacer nosotros. Sólo necesito a dos agentes de la Canina. Y si quieres echarme una mano, pon sobre aviso a los de la Guardia Financiera. Quién sabe, a lo mejor hasta son útiles por una vez. Pero en el contenedor sólo meto yo las narices.

—Vale. Por cierto, la empresa que se encarga de la descarga es Stockmar, con sede en el puerto.

—Bien. ¿Los has avisado tú?

—No, Rocco, es un dato que te adelanto por comodidad. Y también porque ¿sabes a quién he descubierto entre los directivos de la empresa?

—Soy todo oídos.

—A Silvestrelli.

—¡Ahí lo tienes! Gracias, Sasà.

—De nada, hombre, ¡faltaría más! De todas formas yo sí pienso ir. No me lo perdería por nada. ¿Qué vais a comer?

Marina pasó en ese momento con un plato bajo la nariz de Rocco.

—Me parece que... —empezó a decir él, pero entonces le preguntó a su mujer—: ¿Qué vamos a comer?

—Cuscús.

—Cuscús —le comunicó al juez.

—¿Lo ha hecho tu mujer?

—¿Estás de broma? Lo ha comprado en un restaurante de via dei Quattro Venti, ¿sabes cuál te digo? ¿Por qué?

—Porque el cuscús parece fácil, pero no lo es.

—Sasà, que se me enfría. ¿Algo más?

—¿Quieres saber qué voy a comer yo?

—Anda, dímelo...

—Lenguado al vapor. Sin mayonesa, sin vino y sin pan, con dos, digo bien, dos patatas cocidas.

—¿En serio? ¿Qué ha pasado, te has hecho análisis?

—Sí... tengo los triglicéridos por las nubes.

—Buen provecho.

—Que te den.

Y cortaron la comunicación.

Regresó a la terraza, donde Marina servía ya el primer plato a sus amigos.

—El caso es que llegó al museo una talla de madera de un Buda Konagamana, preciosa, una pieza polícroma del siglo dieciséis que dejaba sin aliento. A mí me tenía fascinado. —Ardenzi hablaba con el tenedor en alto mientras los demás masticaban—. Un metro diez de alto. Me dijeron que provenía de un templo de la provincia de Nan. Imaginaos la escena, estaban el director, el cónsul, vamos, todos, vestidos de chaqueta y corbata, en formación delante de la estatua. Y entonces me acerco y tengo la sensación de que algo no cuadra.

—¿El qué? —preguntó Alba, y tragó un bocado.

—No lo sé. ¿Sabes esa sensación de malestar que no entiendes a qué se debe?

—¿Como compartir mesa contigo? —dijo Rocco.

—Eh... por ejemplo. No, venga, en serio. Había algo que no me convencía. Total, que termina el acto, empaquetamos la estatua y todo eso, pero decido llamar a Floridi para pedirle que haga una espectroscopia molecular, pagándola de mi bolsillo, claro está.

—¿Y qué pasó?

—Lo peor que podía pasar, Marina. ¡Que resultó ser del siglo veinte!

—¡Vaya! —exclamó Gino Mezzalupi.

—Pues sí. ¿Y qué hago entonces? Voy a hablar con dirección. Pero haceros a la idea de que había de por medio gobiernos, embajadas, una historia...

—Sí, vale —intervino Rocco—. Pero la talla era falsa. Es decir, podía seguir siendo preciosa, pero no era del siglo dieciséis.

—Por eso decidí denunciarlo. No os podéis imaginar el revuelo. Los faxes, el correo echando chispas, el teléfono a punto de estallar. Y cuando les llevo los resultados de los análisis van y me preguntan que por qué los había hecho. ¿Os dais cuenta? ¡Descubro el pastel y a ellos les molesta que lo haya descubierto! —Por fin comió un primer bocado de su plato.

Pero los demás seguían expectantes.

—¿Y entonces?

—Entonces nada. El buda sigue en el almacén, acumulando polvo, hasta que dentro de cuatrocientos años sea por fin una pieza arqueológica.

—Qué locura —comentó Alba—. Eso sí, el cuscús está riquísimo. Bravo por la cocinera.

Rocco miró a su esposa, que, con un sonrisa, respondió:

—Si acaso, por el cocinero. El del restaurante es un hombre.

—Ah —dijo Silvana Mezzalupi con un ligero retintín.

—¿Y es guapo? —se interesó Alba.

—Tiene sesenta años.

La chica agachó la cabeza, asumiendo la derrota.

—Bueno, pero has demostrado cierta pericia al comprarlo —dijo Rocco, a lo que

Marina le respondió torciendo el gesto.

—Las estatuas... —Ardenzi retomó el hilo—... Ya el año pasado, con aquella copia romana, por poco no salta por los aires toda la junta del museo. Vamos, que la Venus tenía una *bugnetta* bajo el brazo, ¡más claro agua!

Rocco no entendía.

—¿Una qué?

—Nada, cariño, déjalo y come, son cosas que te superan.

Obedeció a su mujer.

—¿Y no bastó con eso? —preguntó Gino.

—No, ¡por lo visto, no! Pero ¿sabes lo que te digo? Cuanto antes me jubile, mejor.

—Pero si era una copia romana, sería importante de todas formas, ¿o me equivoco? —preguntó Rocco.

Ardenzi se quedó mirándolo.

—Sí, claro. Pero hay que decirlo, demonios. No puede uno poner en la cartela «Praxíteles» y que luego sea obra de, ¿qué te diré yo? Marco Tulio Decurión.

—¿Y ése quién es?

—Eso es.

—Hablando de estatuas falsas, Ardenzi, ¿nos vas a decir la verdad de una vez por todas?

—¿Sobre qué, Rocco?

—¿Es verdad o no que jugaste en el SPAL en los setenta?

Todos volvieron la mirada hacia Ardenzi, que se tomó su tiempo para responder.

—Ingresé en la Sociedad Polideportiva Ars et Labor, de ahí las siglas SPAL, en el año 1972 procedente de los juveniles del Taranto. Me fichó el nuevo entrenador, Mario Caciagli. Conseguimos que el SPAL volviera a segunda. Estábamos... —Miró hacia arriba—, a ver, dejadme que piense... Vecchiè, Marconcini bajo los palos, Cariolato, Ragonesi...

—Falta tu nombre...

—Estaba en el banquillo.

—¿Por qué no te he visto entonces en los cromos?

—Porque estaba en el banquillo. Para cuando llegó Guido Capello, yo ya me había ido.

Rocco lo miró. Sabía muchas cosas, tal vez incluso estuviera diciendo la verdad.

—¿Y por qué te fuiste?

—Un percance en un entrenamiento. Me partí la tibia y el peroné con veintiún años. Fin de la carrera.

—¿Cómo quedó el SPAL en la liga setenta y tres-setenta y cuatro? —insistió Mezzalupi.

—Qué pesados. Esperad, dejadme que haga memoria. En 1973 tenía yo veinte años, quedó en... sí, me acuerdo. Mal. Por la cola. Décimo o algo así, no lo recuerdo.

Todos callaron. La historia apestaba a verdad.

—O sea, que no eres como la estatua del buda —dijo Marina.

—No, querida, yo soy auténtico. Y además, ¿para qué iba a presumir de haber jugado en el SPAL cuando en realidad salí sólo quince minutos del banquillo y no hice nada memorable?

—No lo sé, pero mola —dijo Alba, mirando a Ardenzi con otros ojos—. Ex jugador del SPAL, licenciado en Filología Clásica... Si no fueras mi jefe...

—Me denunciarías por acoso laboral al primer intento.

—Tú prueba y luego ya veremos —le dijo ella, sonriendo.

—Me estáis dando náuseas. ¿Qué has comprado para después del cuscús? —quiso saber Silvana Mezzalupi.

—Berenjenas a la parmesana. Pero las he hecho yo.

—¿Pasamos entonces al postre? —propuso Rocco.

Marina le tiró la servilleta a la cara.

Miraban el techo en el silencio de la noche. Habían dejado los platos en la mesa de la terraza, ya los recogería Inna al día siguiente. En la cocina parecía haberse desencadenado un terremoto de magnitud nueve en la escala de Richter, pero también se encargaría de eso la mujer, así como de vaciar los ceniceros, recoger las copas de la mesa del salón y colgar los dos cuadros de la escuela veneciana que Mezzalupi había querido observar atentamente, bajo una luz apropiada, palpando los lienzos.

Se habían duchado, habían hecho el amor y por fin se habían echado en la cama y se habían quedado mirando el techo.

—¿Tienes sueño? —le preguntó a Marina.

—No, ¿y tú?

—Cero. Y tengo que levantarme prácticamente dentro de una hora.

—Lo siento. De haberlo sabido, habría organizado la cena otro día. Pero la tenía planeada desde hacía tiempo.

—Entonces has vuelto a casa porque tenías ese compromiso.

—Idiota. ¿Has comprado cápsulas?

—No.

Marina respiró hondo.

—¿Te acuerdas de la historia de san Clemente y la columna?

—Claro que me acuerdo.

—Pues quería decirte que he vuelto yo a casa, no la columna.

—Lo sé, Marina. Pero tampoco es que yo fuese a arrestarte con la guardia pretoriana.

—Pues sí, viniste con la guardia. Pero soy yo la que cierra los ojos.

—¿Sabes esos sitios abandonados durante mucho tiempo? Como, por ejemplo, una casa, un tren antiguo, un coche que ya nadie utiliza.

—No, ¿por qué?

—Porque los objetos que se ven allí están inanimados, muertos, como si hubieran perdido el calor que les da la cercanía con las personas. Pues así sentía yo la casa cuando tú no estabas.

—Hoy te estaba observando mientras comíamos.

—Ya lo sé, y yo a ti.

—¿Y sabes en qué pensaba?

—Si es bonito puedes decírmelo, si no, mejor guárdatelo para ti.

—Que te quiero. —Se volvió sobre un costado y se quedó observando el perfil de su marido—. ¿No te parece de lo más absurdo?

—En absoluto. La pregunta es cómo no quererme. Es verdad que no jugué en el SPAL, lo reconozco, pero...

—Deja ya el SPAL. Una tiene sus principios y hace lo posible por respetarlos y luego llega el amor y justifica un montón de cosas, tal vez demasiadas.

—Pero hay un límite. No sé... a Hitler no podrías quererlo.

—Pues recuerda que hubo una mujer que lo quiso.

—Entonces es culpa vuestra, no nuestra. De las mujeres, me refiero.

—Cuando vuestros cerebros, puesto que tenéis dos, aprendan a entender siquiera la mitad de todo lo que puede abarcar el de la mujer, entonces seréis mejores personas.

—Quizá, pero por lo menos yo no soy Hitler.

—No, más bien no. Eres más alto, más guapo, no tienes bigote...

—¿Sólo eso?

Marina le acarició el pecho.

—¿Es verdad que has tenido que cerrar los ojos para volver a casa?

—Un poco. Pero ahora los tengo bien abiertos y veo a mi lado al hombre al que quiero y al que, muy probablemente, querré siempre.

—Me he empalmado.

—¿Podrías pensar en otra cosa por una vez en tu vida?

—¿Por ejemplo?

—¿Hacemos una tregua de tres días?

—¿De qué me hablas?

—Una apuesta.

—No me gusta.

—Venga... Apuesto a que no aguantas tres días.

—¿Estás retándome, Marina?

—Sí.

—Acepto. ¿Qué nos jugamos?

—Un helado con nata en el Romoli de via Eritrea.

—Vale, pero hay que poner tres reglas: la primera es que no me provoques.

Marina se acercó y le apoyó la barbilla en el pecho.

—¿En qué sentido?

—Que no vayas medio desnuda por casa.

—¿Me pongo el burka?

—Algo así. Nada de vestidos escotados ni cortos, tacones altos, nada de untarse crema en las piernas delante del televisor.

—Vale, ¿y qué más?

—Lo segundo es que dormiremos en camas separadas.

—Pero ¿tú estás tonto o qué?

—Es que si no, voy a dormir de puntillas.

—Yo duermo en mi cama. Si quieres, vete tú.

—Me voy yo.

—¿Y lo tercero?

—Por la mañana nos damos un beso en la mejilla. La cuarta regla...

—Habías dicho tres.

—Era mentira. La cuarta es que no te pongas las gafas de leer ni chupes los lápices.

—Mira que eres palurdo.

—Soy del Trastévere.

—Pero ¿qué quieres que haga? Sin las gafas no veo nada, Rocco.

—En mi presencia no puedes usar las gafas.

—¿Y desde cuándo te pone que lleve gafas?

—De toda la vida. Si quieres que apostemos, tienes que aceptar esas cuatro reglas.

Marina reflexionó.

—De acuerdo, pero entonces, si vas a dar tanto por saco, subamos la apuesta. Juguémonos algo más que un helado.

—Si aguanto tres días, me invitas tú a un helado. Si me rindo...

—Pasamos las Navidades con mis padres.

Rocco se llevó la mano a la frente.

—Por Dios...

—¿Qué?

—¿Navidades con tus padres?

—Con regalos y toda la pesca. Y además...

—¿Cómo que además?

—¿Tú no has añadido una cuarta regla? Pues yo añado una segunda penalización. De todas formas serás fuerte y vencerás.

—A ver, oigamos la segunda penalización.

—Desde el principio de la liga hasta... digamos el final de la primera vuelta, en

casa no se ve ni la Roma, ni el Lazio. Los ves fuera de casa; si incumples, estás fuera de juego. ¿Comprendido?

Rocco resopló.

—¿Hasta noviembre?

—Sí. Así que, en mi presencia, ni un partido. ¿Aceptas?

Se lo pensó.

—Claro que acepto. ¡No hay nada que temer! Vale. ¿A partir de mañana?

—Tres días contando desde mañana.

—Hay que darse la mano.

Cuando Marina le tendió la suya, él aprovechó para arrastrarla a su lado de la cama.

—Venga, Rocco, que son las tres y pico. Tienes que levantarte dentro de una hora.

—Pues ¿sabes qué digo? A la mierda. —Y la besó.

Marina lo dejó hacer sin darse cuenta de que Rocco lloraba. Sólo cuando una lágrima salada resbaló hasta sus labios, miró a su marido y vio que tenía los ojos humedecidos.

—¿Estás llorando, cariño?

—Sí.

—Pero no hay por qué... tienes que sonreír.

—Estoy sonriendo. Y en alguna parte hasta me río.

—Te quiero.

—Y yo a ti, mi vida, pero ahora calla, que tengo una misión...

Primero la besó en la barbilla y luego le acarició los senos con los labios antes de iniciar el descenso. Marina lo dejó hacer mientras le tiraba del pelo. Sonreía porque sabía que aquel salvaje sin remedio nunca la dejaría, y viceversa. Estarían siempre juntos, en años venideros, avanzando despacio, codo con codo, con la sonrisa que provoca ser consciente de que uno no puede oponerse a la vida. Luego los pensamientos se fueron deshaciendo como papel mojado e hicieron el amor oyendo tan sólo el latido del corazón, los nervios y los músculos. Se tomaron su tiempo, sudaron, jadearon y se amaron como si fuera la última vez.

El sol comenzaba a aclarar el cielo por el este. El mar era una mancha de tinta. La brisa ponía la carne de gallina. Aún no habían apagado la iluminación nocturna del puerto, que arrojaba luz sobre vehículos y hombres ya en plena actividad. También los primeros turistas empezaban a hacer cola para embarcar rumbo a Cerdeña. Rocco estaba en la oficina de la capitanía, tomándose un café en un vasito de plástico. Sasà D'Inzeo entró en ese momento con el capitán Nunzi, un hombrecillo con el pelo entrecano y una bonita barba blanca.

—Ya han desembarcado el contenedor. Ahora tiene que pasar por el control de aduanas.

—¿Cuál es el plan? —preguntó el juez.

—Separarlo del resto e inspeccionarlo de arriba abajo —dijo el capitán—. ¿De cuántos hombres disponen?

—No muchos.

—¿Sabe usted lo que puede caber en un contenedor?

—Me hago una idea —contestó el subjefe—. Pero lo que queremos hacer es descargar las piezas e inspeccionarlas una por una. Es bastante probable que aparezca el propietario. Lo que le pido a la capitanía es que lo retengan el mayor tiempo posible.

—De todas formas, para ir sobre seguro, he ordenado a Gardini y a dos cabos primeros que les echen una mano. Son todos de confianza. Eso sí, una cosa seguirá pareciendo rara.

—Dígame, capitán.

—Las inspecciones no suelen ser tan meticulosas. Podría levantar sospechas.

—Por eso me gustaría que se inventara usted cualquier cosa, una circular de las Autoridades Portuarias, de Hacienda...

—Veré lo que puedo hacer —dijo el oficial abriendo los brazos, y salió de la sala. Rocco arrugó el vasito de plástico y lo tiró a la papelera.

—¿Qué, Sasà, nos ponemos manos a la obra?

Los hombres de la capitanía habían bajado el contenedor hasta el muelle para inspeccionarlo. Era rojo. Por la ventana de la pequeña oficina, Rocco miraba al inspector Munifici, que andaba de un lado para otro, nervioso, mientras esperaban la llegada del aduanero. Elena, por su parte, apoyada contra la pared metálica, permanecía en la sombra. Sasà llevaba diez minutos desaparecido en el baño. El sol pegaba ya fuerte y la temperatura subía por minutos pese a la cercanía del mar. Las gaviotas graznaban y una nave bramó a lo lejos. Por fin llegó un hombre de la capitanía y abrió la doble puerta metálica. También apareció un toro conducido por un operario para proceder a la descarga. Munifici se preparó y Rocco cogió la radio.

—Schiavone. ¿Me recibes, Simone?

—Alto y claro...

Había colocado a Zuccari y Parrillo en la carretera que daba a la dársena.

—Hemos abierto el cargamento. Empezamos...

—Por aquí también hay novedades. Está llegando un BMW negro, seguido de un camión articulado.

—Bien, a partir de ahora, todos bien atentos.

Ya habían sacado varios objetos embalados. Munifici y Elena estaban abriéndolos con la ayuda de dos hombres de la capitanía. Y al fin llegó el BMW negro y reluciente y aparcó a unos veinte metros del contenedor. Silvestrelli se bajó del coche. Rocco lo reconoció al instante. Atuendo deportivo y gafas de sol, tenía el pelo húmedo y llevaba un cigarrillo en la boca. Lo acompañaba un hombre que había visto demasiadas películas de mafiosos. Camiseta negra, gafas de sol y luciendo músculos.

Silvestrelli fue directo a hablar con el suboficial mayor Gardini, quien, con la carpeta en la mano, negó una y otra vez con la cabeza y abrió los brazos en señal de impotencia. No había pasado ni un minuto cuando llegó el vehículo articulado que le había anunciado Zuccari. Un camión enorme con el logo de Stockmar que frenó con una mezcla de sonidos de aire comprimido y chirridos metálicos. El estruendo del motor revolucionado se oyó en todo el muelle. A Rocco se le encogió el estómago cuando vio a Emeka bajar del camión articulado, con sus rastas al viento y acompañado por el calvo. Era una mole.

—Joder... pero si han venido también Bob Marley y el de *La milla verde* —dijo en voz alta.

Sasà D'Inzeo, que acababa de volver del retrete, se asomó a la ventana.

—¿Esos dos?

—Sí... —Rocco echó mano de nuevo de la radio—. Schiavone. Tenemos a los dos nigerianos. Zuccari y Parrillo, acercaos sin que os vean.

—Recibido —respondió el primero.

—¿Todo controlado, Rocco?

—No lo sé, Sasà, pero al menos estamos preparados.

Entretanto Silvestrelli seguía discutiendo con el suboficial mayor, hasta que llegó el capitán Nunzi para echarle un cable a Gardini. Le estrechó la mano a Silvestrelli y se pusieron a hablar. El empresario asentía y retrocedía, saltaba a la vista que el hombre de la capitanía estaba blandiendo mentiras y recurriendo a documentos falsos. Había llegado la hora de que entraran en acción los dos agentes de la Canina.

—Sasà, voy a llamar a los perros. En cuanto los vean se darán cuenta de todo. Así que a partir de ahora jugamos con las cartas descubiertas.

El juez asintió. Rocco fue al fondo de la oficina con el *walkie-talkie* en la mano.

—Schiavone... Todo listo, ojos y oídos bien abiertos. —Después les dio luz verde a los agentes de la Canina—: D'Andrea y Battistini, pueden proceder. —Y cortó la comunicación.

Munifici y Elena, los únicos sin radio, examinaban los embalajes de cartón mientras el toro seguía sacando paquetes y depositándolos en el muelle.

Silvestrelli observaba la escena con los brazos cruzados sobre el pecho y sin dejar de negar con la cabeza. Su guardaespaldas se había quitado las gafas y había encendido un cigarrillo. Se les habían unido otros dos operarios, posiblemente de la empresa de transportes, para ayudar a descargar las cajas. Pero se habían quedado parados ante aquella escena inesperada, aguardando junto al remolque del camión. De detrás de la oficina aparecieron entonces los agentes D'Andrea y Battistini llevando a sus perros sujetos por la correa. Pese a que los separaban veinte metros, Rocco pudo ver como Silvestrelli palidecía y se volvía de pronto hacia los dos nigerianos, que, por el contrario, no movieron un músculo. Munifici y Elena dejaron de abrir cajas y se llevaron la mano a la pistola que tenían metida en la cinturilla de los pantalones. Pero ninguno hizo nada y se quedaron contemplando la llegada de los pastores alemanes. Rocco decidió que ya era hora de salir de la oficina. Atravesó la explanada

de asfalto bajo el sol sin apartar la vista

de Silvestrelli, que pareció no reparar en su presencia. Se acercó al contenedor y por fin el empresario lo vio. Le sonrió. El subjefe le devolvió el gesto y escrutó el interior del contenedor rojo, que seguía con las puertas abiertas de par en par. No estaba lleno. Había muchas cajas de cartón apiladas y sujetas con cuerdas a las paredes. Se podía avanzar con comodidad entre ellas. Rocco les hizo una señal a los agentes de la Canina. Los animales olisquearon los cartones, muy excitados, sin dejar de mover la cola y de levantar las orejas, atentos a las órdenes que impartían en voz baja sus amos.

—¿Hay algún problema?

La voz a su espalda hizo que Rocco se volviera. Silvestrelli se había quitado las gafas. Parecía recién salido de la ducha. Rocco lo miró.

—¿Quién es usted?

—Sandro Silvestrelli, el dueño de estos muebles. —Señaló las cajas que el toro seguía bajando y que Munifici y Elena, junto a los dos hombres de la capitania, iban inspeccionando.

—Pues no sé si hay algún problema, ¿me lo dice usted? —respondió Rocco.

El empresario se frotó la nariz con la palma de la mano.

—¿No le parece un poco exagerada una inspección así? Nos va a retrasar la descarga y la llegada al almacén.

—¿Y a mí qué me cuenta? —respondió Rocco.

El hombre regresó con una mueca de disgusto hacia donde estaban los dos nigerianos, que se habían transformado en dos estatuas. Mientras, su guardaespaldas había tirado el cigarrillo y había abierto la portezuela del coche.

—Nada por ahora, jefe —le informó uno de los agentes de la Canina.

—Continuad. Todas las cajas sin saltaros ni una.

—Recibido.

Gardini se reunió con el subjefe.

—¿Está usted seguro de que aquí hay algo? Es que, con una inspección así...

—Mire, Gardini, no es que lo sospeche, es que tengo la seguridad de que ahí dentro hay algo —le dijo y luego, dirigiéndose a sus hombres, añadió—: ¡Seguid abriendo cajas!

—Pero bueno, ¡ya está bien! ¡Se están pasando! —gritó Silvestrelli—. Quiero ver...

Rocco no lo dejó terminar. Se llevó la mano al bolsillo y le dio un papel al propietario de los muebles.

—Tenga, lleva la firma del juzgado. ¿Le basta?

El hombre leyó la orden.

—¡Voy a llamar ahora mismo a mi abogado!

—Llame a quien le dé la gana.

—No sabe usted en qué lío se está metiendo, Schiavone.

—¿Y cómo es que sabe mi apellido? Yo no se lo he dicho. ¿es que éramos amigos? ¿Nos hemos conocido en alguna cena tal vez? ¿Fuimos al mismo instituto?

Pero el otro no le respondió y se apresuró a sacar el móvil del bolsillo como si fuera una navaja y dar media vuelta para llamar. Llegó a la altura del camión articulado, que seguía esperando su carga, y se puso a hablar en voz baja y a hacer aspavientos con las manos. Sudaba. Tenía la camiseta pegada a la piel. Colgó y regresó junto al subjefe a grandes zancadas.

—¡Quiero que después vuelvan a embalarlo todo bien!

—Claro que sí, si quiere hasta le ponemos un lacito, ¿verdad, inspector?

Elena, por su parte, estaba examinando el contenido de una caja. Una mesa con flores talladas.

—¡Es idéntica a la que vimos en la exposición!

—Ya. Se ve que se vende bien. —Miró entonces a Silvestrelli y le preguntó—: ¿Se vende bien?

—¿El qué?

—Esa mesa, digo, que si se vende.

—Mi abogado está en camino.

Rocco le señaló con un gesto de cabeza la oficina de la que había salido hacía diez minutos.

—Ahí dentro tiene al juez. Pónganse cómodos, tómense un café y charlen un rato mientras nosotros seguimos a lo nuestro.

Un perro empezó a ladrar. Una descarga eléctrica pareció atravesar a los nigerianos y al guardaespaldas de película. Rocco y Munifici corrieron hacia el contenedor. El perro apuntaba a una caja con el hocico. En el albarán ponía el origen.

—Ésta no es de México. Es de Honduras.

—Bájenla.

El hombre del toro la cargó y la depositó sobre la acera. Munifici la abrió. Eran estatuillas. Rocco había visto unas parecidas en algún museo.

—Si cree que son precolombinas, se equivoca. Son todas copias falsas que vendo como tales —explicó Silvestrelli con tranquilidad—. En el albarán queda claro. —Chasqueó los dedos y Emeka, el nigeriano de las rastas, fue corriendo al camión—. Ahora mismo le enseño el desglose y...

Rocco lo hizo callar con un movimiento de la mano.

—Están bien hechas. ¿A cuánto las vende?

Silvestrelli se quedó descolocado con la pregunta.

—Unos treinta euros, más o menos. Pueden utilizarse como sujetapapeles, sujetalibros o tal cual... como adorno.

Le dio la vuelta a una; tenía un tapón de cerámica casi invisible. Silvestrelli lo abrió. La estatuilla estaba vacía. Se la devolvió entonces a Rocco, que sonrió y le puso la mano sobre el hombro sudado. Se alejaron como dos viejos amigos que quisieran hablar en confianza.

—Silvestrelli, si le digo la verdad, me parece usted un hombre honrado. Es cierto que nos han dado un soplo... pero, entre nosotros, yo preferiría irme a la playa, igual que usted.

—Mire —empezó a decir el empresario, que se había relajado de golpe—, ¿es que no lo ha visto? Son falsas. Si quiere, le enseño una foto de los artesanos que las hacen en Ocotepeque.

—Ya lo he entendido, no se crea... —Y el subjefe añadió entonces en tono confidencial—: Hagamos una cosa, aquí hace un calor insoportable, yo tengo al juez tocándome las pelotas, si usted colabora sin protestar, en menos de una hora estará descargando sus muebles y podrá largarse. Tengo que hacer como que lo miro todo bien, entiéndame, tampoco quiero que me trasladen a Barbagia. Yo también tengo una familia...

Silvestrelli asintió sonriendo, con el gesto relajado.

—De acuerdo, proceda. Pero se lo ruego, que no se produzca ningún daño.

—Desde luego que no. Lo dejarán todo tal como estaba, confíe en mí. Ya verá que, cuando terminemos, no volveremos a incordiarle ni Hacienda ni yo. Se lo garantizo —le dijo tendiéndole la mano.

Silvestrelli se la estrechó. La tenía sudada y resbaladiza.

La explanada entera parecía estar bajo el efecto de una droga blanda. Los perros que habían inspeccionado las cajas se habían refugiado a la sombra de los pilares de hierro con la lengua fuera. D'Andrea y Battistini, que parecían no tener nada que hacer, apoyados en la barandilla intentando secarse el sudor, habían llevado a los perros un buen tazón de agua. Por el suelo, metros de celofán y embalajes desgarrados se agitaban con la brisa caliente de última hora de la mañana. El mar estaba en calma y desprendía hedor a cloaca y algas podridas. Tan sólo las gaviotas seguían lanzándose como cohetes contra el espejo del agua. Rocco, sentado en un bolardo, observaba a sus compañeros y a los hombres de la guardia costera, que estaban haciendo una pausa. No tardarían en devolverlo todo a su sitio.

Silvestrelli y su abogado se habían ido a la oficina, donde parlamentaban con Sasà D'Inzeo, que cada cinco segundos le lanzaba una mirada preocupada a Rocco.

«¿Dónde está?», pensaba éste. ¿Se la habrían colado a Alberto Ferri? Pero ¿cómo se explicaba entonces aquella anotación tan concreta sobre un contenedor que había resultado existir de verdad? Caja arriba, caja abajo, debían de faltar unas diez por abrir y seguía sin haber ni rastro de la droga. Los nigerianos parecían inmunes al sol. Estaban allí parados, sin hablar, observando impasibles. El guardaespaldas se había sentado en el coche e iba ya por el tercer cigarrillo. Rocco miraba las mesas, las sillas, las mesitas y los armarios que vomitaban las cajas destripadas.

«¿Dónde cojones la has metido?»

Los trucos eran infinitos. La droga podía estar escondida en el doble fondo de una mesa, aplastada y envuelta en papel de aluminio o embadurnada con Vicks Vaporub para evitar que los pastores alemanes la detectaran.

«La has transformado —se decía—. ¿En qué la has transformado, Silvestrelli?» Era un truco que las fuerzas del orden conocían bien. Un colega suyo de Estupefacientes había llegado a encontrarse con un traficante que mandaba por correo camisetas de algodón que más tarde se supo que estaban impregnadas de cocaína.

¿La habrían mezclado con la témpera de los colores que adornaban mesas y alacenas? ¿O sería la propia madera la que tenía infiltrada la droga?

«El caso es que llegó al museo una talla de madera de un Buda Konagamana, preciosa... del siglo dieciséis —le volvieron a la cabeza las palabras de Ardenzi de la víspera—. Y entonces me acerco y tengo la sensación de que algo no cuadra.»

Rocco se levantó del bolardo con las palabras del conservador del museo resonándole en los oídos, casi como si lo guiaran.

«Total, que... empaquetamos la estatua... pero llamo a Floridi para pedirle que haga una espectroscopia molecular, pagándola de mi bolsillo, claro está.»

El subjefe se plantó ante las falsas estatuillas precolombinas. Cogió una. La observó. Miró el agujero de la base. Levantó la estatuilla, se la enseñó a Silvestrelli y le sonrió. El otro le devolvió el gesto. Rocco miró a Munifici y a Dobbrilla, sudados y con las navajas todavía en la mano. Algo había cambiado en los ojos de su jefe. Había un brillo de alerta. Parecía estar impartiendo órdenes silenciosas. De pie entre las cajas vaciadas, con una estatuilla rosa y gris en la mano, Rocco estaba pidiéndoles toda su atención. Los policías guardaron los cuchillos. Una corriente pasó entre sus miradas, una descarga silenciosa de palabras y órdenes que no había necesidad de pronunciar. El inspector, como si lo hubiese entendido, asintió. Se alejaron de las últimas cajas que estaban inspeccionando. El subjefe se metió las manos en los bolsillos. Sacó un mechero y lo prendió. Acercó la llama a una estatuilla. Silvestrelli se había quitado las gafas. Los dos nigerianos respiraban hinchando desmesuradamente la caja torácica. El guardaespaldas había bajado del coche. El material del que estaba hecha la figurilla empezó a derretirse, como harina hirviendo. En los dedos de Rocco quedó una papilla líquida y blanquecina. Se acercó entonces a los perros y llevó la mano ante el hocico del que le pareció el más viejo.

—Huele esto, bonito, ¿qué dices tú? ¿Qué es?

El perro ladró y fue como si hubiera dado el pistoletazo de salida. Emeka corrió hacia el mar, el gigante calvo desenfundó una hoja puntiaguda de la manga de la camisa. Elena echó a correr para perseguir al de las rastas, mientras los dos agentes de la Canina intentaban contener a sus animales, que ladraban enseñando los dientes. Munifici se abalanzó sobre el nigeriano calvo, que, con una agilidad inesperada teniendo en cuenta su tamaño, le dobló el brazo y, en un santiamén, le hundió el cuchillo en la espalda. El policía gritó y cayó al suelo. El nigeriano intentó escapar. Dos disparos. El negro

se quedó petrificado, con los ojos desorbitados, y, como en dos actos, primero dobló las rodillas y luego se derrumbó al lado de Munifici. Rocco llegó hasta donde se encontraban y, de una patada, alejó el estilete que acababa de hundir entre las vértebras del inspector. El negro mudo, boca arriba, temblaba y expulsaba sangre y

burbujas de aire por la boca. Zuccari estaba a veinte metros, inmóvil, apuntando todavía con la Beretta. Los dos operarios que estaban al lado del camión articulado habían levantado las manos, asustados. Parrillo, por su parte, había ido a por el guardaespaldas, que se había rendido como un niño aterrorizado en una película de Disney. Silvestrelli miraba a su alrededor totalmente descolocado. Los perros habían dejado de ladrar. El único que había intentado huir había sido Emeka, que nadaba con lentitud hacia mar abierto. Elena lo miraba sin saber qué hacer. El suboficial mayor Gardini tenía ya la radio en la mano e impartía órdenes. Rocco se agachó al lado de Munifici, que, con la cara contraída, se tocaba la espalda.

—Joder, qué dolor... joder, qué dolor —repetía.

Rocco lo volteó un poco. La hoja le había entrado cerca de la columna vertebral, a pocos centímetros del cuello.

—¿Puedes moverte? —le preguntó, jadeando.

—¿Qué? ¡Joder, cómo duele!

—Te pregunto que si puedes mover las piernas y los brazos.

—Sí, sí, puedo... ¡qué dolor!

Rocco le hizo una seña a Zuccari de que iba todo bien. El agente miró a su alrededor y vio a los operarios con los brazos levantados y cómo Parrillo esposaba a Silvestrelli y al guardaespaldas. Se enjugó el sudor y se reunió con su compañero mientras se guardaba la pistola en la cinturilla del pantalón.

Los dos agentes de la Canina, que entretanto habían calmado a los animales, se unieron a Zuccari y Parrillo para ayudar en los arrestos. Emeka, por su parte, se dirigía con un estilo discutible hacia la plataforma de los ferris.

—Pero ¿dónde se cree que va? —preguntó Elena, señalando el barco de la capitanía.

Estaba cerca del nigeriano, que en cuanto vio la embarcación tomó aire y se sumergió para desaparecer bajo el agua.

Entretanto el juez había llamado a una ambulancia y Zuccari y Parrillo empujaban a Silvestrelli, al gorila y a los dos operarios, todos esposados, hacia la pequeña oficina.

—Aguanta, Munifici, que ya está aquí la ambulancia —lo animó D’Inzeo, que se había acercado al agente caído.

—Pero ¿qué ha sido? —quiso saber éste.

—Una cuchillada... Pero has tenido suerte. Duele, pero se te pasará... —lo consoló Rocco.

—Duele como mil demonios. ¿Cuántos días me libro de trabajar?

—Yo diría que puedes irte de vacaciones directamente —le aseguró el juez.

Munifici se echó a reír, pero una punzada de dolor le borró la sonrisa.

—¿Los hemos cogido?

—Sí... Sólo falta Baiocchi, pero no irá muy lejos.

—¿Y el otro?

—El otro se ha tirado al agua —respondió el juez, señalando el mar.

Elena no perdía de vista la operación de captura. Rocco estiró el cuello y vio la embarcación de la capitania que giraba alrededor de un punto. El nigeriano había desaparecido. Los hombres de la lancha miraban el mar con mucha atención. Antes o después, el fugitivo asomaría la cabeza. Elena se volvió hacia el subjefe y abrió los brazos en un gesto de impotencia.

—¡Puf! Pero entonces la cabeza con rastas resurgió a pocos centímetros de la embarcación.

—Está ahí delante. ¡Cuidado! —gritó Rocco, pero fue demasiado tarde.

Los de la capitania no lo vieron. La lancha pasó por encima de Emeka y dejó tras de sí una estela roja mezclada con la espuma blanca del mar. Elena se llevó las manos a la boca. Sasà bajó la mirada y Rocco miró al suboficial mayor Gardini.

—Jefe, yo diría que lo han dejado seco —le dijo.

El veterano suboficial se había quedado con la radio en la mano.

—No lo han visto —murmuró.

—Peor para él —sentenció Rocco, y en ese momento llegó por fin la ambulancia —. Venga, Munifici, ¡que te vas para el hospital! ¡Eres un héroe!

Hasta bien entrada la tarde no regresaron a la comisaría de Cristóbal Colón. Zuccari no había dicho ni una palabra. No dejaba de mirarse las manos. Elena estaba conmovida, mientras que Parrillo había querido acompañar a Munifici al hospital. La mujer del inspector no había podido volver a tiempo de Turín para acompañar a su marido, pero por suerte estaba fuera de peligro. Cuando entró en la sala, Rocco fue a darle una palmadita amistosa a Elena.

—Ha sido un bautismo de la hostia...

La chica asintió.

—Yo... No sé, jefe. No me siento capaz.

—¿Capaz de qué?

—De hacer nada. No me siento los brazos ni las piernas, como si tuviera el cuerpo flojo.

—Suele pasar. Pero tienes que hablarlo. Cuando me pasó la primera vez, me quedé tres días en mi casa a oscuras. Ya te acostumbrarás; aunque no sea plato de gusto, hay que hacerse a estas mierdas.

Elena le sonrió y preguntó:

—¿Puedo... puedo irme a casa?

—Claro, vete a casa y esta noche sal, vete con una amiga o un amigo y tómate algo y desmelénate hasta el amanecer. Verás como mañana sólo te queda un buen dolor de cabeza.

Elena esbozó una leve sonrisa y se pasó la mano por la barbilla.

—Seguro que sueño con esto todas las noches...

—Y de pronto se echó a llorar.

—No, no, no... —Rocco la abrazó—. No llores, Elena, no me hagas esto...

Pero la chica había abierto las compuertas y empezó a sollozar con la cabeza apoyada en el hombro de su superior.

—Venga, no, agente Dobbrilla, si te pones así, ¿qué vamos a pensar de ti, que eres una llorona?

El veterano De Silvestri se acercó también.

—Elena, ánimo, mujer, que no es nada. Podría haber sido peor. Piensa en el inspector, que tiene una cuchillada en la espalda que le duele a rabiar.

—Bueno, en realidad Munifici se lo merecía —terció Rocco.

Y, como por arte de magia, la agente pasó del llanto a la risa.

—Eso es, Elena, escucha a tu padre.

—Gracias... papá.

—¡Vete a la mierda, Dobbrilla! —replicó Rocco, que se volvió para hablar con Zuccari.

El agente tenía la mirada vidriosa y clavada en el suelo. Los ojos empañados. También lloraba. Schiavone miró a De Silvestri, que cogió a Elena del brazo y se la llevó de la sala. El subjefe se sentó al lado de Simone.

—Pero bueno, ¿qué te pasa a ti? ¿Tú también vas a ponerte así?

—He matado a un hombre —contestó con un hilo de voz fino como papel cebolla.

—Es horrible, lo sé... No hay nada que pueda decirte para quitarte ese peso de encima. Tendrás que vivir con ello toda la vida.

—Qué mierda... —murmuró Zuccari, enjugándose los ojos—. No sé, he visto que acuchillaba a Carlo y... me ha salido solo.

—Has hecho lo que debías. Y sé que todo lo que pueda decirte te parecerá una gilipollez llena de retórica. Has actuado como un policía, Simò, que es lo que eres. Vas armado, tienes que vértelas con desgraciados y, antes o después, esto pasa. Te ha tocado hoy, en este día mierdoso de julio.

—¿Sabe qué es lo que más miedo me da, jefe?

—No.

—Que ya no seré el mismo.

Rocco lo miró y respiró hondo.

—No, Simone, ya no serás el mismo.

El agente sorbió la nariz.

—Gracias por la sinceridad. Es duro, pero se lo agradezco. —Se levantó con las piernas temblorosas y los brazos lacios a los costados—. ¿Se lo cuento a mi madre?

—Yo no lo haría. Es mejor que ella siga viéndote como siempre te ha visto. Nosotros lo entendemos, pero los demás no tienen por qué. Da igual que sean tus padres.

—Gracias —le dijo el agente y, asintiendo, salió de la estancia.

Rocco se tiró en el pequeño sofá. Sólo tenía ganas de volver con su mujer y

acabar el día de una vez por todas.

Volvió a casa. Marina no estaba. El sol anaranjado se iba ya a la cama y el cielo empezaba a vestirse para la noche. Abrió el frigorífico y sonrió al ver que alguien había hecho la compra. Había una botella fría de chardonnay. La abrió y se sirvió una copa. Salió a la terraza para contemplar Roma. La brisa ligera le trajo un aroma dulce, tal vez de los limones de su terraza o incluso de la madreselva del vecino de abajo. Era agradable. Se encendió un cigarrillo. No conseguía quitarse el caso de la cabeza. Todavía le faltaba la pieza más importante, la que necesitaba para cerrar de forma definitiva la historia, que tal vez nunca cerraría. ¿Quién le proporcionaba la droga a Silvestrelli? ¿Quién era su contacto? Sabía bien que era imposible encontrar a la organización al otro lado del mar, a los proveedores, en el supuesto de que tuvieran más bases en Italia. A él y a sus hombres siempre les tocaba la china, la tarea más ingrata, el servicio de limpieza y recogida. Doce estatuillas de cocaína, cuatro cadáveres en una semana. Aunque eran cuerpos humanos, la sociedad los consideraba desechos. Y como todo desecho, debían tener un destino. El cementerio. En el fondo, lo suyo no era más que una recogida selectiva de residuos.

Tiró el cigarrillo y apuró el vino antes de volver dentro. Luego encendió la luz y fue al baño.

Se miró la cara en el espejo. La tenía hinchada, con ojeras profundas y negras y el pelo, sucio y enmarañado, que le blanqueaba en las sienes y daba la impresión de haber ido a más desde el día anterior. Como las arrugas que, a los cuarenta y un años, podrían haber sido muchas menos y que empezaban a dibujar el mapa de su vida en la frente y las mejillas. Se echó agua en la cara. Y tras los párpados se le apareció entonces el gigante mudo escupiendo sangre, y luego la sangre que salía de la espalda de Munifici, y la del nigeriano descuartizado por la hélice, que se había mezclado con el agua, y, por último, la de los cadáveres de los chicos asesinados con un estilete de acero.

—La puta que... —bufó—. Así no se puede. ¡Así no!

El sonido de las llaves en la cerradura le anunció el regreso de su mujer. Fue corriendo al recibidor. Marina lo vio.

—Cariño, has vuelto. ¡Por Dios, qué pálido estás!

Pero Rocco la abrazó y la besó sin darle tiempo ni a cerrar la puerta.

—Cariño, ¿qué haces? ¡Vas a perder la apuesta!

—¿Sabes qué te digo? ¡A la mierda!

No les había apetecido ponerse a cocinar. Habían comido como si no hubiera un mañana en un restaurante siciliano. Marina no abordó el asunto hasta que llegaron los *cannoli* del postre.

—Tendremos que celebrarla en casa.

—¿El qué?

—La Navidad.

—Pero si estamos en julio, ¿qué haces pensando en Navidad?

Marina rió mirándolo con sus ojos enormes mientras mordía el dulce. Le cayó un poco de azúcar glas en la camiseta. Se sacudió el polvo blanco sin dejar de masticar.

—Y creo que vendrán también mis tíos.

—Que venga quien te dé la gana. Pero una cosa sí que no estaba en la apuesta: ¡yo no cocino!

—No, si te parece...

—Pero tú tampoco.

—Lo compramos en el restaurante y nos lo subimos, como siempre.

Rocco odiaba la Navidad. Lo mismo que el Año Nuevo, la Pascua y todas las celebraciones forzosas. Y si se paraba a pensarlo, aborrecía incluso su cumpleaños, y los santos, las efemérides, cosas todas ellas que se situaban entre el séptimo y el octavo grado de las tocadas de cojones. El *hit parade* de los incordios que el subjefe se había inventado para intentar dominar sus arrebatos de ira cada vez que se encontraba con uno. Partía del sexto grado en adelante y se iba engrosando día a día. Esa misma noche, al entrar al restaurante, había decidido que el aire acondicionado congelado iba de cabeza al octavo, sobre todo si fuera hacía un calor demencial.

—¿Quieren algo más? —preguntó el camarero, que apareció de la nada cuando todavía se estaban comiendo los *cannoli*.

Ahí lo tenía, otra para añadir: el camarero que te pregunta si quieres algo más cuando aún no has terminado de comer. Se decantó por un séptimo grado tirando a octavo.

—¿Le importa si terminamos el postre y ya le decimos luego?

El chico, tal como había aparecido, desapareció entre las mesas.

—Por lo menos tú habrás tenido un buen día, ¿no? —le preguntó a Marina.

—Ahí sigo, persiguiendo a san Clemente, Teodora y Sisinnio. Pero también quiero hablar del verano, que no me gustaría que nos quedásemos en Roma. ¿Cuándo te dan las vacaciones?

—Como siempre, a partir del 6 de agosto. ¿Por qué?

Sonrió.

—Porque entonces he acertado.

—¿Con qué?

—Con la casa.

—¿Qué casa?

—Que nos vamos tres semanas a Porquerolles. He alquilado un chalet estupendo, con diez camas, una maravilla. ¿Quieres ver las fotos?

—¿En Porquerolles?

—Es bonito...

—Pero ¡si en ese islote de mierda no se puede fumar!

—En los bares y en la casa sí.

—¿Y para qué queremos diez camas?

—¿Acaso crees que no va a venir nadie a una casa así en ese paraíso? Ya están haciendo cola. ¿Quieres saber los nombres?

Rocco abrió los brazos.

—Pero yo quiero estar sólo contigo.

—Y lo estarás, tranquilo... —Marina se limpió las manos en la servilleta.

—¿Me estás diciendo que has encontrado una casa disponible en Porquerolles en pleno agosto?

—Exacto. Estoy esperando la confirmación, pero me parece que sí.

—Pero si nunca hay sitio ni para una tienda de campaña. ¡Estamos ya en julio!

—¿Te apuestas algo?

Rocco la miró y aceptó el desafío.

—Seguro que pierdes.

—Prueba a ver.

—Vale, yo digo que no la encuentras.

—Y yo digo que sí.

—¿Un helado en Romoli?

—Si la encuentro, me invitas tú. Si no...

—Si no, ¡te encargas tú de los regalos de Navidad para tus padres! —Le tendió la mano y Marina se la estrechó.

—Deberíamos rematar la cena con un poco de ron y chocolate.

—Me lo has quitado de la boca.

A Munifici le dieron el alta a los dos días, pero Rocco le ordenó que se quedara en casa, fuese a la playa o leyera un libro, todo menos pisar la comisaría y acudir al trabajo. Habían aparecido varios artículos en las páginas dedicadas a la crónica local sobre los arrestos en el puerto de Civitavecchia. El mejor era el de Monica Beltrami, la pareja de Alberto Ferri. Aunque solía encargarse de la sección internacional, se había sentido en el deber de escribir en recuerdo de su compañero, para honrar la investigación de un periodista que había perdido a su hijo y su propia vida por culpa del narcotráfico. Era un artículo conmovedor, que terminaba dando las gracias a Schiavone y a los agentes de la Policía Nacional que habían detenido a Silvestrelli.

Rocco lo leyó y se lo devolvió a Sasà, que dejó el ejemplar en lo alto de la montaña de periódicos que tenía al lado de la mesa. La repercusión del artículo no pasaría de ese día, pero, al menos durante esas veinticuatro horas, la vida de Alberto Ferri habría valido para algo.

—Hemos hecho un buen trabajo, Rocco.

—Ya. Aunque sigue habiendo cosas para las que no tenemos explicación. Silvestrelli recibía la droga, pero ¿quién se la mandaba? ¿Quién lo surtía? Y Luigi Baiocchi, el que se llevó las cajas la noche que fui al almacén de muebles, ¿dónde se ha metido? Ha desaparecido.

Sasà abrió los brazos, con resignación.

—¿Quieres seguir trabajando en el caso?

—No me importaría intentarlo. Porque aparte de un atraco a un supermercado y un intento de homicidio en Spinaceto, no hay nada más.

—Ah... ¿sólo eso?

—Y tengo algunas ideas. Toda esa droga estaba tratada, así que en alguna parte tiene que haber un laboratorio.

—¿Estás siguiéndole la pista a algún químico?

—Todos los que conozco cumplen condena en Rebibbia. Tengo que correr la voz. Creo que Luigi Baiocchi es el enlace con el laboratorio.

—Como quieras, Rocco, yo siempre te guardo las espaldas, tranquilo.

—¿Y qué hacemos con el chaval, Davide?

—Es un desgraciado. Se asustó y vendió a sus amigos. Pero va a comerse una condena. Obstaculizó la investigación, nos ocultó datos, nos despistó.

—Tenían razón Matteo y Giovanni, no había que fiarse de él.

—Está claro. Detesto a la gente como ese chico —añadió el juez— y estoy moviendo los hilos para que se chupe una temporadita a la sombra. Con suerte, para cuando salga, ya no tendrá granos.

En ese momento sonó el móvil de Rocco.

—Vaya jodienda. Me voy, nos vemos pronto —dijo, de camino a la puerta del despacho y poniéndose el teléfono en la oreja, mientras Sasà por su parte abría una carpeta y se enfrascaba en su lectura.

—¿Quién da por culo?

—Soy tu mujer, idiota.

—Perdona, Marina. Dime.

—Tengo una noticia que darte...

—Avellana y pistacho con nata por encima, gracias.

El heladero le puso a Marina un cucurucho gigantesco, que ella cogió con una expresión de niña feliz.

—¿Y para usted?

—Chocolate.

—¿Con?

—Con nada. Chocolate solo.

—¿Le pongo nata por encima?

—No, le pone chocolate. ¡Y ya está!

El heladero obedeció.

—Mejor nos lo comemos dentro, que fuera se derrite —le dijo Marina, que se había terminado ya la nata—. ¡Madre mía, qué bueno está!

Rocco fue a pagar.

—¿Cómo has conseguido encontrar la casa?

—Secreto. Bueno, mejor, tenía un contacto. El dueño del chalet es Olivier Boulé. El subjefe le dio diez euros a la cajera.

—¿Y ése quién es?

—El director del Musée National de la Renaissance de Lyon. El año pasado trabajé para él.

—Entonces no vale. La has conseguido haciendo trampa. Tenías enchufe y lo has aprovechado. Se anula la apuesta. —Recogió la vuelta y por fin probó el helado—. ¡Este chocolate está tremendo!

Marina casi había llegado al barquillo.

—Podríamos ir luego a tomarnos un *cremolato* de Casa Mario.

—Tampoco te pases, Marì. A mí me va a entrar tortícolis con este aire acondicionado. ¿Por qué no salimos, nos damos un paseo hacia Villa Ada, nos echamos allí en el césped y nos liamos un porro?

—No fumo. Ni me echo en la hierba.

—Yo fumo y tú miras.

Salieron de la heladería. Fuera el calor era insoportable.

—¿Lo ves? Ya se te está derritiendo. —Marina tenía el bigote verde pistacho y Rocco se lo limpió lamiéndolo—. ¡No seas asqueroso! —exclamó ella y se apartó.

—Tenías helado en el bigote.

—Yo no tengo bigote, cretino.

Se subieron al coche, que habían dejado aparcado en doble fila con las ventanillas bajadas; el aire acondicionado apestaba a polvo y a moho.

—Quiero comprarme unas gafas de submarinismo para ver el fondo marino de Porquerolles —dijo Rocco mientras metía la llave en el contacto—. Me encanta. ¿Te acuerdas qué maravilla en Sharm?

—Sí, pero allí está la barrera de coral. En Porquerolles, no. Ni tampoco vas a ver aquellos peces.

—Ya lo sé, ¿qué te crees? Pero alguno habrá. Puede que pulpos...

—A lo mejor...

Un coche blanco se acercó muy despacio. Se paró a la altura del de Rocco, que ya tenía las llaves en el contacto, pero percibió aquella presencia y se volvió para mirar. Había dos hombres. Al volante, uno bajito con ojos astutos. A su lado, Luigi Baiocchi. Tenía una pistola en la mano. Apuntaba al subjefe. Rocco apenas tuvo tiempo de agacharse, un reflejo incondicionado, justo cuando el otro apretó el gatillo. Tres disparos en una rápida sucesión. Acto seguido, el coche aceleró y huyó derrapando. Se volvió. Marina estaba caída sobre el asiento. Un tiro en la garganta, otro en la sien. Gritó y se abalanzó sobre el cuerpo de su mujer para intentar taponar la herida de la cabeza e impedir que la sangre saliera y se le derramase por el cuello, llevándose todo consigo. Los gritos de la gente, la sangre en las manos, los ojos de Marina, ya apagados y sin vida. Los mismos que poco antes sonreían se habían ido,

los párpados entornados, la boca apenas abierta, con sus dientes inmaculados, ya no sonreía. Ya no hablaba. Rocco abrazaba la cabeza de su mujer y empezó a besarla con furia en la frente, las mejillas, los labios. Las lágrimas se mezclaron con la sangre y los gritos con los cláxones de los coches. Las caras de las personas que miraban aterrorizadas e inmóviles eran grotescas vallas publicitarias. Pero Marina no se movía. Tenía los brazos lacios a los lados del cuerpo, el helado de Rocco se había caído al suelo, a los pies de su mujer, el chocolate le había manchado el tobillo y la sandalia.

Abrazaba su cuerpo, pero ya no era ella. Parecía que con la sangre se hubiera ido también su olor. La miró a los ojos con la esperanza de que le hablara. Le gritó, dos, tres veces, le imploró. Pero siguió muda, en silencio, apartada para siempre de la vida, de su marido y de aquel sol de principios de verano.

AOSTA. VERANO DE 2013

Había caído la tarde, una tarde apacible. Por la ventana abierta entraba olor a flores y a césped recién cortado. Los coches habían dejado de pasar por la avenida Battaglione Aosta y el jefe superior había encendido la luz de la mesa y la lámpara de pie junto al sofá donde estaba Rocco. Ojos empañados, el hocico de *Loba* apoyado en su pierna.

—Estoy cansado —dijo—. Me gustaría irme a mi casa.

Costa miró a Baldi. Estaban agotados, pero decenas de preguntas se agitaban en su cabeza como una muchedumbre presa del pánico que intenta escapar de un teatro en llamas.

—Lo... lo siento —logró decir su jefe.

—Es horrible, Schiavone —añadió Baldi—. Horroroso. Pero tengo una pregunta que no puedo evitar hacerle.

—Diga —musitó Rocco.

—¿Qué fue de Luigi Baiocchi?

Rocco alzó la mirada en dirección al juez.

—No lo sé, desapareció. Creo que escapó a Sudamérica —respondió, y se calló.

—¿Y no ha vuelto a saber nada de él desde entonces?

—Nada de nada. —Le acarició la cabeza a la perra, que dormía profundamente.

—Pero entonces, ¿por qué se la tiene jurada Enzo Baiocchi, el hermano mayor?

—Porque me considera culpable de la caída en desgracia de su hermano, cree que por mi culpa tuvo que huir al extranjero. Porque a lo mejor esa mierda halló la muerte en el país de donde sacaba la droga, ¡y también eso es culpa mía! Me carga a mí el muerto...

—Podría ser... Pero ¿seguro que nos lo ha contado todo? —insistió Baldi.

—Son las nueve de la noche. Llevo horas hablando sin parar. Si me he saltado algún detalle, no le extrañe que sea porque han pasado seis años y porque me he quedado sin saliva.

Costa y Baldi intercambiaron una mirada. Dos perros a la espera del mejor bocado, que aun así no llegaba.

—De acuerdo, no hay ningún problema. Haremos lo siguiente. Voy a emitir una orden de captura contra Baiocchi.

—Se lo agradezco, señoría, así de paso me quito de encima a Buccellato —dijo, mirando a Costa—. Sí, su ex mujer sigue torturándome desde las páginas de su periódico, ¿lo sabía?

—Estoy al tanto. Es peor que un pitbull: cuando agarra, no suelta. Lo sé por experiencia conyugal.

—¿Puedo irme? ¿Han terminado con el tercer grado? Vamos, lo digo porque este

sofá de polipiel me tiene los huevos cocidos y estoy hasta los mismísimos de comer *tramezzini* asquerosos y del aire viciado de este cuarto.

Baldi asintió.

—Por mí, sí, aunque no puedo prometerle que no volvamos a tocar el tema.

Rocco silbó y *Loba* se despertó al instante.

—Vamos, pequeña. Me gustaría decir que ha sido un placer, pero no sería cierto.

—Se despidió y con una sonrisa torcida salió de la oficina de Costa.

Bajó la escalera y pasó por el despacho para coger las llaves de su casa. En la puerta se encontró con el cartel que le había hecho Italo Pierron en broma hacía un tiempo, con la clasificación de las tocadas de cojones para que todo el mundo estuviera al tanto de lo que le molestaba al subjefe. Rocco cogió un bolígrafo y se acercó para apuntar en el noveno grado: los recuerdos. Se guardó el bolígrafo en el bolsillo y enfiló el pasillo. Su cerebro, aturdido, iba lento, mientras que sus pies avanzaban a una velocidad muy distinta hacia la via Croix de Ville, hacia su casa, como si tuvieran puesto el piloto automático. *Loba* iba trotando detrás de él.

No se encontró con nadie, una suerte que agradeció para sus adentros. Tan sólo se cruzó con Casella, que estaba en la entrada y que lo saludó con una media sonrisa.

—Buenas noches, jefe.

—Lo mismo digo, Casella. Que duermas bien.

—Tengo turno de noche.

—Entonces no te duermas.

Salió de la jefatura. No tenía hambre, sólo quería tirarse en la cama. En el aparcamiento había un coche con la puerta abierta. En el interior, la inspectora Caterina Rispoli estaba ordenando unos papeles. Lo vio y le sonrió.

—Buenas noches. ¿Cómo va?

—Va. ¿Y tú?

La chica se bajó del coche y *Loba* le fue al encuentro para saludarla. Se la había llevado tantas veces a su casa para hacerle el favor a Rocco que eran ya más que íntimas.

—Igual, va. *Lobichuela*, ¿qué haces? —La acarició y se dejó mordisquear la muñeca. Luego cerró la puerta—. ¿Cómo está... perdón... estás?

—Como si me hubieran metido en una hormigonera y me hubieran dado vueltas durante horas.

—Llevas todo el día en el despacho de Costa. ¿Qué ha pasado?

—Que me han sometido a un tercer grado.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No, Caterì, gracias. Me vuelvo a casa. Saluda a Italo de mi parte.

Lo dejó caer como quien no quiere la cosa; no tenía claro que Italo Pierron, su mano derecha, siguiera manteniendo esa historia con Caterina que tanto lo había enervado. Porque, desde que había llegado a Aosta en septiembre del año anterior,

Rocco le tenía el ojo echado a la inspectora.

—No lo veo —admitió Caterina, y se encogió de hombros al tiempo que bajaba la vista.

—Vaya. Lo siento. ¿Lo habéis dejado?

—Período de reflexión.

—El típico eufemismo para decir que se acabó.

—La cosa empezaba a... superarme.

—¿En qué sentido? Ya sé que no es asunto mío, no tienes que responder si no quieres.

Caterina sonrió.

—No, puedo decírtelo. Está obsesionado con que vivamos juntos, con compartir casa y tener un... proyecto de vida, como lo llama él.

—Y tú no quieres.

—Apesta a familia.

—¿Y qué tienen de malo las familias?

Caterina clavó la mirada en el suelo.

—Es una historia un poco larga. A lo mejor un día te la cuento. Digamos que no me entusiasma esa institución, eso es todo.

—¿Me acompañas? Tengo que comprarle algo a la fierecilla, que hoy sólo ha comido un bocadillo de alcachofas rancio.

—Vale, total, voy en esa dirección.

Emprendieron la marcha. *Loba* los seguía y se perdía de vez en cuando tras olores que sólo ella comprendía.

—¿Tuviste una familia difícil?

Caterina emitió un sonido similar a una tos.

—Llamarla familia es mucho decir. Tuve un padre ausente que cada vez que aparecía te hacía desear que hubiese seguido ausente. Y una madre que sí estaba presente, pero que habría sido mejor que también hubiese desaparecido.

—Bonito panorama.

—¿Verdad? Mi padre era representante de dulces. De bollería industrial, galletas, pastelitos, todas esas porquerías que matan y engordan a los niños. Mi madre nos las tenía prohibidas a mi hermano y a mí. Ahora que lo pienso, puede que sea lo único bueno que hizo por nosotros.

—¿No la querías?

—No, ni la quería ni la quiero. ¿Quieres que te la describa?

—Dispara.

—Arisca, egoísta, inmadura, mala persona.

—¿Y tu padre?

Lo pensó un momento y luego miró hacia el cielo.

—Sólo hay un adjetivo para describirlo, pero no voy a decírtelo porque es

demasiado doloroso.

—Como quieras. No tengo mucha experiencia, pero creo que vivir con la persona a la que quieres es la cosa más bonita del mundo.

—Puede ser. Será que entonces yo todavía no la he encontrado —respondió, y miró a Rocco.

El restaurante de via Tillier seguía abierto.

—Voy a comprarle un filete a *Loba*. ¿Me esperas?

Caterina miró al perro y luego a Rocco.

—Si te espero, podría cometer un error del que seguramente me arrepienta mañana. Mejor me marchó... Adiós, Rocco.

—Adiós, Caterina. Ya te pasaré la factura.

—¿De qué?

—Acabamos de tener una sesión de terapia. ¿Te crees que estas cosas son gratis?

Caterina le pegó un puñetazo en el hombro.

—Me alegro de que empecemos a tener un mínimo de relación. Y pensar que hace tres semanas no conseguías ni tutearme...

—Es verdad. Tal vez el hecho de que me besaras hace una semana tenga algo que ver.

—Cierto. Pero yo no te besé. Nos besamos. Es un pequeño matiz, pero no es lo mismo. Buenas noches, Caterina.

—Buenas noches, Rocco.

Cuando regresó a su casa se tiró vestido en la cama y cerró los ojos. Apenas lo notó cuando la perra se subió de un salto al colchón. Rocco se hundió en un sueño oscuro y silencioso.

En Roma, en plena ciudad, existen barrios que esconden pequeñas casas de campo, rincones insospechados de paraíso a pocos pasos del centro, donde, en lugar de respirar humo y cemento, uno se ve rodeado de encinas centenarias y plantas insólitas. En via di Novella, justo detrás de Villa Pamphilj, basta con doblar por una callejuela sin salida para encontrarse en los Cotswolds, en plena campiña inglesa. Allí mismo tenía su mansión Juan González Barrio, trescientos metros cuadrados de estilo victoriano, con un jardín de media hectárea a un tiro de piedra del Vaticano.

—Señor, lo buscan —dijo la criada en voz baja al oído de Juan, que estaba degustando un vino dulce que le había recomendado su abogado.

Había sido una cena sabrosa pero pesada; debería haber evitado los fritos.

—¿Quién es?

—No lo sé, señor, no me ha dicho el nombre.

El ex diplomático miró a sus invitados, que escuchaban a su mujer, Penélope, mientras ésta relataba su consabido chiste sobre Fidel y Cuba.

—«Cuba está hecha un desastre», le dice Pablo a su amigo Xavier: «Cola para el pan, cola para el agua, cola para los puros, cola para todo.» «Y entonces, Pablo, ¿qué

piensas hacer?», le pregunta el amigo. «Voy a matar a Fidel.» Al cabo de dos días vuelven a encontrarse y Xavier le pregunta a Pablo: «Bueno, ¿qué?, ¿has matado ya a Fidel?» «Qué va, Xavier, ¿no te imaginas la cola que había!»

Los invitados rieron con moderación, salvo el abogado, que exageró la carcajada. Llevaba años tirándole los tejos a Penélope, con sus partidos de dobles en el club, y puede que incluso lo hubiera conseguido, se decía Juan González Barrio, a juzgar por las miradas que de vez en cuando se lanzaban de una punta a otra de la mesa.

—Perdonad, disculpa, querida... Alguien tocando las pelotas, no tardo...

Penélope sonrió y siguió conversando con sus invitados, que habían terminado el postre, a excepción del abogado, que seguía engullendo hojaldres y profiteroles como si fueran pastillas para la garganta.

Juan cruzó el salón y llegó al vestíbulo.

—¿Dónde está?

—Detrás —informó la criada—, en la cocina.

Era un hombre mayor, con el pelo rubio oxigenado y aspecto sucio y descuidado. Juan lo miró con atención, pero no le sonaba de nada.

—¿Nos conocemos? —le preguntó.

—¿No te acuerdas de mí? Soy Enzo Baiocchi, el hermano de Luigi...

Palideció con la sola mención del nombre. Comprobó de reojo que la puerta de la cocina estuviera cerrada.

—¿Qué mierda haces aquí, en mi casa? ¡Tengo invitados!

—Juan, tienes que ayudarme.

El dueño de la casa lo agarró del brazo y lo llevó hacia el jardín.

La humedad los rodeó como un envoltorio pringoso. Se alejaron apresuradamente de la mansión hasta llegar a la pérgola de la piscina. Unas luces tenues iluminaban el agua turquesa y las palmeras enanas. El cielo estaba oscuro, pero no se veían estrellas. Ni luna.

—Sigues sin responderme. ¿Qué mierda haces aquí?

—Me están buscando.

—¿Por qué?

—Me he escapado de la cárcel.

Juan puso los ojos en blanco.

—¿Cuánto quieres?

—No, no vengo por dinero, Juan. Hay un problema.

—¿Y cuál es, si puede saberse?

—¿Te acuerdas de Schiavone? ¿Rocco Schiavone?

—Sí, me acuerdo. Me dio por culo hace algunos años. ¿Y?

—Ese poli asqueroso mató a mi hermano, ¿es que ya no te acuerdas?

—¿Y a mí qué me cuentas? ¿Qué tiene eso que ver contigo, si puede saberse?

Enzo se sentó en el banco de mármol.

—Intenté liquidarlo. Pero fallé. Y ahora me están buscando.

—¡Joder! —estalló Juan—. ¿Quiénes te buscan?

—La policía... Rocco Schiavone... Sus amigos. Todos.

El hondureño rebuscó en el bolsillo y sacó un paquete de tabaco. Se llevó un cigarrillo a los labios sin ofrecerle otro a Enzo. Lo encendió.

—¿Sabe alguien que has venido a verme?

—¿Quién quieres que lo sepa? Nadie.

Juan González Barrio aspiró con fuerza y soltó el humo. Un grillo cantaba escondido en la hierba.

—¿Qué quieres de mí?

—Que me ayudes a desaparecer del mapa. Consígueme un pasaporte y un billete de avión y dejaré de molestarte.

—Ya no trabajo en la embajada, ¿o es que no lo sabes?

—Sí, lo sé, pero conoces a mucha gente. Mándame a Trujillo, Comayagua, donde te parezca, pero ayúdame a salir del país.

—A ver que me entere yo, ¿cómo quieres que te mande a Honduras? No es fácil. Ya no tengo los contactos antes. —Tiró el cigarrillo—. Ya casi no consigo entrar ni yo, Enzo.

—Por favor, Juan. Bien que cuando necesitabas a mi hermano...

—Tú y el capullo de Luigi no hacíais más que armar follones. ¡Un follón tras otro!

Enzo sintió un temblor por los brazos. Le habría gustado levantarse y partirle la cara a aquel gordo vestido con camisa blanca, golpearlo hasta hacerlo sangrar y que echara el cerebro por la boca, pero se contuvo. El ex agregado cultural de la embajada de Honduras era su última esperanza.

—Tendrás que darme un tiempo, Enzo.

—¿Cuánto?

—¿Tienes donde quedarte?

Enzo meditó. La casa de su hija no era una opción, ni la de Pitocco, en aquel pueblo perdido cercano a Frosinone donde se había refugiado.

—¿Aquí en Roma?

—No, ¡en Nueva York! Pues claro que en Roma, gilipollas.

Enzo se tragó la nueva ofensa.

—No, no tengo.

El sudamericano caminó arriba y abajo por el césped recién regado, con la mano en la barbilla. Enzo se fijó en cómo le oscilaba la barriga por encima de los pantalones.

—Te voy a dar una dirección, es de un hotel en Pontina, en el kilómetro 35.

—Kilómetro 35, vale...

—Se llama Hotel Bellavista. Ten. —Se llevó la mano al bolsillo y le dio un billete de cincuenta euros—. Para el taxi. Con eso debería llegarte.

—Gracias.

—Ve de mi parte y diles que te den una habitación. Quédate ahí y no te muevas hasta que te llame, ¿entendido?

—¿Cuántos días tengo que quedarme?

—¡Y yo qué sé! Dos o tres como mucho. Pero luego tienes que prometerme una cosa.

—Tú dirás.

—Que desaparecerás para siempre de mi vida y no volverás a presentarte en mi casa estando mi mujer y mis hijas presentes. Ni a mis perros les daría de comer un despojo como tú.

—Tampoco hace falta ofender, Juan. Yo no te he faltado.

—¡Porque me necesitas, gilipollas!

Enzo lo miró muy serio. Sus ojos entrecerrados eran como dos flechas puntiagudas.

—Tres días.

—¿Qué haces, amenazarme? ¿Estás dándome un ultimátum?

—No, sólo te lo recuerdo. Tres días. Luego me entrego.

—¿Por qué no te entregas ya y me ahorras el problema?

—Porque como me entregue, tú caes conmigo.

Se levantó del banco y se dirigió a la puerta trasera del jardín.

—¿Me llamas a un taxi o tengo que hacerlo yo?

Pero Juan González Barrio no respondió. Con paso decidido volvió junto a sus invitados, los chistes de su mujer y la dentadura postiza del abogado. Lo que le faltaba era aquella sombra del pasado para hacerle la vida aún más insoportable.

United united united we stand, united we never shall fall!

Rocco se incorporó de un salto en la cama.

—¿Otra vez?

Se levantó y se precipitó fuera de la casa, con la canción de Judas Priest resonando por el hueco de la escalera. Llamó a la puerta del vecino. La música estaba tan fuerte que no se oía ni el timbre.

So keep it up, don't give in...

Aporreó la puerta con la poca energía que tenía. Una nevada de estuco cayó sobre el felpudo. Por fin dejó de sonar la música. La puerta se abrió y apareció Gabriele, el chico de dieciséis años con acné y una camiseta de Motörhead dos tallas más grande.

—¿Qué pasa?

—¿Ya estamos otra vez? Me has despertado. ¿Tú sabes qué hora es?

—Las once y cuarto.

Rocco se quedó callado. Miró por la ventana de la escalera. Había sol. No se había dado ni cuenta.

—Ah, ¿las once y cuarto?

—Sí —le confirmó Gabriele, que reprimió una sonrisa—. Bueno, ahora pasan ya unos segundos.

—¿Te estás haciendo el gracioso?

—No, era para ser preciso.

Rocco se alejó.

—Bueno, de todas formas, la música no se escucha a ese volumen, ni siquiera a las once y cuarto.

—Es que a esta hora nunca hay nadie. Creía que estaba trabajando.

El subjefe comprendió entonces que el suyo no había sido un sueño normal, sino un largo coma de doce horas. Se pasó la mano por el pelo y vio entonces que estaba en calzoncillos y descalzo en medio del rellano, hablando con un chaval de dieciséis años.

—Bueno... voy a comer algo —dijo, y se dio media vuelta.

—Si quiere puede desayunar conmigo. Estaba preparando café.

Rocco cayó en la cuenta de que no le quedaba ni una galleta en la despensa.

—¿En serio?

—¿Por qué no? Estoy solo.

Era una casa ordenada y limpia, con muebles modernos y asépticos. Las paredes blancas, sin cuadros, sin estanterías salvo por una repisa con libros universitarios. El suelo era de parquet teñido de negro y, en un rincón, un televisor gigante destacaba ante dos sofás de cuero blanco. La chimenea era un óvulo suspendido en el aire y parecía el pistilo de una flor de acero.

—Pase, vamos a la cocina. ¿Le gustan los Choco's?

—¿Los qué? —Avanzó con paso vacilante por la casa. Se sentía como un idiota en paños menores y, para más inri, huésped de un adolescente.

—Los Choco's, unos cereales con chocolate.

—No, esas cosas me dan asco. Y tú tampoco deberías comerlos. ¡Tienes la cara hecha una pena con tanto grano!

—Es verdad, pero me vuelven loco. Ya me preocuparé de la alimentación cuando tenga su edad. Por ahora, ¡cerveza, Choco's y *rock'n roll*!

La cocina estaba aún más limpia que el salón. También allí dominaba el blanco, combinado con el aluminio de los electrodomésticos modernos que se alineaban bajo la encimera.

—¿Por qué? Según tú, ¿cuántos años tengo?

—Puff... Déjeme ver... ¿unos sesenta?

—¡Sesenta los tendrá tu madre!

—Mi madre tiene cuarenta y dos.

—Pues yo todavía no he cumplido los cincuenta.

El chico hizo una mueca.

—Como digas que los llevo mal, te reviento la cadena de música.

Gabriele pulsó el botón de la cafetera, que empezó a verter el líquido en la taza.

—Tenga. ¿Qué le apetece de comer?

—Pufff... ¿Qué tienes aparte de Choco's?

El anfitrión abrió el armario de encima del frigorífico.

—Veamos... A lo mejor le gusta lo que toma mi madre. Aquí hay no sé qué de cinco cereales, barritas energéticas y galletas de soja. ¿Le apetece alguna de estas cosas?

—Anda, tráete las galletas.

Se sentó a la mesa. Había cortinas bordadas en las ventanas y unos veinte imanes en la puerta del frigorífico.

—Aquí tiene las galletas.

El chico se acomodó frente a Rocco. Sirvió la leche en el tazón y echó los Choco's. Rocco cogió una galleta sin conseguir apartar la vista de Gabriele, que se abalanzó sobre el desayuno. Tomaba una cucharada tras otra llenas de cereales que chorreaban leche, mientras masticaba ruidosamente.

—Das asco. Pareces un cerdo —le dijo.

El chico sonrió como si le hubiera hecho un cumplido. Tenía la barbilla manchada.

—¿Cómo están las galletas?

—Saben a gomaespuma. —Le dio un sorbo al café—. ¿Qué pensarías tu madre si volviera y me viera aquí en calzoncillos?

—No va a volver. Hasta la noche no aparece. Siempre está trabajando.

—¿Y tú no deberías estar en el instituto?

—Lleva cerrado una semana. Y además ¿qué quiere que haga allí? Total, ya he perdido el año.

—¿A qué curso vas?

—A quinto.

—¿Y cuántos años tienes?

—Dieciséis.

—¿Y ya has suspendido?

—Sí.

—¿Eres tonto o qué?

—Eso dicen.

Rocco apuró el café.

—¿Tienes novia?

—¿Está de coña? Pero ¿no me ha visto? ¿Quién va a quererme? —Se echó a reír con la boca llena de cereales triturados.

—¡Cierra esa boca! ¿Cómo te llamabas, que se me ha olvidado?

—Gabriele. Me llamo Gabriele.

—Y dime, Gabriele, ¿esto es de hoy? —preguntó el subjefe, alargando la mano

hacia la silla donde había un periódico.

—Sí, estamos suscritos y nos lo traen por las mañanas.

Rocco se puso a hojearlo.

—¿Por qué escuchas siempre la misma canción de los Judas Priest?

—Porque me pone la carne de gallina. Y la canto como si estuviera en directo.

—Los Judas son unos paletos. Igual que los Motörhead. —Señaló la camiseta.

—¡Los Motörhead son una leyenda! —replicó Gabriele, que se levantó para llevar el tazón al fregadero—. Pero, bueno, teniendo en cuenta su edad...

—Te voy a partir la cara... —Volvió la página.

—Le voy a poner una cosa que a lo mejor le gusta... ¡Espere aquí! —Salió de la cocina.

—Como me pongas a los Saxon eres niño muerto —le gritó.

—No, algo mucho más suave...

La reconoció ya en los primeros acordes. *Changes* de David Bowie. Sonrió feliz. La estaba silbando cuando Gabriele entró en la cocina resbalando sobre las rodillas y blandiendo en la mano el escobón como si fuera un micrófono.

—*I still don't know what I was waiting for, and my time was running wild, a million dead-end streets and...*

Rocco lo miraba. Cantaba desgañitándose, inspirado y con los ojos cerrados.

—*Of how the others must see the faker, I'm much too fast to take that test!* ¡Venga, canta!

Rocco sonrió y bajó un poco el periódico.

—*Ch-ch-ch-ch-changes, turn and face the stranger, ch-ch-changes! Don't want to be a richer man.*

Rocco abrió la boca y se puso a cantar con el heavy enloquecido.

—*Ch-ch-ch-ch-changes, turn and face the stranger, ch-ch-changes, just have to be a different man!*

—Venga, bájalo.

—*Time may change me!*

—Bájalo ya, Gabriele.

Todavía entusiasmado, el chico salió corriendo hacia el salón, bajó el volumen y volvió a la cocina. Tenía flato.

—Deberías hacer un poco de ejercicio físico, ¡tienes flato y no has cantado ni media canción!

—También he hecho lo de resbalar sobre las rodillas.

Rocco retomó la lectura del periódico.

—¿Y siempre haces estos conciertitos en casa?

—De vez en cuando...

—¡Ostras!

IDENTIFICADO EL ASESINO DE LA CALLE PIAVE

El asesino que el 13 de mayo acabó con la vida de Adele Talamonti en el domicilio del subjefe Schiavone de la calle Piave por fin tiene nombre y apellido. Se trata de Enzo Baiocchi, un conocido de las fuerzas del orden que se había fugado recientemente de la enfermería de la cárcel de Velletri. Según los investigadores, de momento le han perdido el rastro, pero la búsqueda del homicida se ha extendido a todo el territorio. Si bien el móvil del crimen sigue sin estar claro, es probable que entre el criminal y Schiavone hubiera viejos rencores. De hecho, el subjefe lo arrestó en 2003. Es sin duda un avance importante y, según fuentes de la comisaría, el criminal no tardará en rendir cuentas ante la justicia, de modo que le deseamos a nuestro subjefe un rápido y exitoso desenlace.

Sandra Buccellato

—Será zorra —murmuró Rocco.

—¿Qué pasa? —quiso saber Gabriele, pero Rocco seguía enfrascado en sus pensamientos.

—Ahora resulta que soy «nuestro subjefe» y me desea lo mejor, la muy bruja. Pero tarde o temprano... —Lanzó el periódico a la mesa.

Gabriele lo recogió y leyó rápidamente el artículo.

—¿Habla de usted?

—¿No sabes que soy poli?

—Claro que lo sé. Y también por qué se mudó aquí y dejó su antigua casa. Mataron a una amiga suya, ¿verdad?

—Verdad...

—Es la primera persona que conozco que sale en la prensa.

—¿Te firmo un autógrafo, Gabriè?

—Quizá. ¡¿Sandra Buccellato?! —gritó el chico.

—¿Qué pasa, la conoces?

—Mi madre también la llama la zorra.

—¿Ah, sí?

—Desde luego. Se lió con mi padre.

Rocco se echó a reír.

—No me lo puedo creer, el mundo es un pañuelo.

—¡Aosta es un pañuelo! Mi padre le pidió el divorcio hace dos años. Buccellato era su amante y ahora va a casarse con ella.

—Gabriè, todo apunta a que tenemos una enemiga común.

El chico asintió.

—¿Y qué hacemos?

—No sé. Déjame que lo piense, pero ¡nos las va a pagar!

—¡Cuente conmigo!

Entrechocaron las palmas.

—Me voy a trabajar. Tú sigue con tus Judas Priest a toda hostia, en menos de media hora habré salido. Gracias por el desayuno.

—No es nada. Mañana por la mañana le pondré a los Led Zeppelin.

—*Stairway to Heaven* si puede ser. Recién levantado es lo máximo que soporto. Y si no, si quieres ir sobre seguro, pon a los Pink Floyd. —Se dirigió hacia la puerta de la casa.

—De los Pink Floyd no tengo nada...

—Mal hecho. Cómprate algo. —Puso la mano en la manija de la puerta.

—*Ch-ch-ch-ch-changes, turn and face the stranger, ch-ch-changes.*

Rocco se volvió. Gabriele estaba apuntándolo con un dedo y volvía a tener el escobón en ristre, a modo de micrófono. Remataron el estribillo juntos:

—*Just have to be a different man!*

Abrió el cajón de la mesa. Se dio cuenta con horror de que no le quedaba hierba. Se la había fundido toda. Lanzó una imprecación muda y volvió a cerrarlo. Se levantó. *Loba* estaba curioseando en la papelera.

—No, ¡quita de ahí!

Abrió la puerta de la pequeña librería que solía contener manuales de derecho y criminología y cogió la comida y el cuenco. Se la sirvió y dejó el cuenco en el suelo. Llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —chilló.

Italo asomó la cabeza.

—Buenos días. ¿Cómo es que llegas tan tarde?

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Desde septiembre?

—Septiembre, octubre, noviembre... —Italo contaba con los dedos.

—Te lo digo yo: diez meses. Y en diez meses todavía no has aprendido lo fundamental, Italo: ¡a no meterte donde no te llaman!

—Perdón, es verdad. ¿Has visto el periódico?

—Sí, lo he visto y lo he leído. ¿Tú cómo crees que les ha llegado la información?

—¿Has sido tú?

—Baldi. ¿Hay algo o seguimos de cháchara hasta la hora de comer?

Italo entró en el despacho. Tenía una hoja en la mano.

—No es nada importante, una casa que han desvalijado en Courmayeur.

—¿Una casa de vacaciones o una primera residencia?

—De vacaciones, creo. Es un chalet a las afueras del pueblo, a nombre de un tal

Adelmo Vaccari, un empresario de Milán. Tiene una decena de concesionarios de coches y un par de tiendas en el centro.

—Entonces lo tendrá todo asegurado, así que qué más da si le han quitado un poco.

—Es que Costa ha insistido para que subamos a investigar. Al parecer han desaparecido objetos de cierto valor.

Rocco levantó la vista.

—No lo entiendo. ¿Quién deja objetos de valor en una casa que está deshabitada la mayor parte del año?

—¿Alguien con mucho dinero?

—O alguien que se la quiere pegar al seguro. Sea como sea, yo a Courmayeur no voy. Me apuesto lo que quieras a que al empresario le han desaparecido sobre todo joyas, ¿me equivoco?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los cuadros robados no valen nada y es complicado venderlos, mientras que las joyas las desmontas, te sacas dinero con las piedras y encima te embolsas el seguro.

—¿Tan seguro estás de que es un fraude?

—En una casa de vacaciones no se dejan joyas. Eso lo entiendes, ¿no?

—Sí, lo entiendo. Entonces, ¿no vienes? Mira que Courmayeur es muy bonito. Está a los pies del Mont Blanc, hay bares...

—¿A mí qué me cuentas, Italo? Búscate a alguien para subir y luego me das parte.

—Señor, sí, señor, ¡voy con Scipioni! —Se llevó el canto de la mano a la frente y salió del despacho.

Rocco se sentó a la mesa, con la intención de reflexionar. La ausencia de la sustancia psicoactiva de la mañana, aunque fuese la una del mediodía pasada, no ayudaba. Pero aun así tenía que pensar. Hizo un balance rápido. Enzo Baiocchi estaba desaparecido y ¿qué sabía de él? Lo primero, que la pistola con la que le había disparado a Adele se había empleado en el atraco a un banco años atrás. Sebastiano y Brizio habían seguido la pista de la pistola. Flavio Buglioni, un delincuente de medio pelo, se la había vendido al propio Enzo. Pero Flavio había desaparecido como la nieve bajo el sol. Quedaban por hacer dos cosas. Y no podía hacerlas en Aosta. Debía regresar a Roma, no era un asunto que pudiera esperar. Y fuera poniéndolo detrás de las rejas o muerto a manos de Sebastiano, iban a pararle los pies a aquella serpiente venenosa de Enzo Baiocchi. Miró a *Loba*, que se había quedado dormida en el sofá.

—*Loba*, cielo, vas a tener que quedarte unos días con Caterina, no te importa, ¿verdad?

El animal ladró feliz y meneó la cola.

—¿Cuándo vuelves?

—Dentro de poco. Cúbreme el culo con Costa.

—¿Que te cubra el culo?

—Que evites que se entere. Aunque parece que al final acaban sabiendo todos mis movimientos.

—Pero ¿por qué no se lo comunicas simplemente? Tampoco es que vayas a Roma de vacaciones.

—Porque no sé si eres consciente, pero yo trabajo aquí, en la jefatura central de Aosta, y no en Roma.

Y porque en esta historia hay gente implicada que prefiero que no se sepa.

—Tus amigos... —apuntó la inspectora, acariciando el pelaje lustroso de la perra.

—Pues sí, mis amigos. Uno en concreto.

—Sebastiano, ¿no? El novio de Adele.

—El mismo. Me gustaría coger a Enzo Baiocchi antes de que lo haga él. La razón te la puedes imaginar.

Rocco llegó a su casa de via Poerio cuando el sol ya se escondía. Los muebles estaban cubiertos con telas y plásticos. Apenas le había dado tiempo a soltar la bolsa con los cuatro trapos y a cambiarse de camisa cuando llamaron por teléfono.

—¿Ya has llegado? —le preguntó Sebastiano.

—Acabo de entrar.

—Pasamos a recogerte dentro de cinco minutos. Comemos por el camino.

No dijo más. Frío y distante, con una voz cargada de rencor, como si fuese culpa de Rocco que no hubiera manera de encontrar a Enzo Baiocchi, como si él mismo estuviera escondiéndolo. Lo comprendía, ese hombre había matado a la mujer de su vida, aunque pasaran más tiempo peleando que haciendo el amor, era Adele y Adele lo era todo para su amigo.

Además, ¿quién era él para juzgarlo?

Como de costumbre, conducía Brizio. En esa ocasión llevaba un flamante Range Rover. Sebastiano iba al lado y Furio detrás. Cuando se subió, el saludo fue mínimo.

—Entonces, antes de que sea demasiado tarde, ¿vais a explicarme qué tenéis? —preguntó, sacando el tabaco del bolsillo.

—Venga, no fumes, Rocco, que es nuevo, ¿no ves que todavía huele? —protestó Brizio mientras ponía el intermitente—. Y luego Stella se encabrona.

—¿Entonces?

—Por lo visto has cantado —refunfuñó Sebastiano.

—Ya sabían que era Enzo.

—Me lo habías prometido, Rocco. Me dijiste que me lo dejarías. Ese maldado ha matado a Adele y tú vas y le echas a la policía encima.

—O no oyes o haces como que no te enteras. ¡Que lo sabían todo! Saben que los cuatro somos amigos, están al corriente de todas las veces que he bajado a Roma, de adónde voy, a quién veo, saben lo de Enzo Baiocchi, lo de Luigi, lo saben todo. Y lo

saben desde que llegué a Aosta.

Sebastiano calló y Brizio aceleró.

—¿Y cómo es posible?

—¿Y yo qué coño sé? Y por cierto, Brizio, ¿me la has traído o hablabas por hablar?

Su amigo se estiró un poco para abrir el salpicadero, de donde sacó una bolsita de plástico que le tendió a Rocco.

—Es White Widow. Está de miedo. Te hago un descuentito y todo.

Rocco cogió la bolsa. La abrió. El olor del cannabis superó al del cuero de los asientos.

—Aaahhh... Muy buena. Luego te doy el dinero.

—Bueno, un resumen rápido —tomó la palabra Furio—. La pistola que utilizaron para matar a Adele se la vendió Flavio Buglioni a Enzo Baiocchi. El primero está desaparecido y fuimos a visitar a la hija del segundo. ¿Sabías que tiene una hija?

—No, ni idea.

—Nosotros sí. —Furio encendió un cigarrillo.

—¿Por qué él puede fumar y yo no?

—Es que él tampoco debería. ¡Por lo menos abre la ventanilla, Furio! —le pidió Brizio.

—La hija no quiso hablar. Odia al padre, pero tampoco está dispuesta a ser una soplona.

—Pero esa hija tiene un crío —intervino Brizio—, un chiquillo de once años, que nos contó una cosa muy interesante.

—¿Qué?

—Que tienen una tía medio loca, la Chalada, la llaman, en un pueblucho cerca de Frosinone, Pitocco.

—¿Pitocco? —repitió Rocco.

—Tal cual. No lo había oído nunca.

—¿Y es ahí a donde vamos?

—Exacto.

Prosiguieron el viaje en silencio. Dejaron atrás la via Aurelia, tomaron la ronda y por fin habló Sebastiano.

—Voy a pedírtelo una vez más, Rocco. Y esta vez no quiero que me vengas con tonterías. Lo juraste sobre la tumba de Adele.

—Si lo juré una vez no hace falta que vuelva a jurarlo.

—No, pero yo quiero oírtelo decir otra vez. Júrame que me vas a dejar a Enzo Baiocchi.

Rocco miró por la ventanilla.

—Te lo juro —dijo, irritado.

Sebastiano respiró por fin y a él le dio la sensación de que había estado conteniendo el aliento desde que se había subido al coche.

—Pero también te digo una cosa, Sebastiano: que está empezando a tocarme los cojones que no te fíes de mí.

—¿Ah, sí? Me gustaría fiarme de ti.

—Pues entonces deja de dar por culo y quítate esa cara de ofendido por lo que sea que te haya hecho.

Su amigo se volvió para mirarlo y le sonrió.

—Tú sabes que te quiero, ¿no?

—Y yo a ti, capullo.

—Venga, que sí, que nosotros también te queremos, pero decidamos adónde vamos a cenar, que yo hoy ni siquiera he comido —intervino Brizio.

—En Pitocco —respondió Furio.

Encontraron una especie de bar pizzería, un sitio revestido de aluminio anodizado y con tufo a fritanga. Sólo se tomaron una croqueta de arroz por cabeza, de un color tirando a marrón oscuro, una botella de agua y unas chocolatinas, que, al estar envueltas, les parecieron más seguras.

—Habría que recomendarles este sitio a los de la guía Michelin —comentó Brizio mientras masticaba con la boca torcida.

Tras la barra había una mujer con el pelo rubio estropajoso y raíces negras que eran más que evidentes. Tenía los brazos anchos como jamones y llevaba un delantal de flores atado a la cintura. Por un ventanuco a su espalda entrevieron a un hombre de color vestido de blanco que estaba trabajando en la cocina.

—Ahí tienes al chef —comentó Furio.

—¿Vamos a felicitarlo? —Rocco dejó caer el arroz pasado de la croqueta en el plato de papel—. Bueno, voy a ver si la dueña puede echarnos una mano. ¿Cómo dijiste que llamaban a la tía?

—La Chalada —respondió Sebastiano que, con la boca llena, parecía el único que disfrutaba de la comida.

El subjefe se levantó de la mesa y se acercó a la mujer, que estaba fregando una bandeja requemada en un intento de devolverla a la vida.

—Buenas noches, señora, a ver si pudiera usted ayudarme.

—Dígame...

—Estamos buscando una casa, una en medio del campo. En ella vive, o al menos debería vivir, una señora mayor que todo el mundo conoce como la Chalada.

La mujer asintió.

—Sí, claro, Maria. Está medio loca. Tiene un montón de gatos, aunque ni siquiera sé si sigue viva. ¡Hace ya mucho que no se la ve! —Dejó caer con fuerza la fuente sobre la encimera de mármol falso—. Esto no hay quien lo limpie...

—Yo creo que es mejor que la tire. ¿Qué dice el chef?

—¿Quién?

—¡El chef! —Le señaló el ventanuco que daba a la cocina.

—¡Ah, Mohamed! No es el chef. Cocino yo. —Se dio una palmada en el pecho, orgullosa—. Él friega los platos.

—Muy bien. ¿Podría decirme dónde está la casa?

—Cómo no... Pero voy a hacerle un dibujito, porque no es fácil. —Se limpió las manos en el mandil, cogió un bolígrafo y una servilleta de papel y, con una sonrisa alegre, se puso manos a la obra—. Mire, esto es la carretera principal, ¿ve?

Dibujaba de pena. La mano rosada y temblorosa, así como los dedos hinchados, no ayudaban.

—Ésta es la gasolinera, la Agip —Dibujó la gasolinera, con su letrero y todo—. Y luego hay que doblar aquí en la iglesia... ¿lo ve? Le pongo la cruz encima...

Rocco seguía atentamente los garabatos sobre el papel. La mujer adornó la iglesia con muchas flores y parroquianos a las puertas.

—Señora, tampoco hace falta que me pinte un cuadro, deje la iglesia y sigamos.

—Sí... Entonces toma una carretera que se llama del zanjón de arriba...

—¿Lo pone así?

—No, pero todo el mundo sabe que se llama así. Ahí, ¿lo ve? Es esto de aquí.

Dibujó una vaca al lado. La dueña de la casa de comidas sacaba la lengua y sudaba.

—Vale, ¿y luego?

—Espere, que le dibujo otra vaca, ¡ésta con manchas!

Rocco miró desesperado a sus amigos, que cuchicheaban.

—Y después creo que es el tercer... —prosiguió la mujer—, no, el cuarto, sí, el cuarto camino que encuentre, uno no asfaltado. Eso. Lo reconocerá porque hay una vieja encina... —Se puso a dibujar la encina.

—Señora, por favor, que yo mañana tengo cosas que hacer.

—Ya acabo, ya acabo. Aquí está, la encina. —La mujer observó con desapego profesional su obra—. Sí, bien, ha salido bien. Bueno, pues pasada la encina, si avanza durante unos quinientos metros de camino blanco, llegará a la casa de la Chalada. —Ni que decir tiene que la dibujó con su techo y sus ventanas—. Hay gatos... o por lo menos los había —Y dibujó unos gatos. Rocco empezó a sentir un hormigueo en las manos—. Y también las cabritas. Qué bonitas las cabritas, ¡le voy a dibujar dos! —Por fin le entregó la obra a Rocco con una sonrisa—. ¿Está bien?

Él contempló la servilleta: había visto dibujos de niños del orfanato más definidos y realistas.

—Está estupendo. Todo clarísimo. Es usted mejor que un TomTom.

—¿El qué?

—Déjelo... —Volvió a la mesa y le pasó la servilleta a Furio—. Hay que seguir este mapa para llegar a la casa.

—¿Le has pedido el autógrafo? Porque quizá algún día pueda valer algo... Mira, pero si ha pintado ovejas, flores...

Sebastiano y Brizio se acercaron para verlo.

—Yo creo que es mejor que nos larguemos antes de que coja una sierra eléctrica y nos haga picadillo.

Se volvieron hacia la mujer, que sonreía feliz, con la cara rosada, satisfecha. Había vuelto a la tarea de limpiar la fuente.

—Sí, mejor será.

El mapa resultó ser de una precisión milimétrica. Sin contar las vacas y las cabras, todo se correspondía con la realidad. Cuando llegaron a un centenar de metros de la casa, Brizio apagó los faros y siguió avanzando lentamente en la oscuridad. Se veía poco, pero el camino blanco y la luna fueron de gran ayuda para no acabar en la cuneta. En cuanto entrevieron el tejado, frenó y apagó el motor. Sebastiano sacó una Beretta y otro tanto hicieron Furio y Brizio. Rocco, por su parte, se limitó a bajarse del vehículo. Entornaron las portezuelas y se acercaron en silencio. Una vez superados los arbustos, se encaminaron hacia la tapia de la casa. Llegaron a la cancela. Era vieja, de forja oxidada, y estaba abierta. Los grillos cantaban atrincherados en la maleza, que había tomado posesión de lo que en otros tiempos había sido un jardín, con una fuente coronada por un amorcillo y devorada por los líquenes. Sebastiano miró de reojo a sus amigos. Y, por gestos, fue dando las órdenes. Brizio y él rodearían la casa mientras que los otros dos entrarían por delante. Los rayos de la luna iluminaban las tejas sueltas y erosionadas por el clima. Parecían haber cedido en muchos puntos. Rocco se acercó a la puerta de la casa. Era vieja y tenía el barniz cuarteado y dos cables colgando de un agujero en la pared. Se aproximó a un ventanuco con los cristales rotos y una sola contraventana anclada por el último gozne, que amenazaba con caerse en cualquier momento. Intentaron escrutar el interior, pero estaba demasiado oscuro. Rocco empujó la hoja de madera de la puerta, que se abrió al instante. Le hizo una seña a Furio y entraron.

Los ojos se les empezaban a acostumbrar a la falta de luz. Habían entrado en una especie de cocina, con una chimenea ennegrecida y un viejo aparador de formica sin puertas. Por el suelo había papeles sucios y una silla con la enea rota y una pata de menos. Avanzaron con cuidado, un pie detrás de otro, intentando no pisar cristales de botellas y sorteando cascotes caídos seguramente del techo que parecía bastante podrido. Entraron en un pasillo. Allí la oscuridad era total. Furio encabezó la marcha con la pistola en ristre. Entró en el baño. Sólo quedaban el inodoro y un espejo desportillado en la pared. Una segunda puerta y se encontraron en una sala bastante amplia, ante dos sombras armadas. Eran Sebastiano y Brizio.

—Aquí no hay nadie —dijo este último, y encendió una linterna—. Mirad... está vacío.

Iluminó la sala, el papel pintado despegado, una estufa de forja sin puerta, varios leños. En una pared, un grafiti le gritaba al mundo: «Si tuviera alas, volaría.» El poeta había firmado y todo, Giggi con dos ges.

En el suelo había dos botellines de cerveza rotos y el único mueble intacto de toda la casa: una cama. Brizio dirigió el haz de luz hacia ella. Alguien había dormido allí.

Y ese mismo alguien se había fumado por lo menos dos paquetes de Marlboro, a juzgar por el montón de colillas que había en el suelo. Una almohada sucia conservaba aún la forma de la cabeza que se había apoyado en ella. Furio recogió del suelo una cajita de cartón que había contenido proyectiles del calibre 6,35. Se la enseñó a Rocco sin decir nada.

—La serpiente ha dormido aquí. Pero se ha escapado.

—Ya. Se nos ha vuelto a escapar —comentó Brizio.

Sebastiano pegó un grito y le dio una patada a la cama, que se partió en cuatro y dejó caer el colchón al suelo.

En el coche reinaba el silencio. Lo rompió Sebastiano.

—Está huyendo.

—¿Y? —preguntó Brizio.

—Que ya no es una amenaza. Ahora es él quien está en peligro. De modo que Rocco puede dormir tranquilo —sentenció Furio, que había abierto la ventanilla y se había encendido un cigarrillo.

—Yo duermo igual de tranquilo —respondió el subjefe.

—Queda más de una hora para Roma, Rocco —le dijo Brizio, mirándolo por el espejo retrovisor.

—¿Y?

—Que yo la historia de Luigi Baiocchi en Sudamérica no me la creo y nunca me la he creído. ¿No te parece que ya va siendo hora de que nos cuentes lo que pasó en realidad?

—No.

—¿Por qué? Rocco, tú lo sabes todo de mí, de Sebastiano y de Brizio.

—Todo todo, no.

—Lo que no te incumbe no, pero lo demás sí —replicó Furio—. Y la historia de Baiocchi nos incumbe a todos. Está claro que te la tiene jurada por Luigi, pero tú nos has contado muy poco sobre él...

—O nada.

—¿Qué queréis saber?

—Lo que Furio y yo estamos preguntándote es qué pasó en realidad después del funeral de Marina. Cuando volviste a tu casa. Cuando nadie te vio el pelo durante una semana, ni nosotros ni tus compañeros de trabajo. Todos sabíamos que estabas llorándola. No respondías al teléfono, no respondías al interfono. Lo que tienes que decirnos es qué mierda hiciste la semana después del siete de julio, Rocco. Nos lo debes.

—No soy el único que sabe lo que realmente pasó.

El policía miró a Sebastiano, que sin embargo siguió observando el paisaje al otro lado de la ventanilla.

—¿Tú también lo sabes, Seba?

El oso no respondió. Se limitó a acomodarse en el asiento y a agarrar el asidero del techo con la mano derecha, de manera que le dejó el peso de la respuesta a Rocco. Le tocaba hablar a él.

—¡Me cago en Dios! —gritó Rocco Schiavone en una sala perdida del Ministerio del Interior—. ¡Llevo aquí media hora! ¡Media hora llevan haciéndome la misma pregunta! Acabo de enterrar a mi mujer en Prima Porta, ya no me quedan lágrimas. ¡No me quedan! ¡No lo sé! ¡No sé quién disparó, no lo sé! ¿Cómo cojones tengo que decirlo?

Sasà D'Inzeo bajó los ojos. El jefe de división Mastrodomenico y el juez instructor Carulli lo miraban en cambio sin apenas parpadear.

—Les vio la cara ¿pero no puede ayudarnos a hacer un retrato robot? —insistió el jefe de división.

—Les vi la cara una fracción de segundo, ¡lo justo para darme cuenta de que uno de ellos sostenía una pistola! ¿Cómo quiere que le ayude a hacer un retrato robot?

—Alguien escribió una vez —intervino Carulli, en tono sosegado— que en ocasiones nuestra memoria se comporta como una máquina de fotos. En los momentos más tensos, más difíciles, hace una fotografía que se queda impresa en la mente durante días.

—Sí, claro que se me quedó una foto, Carulli —dijo, escupiendo el apellido del juez junto con un poco de saliva—, ¡de la cara de mi mujer muriéndoseme en mis brazos! Eso es lo que recuerdo. ¡Algo que no le deseo que experimente en la vida!

—Ya está bien, por favor. —D'Inzeo tomó por fin la palabra—. Me parece que es inútil que sigamos así.

¡Y, joder, que estamos interrogándolo como si fuera el culpable! Señores, ¿debo recordarles que Rocco Schiavone es la víctima? Váyase a casa, subjefe, váyase... Confío en que no tendrá problema en que dejemos el caso en manos de la central de la Judicial.

Sasà le hablaba de usted en público. Y lo mismo hizo Rocco, que sin embargo le dedicó una mirada de agradecimiento a su viejo amigo.

—Gracias, señoría, le estoy muy agradecido. Y sí, estoy de acuerdo. No tengo la lucidez necesaria para... para resolver esta historia. —Se puso de pie—. Señores, no me lo tengan en cuenta si no les doy la mano.

—Nosotros sólo hacemos nuestro trabajo, Schiavone —afirmó Mastrodomenico.

—¡Y yo he perdido a mi mujer por hacer el mío!

Dicho esto, salió por fin de la sala.

Caminó por Roma pese al calor y a los turistas que se hacían fotos sonriendo. Bajó por via Nazionale y llegó hasta la piazza Venezia. Atajó por el gueto, cruzó el puente y llegó al Trastévere, su Trastévere, con los pies hinchados y caldeados dentro

de los Clarks y el corazón apagado como un agujero negro. Con las manos en los bolsillos, dejaba atrás gentes y calles ajeno a las motos, los coches, los japoneses, los helados. Tenía la intención de subir por via Garibaldi y llegar hasta la gran fuente del Janículo para observar desde allí los tejados de su ciudad y seguir luego hasta su casa de la via Poerio. Pero tuvo que pararse en la piazza de Santa María del Trastévere: sentada en los escalones de la fuente, como el primer día que la vio, estaba Marina, sonriéndole. Rocco se quedó allí de pie, mirando a su mujer con un rayo de sol en la cara, la falda de flores, los pies calzados con sandalias, las rodillas juntas, el cuello blanco y descubierto. Como tantos años atrás, sentada en el mismo escalón con una amiga, cuando a él le había bastado una mirada para comprender que aquélla sería su esposa. Esa que ya no existía. Y que no volvería a existir. Y la fuente se volvió entonces fría, como la iglesia, la plaza y los bares atestados.

—¡Eh! —Una sacudida lo devolvió a la realidad. Tenía ante él a Sebastiano—. ¿Adónde mierda vas?

—¿Cómo?

—¿Adónde vas, Rocco?

—A casa...

Sebastiano asintió.

—¿Andando?

—Andando. —Los ojos enrojecidos y anegados de lágrimas.

Sebastiano, incómodo, se rascó la nariz.

—Oye, ¿quieres que hablemos?

—No lo sé. ¿Quiero?

—Yo creo que sí. Ven...

Su amigo lo agarró por el brazo y el subjefe se dejó arrastrar hasta el bar del callejón vecino sin decir nada, como si fuera un carrito de la compra.

Entraron en un local anónimo, oscuro y fresco, con una única cristalera a la calle, una barra y unas mesitas de hierro. Era sobre todo un bar nocturno, de los que abrían tras la puesta de sol, copas, un par de dulces, una sola máquina de café. Sentados a la mesa, esperaban las dos tazas que Lucio, dueño del local y amigo de toda la vida, estaba preparándoles.

—Me he dado una vuelta —empezó a decir Sebastiano, pero Rocco miraba un punto fijo de la mesa mientras intentaba quitar una mancha rascándola con la uña del índice. Su amigo le detuvo la mano y llamó su atención—: Eh, tienes que escucharme.

El subjefe levantó lentamente la vista para mirarlo.

—Te decía que me he dado una vuelta. El coche lo conducía Corrado Pizzuti, un tipo muy feo, que ha vuelto hoy mismo a la cárcel por hurto.

—Dónde está Luigi Baiocchi —preguntó Rocco sin darle un tono interrogativo a la pregunta.

—En Casalpalocco. En concreto, en el Infiernillo. Está en casa de una prima.

—¿Solo?

—Sí. La casa está todavía en construcción.

—¡Gracias, Seba! —Apoyó la mano en la zarpa peluda de su amigo y se la acarició.

—Eh, maricas, ¡vuestro café! —dijo el dueño del bar, que se había fijado en el gesto.

—¡Eso lo será tu puñetera madre, Lucio! —le respondió Sebastiano.

El dueño del bar miró a Rocco y le alargó la taza.

—Eh, Rocco, ¿a ti qué te pasa?

—¿No te has enterado?

—No.

—Marina...

El hombre se sentó a la mesa.

—¿Qué me estás diciendo?

—Ya no está —dijo en voz baja Sebastiano—. Se ha ido.

Lucio miró a Rocco a los ojos.

—¿Cómo que se ha ido?

—La han matado —respondió él—. De tres tiros. Querían matarme a mí, pero se la han llevado a ella. —Una lágrima acompañó la última palabra y el subjefe se la enjugó con la manga de la camisa.

Lucio se levantó y se llevó los cafés. Fue a trastear en la nevera. Volvió al instante. En la bandeja, tres vasos con un líquido ámbar. Los dejó en la mesa.

—A mí no se me dan bien las palabras —dijo con voz ahogada—, pero este ron tiene veinticuatro años. Es para las ocasiones especiales. —Levantó el vaso—. Por Marina, que te sea leve el viaje y puedas ir... —Empezó a sollozar y no consiguió terminar la frase.

—... allá donde más se sonríe —terminó la frase Rocco.

Alzaron los vasos y bebieron de un sorbo el néctar dulce y fuerte.

—En verano tampoco pasa nada si le echas un poco de hielo, Lucio —comentó Sebastiano.

Rieron en voz baja, como si los avergonzara que alguien los oyese.

Cuando volvió a casa se encontró con Inna, que acababa de terminar de limpiar. La mujer se acercó a Rocco. Había llorado. Como en el funeral. Parecía incapaz de parar. Y cada vez que entraba en la casa reanudaba el llanto. Se había ocupado de ordenar las cosas de Marina, ya que Rocco no había podido ni tocarlas. Los vestidos en las bolsas, los zapatos, las herramientas del estudio de su mujer devueltas al maletín de plástico negro con las esquinas reforzadas en acero. El maquillaje, las cosas del baño, Inna se había ocupado de todo y había logrado hacerlo desaparecer de la noche a la mañana. Rocco le había regalado los dos jerséis de cachemira que habían comprado el año anterior y que tanto le gustaban a Marina. Lo único que le

había pedido era que no se los pusiera cuando fuera a via Poerio. La mujer lo comprendió, no hizo falta decir más. Del limonero se ocupaba él; le hablaba a menudo, porque, aunque no tenía buena mano con las plantas, había leído que crecían más sanas si les hablabas de vez en cuando. Con todo, en realidad no les hablaba ni a las macetas ni a los frutos, lo hacía para el corazón de su mujer, estuviera donde estuviese en esos momentos. Inna le dio un fuerte abrazo y le susurró al oído unas misteriosas palabras en su lengua materna. Palabras que él no entendió, pero que parecían una nana dulce, de las que se les cantan a los nietos. Inna se fue sin acordarse de pedirle la paga semanal ni de coger las gafas de sol de mercadillo que había dejado en la consola de la entrada.

¿Qué hago yo ahora? ¿Qué hago? Mira la casa. Fría. Fría en pleno julio. Tendría que encender las luces, tendría que prepararme algo de comer, acostarme, levantarme mañana, y pasado, y al otro. ¿Y así durante cuánto tiempo? ¿Hasta cuándo? Y eso, en caso de que pueda dormir. Es horrible ponerse a hablar con los objetos. Tú, por ejemplo, eres un pincel, uno viejo y lleno de betún, estropajoso, para tirar. ¿Por qué no estás en la caja negra, la del estudio? ¿Cómo hacen algunos objetos que crees haber tirado para emerger a la superficie como si tal cosa? ¿No te había tirado Marina? ¿Sí o no? Estás viejo y despeluchado, estás tieso y tienes las cerdas pegadas, pero te niegas a irte.

—¿No lo habías tirado, Mari?

—No, no llegué a tirarlo.

Está en el umbral de la puerta del balcón. La veo al contraluz del sol que se pone.

—Por eso estaba en el cajón. ¿Qué hacía ahí?

—Es un recuerdo. Es el pincel que utilicé en mi primer trabajo —me responde—, cuando nosotros ni siquiera nos conocíamos. Me da suerte.

—Está despeluchado.

—Tú déjalo donde estaba.

—¿Te acuerdas de que hace unos días te pregunté si habías estado alguna vez en un lugar abandonado?

—Rocco, me he pasado la vida en lugares abandonados. ¿O te crees que va mucha gente a ver los frescos que hay en las criptas de iglesias y las salas subterráneas?

—No, me refiero a sitios normales. Te decía que allí todos los objetos que ves carecen de vida. Porque perdieron el calor que les daba la cercanía con las personas. En un tren, por ejemplo, ves los asientos gastados y te imaginas la cantidad de gente que se sentó en ellos. O en los barcos, el timón con la madera roída o las escaleras de un edificio vacío erosionadas por los pies que las subieron durante años. Siguen allí, pero ya no sirven de nada y están fríos. —Levanto el pincel—. ¿Lo ves? Está gastado, viejo, mugriento. Pero yo sé quién trabajó con él, quién lo sostuvo en su mano. Lo sé todo de la persona que vivía en esta casa, se sentaba en

este sofá y regaba el limonero de la terraza. Y ahora es peor. Porque esas cosas se quedan frías, pero recuerdan el alma de quien las utilizaba, te la ponen ante los ojos una y otra vez. Y jamás podré posar la vista en todas estas cosas sin pensar en ti. Estás en todas partes, amor mío. Incluso cuando me miro en el espejo y me veo, estoy como este pincel. Frío, sin vida, pero cada arruga, amor mío, cada cana, eres tú. ¿Qué hago?

Se queda ahí en la ventana pero no dice nada. Mira hacia el sol, que está escondiéndose tras los tejados.

—Esta casa siempre ha sido muy bonita. ¿Nos veremos, Rocco?

—Mientras tú quieras, Marina, yo estoy aquí. Me quedo aquí.

Llamaron al interfono. Rocco se levantó de la mesa, dejó un viejo pincel en el cajón y fue a responder.

—¿Seba?

—Soy yo.

—Bajo.

Fue al estudio que había sido de su mujer. Abrió la caja fuerte. Cogió la Ruger y cerró la portezuela de hierro. Salió de la casa sin mirar atrás, como quien abandona un sitio que le da escalofríos y al que no quisiera volver nunca.

—¿Quién ha cantado? —le preguntó a su amigo.

Sebastiano, concentrado en la conducción y con un cigarrillo en la boca, arqueó las cejas.

—El típico soplón de turno. No cuesta mucho enterarse de algunas cosas cuando de lo que se habla en la calle es de ese hijo de perra que ha matado a una inocente.

El policía se encendió también un cigarrillo.

—¿Te has enterado, Rocco?

—No.

—Silvestrelli ha pedido la libertad condicional. Pero no se la van a conceder.

—¿Ah, no? ¿Y eso?

—Porque le han rajado el cuello en prisión. No ha durado ni una semana.

—Le habrán reabierto la cicatriz que tenía. —Schiavone escupió el humo por la ventanilla.

—Pues sí... Eso es porque quiso hablar, te lo digo. Quiso empapelar al proveedor, pero no hizo bien sus cuentas. Sea quien sea, es tan poderoso que se lo ha cargado. No tiene sentido pegar gritos cuando en el estanque sólo hay cocodrilos.

—¿Esa gilipollez es tuya, Seba?

—No, me la dijo una vez Adele y me gustó.

Recorrieron la avenida Cristóbal Colón hasta el cruce con el barrio de Casalpalocco, donde doblaron a la izquierda para entrar en el Infiernillo, una especie de pueblo de casas adosadas, chalets independientes y edificios construidos sobre un

terreno bajo el nivel del mar. Helado en invierno y húmedo como una ciénaga vietnamita en verano.

—A ver... yo aquí no he venido nunca... Pasada la tienda de comestibles a la izquierda... —Dobló, rodeando un supermercado grande.

La luz de la calle tenía un halo acuoso, mientras que las de las casas estaban casi todas apagadas.

—Creo que ahora es recto...

—Pero ¿te lo sabes de memoria o qué, Seba?

—Lo he mirado en un plano y lo tengo aquí grabado. —Se señaló la frente con la mano.

—Lo que no puede negarse es que aquí siempre hay aparcamiento. —Detuvieron el coche, apagaron los faros y se apearon ante un chalet pareado—. ¿Aquí es? —quiso saber Rocco.

—No, pero mejor vamos andando. Seguro que vigila al que pasa y estará esperando visita. Sobre todo después de que se hayan cargado a Silvestrelli. Debe de estar con cagalera.

Caminaron por las calles desiertas, doblando a derecha e izquierda y dejando atrás urbanizaciones. Siguieron por un camino sin casas que atajaba por los descampados circundantes. Era la última calle del Infiernillo, el callejón sin salida de aquel barrio dormitorio, donde aún no habían construido. Una fina niebla se arrastraba a pocos centímetros del asfalto.

—Aquí ya no hay nada —dijo Rocco—. Ni siquiera farolas.

—Tranquilo. Ya hemos llegado... —Su amigo le señaló un grupo de viviendas adosadas en construcción, sin ventanas y con el tejado y las paredes recién levantadas.

—Está en una de éstas.

Dejaron el camino y siguieron por la oscuridad a través de la maleza. Llegaron al corrugado que delimitaba la obra de la zona urbanizada.

—Vamos por detrás —le dijo en voz baja Sebastiano.

Rodearon el perímetro hasta que encontraron dos chapas entreabiertas. Sebastiano pasó delante, no sin esfuerzo. Rocco fue detrás. Por el suelo, montones de arena, tierra y grava, máquinas para mezclar cemento. Palas y otras herramientas oxidadas desperdigadas por todas partes.

—Es la tercera casa —murmuró Sebastiano.

Dejaron atrás el esqueleto de la primera construcción. Rocco sentía el pelo empapado. La luna ayudaba.

—Ve despacio —le advirtió su amigo.

Siguieron hasta el segundo chalet. Atravesaron habitaciones sin acabar que vomitaban cables eléctricos.

—Ya estamos.

El tercer adosado era idéntico a los anteriores, también sin puerta y sin ventanas.

Entraron por una especie de balconera de la planta baja.

Oscuridad. Pero si entornaban los ojos y se fijaban bien, podían ver una sutil rendija de luz proveniente del primer piso. Sebastiano señaló hacia la escalera y Rocco asintió. Paso a paso, iniciaron el ascenso. Llegaron al descansillo. La luz se intensificó. Salía de una habitación. Continuaron subiendo. Ya no había dudas. La habitación del fondo estaba cerrada con una tela, detrás de la cual surgía una luz mortecina y un leve soplo de gas. Tenía un farolillo de acampada encendido. Rocco se sacó la pistola de la cinturilla de los pantalones y Sebastiano hizo otro tanto. Pero detuvo a su amigo: quería ir él solo primero.

No vio el hilo de nailon que atravesaba el pasillo a diez centímetros del suelo. Lo tocó y en el acto cayeron de un estante unas latas que hicieron un ruido ensordecedor.

—¡Mierda! —exclamó Sebastiano.

Percibieron un trasiego tras la cortina. Rocco se abalanzó sobre la tela, tiró de ella y llegó a tiempo de ver una sombra que se precipitaba por el balcón.

—¡Joder, que se escapa! —gritó.

Sebastiano atravesó la habitación en un intento por alcanzarlo mientras Rocco daba media vuelta para bajar por la escalera. Rápido, saltaba los escalones de dos en dos, arriesgándose a partirse un tobillo. Pero ya nada importaba, ya no era Rocco Schiavone, era un animal, una fiera en plena caza, con el regusto a sangre entre los dientes, el corazón desbocado, la vista y el oído aguzados. Llegó a la planta baja y salió del chalet. Levantó la mirada y vio que Sebastiano estaba señalándole una dirección desde la planta de arriba.

—¡Por allí!

Rocco continuó la persecución.

No lo veía pero lo sentía. Oyó los pasos pesados en la carrera, el ruido metálico de algo con lo que tropezó. Dejó atrás dos esqueletos de chalets y ante él se levantó la tapia de chapa. Luigi Baiocchi acababa de franquearla reptando por debajo. Llegó hasta ese punto, levantó el corrugado y se encontró en la calle. Lo divisó a unos cincuenta metros; huía a pie hacia la oscuridad, en dirección a una enorme construcción que parecía abandonada. Pero el fugitivo se volvió en plena carrera y disparó dos veces. Una llamarada, las balas no alcanzaron su objetivo, siguió corriendo y entró en el edificio en ruinas.

Con el corazón en la boca y empapado en sudor, el subjefe llegó al garaje abandonado. Entró por una puerta medio arrancada. Las ventanas de arriba tenían los cristales rotos y dejaban entrever las estrellas y la luna. El olor a orines penetraba como ácido en la nariz. La nave abierta estaba llena de maquinaria oxidada. Intentó calmar la respiración, sus pulmones bombeaban como fuelles. Se enjugó el sudor. No tenía miedo. No había lugar para eso. Aguzó el oído, a la escucha. Un chirrido, las patitas de un ratón arañando el metal, su respiración. Esperó a que el otro hiciera algún movimiento, a que cediera a los nervios y la tensión.

Luigi Baiocchi tiró una piedrecita a lo lejos para atraer la atención del subjefe. Rocco corrió hacia él y lo sorprendió por detrás. Se lo encontró arrodillado y con una

pistola enorme en la mano, mirando hacia el lado equivocado. Luigi se volvió, lo vio, gritó y disparó. La bala pasó rozando el hombro de Rocco, que sin embargo tuvo tiempo de apuntar y pegarle un único tiro, preciso, entre los ojos. Baiocchi ni siquiera se dio cuenta, se desplomó en el suelo al tiempo que le brotaba sangre del agujero. Rocco lo miró, con la respiración trabajosa y la Ruger aún en la mano. Alguien le había aplastado los pulmones o había sacado todo el aire de la nave. Se arrodilló. Un pitido agudo y continuo le perforaba los oídos. No sentía nada. Observó a Luigi Baiocchi, el asesino de su mujer, que miraba el techo con ojos de cristal, pero no conseguía sentir nada. Porque ya no había nada que decir. Había sido tan rápido como inútil, poco más que una ejecución. ¿Qué esperaba encontrar? Nada. Y, de hecho, nada halló. Es más, ahora que el descenso había terminado, remontar aquel pozo sería imposible. Se habría cambiado por Marina sin pensárselo, no debería haber visto nada de todo aquello, ni seguir soportando el peso de una vida que había dejado de interesarle. Sin darse cuenta, se vio con el cañón de la pistola apuntado a su boca, como el tubo de plástico que usaba de pequeño para robar la gasolina de las motos. Sólo había que apretar y todo habría acabado.

«¡Adiós, Rocco! Ha sido un placer», pensó. Cerró los ojos. Pero alguien lo golpeó, le arrancó la pistola de las manos y le dio una bofetada. Sebastiano, de pie, lo miró sin decir nada. Después alargó una mano, lo agarró de un brazo y lo levantó.

—Tenemos que esconderlo. —Recogió la pistola de Rocco—. Esto me lo quedo yo —añadió, y se la guardó en los pantalones.

Se cargó a Luigi a la espalda y volvieron a la obra. Rocco lo seguía en silencio sin dejar de mirar al suelo. Su amigo parecía llevar toda la vida haciendo aquello. No tenía miedo, mantenía la calma mientras llevaba un cadáver al hombro como si fuera la bolsa del gimnasio. Rodearon el tercer chalet. Sebastiano cogió una pala y empezó a cavar.

—Échame una mano, que hay que acabar antes de que amanezca —le ordenó.

Y Rocco obedeció.

Se pasaron tres horas cavando sin parar. Un cansancio que ninguno de los dos había experimentado hasta entonces.

—Pero ¿por qué coño en las películas hacen que parezca tan fácil? —mascullaba entre dientes Sebastiano—. Cavar un hoyo es una mierda.

Rocco movía los brazos como un autómatas, una palada tras otra, sin enjugarse el sudor, mirando sólo la tierra gris y el agujero que se iba haciendo cada vez más profundo. No pensaba nada. Sentía la cabeza como una hoja en blanco. Una hoja vacía. Sebastiano se limpió las manos en los pantalones.

—Aquí están los cimientos de las terrazas. Cuando echen el cemento encima ¡y si te he visto no me acuerdo! Aquí no lo encuentra ni Dios.

Sebastiano cogió la cartera de Luigi, lanzó al hoyo sesenta euros para el último viaje, se quedó con los documentos y luego hizo rodar el cuerpo del criminal hasta el fondo del agujero. Tardaron otra media hora en cubrirlo de tierra.

—Son las tres. Hacemos desaparecer todo lo que haya en la planta de arriba y nos

vamos a casa —dijo Sebastiano.

Subieron la escalera y volvieron a la guarida de Luigi. Había un saco de dormir, una lámpara de gas, dos cartones de pizza y un móvil. Quitaron la tela de la puerta y también la que había puesto en la ventana para disimular la luz.

—Ya está —dijo Sebastiano, cargado de trastos—. Vamos, Rocco. Esta noche duermes en mi casa.

El subjefe asintió.

—Y esto queda entre tú y yo. ¡Dilo!

—¿Qué... qué?

—¡Queda entre tú y yo!

—Entre tú y yo, Sebastiano.

—¿La quieres? —le preguntó, señalando la Ruger.

Rocco negó con la cabeza.

—Nunca más, Seba. ¡Nunca más!

Brizio apagó el motor ante el portal de Rocco y se volvió en el asiento para mirarlo.

—Vaya mierda.

—Pues sí. Si sigo aquí es gracias a él. —Y señaló a Sebastiano.

—¡Lo único que es capaz de matar a Rocco es Rocco! —dijo Furio, sonriendo.

—¿Te vuelves para Aosta? —preguntó Brizio.

—Debo hacerlo.

—Yo seguiré buscando a ese malnacido —dijo Sebastiano—. Me da igual si he de perseguirlo hasta Australia o pasarme lo que me queda de vida tras él, pero yo a Enzo Baiocchi me lo cargo.

Rocco abrió la portezuela.

—Mantenédme informado —dijo.

Sus amigos asintieron. Después se dirigió al portal con las llaves en la mano. El coche de Brizio arrancó.

Y entonces se vio de nuevo solo, otra vez echando cuentas con sus fantasmas, como si todo hubiera ocurrido el día anterior, como si no hubiera pasado ni un minuto desde aquel 7 de julio de 2007.

La perra cruzó el pasillo corriendo para salir a su encuentro. Rocco se arrodilló y esperó a que lo arrollara, se le echara encima y lo lamiera con su lengua vivaracha.

—Loba... ¿me has echado de menos?

Caterina había salido de su despacho y lo miraba sonriente.

—Gracias —le dijo—. Como siempre. Ven aquí, mi cachorrilla...

Entró en su oficina.

—¿Novedades?

—Te he... Espera, ¿cómo dijiste? Ah, sí, te he cubierto el culo, porque Costa lleva buscándote desde ayer. Le he dicho que estabas en Courmayeur por lo del robo en el chalet.

—Bien hecho, gracias. ¿Algo más?

—Costa se ha obsesionado con ese robo, aunque no entiendo muy bien por qué. Está más claro que el agua que es un intento de defraudar al seguro. Porque además el chalet tiene tres hipotecas y a Adelmo Vaccari, el empresario y dueño, no le van las cosas muy allá.

—¿Quién se encarga del caso?

—Scipioni, Italo y yo. —Rocco se sentó en la silla tras la mesa. Observó en silencio a Caterina.

—¿Qué pasa? —preguntó la chica.

—Tú dirás.

—¿Qué tengo que decir?

—Nada, Caterì, no tienes que decirme nada.

—¿Quieres saber cómo lo hago para trabajar con Italo?

El subjefe se encogió de hombros.

—Trabajáis en la misma jefatura, ¿no?

—Ahora no te hagas el tonto. Tú quieres saber si consigo trabajar con Italo Pierron desde que las cosas entre nosotros no van bien.

—A ver, Caterina, eso es tu vida privada y yo no quiero saber nada. A menos que sea un obstáculo para otras cuestiones. ¿Lo es? —preguntó con una sonrisa apenas esbozada.

—No es ningún obstáculo para nada. Soy muy capaz de apañármelas sola.

—Entonces te daré un consejo: si quieres hacer carrera, cuanto menos te vean conmigo, mejor. Intentaré no dejarte más a *Loba*; es más, te prometo que sólo me relacionaré contigo para cuestiones laborales.

A Caterina se le ensombreció el semblante.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tengo encima a la jefatura y a la fiscalía. Porque no soy ningún santo, porque mi conducta es reprobable y me tienen contados hasta los pasos que doy. Porque no he venido a Aosta de vacaciones pagadas, y porque ya sabes unas cuantas cosas sobre mí. Y sabes que éste —se señaló— es el carro de los perdedores.

La inspectora suspiró.

—No tengo trato contigo porque quiera hacer carrera. No quiero hacer ninguna carrera, sólo mi trabajo. Y si me gusta verte es porque poco a poco, con los meses, he aprendido a conocerte. Al principio no me caías bien, no te lo niego.

—¿Y qué pasó luego?

—Que tienes corazón. Escondido, pero lo tienes.

Y cuando lo comprendí, algo cambió. Puedes contar siempre conmigo. Tengas encima a la fiscalía o no, cuenta conmigo. Te he explicado a ti más cosas que a mi mejor amiga. ¿Crees que eso no cuenta?

Sonó el teléfono. Los dos policías se miraron. Rocco levantó el auricular.

—Schiavone.

—¡Soy Costa!

—Dígame, jefe.

—¿Ya ha vuelto?

—Nunca me he ido. He estado en Courmayeur por la historia del robo.

Caterina lo escuchaba.

—Schiavone, no hace ni dos días que charlamos largo y tendido. Creía que nuestra relación se basaba en el respeto mutuo.

—Así es, respeto mutuo.

—Entonces voy a volver a preguntárselo de nuevo: ¿ya ha vuelto?

Rocco cerró los ojos y apretó los dientes.

—Sí, he vuelto.

—¿Y ha encontrado lo que buscaba?

—No, no lo he encontrado.

—¿Significa eso entonces que Enzo Baiocchi sigue libre como el viento?

—Sí.

—Mal asunto.

—¿El qué? ¿Que siga fugado?

—Que siga fugado y que usted continúe diciéndome mentiras. Le ruego que, a partir de ahora, me comunique siempre sus intenciones. No me obligue a hacer alguna cosa que no quiero.

Rocco no le preguntó nada más. La amenaza había quedado clara. No temía otro traslado, podía ser simplemente el último incidente de una vida que avanzaba arrastrándose desde el punto A hasta el punto B, sin un sentido, sin una meta, tan sólo con un deseo de paz. Nada más.

—No volverá a pasar —le dijo a su superior antes de mascullar un «buenos días» entre dientes y colgar.

Caterina seguía allí.

—Tú me habrás cubierto, pero está claro que hay alguien que lo sabe todo de mí y que le va con el cuento a Costa.

La inspectora abrió los brazos, impotente.

—Si quieres, puedo intentar averiguarlo.

—¿Sin llamar la atención?

—Sin llamar la atención.

—Gracias, Caterina. —La inspectora se limitó a sonreír y acto seguido salió del

despacho—. ¿Te has enterado, *Loba*? Tenemos un espía en jefatura. ¿Quién lo habría dicho?

La perra meneó la cola. Rocco se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, cogió la bolsita con la White Widow, abrió el cajón y la guardó dentro. Cerró con llave, contento de tener provisiones para al menos un par de meses.

—Me voy a casa.

Rocco llamó al timbre. Gabriele no tardó en abrir.

—¡Tengo la cadena apagada!

—Lo sé, no soy idiota. ¿Estabas estudiando?

—¿Es broma?

—Sí, por supuesto. Mira lo que te he traído. Lo he comprado en el aeropuerto.

Le dio un paquete y el chico lo abrió con ojos ávidos.

—Pink Floyd...

—«The Dark Side of the Moon» remasterizado. Puedes ponerlo a todo volumen incluso a las tres de la madrugada.

El chico lo miró sorprendido.

—Gracias. Un regalo... ¿por qué?

—Porque somos aliados, ¿no te acuerdas? Contra Buccellato.

—Ah, es verdad, se lo conté a mi madre y todo.

—¿Y qué te dijo?

—Se echó a reír. Le hace mucha gracia: usted y yo contra Buccellato...

—Hay que trabajar el tema.

—¿Quién es? —preguntó una voz femenina al fondo del piso.

—Nadie, mamá, es para mí —gritó el chico—. Qué coñazo, siempre metiéndose donde no la llaman.

—En eso consiste ser madre, ¿sabes? Bueno, Gabriele, a ver si vas al instituto, que si no te vas a quedar así de tonto para siempre.

—Gracias, señor.

—Rocco.

—¿Perdón?

—Que me llamo Rocco, que me tutees.

—Encantado, Gabriele...

Negando con la cabeza desconsolado, el subjefe volvió a su casa.

El chico ya había puesto el disco. Los acordes de *Breathe* flotaban por la escalera y se colaban en el piso de Schiavone por debajo de la puerta. Rocco le echó de comer a *Loba* en su cuenco y fue a sentarse en el sofá. Miró por la ventana. La tarde se adivinaba dulce y tibia. De esas que te dan ganas de salir, respirar, caminar sin rumbo, mientras dejas que la noche te envuelva con suavidad.

Marina no había ido a verlo desde que se había mudado a la nueva casa. Guardaba las distancias. Se había ido, quizá para siempre, y lo había dejado solo. Tenía ganas de hablar con ella, de ver cómo hacía sus pasatiempos, cómo buscaba las palabras difíciles. Pero el tiempo de los espejismos había acabado. Había recuperado la visión. Y no le gustaba lo que veía. No le gustaba sentirse como una barcaza sin timón ni vela vagando por mar abierto y con escasas esperanzas de atracar.

—¿No quieres venir? —La llamo, pero no responde—. Normalmente, cuando no te pasas por casa, te dejas caer por el arco de Augusto. ¿Voy allí? ¿Quedamos allí?

Me vuelvo. Loba se ha sentado a mi lado en el sofá y se ha dormido. Necesito un amigo. Con uno me bastaría para tardes tan tiernas como ésta, que me matan y no me dejan respirar. Las cosas bellas están pensadas para quienes ya llevan la belleza dentro. Creo que a mí me la extirparon para siempre.

—¿Te has dado cuenta, Loba? Estamos tú y yo solos. Te guste o no... —Bosteza, mueve la cola y me mira.

Revivirlo todo me ha hecho daño, un daño terrible. Nada te ayuda. Ni el tiempo, ni el espacio, es una condena. Declarado culpable y sin juicio, su señoría.

—Así es la vida, Rocco, y tienes que seguir viviéndola.

Ahí está. Es su voz. La reconozco. ¿Lo has oído, Loba? Era ella, era ella. ¿No la sientes en el aire? ¿No notas el perfume? ¿Son flores? Qué fuertes son las flores. Vuelven a salir cada año como si tal cosa, como si no llevaran meses aguantando el maltrato y el frío. Ahí están, exactamente igual que el año pasado y tal como estarán al año siguiente. Y cuando se van, dejan en el suelo sus pétalos de colores. Mientras que nosotros ¿qué dejamos? ¿Tú lo sabes, Loba? ¿Qué dejamos? Una madeja enmarañada de pelo blanco que alguien tendrá que barrer de un piso vacío.

Eso dejamos.

AGRADECIMIENTOS

Mi principal agradecimiento, de mi parte y de parte del «colega de papel», es para Andrea. Otro para Marco, que ha subido el listón de las cenas canceladas; para Alessandro, que sabe que yo lo único que sé hacer es unir los puntos y rellenar los huecos. Gracias a todos los que me ayudan a mejorar cada día que pasa. Y un agradecimiento muy particular para Jacopo, que me dio un mapa para no caer en los típicos errores, y para mi familia.

A. M.

NOTAS

[1] En español en el original.